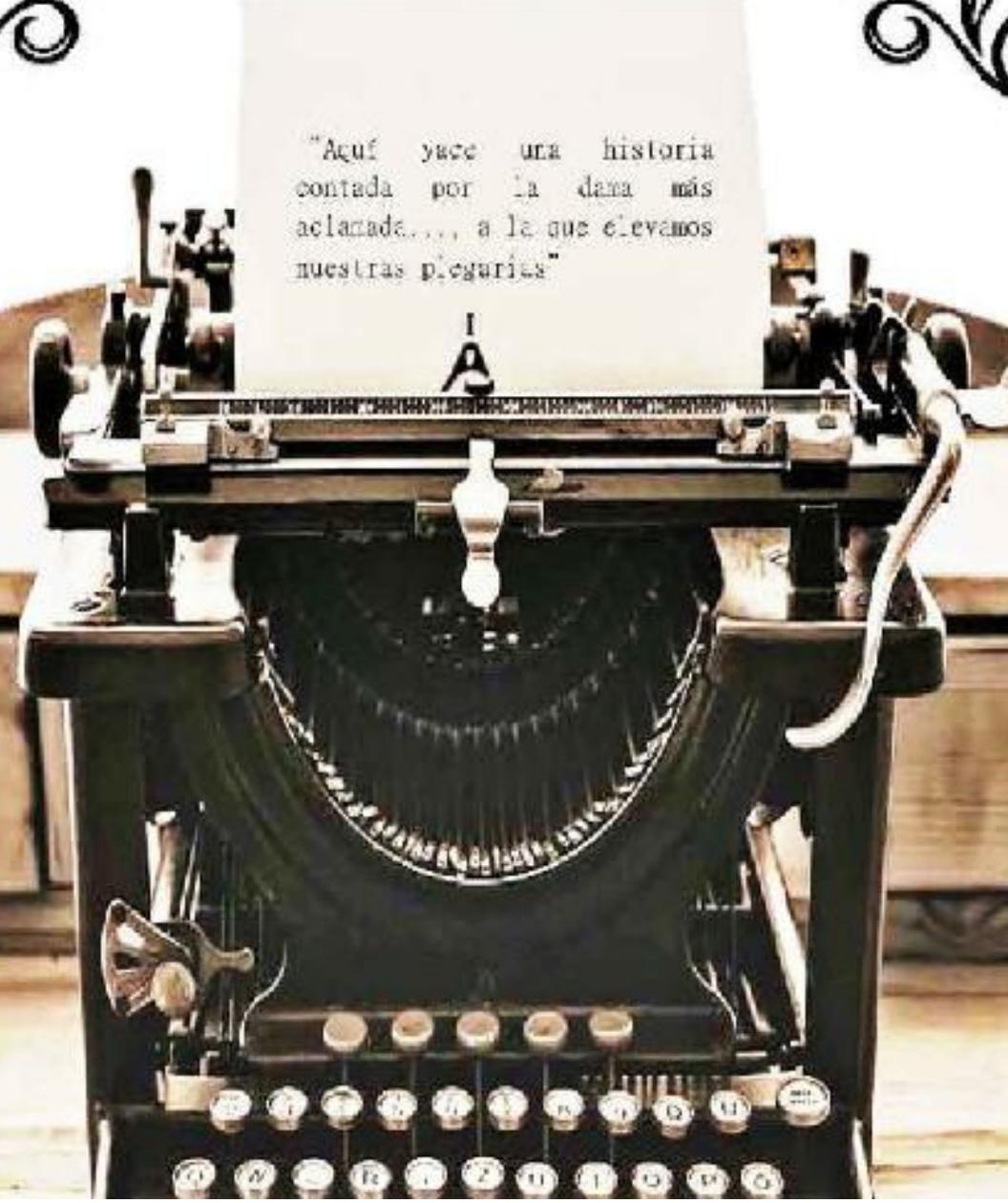




ISSA CHELSRODT



PEREGRINOS EN LA CIUDAD



"Aquí yace una historia
contada por la dama más
aclamada... a la que elevamos
nuestras plegarias"



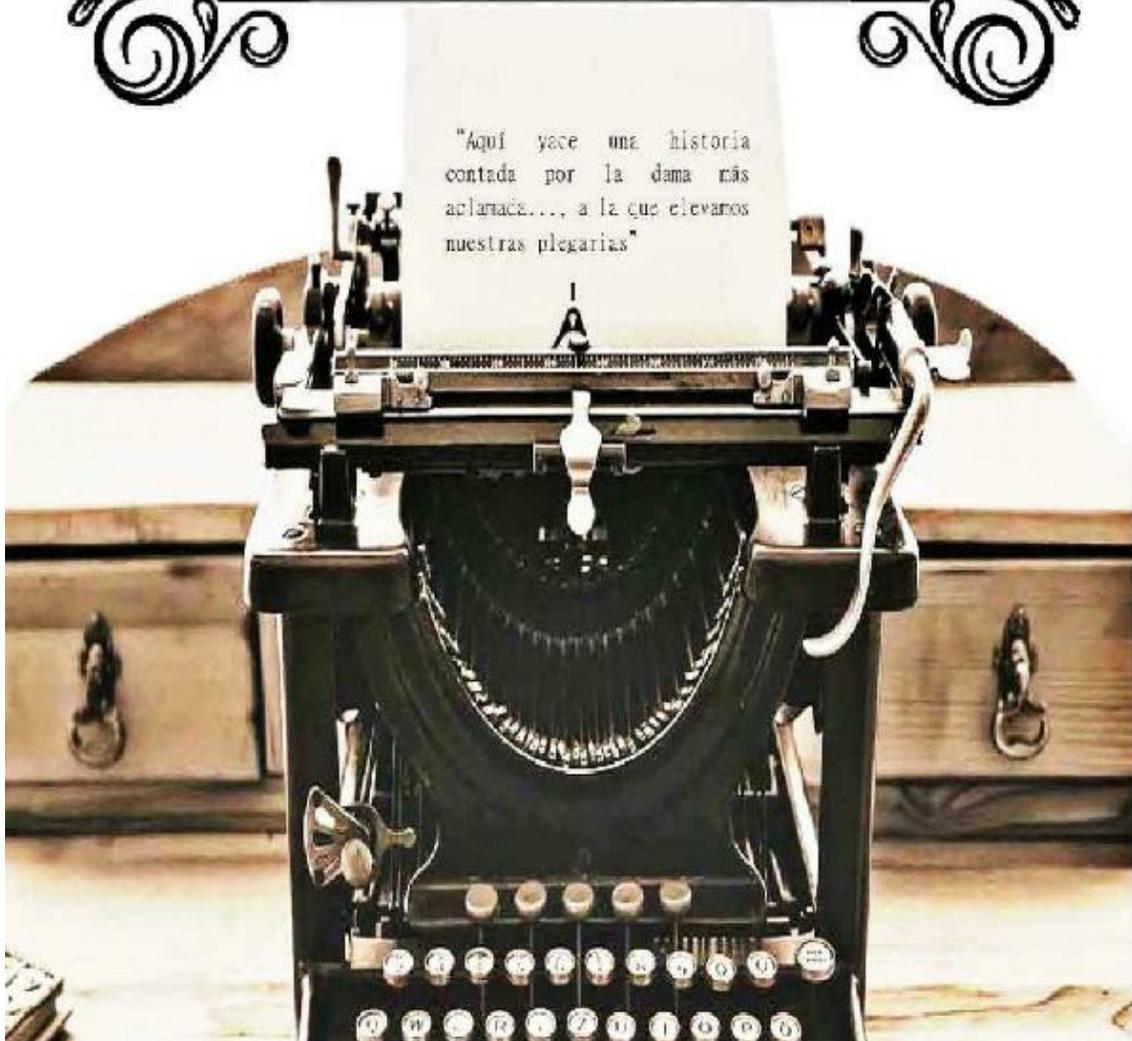
ISSA CHELSRODT



PEREGRINOS EN LA CIUDAD



"Aquí yace una historia
contada por la dama más
aclamada... a la que elevamos
nuestras plegarias"



PEREGRINOS EN LA CIUDAD

PEREGRINOS EN LA CIUDAD

Issa Chelsrodt

DEDICATORIA

Porque si en algo tengo razón y la vida se escribe como las fábulas cuentan, entonces yo agradezco a mi escritor favorito, porque me coloco con celebres personajes. Para ti mami que me haces conversa y cosquillas mientras trato de que las letras me fluyan, a ti papá que te veo llegar y con amor me miras luego de horas y horas quemándome los ojos, a ti mi fiel enana compañera en la que se, algunos de estos capítulos te serán familiares. Y bien, no menos importancia sea para aquel que me mira desde un lugar al que mis ojos no alcanzan a descubrir, las gracias sean a Ti, que no te veo y te siento en la brisa, que te escondes en las sonrisas, callas en las dificultades y exclamas en la bonanza, pero siempre estás ahí.

¡Y cómo no!, ¿cómo olvidarme o dejar de lado a todos los que en algún momento sintieron que esta historia en la que estamos inmersos tiene sus días lluviosos y soleados? Para ti que te tomas el atrevimiento de robarle unas horas al reloj para despegar en un avión literario.

Diseño de Portada: M. Chicangana

Primer Edición, 29 de agosto

Copyright © 2018 Issa Chelsrodt

Todos los derechos reservados, prohibida su usa y comercialización sin
autorización del autor.

Tabla de contenido

<u>SINOPSIS</u>	<u>_____</u>
<u>PREAMBULO</u>	<u>2</u>
<u>CAPÍTULO I</u>	<u>7</u>
<u>CAPÍTULO II</u>	<u>18</u>
<u>CAPÍTULO III</u>	<u>30</u>
<u>CAPÍTULO IV</u>	<u>45</u>
<u>CAPÍTULO V</u>	<u>56</u>
<u>CAPÍTULO VI</u>	<u>72</u>
<u>CAPÍTULO VII</u>	<u>83</u>
<u>CAPÍTULO VIII</u>	<u>93</u>
<u>CAPÍTULO IX</u>	<u>102</u>
<u>CAPÍTULO X</u>	<u>110</u>
<u>CAPÍTULO XI</u>	<u>125</u>
<u>CAPÍTULO XII</u>	<u>131</u>
<u>CAPÍTULO XIII</u>	<u>143</u>
<u>CAPÍTULO XIV</u>	<u>155</u>
<u>CAPÍTULO XV</u>	<u>169</u>

<u>CAPÍTULO XVI</u>	<u>178</u>
<u>CAPÍTULO XVII</u>	<u>191</u>
<u>CAPÍTULO XVIII</u>	<u>198</u>
<u>Epilogo</u>	<u>208</u>

SINOPSIS

Tras las puertas de otra dimensión, en la ciudad de New York se cruzaron dos almas divagantes por sus frías calles a la espera que un soplo de vida los regresase a la tierra que les fue robada. Robert Dylan Evans y Emily McAdams viajarán por los sitios en los que cualquier terrestre caminaría, entre chanzas y dramas, irreverencias y formalidades, musicalidad y lamentos, se unirán para enfrentar la soledad de estar al borde de la muerte; descubrirán así habilidades del más allá y conocerán lo inhóspito que puede llegar a ser la vida, y quizá encontrarán un lazo más fuerte entre los dos, si es que la señora vida decide darles una nueva oportunidad en retornar al mundo tangible, y así cumplir juntos todo lo que se plantearon forjar mientras sus horas de vida se quedaban en un hospital, esperando por su despertar.

“Una parte de mi tuvo que transitar por la penumbra, para divagar entre las sombras y descubrir que estaba muerta en vida”

(Peregrinos en la ciudad, 2018)

“Para haber luchado tanto por salir de este planeta, me está costando mucho dejarlo”

(Ghost, más allá del amor, 1990)

PREAMBULO

Es curioso pensar que cada día será diferente al anterior, nunca te levantas pensando que vas empezar con el pie izquierdo, llamas a todas las potentes energías del cosmos, invocas a todas las divinidades posibles para que al cruzar por la puerta encuentres solo el éxito y la victoria. Pero, ¿Qué es exactamente eso?; en mi intelecto puede ser simplemente una ilusión, una falacia creada bajo puras abstracciones mentales, y para ti puede ser la búsqueda de las oportunidades, de la superación, una corazonada de razón por la respiras día a día.

Ese estado quizá ya se alejó de mí, hace mucho su espíritu no me acompaña, o tan solo me he convertido fruto de los desganes de esta vida en un miserable malagradecido, un anciano amargado al que aún no le sale su primera cana o simplemente un ser humano que en ocasiones se despierta y siente que ya perdió la fe, esa que nunca se debería terminar.

Una vez más como en la anteriores páginas de mi vida en esta metrópoli, me dirijo a esas torres de cristal y cemento, de la gran opulenta New York, de calles infestadas por soñadores y ejecutivos agitados en su ritmo de vida, que algún día desearían dormir tanto como yo lo hago en las noches y despertar en la mañana preocupados no por los números en sus chequeras o los de la bolsa de divisas, sino por aquellos ausentes y escurridizos que se me escapan para pagar la cuenta del agua, la luz o el arriendo del apartamento. Eso es vivir al límite.

Anhelo con ansias que esta vez se al menos un puesto fijo para mí, y no un contrato más que tiene la fecha de caducidad más temida que la de nuestras vidas o la de mi cuenta de internet, esa que se restriega ante mi cara en el papel de tinta bien impregnada; doy gracias porque al menos el número de turno en la fila de la estación mortem me es reservada.

Ahora necesito concentrarme y desdibujar que no he tenido mucha suerte, pero en realidad, ¿qué es la suerte? ..., en fin, no retornare de nuevo a ese

condado lleno de maíz y trigo, me ensañé en esta terca aventura y casi me estoy quedando sin ojos.

Mientras miro por la ventana del taxi, logro ver algunos restaurantes donde no venden comida chatarra, ¡Vaya bufet el que me merezco!, y que me doy cada que recibo mi paga o cuando tengo vacas gordas. Recuerdo mucho la granja de mis padres, vaquitas y toros por doquier, esas que vieron un día de agosto marchar a un joven lleno de sueños con tan solo una maleta, queriéndose comer el mundo a punta de diseños y gráficos espectaculares sin la oportunidad aun de arribar a Hollywood, aunque tampoco es que me interese mucho.

Tan solo me queda, subir hasta el 33° piso de la torre IngDesing y descubrir que tenían esta vez para mí.

- ¡Que tenga buen día muchacho! –se despidió mi conductor amigo Carlos, un puertorriqueño, el primero que me recibió al llegar a esta ciudad.

-Maneja con cuidado Carlitos –me ha dado unas cuantas clases de español, así que las puse en práctica.

Me acerco, me acerco, y más me acerco para ver cómo me pierdo igual que una diminuta hormiga en ese rascacielos, arreglo mi traje y acomodo mi mochila antes de acercarme a la recepcionista del primer piso siempre con su pinta labios rojo como la sangre y una coleta en el cabello es la que me recibe de buena forma; no es muy agraciada, pero al verte, te sonreía para alegrarte el día.

- ¡Robert!, llegas diez minutos temprano, espero que te tengan buenas noticias –dijo.

-Espero que me den un aumento y un cargo honorable como mínimo – le dije, y tengo la fe de que así sea.

- ¿Por qué eres tan malagradecido? –me recalca.

- ¿Es un pecado anhelar más de lo que la vida te ofrece?

-Eso depende de quién seas.

-Entonces no me culpo –le respondo con alegría.

-Sube, que te están esperando – terminó por ordenarme, tomando a su vez una notificación por su auricular.

Nunca sabes que te vas a encontrar, haces muchas conjeturas a medida que el elevador avanza piso tras piso, tengo suerte de que mi reunión no sea ni en la mitad o la punta del edificio, y que aparte de eso voy solo; no hay nada como el silencio luego de un domingo en la noche tan agitado donde puse mis audífonos a mil para escuchar música de los ochentas.

Sin embargo, cuando más necesitas en la vida que te den un empujón, es donde llegan los momentos crueles, ¿Por qué las tramas siempre se desarrollan con un, pero?, eso debería ser un sacrilegio, uno que tocaba a ese joven sentado en la sala de espera a que el director en jefe de la Agencia de Diseño el señor Lawrence, diez años mayor que él, le designase un mini proyecto para la construcción de un logo y marca corporativa con página web incluida a una pequeña empresa en Arizona.

-Un proyecto en vía por una paga no tan justificada en el correr de mi reloj de arena con más presión en su filtro y más esfuerzo en mi maquinaria – me grite en el acantilado de mi cabeza. El señor Lawrence notó en lo que no se dice el sincronismo de mi mirada con el inconformismo no expresado en lamentos y desacuerdos.

-Señor Robert, lo siento mucho si nunca está a la altura, pero no es mi problema que así lo sea –me dijo.

-Sí lo sé señor, se lo mucho que se esmera por darme un pedazo de pastel.

-Sino fueses tan bueno, ya te hubiese echado por esa bocota y tu arrogancia...

- ¿Hablas de mí? – dije alzando mis cejas –me quedaré con la primera parte.

-Sera mejor que te pongas en marcha – me exhortó acomodándose en su asiento de oficina - ¿Algo de tomar?

-No señor, ya bebí café en el desayuno –le dije casi despidiéndome; luego el dueño de cabeza preciada me deseo suerte como a un genio que esta pronto por salir a dar su demostración de magia.

No obstante, la prisa no me asecha para volver a casa, revisar mi archivo en la oficina virtual y prepararme una jarra de café. No, no es lo que me esperaba después de mis anteproyectos de innovación, nuevamente ese copetón que parece llevara peluca, no cumplió mis expectativas..., pero ¿Qué

puedo hacer si en esto me he embrollado?, ¡Qué más da!, me servirá al menos para salir de aprietos por unos carteles más en el calendario.

Siempre he sabido que puedo hacer grandes cosas, pero no he tenido el lugar perfecto para explotarlo, es un campo de mucha competencia, los diseñadores abundan en el mercado, jóvenes y algunos con mucha experiencia, yo apenas si estoy abriéndome campo; hace tres años que me gradué y desde entonces me paso la vida así: sobreviviendo, aunque sí confieso que me quejo demasiado.

Yo tengo un sueño, se los dije a mis padres: algún día pisare las instalaciones de CreativeGine, la mejor agencia de todas, espero que los años me recompense, por lo que rotundamente para eso debo ser el mejor, ahora si necesito y con contundencia seguir con el pie derecho para no quedarme en mi travesía como un ilusionado y frustrado más.

De modo que, un joven de veinti cinco años transitaba por cada baldosa al lado derecho de la calle, se puso sus lentes transitions Ray Ban cafés, mientras pasaba entre el tumulto de ciudadanos que iban y venían, sabrá Dios que pensaban a medida que avanzaban. En algún momento de tu existencia te abras intrigado por tal fenómeno que hace que nuestros pensamientos sean solo nuestros, archivados en el cajón de nuestra privacidad, escondidos en la dimensión de las ondas a las que aún no podemos acceder, seria genial poder tan solo escuchar a los lejos un grito desesperado en ese espacio de la mente luchando por salir.

Un alarido o señal de alarma que nos advirtiera desde el lado inhóspito de las líneas del tiempo un asalto u cambio abrupto de la pluma en el tintero manchado la página, una gota negra que surca como una mancha y desembellece el papiro ya casi transcrito, aunque pueda que este pueda y termine obligando al escribano a mejorar las letras ya antes expuestas con esmero. Pero esto, es solo palabrería que me ideo para continuar relatando los episodios de un camínate, ¿Qué culpa tengo yo?.

El semáforo está en verde, de eso se percató el joven como su mirada de reojo hacia arriba, pero cometió un error, un mínimo error, el de seguir leyendo el periódico y tan solo caminar, hacia adelante, hacia lo desconocido, hacia un nuevo capítulo de su historia. Quizá eso fue lo que sintió con el sin acierto de un hombre de sombrero que le jalo por el saco; ¡muy tarde! cuando el frente del carro le golpeó luego del chillido de las llantas; sino hubiese sido

por aquel señor, posiblemente ese muchacho sería puré en la carretera bajo los neumáticos.

El tráfico se hizo hasta que llegó la ambulancia, el golpe había sido estrepitoso por una falla mecánica del taxi, pero aun tenia esperanza ese joven por el que corrían a socorrer, aun tenia suerte, aun su corazón bombeada y quizá tan solo él esperaba poder volver a abrir sus ojos en un mejor estado, en un mundo lleno de batallas, de obstáculos, de oportunidades, de salidas y entradas; ese que hoy parecía cerrarle la puerta con crueldad en la cara.

CAPÍTULO I

Antes Que

Ya son las diez de la noche según el reloj en mi laptop, tengo mis ojos bien abiertos cubiertos por mis lentes redondos que miran con cuidado la redacción de los informes para la empresa familiar : Berkley Association, no me pregunten por el nombre porque no me interesa, el hecho es, que se supone seré la siguiente al mando; para esto me queme la pestañas en la Academia por largos diez años de mi preciosa vida, torturándome con las teorías económicas y de administración, que si Smith, Marx, o si los activos, que si el capitalismo, el libre mercado, la posmodernidad, que la globalización, etc.

Espero terminar esto pronto y apagar mi Mac, al menos a la una de la mañana mientras escucho mi programa de radio favorito sobre historia y misterios del mundo, pero parece que a veces no conecto con esas voces pasando por los audífonos hasta mis oídos, solo las escucho como al zumbido de un zancudo molesto y mientras tanto me cuestiono si no existe un mejor trabajo en el mundo menos tortuoso en que puedas ganarte la vida y sostener tu patrimonio familiar por generaciones; pero no se me viene nada a la cabeza y se me pasa, lo único que podría atraer es una jaqueca si sigo este ritmo de trabajo.

A lo mejor siento que la vida como esclava de mis lujos está destinada a ser así hasta que al igual que mi padre, que casi no permanecía en casa, dejará su legado a su unigénita querida. Así que maquinó una buena idea, solo pienso como un buen negocio el vender mi alma a Morfeo hasta que mis ojos

no tengan fondo y se apaguen por un buen rato luego de una larga jornada de oficina, encerrada aquí, en las paredes vintage de mi costoso apartamento.

Solo que ese contrato no parecía concretarse. Ya marcaban las 12:01 en la alarma ubicada sobre mi escritorio, un regalo de mi madre hecho en plata con toques medievales de la mano de los mejores joyeros a los que compraba sus perlas y llamativas cadenas; ahora divorciada, la señora Rose Buton McAdams o ex de McAdams jamás se le había vuelto a ver con hombre alguno a sus cuarenta y cuatro años, pasados ya dos periodos luego de su separación con mi amado Michael Andrew McAdams.

Por otro lado, Mich un hombre de cuarenta y siete años tampoco le había conocido yo a otra mujer, al parecer aún conserva la memoria de mamá y su encanto del que un día fue prisionero, como esa caja con barras de metal a la que ahora pertenezco custodiada por mi verdugo llamado: noche, quien parece no quererme brindar su ayuda; por eso tendré que acostarme a las dos o tres de la madrugada sí con suerte logro terminar mi tarea con algo de aliento en mi ser.

Era esa la meta de una joven en la que se tenía gran expectativa por ser la futura heredera de un imperio de seguros familiares codeada con las familias y dueños de las compañías más cotizadas y nombradas en el mercado nacional e internacional. Se encontraba a un paso de que su padre le asignara el cargo de CEO de la empresa, quien junto con su actual prometido tendrían la labor de llevar las riendas administrativas y organizacionales de su exitosa compañía fundada por sus abuelos paternos en herencia a su único hijo y ahora exesposa.

El prometido de la señorita McAdams no era un chico engreído, pero en ocasiones, su belleza lo engrandecía frente a otros. Emmy como él le solía decir, era consiente de como levantaba las miradas de otras mujeres hacia el joven de saco ceñido y ojos encantadores en cada evento, era un efecto poco más o menos natural de su empaque exhibido como un modelo de pasarela.

La fecha del matrimonio era un tanto incierta, *“No te acuestes con un hombre, a menos que sea tu marido por el resto de tu vida; no andes desperdigando rosas para el diablo en el infierno”*, era el lema que le compartía su madre, mencionándole que para aterrizar su futuro no debía ser tonta. Ella, a quien le atemorizaba llevar su relación a otro nivel a pesar de cargar sobre su mano un hermoso y costoso anillo de compromiso; siempre le

había gustado emprender sus proyectos sola, pero, no desprecias el tener compañía.

El hecho de que a él no le gustara su forma anticuada de llevar la relación le espantaba, solo que sin rememorárselo a si misma al joven apuesto no parecía importarle su habitus, y compartía su filosofía con frescura; se había convertido en su fiel apoyo para su comodidad y no para su desdén.

- ¡Dios!, ¿Qué horas son? –dije alarmada, medio somnolienta.

Me levanté de un brinco de esa mesa apenas escuché la contestadora que no era la voz de Dios, pero sí, la que me enunciaba las 4:30am, la hora rápida del desayuno, baño, vestido y salida como flash de las instalaciones de mi apartamento, “*si el jefe no llega temprano mucho menos los empleados*”, era el presente ejemplo de mi padre reproduciéndose en mi memoria. Solo que hoy haría una minúscula excepción ya que mi junta es a las 8:00am.

El chofer la llevaría lo más rápido y cuidadosamente posible por la avenida, mientras ella lograba darse sus últimas peinadas, arreglar el cuello de su camisa y acomodar su blazer negro. Todo iba bien, debía recordar las líneas de su discurso para la presentación de la nueva estrategia corporativa, debía ser discreta, pero mostrando liderazgo, atenta pero autoritaria, sencilla pero sofisticada; debía detrás de esa cara de doncella mostrar la sabiduría que pronto recaería sobre ella, debía en pocas palabras ...ser muchas cosas a la vez.

-Señorita McAdams, me parece que tenemos un inconveniente – interrumpió el momento de meditación mi amigable conductor.

-No me digas eso Frank, ¿Qué está sucediendo?

-Iré a revisar –me dijo.

-No, por favor quédese aquí conmigo –le pedí al ver que sonaban alarmas a lo lejos.

¡No es cierto! –refunfuñe tratando de retomar mi aura de paz interior; justo hoy le da por congestionarse a las vías de Manhattan, pero si apenas son las 7:20am, solo espero que esto se solucione o tendré que caminar las manzanas que me restan, tengo que llegar treinta minutos antes de la hora de mi presentación y hacer como que estoy trabajando sentada en la silla de mi oficina, al menos mientras suprimo mi ansiedad.

En esas, Frank bajo el vidrio polarizado y se atrevió a preguntar al oficial motorizado que pasaba en medio de la vía. - ¡Señor agente!, me puede decir que sucede adelante.

-Hubo un accidente señor, tenemos dos heridos, el área está cubierta y será mejor que tenga paciencia.

- ¿Cuánto se pueden demorar? –le pregunté con preocupación.

-Unos veinte minutos más o menos, sucedió hace poco, deben ser pacientes o tomar un desvío –replicó el oficial.

-Llegaría más tarde...- deduje- ¡Gracias señor oficial! –le agradecí con cortesía.

Esta vez me toco hacer uso de esas dos piernas que me dieron para caminar, llevaba unos zapatos de tacón corto, pero no hay tiempo de quejarse, por el contrario, fortaleceré mi estado físico. No me tomara más de diez minutos si agilizo mis pisadas y esquivó los obstáculos de carne y hueso que vienen y van como zombies en las calles.

-Llegas tarde –añadió mi padre cuando me vio entrar hacia mi oficina con discreción.

-Cuarenta y cinco, cuarenta y cinco –repetí mirando mi reloj de pulso –He llegado quince minutos temprano corazón.

-Olvidas lo que te he dicho- me regañó con gentileza -La hora de entrada es a las 6:30 para nosotros.

-Lo sé señor, pero déjame disfrutar de estos últimos días de libertad –le rogué con ternura - Además, aparte de que decidí infringir la norma, se me presentó un accidente en la vía y tuve que llegar como cualquier otro ciudadano: a pie.

- ¿Estuviste muy cerca del accidente? –preguntó un poco turbado.

- ¿Me veis acaso con signos de dolor? - fue mi respuesta al ver su cara sin disimulo de intranquilidad - No. Sucedió unas millas más adelante, un oficial nos dijo que había dos heridos, espero que solo sea eso – imploré sobre esto último, aunque no me senté a conjeturara acerca de la trágica escena.

-Bueno, será mejor que no te preocupes. ¡Lista para la presentación!

-Eso creo –agregué con un poco de temor. Ellos no ven cuando te tiemblan las piernas, ellos no huelen tu ansiedad, ellos no ven tu temor a equivocarte por el acertijo que construyes en tu cabeza cada vez que hablas, ellos solo quieren ver y sentir que les inspiras confianza, quieren creer que la próxima presidenta de la compañía es la indicada, y eso es lo que anhelo mostrar principalmente a mi padre, que con sus ojos demuestra que, si apostaría por mí en esta y en la otra vida, aunque a veces sea un poco rígida su manera de andar.

Para mi salvación, la propuesta fue todo un éxito, ¡gracias al cielo!, siento que de algo me sirve la teoría y la práctica que tanto me tatuaron en la universidad, este primer mes será la supervisión de mi plan como un periodo de prueba para posibles modificaciones o diagnósticos no profundizados desde mi proceso de investigación, con el fin de mejorar los paquetes de servicios y seguros financieros a medianas y pequeñas empresas.

Me resta entonces esperar, ver como todo se pone en marcha, analizar los pros y contras, identificar mis vacíos y rellenos..., y seguir esperando, esperando, mirando el reloj, el calendario, tachando los números con la ansiedad y desespero que me cobijan.

Ha pasar ya el tiempo que me agobiaba, me encuentro cerca del grandioso día, ese que pondrá sobre mi acto un nuevo guion, espero ganarme el Oscar con ese papel, ya que hoy tan solo he pasado una pequeña prueba en medio de todo el campo de obstáculos que se divisa a lo lejos para mí; han sido más de treinta días de pura expectativa e incertidumbre, merezco un respiro luego de este trajín antes de que mis horas como mortal se terminen.

-Felicitaciones señorita McAdams –decían a cada rato los accionistas y socios en la reunión de la compañía, que dio como visto bueno la estrategia corporativa salida de la mente de su próxima presidenta.

-Lo has logrado –comentó mi padre acercándose de a poco mientras yo disfrutaba de la compañía de mi madre.

-Aún me falta mi coronación –dije sin mucho entusiasmo y con una sonrisa nerviosa.

-En dos días señorita, y no es nada del otro mundo, deberías sentirte honrada –añadió mi padre, como siempre tan encantador y entusiasta.

-Y mira quién se asoma por ahí –susurró mamá –No es tan apuesto cómo

tu padre, pero es mejor –añadió entre una sonrisa picarona.

-Siempre sabes que te he amado –mencionó sin mucha ofensa por sus palabras, habían terminado su relación en buenos términos, aunque es complejo porque aún no formalizan su divorcio.

No sé qué se traen eso dos o como llevan sus asuntos, solo que ya no habitan juntos, quizá sea solo un arrebató producto de los años y de la lejanía por los negocios, como un castigo mutuo por su complementariedad como pareja.

-Felicitaciones madame –saludó Colin besando mi mano con una reverencia.

Como no caer en la trama de su hermosura, quien no lo conociera diría que no era capaz de asesinar un mosquito, pero el misterio está en la gentileza, aunque no demerito que pueda ser un buen chico; nunca le faltaban las miradas.

Recuerdo haberlo conocido en una cena de negocios de la empresa, es hijo de una de las familias de renombre y cache en el país (en mis términos modestos), galante y en ocasiones cursi, solo que no fallaba si de no desentonar se trataba en cada milímetro de sus pasos.

-No había necesidad de tal alago –mencioné dándole un beso.

Esas eran quizás mis últimas horas en las que siguiera pasando “inadvertida” por los pacillos, escondida bajo mi fachada de heredera y no de dueña del mundo; así que quería disfrutar de esas valiosas horas antes de que me ataran de manos y pies a la silla cómoda reclinable, tan negra como el carbón que arde con el fuego en una oficina tan cuadriculada y blanca que no sabes si es una caja bien adornada. ¿Por qué soy tan extraña?, si eso es lo que muchos puertas afuera añoran, parezco alienígena en medio de la raza humana.

Si mi padre tuviera el poder de leer con lupa y escuchar el resonar de mi voz ultrasónica, podría desmayarse por tanto derroche, quejanbrosidad (nose si este término aparezca como digno del habla) y disgusto en la forma de ver mi mundo, uno del que él fue conductor, y como buen acreedor de su oficio no quiere verlo derrumbarse, no pretende concebir las ruinas en su diseño, ¿Ya no se ni que pensar de mi altanería oculta?, solo quiero, quiero dispersar un poco esta tormenta.

Razón por la que, luego de ese largo mes, hoy estoy decidida a ir a ese bar que hace rato no visitaba y donde podía cantar a todo pulmón mis canciones favoritas con mi grupo de amigas y bueno, algunos chicos. Éramos una generación que sentía las añoranzas de no poder haber nacido en un periodo de tiempo donde escribieran música y no palabras con rimas vacías; me dirán aburrida y anticuada quizá por la edad que tengo o el contexto en el que emerge esta sociedad en la que grito estas palabras, pero ni siquiera sé si soy generación y o x, ¿Quién lo sabe?.

Tan solo tengo veinti cuatro años y estoy aporras de ser la dueña de un imperio, ¿Cómo es posible eso?, y es que en la actualidad se le da mucha rienda a quien es un milenial o generación z, m, p o x, y demás; como deberían comportarse, la manera de identificarlos y el promedio de edad, pero esta clasificación de la diversidad homogénea un intervalo de personas cuyo conocimiento acerca de un grupo es incierta; sin embargo, aparece enmarcada bajo ese nombre y categoría.

¿Por qué esa necesidad de categorización?, ¿A quién beneficia?, y sí ¿no me siento parte de ninguna?, mi madre dice que en ocasiones pienso como ella y en otras como si tuviera diez años menos, así que todavía me quedaré con la incógnita.

Dejaré entonces hoy mi traje de ejecutiva y me iré a cantar, quizá haya encontrado en ese club una forma de escapar a mi realidad o simplemente he llegado a un estado de estar sumamente vacía donde ya nada me satisface, y simplemente, me quiero sentir importante por tratar de rebelarme contra el establishment al tener una noche de tragos.

-Cantan terrible –añadió Peter a mi lado derecho.

- Al menos se arriesgan a pasar vergüenza y no se quedan aquí sentados disfrutando del espectáculo –dije aplaudiendo a mis amigas en tarima.

- ¡Wow!, te están retando Pet –añadió Nicholas bebiéndose una copa de un sorbo.

-Aun así, hiriente y todo, eres tierna –me dijo con cordialidad –Me subiré a esa tarima si tomas ese micrófono conmigo –me invitó.

Me bebí una copa y me supo amarga, no soy te tomar solo de ir charlar y escuchar música en compañía de ellos, pero quizá esta noche me este arriesgado demasiado. - ¡Hecho! –afirmé parándome del sillón.

Pediríamos la canción Everybody wants to rule the World del dúo británico Tears of Tears, nos presentaron como el dúo impresionante de la noche, siendo yo quien daba la apertura suave un tanto relatada con la primera estrofa.

Fue en la siguiente donde nuestras voces se cruzaron - Acting on your best behaviour, Turn your back on mother nature... ¡Everybody wants to rule the World! –impulsamos a coro.

La verdad Pet no cantaba tan mal, era un joven encantador, somos amigos desde la universidad, me cuida como a su hermana, y no sé porque nunca me enamore de él, quizá porque una de mis amigas es su novia y prometida, se casarán primero que yo (vaya que al pensarlo sollozo de alegría); soy consciente que, aunque es un muchacho de negocios y familia de estatus, es mejor para las alianzas empresariales que mis ojos hubiesen sido puestos (a posta o no) en la escultura de Colin Bryan Spring.

Colin, Colin...hijo de uno de los socios y amigo de la familia hace diez años, de ojos color avellana, cabello castaño un poco claro, rostro bien tallado, figura de galán como fabricada por mano de dioses y de aroma a Chanel del más costoso, el próximo CEO nacido en una familia de clase alta y graduado de la mejor Universidad con título en Finanzas Internacionales, tenía toda la confianza de mi padre y la profesional para tomar el cargo.

- ¿Qué diría Colin si te viera en este estado? –me gritó luego de bajar del escenario por el alto volumen del lugar.

-No me diría nada, porque nunca me invitaría a estos lugares –alcé mi voz mientras me iba casi para el baño de los hombres y caí en cuenta que estaba perdida, he notado que no veo bien las convecciones o nada con normalidad a mi alrededor.

-Ya estás muy borracha, será mejor que nos vayamos –mencionó cambiado la posición de mi cuerpo a la dirección correcta, fui al baño y me eché agua en la cara mientras él me esperaba afuera.

- ¿Cómo es posible que siempre estés tan sobrio?, no es justo –le dije

- ¿Cómo es posible que estés borracha? –añadió sorprendido, cogiendo mis cosas para llevarme a su auto junto con Tatyana, de modo que me dejara sana y salva en el apartamento.

Pero de terca le pedí una más, quizá si estaba siendo muy dramática con el alcohol, aunque me tomaba esas cervezas como si fuera agua de manantial, ¿Quién soy yo?, si casi le tengo desprecio al licor, ¿Por qué estoy en esta condición? ..., solo espero que mañana pueda sobrevivir.

Sin embargo, desde la siguiente canción pasarían Piano Man del Billy Joel y The Final Countdown de la banda Europe, ¡Vaya que el bar despertó en euforia!, pero ya casi no tengo mis sentidos activos, así que no tendría más oportunidades y me sacarían para llevarme de rastra si era posible.

Eran las 2:00am y mi abrigo no me daba abasto acá afuera. Nos subimos al auto, yo iría en la parte de atrás posando mi cabeza en las piernas de Angie y mis piernas sobre los muslos de Nicholas, solo quería ser posada en la comodidad de mi cama por arte de magia, como cuando eres peque y tus padres son tus transportadores, así mismo. Solo que, ya no sabes si la luz es más segura que la noche o en revés, tan solo sé que mi cuerpo se elevó por los aires con tal fuerza que me golpeé muy fuerte la cabeza, escuché los frenos desgarrarse en la vía y sentí mi borrachera desaparecer por siempre.

Una Ducatti se pasó el semáforo en la casi solitaria calle de cuatro vías, y tan solo el tiempo le dio a Peter los segundos necesarios para intentar de esquivarlo con tal agilidad que solo logró acariciarlo para que el motociclista se resbalase en el asfalto, pero con el infortunio de que el carro tuviera una falla y diera contra el muro del edificio cercano. Todos en el auto con sus cinturones, menos la bella durmiente, quien resultaría ser la más afectada; el auto que los llevaba era un diseño muy riguroso en seguridad, dato que no fue suficiente para la ocasión.

Luego de que la señorita McAdams pudiera abrir sus ojos por última vez al interior de ese carro, solo pudo ver oscuridad, de la que se desprendió luego un rayo, una luz que se acercaba con rapidez hacia ella; eran dos farolas muy grandes sobre una máquina de cuatro ruedas.

- ¡Oye!, fíjate en la vía...la próxima vez pita –gritó subiéndose al pequeño carril peatonal en el puente donde aún a la luz de la luna corrían los autos, y las luces en la estructura iluminaban el solitario escenario.

- Señorita se ha visto la película Ghost de Jerry Zucker- exclamó un hombre joven de saco gris sin corbata y la camisa blanca desabotonada en el cuello saliendo entre la oscuridad de alguno rincón del puente de

Queensboro.

- ¿Disculpe?, no tengo tiempo para eso- respondió cortante.

-Y, ¿entonces que hace parada aquí?, debe tener tiempo de sobra- respondió el joven mientras revisaba la hora en su reloj –Que tonto, verdad que se me paro el tiempo –susurró dándole unos golpecitos al cristal.

A pesar de su aspecto pulcro, le daba inseguridad el hecho de que estuviese solo merodeando en la fría noche. -Vera, estoy aquí porque... porque –ella trataba de recordar la explicación, pero su memoria parecía estar en blanco, ¿Cómo es que había llegado hasta ese lugar?, ¿Dónde estaba antes?, trató ubicarse para poder encontrar el camino hasta su apartamento. Miraba hacia al sur y hacia el norte, cuál sería la vía correcta era lo que ansiaba hallar con prontitud.

-Tranquila- dijo viéndola tan inquieta - ¿Está perdida? –dijo mientras se acercaba a ella.

-No señor, solo estoy apreciando la belleza de Manhattan en la noche – aseguró con firmeza.

-Claro –acervó con un poco de ironía -Ya encontrará las razones – mencionó entre dientes a unos diez pasos, ella era precavida, pudo sentirlo; por cada paso de él, ella retrocedía con cautela dos.

-Y usted, ¿qué hace aquí? –preguntó la chica con un poco de amabilidad.

-Solo espero.

- ¿Que está esperando? – le cuestionó cubriéndose y masajeándose con sus brazos, llevaba unos pantalones de tela negros, una camisa blanca formal debajo del blazer gris, acompañado de unos zapatos Oxford camuflados bajo el mismo color de la noche -hace frío acá afuera y es muy tarde, ¿no es un ladrón? –agregó con un poco de desprecio.

-Ya la hubiese robado –comentó con frialdad.

Ella se asustó e indignó - Pero ya la han robado antes, así que me conmovió su situación –añadió el joven con frescura acercándose al borde del puente para mirar el río.

La señorita se alejó un poco, se imaginó que era un loco o psicópata, pero escuchó de nuevo su voz como tratando de perseguirla - ¿A dónde va

señorita? – le decía el extraño.

-Lejos de aquí, tengo que regresar, me están esperando –le gritó.

-De seguro muchas personas la esperan –gritó siguiéndola a su distancia poco a poco sin alejarse del manillar del puente.

-Por supuesto, no es un evento cualquiera y debo llegar a como dé lugar– le respondió mientras seguía caminando hacia el norte, quería ya zafarse de su presencia, podría ser hasta un acosador o secuestrador, pero tenía un plan b. Por si las cosas se ponían turbias, su opción era arrojarlo a un carro si fuese posible, pues al menos no estaba tan sola, aunque por más que intentara parar un carro, todos seguían su curso ignorando su pulgar arriba.

- ¿Qué sucede con esta ciudad? –refunfuño. Buscó entre sus bolsillos el móvil, lo único que halló fueron unas gafas de noche colgadas en el blazer.

-Ni me lo diga, es lo más horroroso que le puede ocurrir a alguien – añadió su perseguidor desde su prudente lugar entre ella y él.

Ella hizo un alto en el camino, se dio vuelta y le causó curiosidad el comentario - ¿Acaso también fue invitado?

-No –aseguró en seco - la invitación nunca me llegó, pero me obligaron a estar en ella –fue su sobria respuesta.

- ¿Cómo es eso posible?, nadie pasa sin invitación –se cuestionó, creyó de nuevo que era un simple estafador bien vestido - ¿Cómo se llama? – le preguntó con desconfianza.

-Es un placer – dijo de lejos inclinado levemente su cabeza - ¡Soy Dylan Evans Ford!, a sus servicios.

-Señor Evans, ¿entonces como sabe que es terrible?

-Pues...No creo que ni a usted ni a mi nos encante estar muertos –confesó sin censura.

Emily se sorprendió por el mensaje, sudó frío y sintió un calambre, ¿qué cosa acaba de mencionar este chico?, definitivamente deliraba bajo el efecto del amanecer aun con la luna de compañía, aunque su fachada fuera la de un hombre un tanto culto, le patinaba el coco.

-Fue la manera más sutil que encontré para decírselo -replicó con un poco

más de amabilidad en sus palabras al ver su cara de pasmada.

Algo si cuadraba en su cabeza y era que ese suceso era el único que podría ser el porqué de la desaparición y aparición sobre ese puente, aunque que eso resultará ser muy insólito para imaginárselo; empezó a tocarse las manos, a examinar su cara, se acercó de inmediato a una baranda, se sentía muy extraña, perdió la noción del tiempo y una crisis existencial invadió su mente.

¿Qué no era la noche de su presentación en la compañía?, estaba segura que era el día, pero no estaba vestida como tal para la gala, eso podría ser un indicio de que algo no cuadraba en su panorama, *en que hueco te has metido Alicia* se decía, sería posible que un disparatado conejo la hubiese conducido a ese país de las maravillas, uno que no tendría fin.

Tan solo necesitaba una prueba como clave para descubrir su hipótesis, ¿en realidad esto le estaba pasando?, se acercó al barandal con cuidado y quiso cogerlo con fuerza, pero su hazaña se convirtió en tragedia y paso derecho hasta caer de esa altura.

–Ay no puede ser –susurró desilusionado su espectador impactado por el grito que caía con ella. De inmediato, el joven sea arrojó al río para rescatarla, los dos en las frías aguas nadarían hasta la orilla, hacia una pequeña cueva que tenía debajo del puente cerca de una elevación verdosa y suave.

-No se puede morir dos veces señorita, muy graciosa –le mencionó el joven no quitando su vista de ella.

-Que tonto ...No me quería suicidar- dijo tiritando. Al verla en ese estado sacudió con fuerza su saco hasta que quedo más seco y la abrigó, además de cubrirle la garganta con su bufanda negra que busco debajo del puente.

-Tiene que tomar algo caliente, puede venir conmigo –añadió con ternura.

-Quiero irme para mi casa –ordenó furiosa.

- ¿Dónde vive usted? – trató de concederle su petición por más agria que pareciera esta chica.

-Es un extraño, no se lo diré –dijo cortante, ahora si estaba más confundida y perdida.

-Estoy muerto, ¿que podría hacerle? –aseguró con un poco de molestia por sus rechazos. Entre más cordial y caballeroso, ella más lo rechazaba, solo que a veces olvidaba la primera vez que él se encontró en esa situación, solo y sin esperanzas.

-En Long Beach –añadió para molestarlo luego de ver su cara de frustración.

-Eso queda al otro lado del país – respondió sentado frente de ella sin hacer mucho contacto visual, sabía que en otras palabras lo estaba despreciando. - ¿Entonces cómo fue que llego hasta acá? –susurraba para sí mismo esperando que cediera un poco.

- ¿Esto tiene que ser un mal sueño?, comí demasiado, o fijo bebí algo ...- pensó, pero no tenía una imagen clara previo a su llegada al puente –además ¿cuándo un ser humano no ha tenido en su vida estos viajes extraños? – exclamó la joven perturbada.

-Bueno, normalmente la vida es un sueño loco –le siguió el juego su samaritano.

-Dígame que estoy soñando –le suplicó al hombre misterioso.

- ¿De qué le serviría si yo no estoy soñando? –añadió para ver si por fin lograba aterrizar un poco su realidad y le quitaba un peso de encima.

-No me hable tan enserio.

- ¿Está segura de lo que me está pidiendo? –ella giró su cabeza dudosamente -Siendo así, no está muerta –afirmó con franqueza ante su reacción.

Se sintió aliviada. - ¿Lo dice enserio? –él se encogió de hombros tratando de mostrar que no sabía nada, posiblemente si alucinaba.

El termino de muerte según la real academia española cita así: *Cesación o término de la vida o en el pensamiento tradicional, la separación del cuerpo y el alma*. De verdad me sorprende las significaciones que estos humanos a construido con el tiempo, definiciones que al momento de sacarlas del mundo de las letras suenan muy aterradoras y se siente como tal, esa era precisamente, la sensación que se apoderó de la joven perdida, a la que ya le sabia a cacho el término.

- ¿Tiene amigos señor Evans? –quiso dispersar su sombrío estado con algo familiar.

-Aquí no, algunos ya han partido, y otros se sumen en la oscuridad. Como puede apreciar me encontró solo –le enseñó.

Ella seguía insegura del momento por el que atravesaba y la conversación que tenía, pero, si efectivamente estaba muerta, ¿por qué seguía sintiendo el frío y el calor, la ansiedad y la calma, el miedo y la tranquilidad? - ¿Cómo es que usted sigue aquí? – le preguntó.

-Verá señorita, ¿en algún momento se leyó a Dante? –ella negó con su cabeza y mencionó-Nunca me gusto.

-Pues que bueno, porque yo tampoco me lo leí, solo me ojeé un resumen de la Divina comedia para la Universidad.

- ¿Que tiene que ver eso con mi pregunta?

-Nada en realidad, solo es un rompe hielos. Pero será mejor que se mueva un poco, no vaya a ser que se amañe mucho en esta dimensión –dijo mientras se ponía en pie y subía hasta la carretera.

-Mejor le acompañó –respondió Emily mientras él se alejaba de ella, no quería quedarse sola.

-En serio, ¿Sería tan amable de decirme al menos el distrito y no el número de su apartamento? –insistió parado al inicio del puente, casi le tuvo que rogar, y era lo que más detestaba hacer.

- Upper East Side - dijo

Él se sorprendido por el lugarcito modesto en el que residía, tan histórico como algunos de habitantes ricos concentrados y tachados como el barrio de los multimillonarios. -Hacia el norte –le señaló su punto cardinal–No estaba tan perdida – le mencionó.

-Gracias...-le respondió con amabilidad, sintió que había sido un poco malagradecida frente a su actitud sincera y de mirada pura –Por cierto, soy Emily – le comentó estrechando sus manos formalmente.

-Es un placer Emily...-McAdams –agregó ella –señorita McAdams.

- ¡Verá!, la dimensión del más allá, se divide en tres, la primera esta allá -

dijo señalando el cielo oscuro sin estrellas con su brazo derecho -el otro sector se ubica acá - pisoteo el andén con su pie izquierdo y señalo hacia abajo - y este lugar en medio -mencionó dando un giro de 360° con sus brazos estirados al horizonte...

-Estamos en el purgatorio-intervino ella con algo de duda, desagrado con algo de temor.

-Yo no lo llamaría de esa forma, aquí no hay puntos medios, solo es una particularidad de este espacio, es una especie de salón de espera, no es para todo el mundo. Te acostumbrarás con el tiempo, ¡Vamos! -le invitó a que le siguiera camino hacia el norte.

- ¿Con el tiempo? -ella aceleró su paso para que no la dejase atrasada - ¿cuánto lleva usted merodeando por aquí? -le interrogó.

-Unas semanas, pero se aprende mucho en ese tiempo - le mencionó caminando de espaldas para poder verla.

- ¿Y qué pasa con los que se fueron?

-Eso depende -ella se acercó a su lado para caminar al pie cuando él se dio vuelta hacia el frente -Si te portas bien, pues te esperan arriba primor, y si no, allá abajo ahí suficientes tiquetes para más gente.

- ¿Que ahí posibilidad de ir a parar allá? - mencionó con susto producida por la frivolidad de su expresión.

-Por supuesto -aseguró con malicia en sus palabras -Esto no es un viaje infinito, en algún lugar debe aterrizar el avión -hizo una pausa y miró de reojo la reacción de pavor en su compañera -Y para personas orgullosas, engreídas y odiosas siempre les tienen una bienvenida reservada -agregó contento.

-Eres un mentiroso -le dijo ella creyendo que este la estaba tomando por tonta y solo quería asustarla.

-No me creas, pregúntale al que quieras. Que, en las noches, en la oscuridad de las calles, de cualquier lugar pueden salir las sombras y llevarte de rastra hasta su casa tenebrosa, de la cual nunca podrás salir -relató con tono misterioso acompañado por la bocina de un tracto camión en la vía, logrando asustarla aún más por la severidad y seriedad de la afirmación de aquel muchacho.

Ella no refutaba nada, solo analizaba con precaución su alrededor y tenía la fe de que, si algo así era cierto (pues se encontraba en un mundo desconocido), entonces ese joven al menos estaría para defenderla.

-Debes tener cuidado por donde pisas, no vaya a ser que te encuentres con una de esas criaturas..., siempre llegan en manada para devorar a sus víctimas. -le advirtió mirándola a los ojos -De arriba y abajo analizan cada movimiento que hagas, cada acción y pensamiento, estas en un campo de juego muy peligroso –testificó.

Por su parte, Emily empezaba a tener síndrome de persecución, miraba con desconfianza a diestra y siniestra, incluso a los autos que pasaban por su lado a pesar de que ella no podía ser percibida por los conductores, te sientes perdido en un espacio aterrador, poco acogedor y muy inseguro, más con un chico que le contaba mitologías baratas, pero, era lo único fiable con lo que contaba en esos momentos.

No sé si alguna vez les paso que se perdieron en el supermercado, bueno, he visto a muchos niños en esa penosa y aterradora situación, gritando y llorando con desespero, esperando hallar el porqué de su condición, ¿qué mal hicieron para merecer ese castigo y reprensión rodeados de extraños persecutores con dientes afilados y sedientos de sangre?, eran esos sus látigos como penas. Y desde esa perspectiva, similar era el curso de la señorita McAdams tratando de procesar su estado actual.

CAPÍTULO II

Se Apaga el Sol

Fue así como caminaron y caminaron hasta llegar a su apartamento, el sol nació y ya les seguía los pasos a esos extraños. Durante este largo trayecto estuvieron muy tímidos y callados, tan solo el señor Evans miraba como los ojos de su acompañante brillaban de asombro al ver la gente pasar por su lado, ella les esquivaba como un pato a la bala de su cazador, causándole curiosidad e impacto que el mundo seguía girando tal y como siempre sin que se percataran de su presencia o ausencia.

Al llegar a la puerta del apartamento notó que sus invasores estaban de salida muy de prisa, eran sus padres y algunos familiares inmersos en un aura de dolor, incertidumbre y enorme pena. Debían bajar primero que ellos, así que Dylan tomó su mano, y se adelantó con ella en el primer ascensor que encontró libre.

-Yo puedo caminar sola –le dijo tratando de zafarse de su mano

-La ocasión lo amerita, ¿créame?, ya lo descubriré –ni siquiera la apretaba con fuerza, pero sí creyó que para ella era imprudente e inapropiado - Tenemos que darnos prisa y encontrar donde estas – le mencionó decidido.

- ¿y cómo lo voy a saber si no alcance a escucharles?

-Te olvidas que eres omnipresente...esta vez viajaremos en carro – aseguró mientras ella le indicaba cual era el auto de su padre en el estacionamiento. Emily logró traspasar la puerta para ponerse cómoda en el asiento trasero, pero por más que lo intento, una y otra vez no podía sentarse,

quedaba siempre de pie o pasaba derecho como si estuviera en un sillón con fondo.

-Esto no está funcionando y ya vienen, ¿Qué vamos a hacer? –preguntó frustrada por su aparente incompetencia.

-Debemos irnos con ellos –pensó un rato-esto de seguro me va a doler –susurró, pero se atrevió a exponer su idea –Te tengo una propuesta un poco loca.

-Dime lo que sea, ya he escuchado y visto suficiente –puso sus manos en la cadera para atender la genialidad de su compañero.

-Muy bien. Te llevaré cargada, solo así lo lograremos –de inmediato ella se acercó indignada y le bofeteó. -No me mal interpretes –dijo un poco avergonzado luego de que el cachete le quedara rojo.

-Dime si funcionará–le miro con arrepentimiento.

-Eso espero, nunca lo he hecho –dijo sobándose la mejilla como una rareza que le ocurrió.

Ella accedió precavida, primero esperó a que se subiera para que el extendiera su mano y la ayudara a acomodarse de lado encima de sus muslos, quiso sostenerse del manillar en el techo, pero su mano se resbalaba como humo por el objeto. -Vamos a tener bastante trabajo después de esto –le mencionó

- ¿De qué hablas?

-Ya veras, por ahora no te sueltes y estarás segura. Te lo prometo –le aseguró mirándola a los ojos.

Ella apretó su mano fuertemente con la de él, el tono grueso y sincero de su voz le daba confianza, mientras que apoyo su otra mano sobre su hombro derecho para no perder el equilibrio. ¿Por qué el libremente podía acceder a todos los objetos?, no parecía estar en la dimensión de los muertos, nada le era ajeno y podía apoyar deliberadamente su brazo encima de los asientos de cuero.

El auto avanzaba por las calles tan deprisa, Emily sentía y veía la desesperanza en los ojos de su padre por el espejo retrovisor, sensación contagiada en sus amigos sentados en la sala de espera del hospital cuando

llegaron sin perder al igual que un detective las pisadas de sus informantes, lo que les sirvió para cumplir con su propósito de persecución.

- ¿Nick, Taty... -susurró con alegría al verlos entre los allegados.

- ¿Los conoces?

-Son mis amigos, y puedo deducir que estaba con ellos –insinuó confundida.

-Es una probabilidad muy grande, ¿Recuerdas algo hasta ahora? – ella movió su cabeza en negación, pero alcanzaba a escuchar sus conversaciones, observar la cara de culpabilidad y destrozo en Peter, quien pedía mil y mil veces perdón a los señores McAdams, pero ellos junto con Tatyana solo le consolaban.

Esa joven se imaginó lo peor, quizá estaba en muy mal estado tras esas paredes blancas y por eso la desdicha de su amigo. Esperaron entonces al momento en que sus padres iban a ingresar a la habitación, Dylan la sostuvo de su brazo con delicadeza y le pidió que esperara.

-Tienes que saber algo antes de ingresar –ella se dispuso a escuchar con cara de preocupación –No es tan grave como parece, pero cuando cruces esa puerta y te encuentres cara a cara con tu yo de la tierra, recordarás exactamente todo lo que te sucedió, eso a veces suele ser traumático para algunos –le advirtió con gentileza.

-Gracias –le respondió ella soltando su mano, tomo fuerzas y aprovechó la puerta entreabierta para poder ingresar.

El llanto de su madre, la cara de trauma en su padre y el reporte del médico fue un escenario horripilante, el tiempo corría más lento a medida que se acercaba al cuerpo de la joven postrada, rodeada de máquinas con ruiditos estresantes y descansando como siempre lo había añorado; se acercó más y más hasta detallar que efectivamente era ella la presa de un delirio. Con su imagen tan clara parecía entrar en crisis, intentó poner sus manos sobre su suave y pálido rostro cerca de su frente marcada con un pequeño vendaje.

Sintió de nuevo como iba en compañía de sus amigos en el tren cubico con una cruz encima donde no había música o algún sonido melodioso aparte de sus voces en el mundo de la vida tangible, pero ella, ella era la que más agonizaba producto de los tragos, solo quería descansar en la suavidad de su

cama, sintió de nuevo como las palabras se convirtieron en gritos de auxilio y dolor, escuchando como los vidrios se quebraban como si estrujaran en sus odios, las puertas se azotaban y el silencio..., ese sombrío silencio invadió las puertas de ese nuevo mundo a punto de cruzar.

-Su estado de coma es delicado, no sabemos por cuánto tiempo durará en esa situación, pero estará en constante revisión –añadió el doctor despertando a Emily de su vacío temporal. Miró de nuevo a sus padres con nostalgia, sintió que estaba perdida, convertida en agua como las lágrimas de su madre que se evaporan o como las plegarias de su padre que se pierden en el aire.

-Lo siento mucho –se susurró a ella misma en el oído y a los dos seres que más amaba, le incomodaba en gran manera estar más en ese cuarto.

Sus piernas pesadas se escurrían hasta la sala de espera, la máquina que la supervisaba detectó una falla en la paciente, de inmediato el grupo de enfermeros se hizo cargo, no la podían perder. Dylan se percató de esa alma moribunda que huía con una nota de suicidio en un cartel sostenido por sus enclenques manos.

- ¡Oye! –exclamó mientras ella se desmoronaba en sus brazos sin esperanzas - ¡señorita, señorita! –ella no alzaba cabeza y tampoco paraba su llanto - ¡Emily! –le llamó, de inmediato ella se contuvo y le miró.

-Necesito que te tranquilices, perdóname por gritarte, pero si no lo haces...

- ¿Qué va a pasar? –le retó ella–dime cuantas cosas pasan en este mundo tan cruel –le exclamó con rabia mientras le daba unos puños en su pecho –Me quiero ir, me quiero ir de aquí –hablaba con resignación.

- ¡Oye!, vas a estar bien, prométemelo –le dijo sosteniéndola con fuerza, siendo de soporte a ese cuerpo que se derramaba en el pasillo de nieve –por favor..., sino pones otra actitud te van a llevar los de las sombras y esta vez hablo en serio.

- ¡Que vengan! –gritó sin temor con melodrama –llévenme ahora y arrebaténme esta locura, ¡Los estoy esperando! –exclamaba con desespero.

- ¡Que mujer tan testaruda! –refunfuñó Dylan tratando de controlar su histeria.

- ¿Por qué no vienen? –seguía suplicando en esa dimensión, dispuesta a abandonar la batalla, lo que le llevo a obtener un bajón de ánimo; se sintió fatal y toda su fuerza se fue a pique en la fría baldosa como su cuerpo en esa sala de hospital.

Él joven con estupor solo la veía tendida en el piso como un trapo pisoteado al pie de sus rodillas, era una escena realmente deprimente. - ¿Quieres saber que se siente estar muerto?, pues bien, ¡gózalo! –le recriminó cargándola para atravesar junto a ella la puerta hacia su habitación –Ahora vas a hacerte un favor –le ordenó parado frente a su cama.

-Déjame irme en paz –le susurraba ella con amargura, solo esperaba que alguien extinguiera ya su flama.

- ¿En serio te quieres ir?, ¡dime que te quieres ir! –le retó con afán supervisando constantemente como el grupo de enfermeros trataba de mantenerla con vida - ¿Escuchas eso?, tin, tin, tin tin tin. ¡Son el palpitar de tu corazón!, no quieres escuchar el otro sonido ¿Verdad? –la enfrentó con una postura autoritaria, pero con un toque de amor en sus palabras.

Ella ocultaba su cara en el pecho del señor Evans, se refugiaba en su espacio blanco con los ojos cerrados para que nadie se los abriese ni con pinzas; el hecho de querer ver su estado le repugnaba y confundía le vida que ya había construido en su pasado.

-Me quiero ir, déjame ir señor Evans...-dijo casi agotada, no tenía ánimos ni de maldecir el día de su existencia, cada vez tenía menos ímpetu, pesaba al igual que una almohada en los brazos de ese hombre extraño; pero logro verse luego de liberarse de su ego, logro ver como todos pedían y luchaban porque se quedará un poco más con ellos en su féretro de nieve.

–No me quiero ir, quiero quedarme –replicó ese cuerpo casi desahuciado, con un alma animada por las voces de sus padres apoyados el uno al otro para superar ese suceso amargo.

-Ya no te quieres ir ¿eh?, tú no te vas hoy – afirmó con fuerza al sentir su pasión retornar en ella- ¡Vamos!, necesito que te mires y anheles quedarte, por ellos, hazlo por ellos, tienes que sentirlo de verdad –le impulsaba señalándolos mientras un nudo en su corazón se atravesaba, sentía por un momento que la iba a perder, y aunque no sería la primera, sí esperaba que no fuera la última.

Dos lágrimas más, corrieron por las mejillas de Emily, se miró sin consternación sobre su lecho tan pulcro, cerró sus ojos con fuerza y pensó en tranquilizarse mientras se aferraba a los brazos de ese joven que la sostenía, se miraron el uno al otro, Dylan le susurró con cariño –Quédate por favor – ella asentó con su cabeza y la sonrisa en su mirada le respondió.

-No te vas a librar de mi tan fácil – le susurró la señorita McAdams.

Luego de unos segundos su pulso se estabilizó de a poco y el cuerpo médico celebró la hazaña, sus padres se abrazaban en júbilo llorando de alegría por el regreso de su hija.

-Dite algo lindo –le dijo mirando a la Emily que dormía.

-Debes aprender a luchar pendeja, tienes que intentarlo como un volcán en frenesí –trato de exclamar agotada por el trajín de casi pasar por su túnel de la luz –definitivamente me veo muy mal.

-Bueno volcán..., espero que no sea un destructor con otros por esa noción.

-Una explosión es la ecuación para una génesis o destrucción, siempre han sido sus cartas; todo depende del ángulo que lo detalles –le dijo poniendo su mano sobre el pecho fornido de su socorrista con actitud de sabionda bien recuperada, al menos por el fulgor un instante en sus neuronas.

-No pudiste darme mejor susto –le recriminó el joven mientras iba a sentarse en un sofá al interior del cuarto llevando aun a la sobreviviente sobre sus brazos que se notaba más vivaz.

-Te lo merecías por lo del cuentito de las sombras.

-Pero, si es verdad –aseguró sin titubear - ¿Ya te sientes mejor?

-Mucho mejor, gracias –sintió un gran alivio y descanso, era una inconcebible sensación y apreciación de la vida si es que por ese cuerpo el aroma a vacío era algo imposible -Y tú ¿estás bien?

-Casi me quiebras la espalda. Pero sí, estoy muy bien gracias –bromeó con ella.

Uno a uno los habitantes de la dimensión de los vivos desalojaban la habitación, no sin antes la señora McAdams besar a su hija en la mejilla y a su padre dar un beso sobre su frente con ternura.

-Creo que ya no tienes el peso de pluma –confesó Dylan haciéndose el sufrido sin sonar tan hiriente luego de la rápida estabilización de su compañera. Ella se percató de su comodidad y de un salto se puso en pie.

–Lo siento, de verdad –se sintió apenada por parecer una aprovechada – ya me estaba acostumbrando, tienes muslos muy cómodos –le confesó con confianza y algo de timidez apretujando sus manos a la altura de su vientre.

Luego de estar con más ánimos y energía, ella se despidió de su yo de carne y se fueron de allí. En su retirada, antes de abordar el ascensor del hospital se encontraron con otro fantasma particular, la figura de un anciano muy vital y de buen semblante.

- ¡Robín!, qué bueno verte –saludó con calidez dándole un abrazo al chico.

- ¿Robín? –preguntó ella con extrañeza.

-Es Robert –leyó ella en sus labios mientras él aún era preso de los brazos de su anciano amigo –señor Moon, ¿Cómo se ha sentido?

-Muy bien por estos días, un poco solo, pero he disfrutado un poco de esta vida.

- ¿Qué tal su pronóstico?

- Creo que aún tengo algo pendiente, a veces me quiero ir y en ocasiones no – confesó.

-Tendré que despedirme de usted algún día –bromeó Dylan aun abrazo del hombro de su referente del tiempo.

-Eso mismo espero...oye y ella, ¿es tu novia?, es muy hermosa –achicó sus ojos para detallarla.

-No señor –añadió ella con sagacidad, si apenas se conocían los dos.

–Ella era la del escándalo hace un rato –añadió el señor Evans con un susurro en la oreja.

- ¡Vaya mujer!, no te preocupes, no has sido la primera –relató el sociable anciano.

- ¿Ah sí?, y... como ¿Cuántas más han sido? –preguntó con curiosidad y perspicacia.

-Ufff, como unas diez más, pero es una pena, todas estaban casadas –se lamentó el anciano con un tono pícaro, había perdido la oportunidad de encontrar el amor en otra dimensión.

-Eran mujeres de unos cuarenta a cincuenta años, excepto por una viejita que adoro demasiado, tenía sesenta y tres, era como mi madre. Es la despedida más triste que he tenido –no demeritó Dylan en la aclaración con congoja.

–Sí, yo estaba ahí cuando se fue, que Dios la tenga en su gloria –agregó el anciano cerrando sus ojos y pidiendo por su vieja compañera.

- ¿Para donde se fue? –preguntó la señorita confundida.

El señor de anteojos grandes le señaló hacia arriba, de inmediato ella miró a Dylan, su recuerdo lo había compungido un poco. –Desde entonces Robín se prometió no ser más un guardián, así le bautice...- hizo una pausa abrupta -muy bien, ¡ya me tengo que ir! - se despidió –gusto en conocerla señorita.

-Ve por el buen camino George Cloney joven – se despidió con tono jocoso y amigable el joven Dylan para el disfrute del anciano caminante, comediante y nada decrepito.

- ¿Guardián?, me quieres contar y resolver los miles de incógnitas que tengo –comentó Emily mientras veía como se alejaba el simpático señor.

-No te preocupes, como usted desee así procederé. Por ahora, tengo que enseñarle algo.

- ¿Es bueno o malo?

- ¡Vamos! –le ordenó tomando la iniciativa de mover sus pies para ir a la delantera. Caminaron hasta la salida, pero el sol aún era el foco del escenario, así que se arrepintió y la guio hasta la biblioteca central, ella como una fiel hormiguita le seguía donde la llevara sin refutar, aunque a veces si preguntaba demasiado.

- ¿En serio?, me traes a una biblioteca para charlar – que joven tan raro se decía ella.

-Que no le ves el chiste –añadió saltando hasta una mesa vacía tomándola como sentadero – ¿No te sientas? –le invitó.

Ella hizo una cara de extrañeza por su propuesta, se supone que para eso

están las sillas, pero nadie podía verles y casi estaba medio vacío el lugar. Él por su parte la esperaba con su mano extendida para ayudarla a subir, pero la señorita McAdams lo haría por sí sola, primero apoyándose en una silla como su escalera.

-Muy bien –dijo en voz baja poniendo una pizca de secretismo.

–No me vengas con ese tono... –dijo acercándose a él.

- ¿Entonces porque te acercaste? –le preguntó con astucia.

- ¡Genial!, es el efecto del misterio señor Evans –añadió ella retrayéndose a su posición inicial –Me debe una explicación –afirmó con su postura recta.

- ¿En serio quiere escuchar? –le preguntó y ella aseguró con el mover de su cabeza –Esta bien, al menos le relataré lo que escuchó hace un rato, pero antes, ... ¿Por qué pusiste esa cara de asombro cuando hablo de las demás mujeres?

-Eres un tramposo, primero debo obtener mi respuesta –le reprochó.

El señor Evans la miró con el ceño levantado, tenía un poco el porte de galán, aunque no era soberbio, parecía no notar que era muy apuesto con sus patillas arregladas y su corte elegante de cabello, se cruzó de brazos y la intimidó por primera vez con su mirada, nunca lo había detallado tanto hasta ese momento.

–Porque..., no lo sé, me produjo curiosidad –afirmó, no de la forma más creíble, pero es fue lo que no pudo remedir en disimulo.

-Creíste que era el Casanova en este mundo de almas divagantes –comentó con horror.

-Nunca pensé así, no pongas palabras en mi boca donde no las hay –quizá si le pareció fantasiosa envuelta en majo de concupiscencias.

-Ya veo, a mí también me daría curiosidad si la historia fuese a la inversa –agregó él con picardía.

- ¡Claro! –le miró ella sin juzgarlo y con una sonrisa sarcástica –Ahora si me puedes develar los misterios en este mundo de fantasmas –insistió como una estudiante en clase.

El joven hizo una reverencia con su cabeza, eso solo sacaba una mirada

de ¿de verdad lo haces? en su acompañante, era incensario el gesto para ella, pero no quiso darle tanto revuelo, supuso que a él solo le gustaba hacer el del papel cómico.

-Veras, este mundo es como el de Peter Pan, ¿dime por favor que a este si lo conoces? – clamó.

-¡Tranquilo! Me la vi en teatro, tengo el libro y en me he visto algunas adaptaciones en el cine, para que veas –afirmó ella con orgullo.

- ¡Gracias a Dios!, ...muy bien, yo lo llamo el mundo de los perdidos, pensé en titularlo el de los muertos, pero según la teoría que formulé...

- Sí la recuerdo –le interrumpió.

-Bien, luego de un mes de estar en esta situación...

- ¿Un mes? –añadió alarmada.

- ¿Me dejarás terminar? –le pidió con respeto.

-No he dicho nada–replico tragándose su terror por los números que significaba ese mes.

-Entonces, descubrí que, en esta dimensión intermedia llegan las almas perdidas, por dos situaciones, la primera: enfermedad o por estado de coma, como nuestro caso, y segundo: por la incapacidad de desapego, es decir, cuando ya están muertos físicamente, pero algo les impide seguir su camino, como el señor Moon.

-Parecía tan lleno de vida –agrego ella aterrada por el relato.

-Así estamos todos –se cruzó de brazos y encogió de hombros -Eso, por un lado, el señor Moon fue el segundo que logré ayudar después de arribar y comprender la dinámica en esta cárcel... -continuó con su presentación.

- ¿Cuáles dinámicas? –añadió ella, pero al percatarse de su mirada –Lo siento, prosigue, ya me callo.

-Prefiero que sigas hablando a que no digas nada, ¡créeme! Continuando; junto con el señor Moon luego de trasmitirle mis conocimientos, anduvimos juntos por una semana. Ayudábamos a todos los perdidos, como tú, como yo, como la señora Louisa, una mujer negra y acuerpada, ruda con la vida y tierna con las personas – hizo una pausa, bajo su mirada y se puso serio, trago

un poco de saliva antes de seguir –Fue la última mujer a la que ayudé hasta que llegaste, era tan hermosa, tenía una sonrisa gigante y siempre me tomaba del brazo, le enseñé todos mis trucos, como a cualquier divagante y extranjero en esta tierra, pero ella, ella era especial. Me contó que tenía una hija que la esperaba, me conto su accidente por el cual se debatía entre la vida y la muerte, pero nunca vi temor en su mirada, su presencia me hacía sentir vivo de nuevo, fue mi amiga, fue mi madre por dos semanas, ...hasta que se durmió en mis brazos y se desvaneció al salir el alba –le comentó con su corazón destrozado.

Hubo un silencio entre los dos, Emily fue tocada por su historia y no retuvo las lágrimas que se deslizaron por su mejilla, en el caso del señor Evans derramó su dolor, solo sus ojos se aguaron, se reprimió el sentimiento y tan solo se sobo el mentón; al elevar su mirada vio la chica de los ojos brillantes.

–Lo siento mucho –le dijo ella con voz sincera.

-Siento haberte puesto dentro de este momento triste de mi estado..., no sé, ni siquiera sé cuál es mi estado –sonrieron juntos.

–Y por eso te llama guardián –agregó con aprecio.

-Bueno algo así, he conocido un total de cincuenta personas en un mes, ¿cómo me los encuentro?, bueno, a veces depende del destino o no sé qué quiera Dios conmigo, hago con ellos lo que me hice a mí mismo: enfrentar mi realidad y construir estrategias de supervivencia, tan solo sigo esperando mientras más llegan. Desde su partida me jure que no ayudaría a nadie más, me aparte del sr. Moon cuando el también falleció y decidió seguir solo, como lo hacía con todos los que conocía, les daba las bases para no perderse en el camino y luchar.

-Eso puede explicar tu nombre de Robín –señaló como su hipótesis.

-Es Robert, no sé porque nunca lo pudo pronunciar, he ahí otro secreto, ese es mi nombre de pila –aclaró.

- ¡Vaya!, Robert Dylan, me gusta –el señor Evans de una forma u otra se sonrojó por la forma como la señorita McAdams lanzó el comentario, pero bajo la cabeza y trato de ocultarlo.

- ¿Y porque me ayudaste? –preguntó ella con intriga.

-No lo sé, no me recordaste a nadie, ni a mí mismo, creo que tuviste menos trauma que yo, solo que, quizá recordé que podía ayudar a la gente, aunque me den cachetadas –agregó.

- ¡Oh por Dios! Fue un comentario muy incómodo para tu información – se apenó un poco por eso, quizá no debió darle esa tunda.

-Lo siento, -comprendía que para entonces su intención fue poco apropiada -y..., lo de las sombras que arrastran, era una broma –añadió el joven.

- ¡Lo sabía!, lo sabía..., me lo merezco, si me lo merezco –dijo cayendo en cuenta.

-Bueno, en realidad no es tan broma, solo que cuando no aterrizas a tu realidad, te sumerges en las sombras, se ensombrece tu mirada y aunque parezca una metáfora, es así, te quedas aquí por siempre enloquecido en un rincón. Tuve que presenciar dos de esos casos, nunca se dejaron ayudar – agregó –Bueno, ¿No tienes hambre? –dijo el giro en su trama.

- ¿Debería?, a veces ni siquiera siento mis pies –comentó con curiosidad.

-Eso es malo, es muy malo ...-dijo burlándose de ella.

Fueron a dar un paseo por la Biblioteca y ojearon algunos estantes con temáticas como historia antigua o medieval, astronomía, física y literatura clásica. Dylan agarró uno de los libros para ojearlo.

- ¿Cómo es que haces eso? –preguntó asombrada, no había moros en la costa y él se lucía con su acto.

-Te dije que teníamos mucho trabajo, ten –dijo poniéndole La Teoría del Todo de Hawking en sus manos, pero este, paso derecho con sus páginas al aire hasta que ágilmente con la otra mano lo pudo coger en el aire.

-Creo que si tenemos mucho trabajo –añadió ella desilusionada de sí misma por no sostener un básico objeto en ese mundo –Pero, ¿Cómo es que pude sentarme sobre esa mesa y no en los asientos del auto? –esa cuestión resultó interesante, hasta yo me lo pregunto.

-No lo sé, quizá porque estabas más tranquila. Es como una energía, por tu fuerza de voluntad, creo yo –de verdad era una gran pregunta, él se ingenió para resolverla con un pequeño acercamiento científico, aunque no lo fuese

en experiencia “innata” el señor Evans.

-Y, ¿hay una forma de arreglarlo? – ella esperaba que le diera una buena noticia.

-Sí, ya aprenderás como dominar la fuerza... ¡Ven!, tienes suerte de que no hallas traído tacones –le mencionó aliviado, similar a ella que se imaginaba necesitaría sus pies hoy más que nunca para desplazarse por las calles que nunca vio, que esperaba fueran una ilusión.

La luna ya estaba reclamando su lugar, y era buen momento de bajar hasta el subterráneo, aunque estaba un poco congestionado por la hora pico, los seres humanos se amotinaban como podían en cada metro que se estacionaba, las leyes de la física no tenían cabida en ese medio de transporte, las superaba todas, era aparatoso ante la vista de la joven empresaria.

-Cierra la boca, ay muchos microbios por aquí –comentó él con gracia.

-No puedo creerlo, esto es ...- mientras pensó el termino más acertado.

-Espantoso, es un hacinamiento sabias, -interrumpió su compañero sin titubear - ¿Nunca has subido en uno? –le preguntó como si fuese el acontecimiento más insólito, a lo que ella negó con su cabeza atónita con las escenas que pasaban en frente.

– Pues es una lástima, es toda una travesía –agregó desilusionado de que esta muchacha no tuviera un capitulo similar en la historia de su vida.

-No seas sarcástico, no me imagino que se sentirá. Debe ser terrible... ¿Y bien?

-Oh sí, este será nuestro escenario de la única rutina de entrenamiento. Tendremos todas las horas posibles hasta que aprendas a como dominar las artes en el mundo del más allá o de los perdidos –le indicó mientras caminaba de derecha izquierda como un dramaturgo.

-Podrías tan solo quedarte quieto, no hace falta que me hagas marear.

- ¡Está bien!, como usted desee. Lo primero para pasar la barrera que nos divide con la dimensión de la materia es nuestra mente, todo está ahí y aquí en el corazón, una vez que la tengas nunca podrán quitártela- la verdad es que ese chico era muy buen ilustrador en sus exposiciones.

- ¿Y cómo explicas que podamos estar parados y crucemos las puertas? –

le cuestionó con astucia.

-Eso solo son banalidades de esta dimensión, ¿no ves lo maravilloso que es poder atravesar a este espacio y no quedarte como un simple fantasma?; además, es un misterio como aún seguimos atados al suelo, quizá sea por la energía de nuestros cuerpos aun en tierra, no te lo podría explicar, ya te lo dije, es solo una hipótesis, no soy Einstein.

-Muy bien, entonces aquí vamos, ¿por dónde inicio? –dijo quitándose su blazer poniéndolo en el suelo, ya que no se podía ensuciar, así que empezó a despreocuparse de eso.

Su reto seria levantar una moneda que él había guardado, utilizada ya en anteriores sesiones colocando a practicar a todos los turistas de esa tierra, por ende, como todos los demás, debía hacerlo las veces que fueran necesarias hasta que dominara la técnica.

- ¡Es imposible!, me estás jugando otra broma –le dijo en la soledad de ese subterráneo, siendo las 12:00pm seguía intentándolo desesperadamente, mientras él, estaba sentado leyendo un comic que habían dejado tirado en la basura.

-Me rindo, esto es una tontería –continúo quejándose exhausta y resignada, quiso sentarse junto a él en la pequeña banca de metal, pero sus glúteos solo se azotaron con el suelo. El bajo su mirada a la accidentada chica, y sus lentes oscuros se deslizaron hasta dejar ojear un poco sus ojos negros.

–En serio te vas a aquedar allá abajo, ¿Por una moneda?, ..., así se siente la derrota, eres muy cobarde- mencionó como el hombre más cruel y sin sentimientos.

- ¿Disculpa? ...mientras tu pierdes el tiempo ahí sentado, yo me quiebro la espalda por tratar de levantar esa cosa –dijo poniéndose en pie con impulso.

-Es imposible que sientas eso, el dolor solo existe cuando te estas muriendo, tu cuerpo aquí no es más que la combinación de materia indescifrable, es solo un espíritu –recalcó el mientras volteaba su mirada de nuevo a la revista y acomodaba sus lentes.

-Muy bien, muy bien, pero no está funcionando y tu solo te diviertes con

el show –mencionó molesta quitándole sus lentes de la cara con agresividad. Él la miro absorto, sus ojos de asombro se expandieron y ella detalló atónita el objeto bajo el poder de su mano como su primera credencial.

-Felicitaciones –mencionó volviendo su vista al comic – y, ¿me podrías devolver mis lentes?, me costaron una fortuna, nunca debí invertir tanto en ese lujo –añadió con su mano extendida, ella las puso cuidadosamente en su lugar y aun en shock caminó hacia el bote de basura, se puso en frente y le dio una pequeña patada.

El sonido asustó un poco al joven lector. –No hagas tanto ruido o nos pueden descubrir –exclamó con sobriedad sin haber una sola alma terrestre en el subterráneo, mientras que ella se alegraba por su hazaña. Ahora solo faltaba una cosa, el suelo la llamaba a gritos, se agachó con suspenso, acercó su mirada con concentración y agarro entre sus dedos la moneda, de un chasquido la lanzó y la encarceló con fuerza en su mano al caer de nuevo.

- ¡Síiiiiii! –gritó con tanta fuerza que parecía maniaca, correría hacia los postes y los abrazaba –Te puedo tocar, estas tan sólido –a Dylan le pareció un poco grotesca y sobreactuada la escena, así que contuvo su risa apretando los dientes, pero en su interior le llenaba de felicidad que lo había logrado.

-Tienes que estar en un momento de completa desesperación para tener que hacer hasta el último intento y lograrlo, es ahí donde tienes la obligación de convertir esa frustración en acción –dijo poniéndose en pie y encostando el comic a su lugar de origen –Me alegra que hallas descubierto esa fuerza –acercose con cautela hasta su alumna.

Ella se abalanzó sobre él y le abrazo con impulso, era algo que ya podían hacer por la similitud de su estado, pero, tuvo la sensación como si de verdad esta vez podía sentirlo. Estando frente a frente, la señorita le dio las gracias y se separaron sin más emoción.

- ¿Ahora si podemos irnos? –preguntó ansiosa.

- ¿En el metro? –dijo acomodando su camisa y colocando el saco sobre sus hombros –claro, ya que está casi vacío resulta más comfortable el viaje.

-No tengo la culpa de que me haya demorado tanto, si no hubieses estado tan concentrado en otras cosas ...–le reclamó sin parecer tan odiosa.

- ¡Oye!, tenía una historia muy interesante y un buen diseño de

animación, es de lo pocos innovadores en esta época, lo apreciarías si vieras el trabajo que hay detrás de todo lo que ves. Además, la labor era tuya no mía, y por si te sientes mejor, te demoraste menos tiempo que yo –le confesó con admiración.

-No te creo –dijo sorprendida por el anuncio.

–Hablo muy en serio –respondió con franqueza acomodando su saco. Eso la llenaba de dicha, lo sintió como el mayor de logros del mundo, su victoria era como poder alzar un trofeo o exponer su medalla de oro en los juegos olímpicos frente a los millones de espectadores con las banderas izándose detrás y entonando el himno de su nación. No podía sentir un poder más grande que el que ahora se posaba en su mano, ese que parece tan cotidiano, pero por el que luchó casi a muerte consigo misma por su obtención de nuevo.

CAPÍTULO III

La Luna Aparece

Cuando el metro hubo arribado abrió sus puertas, el siguió primero, la esperaría en la entrada. Emily no ocultaba su emoción al poner su pie derecho adentro, y con el otro afuera fue jalada por su mano antes de que la puerta cerrase.

Se introdujo en la lata rectangular alargada, su cara no disimulada tan siquiera un poco, y cada fibra de su cuerpo tampoco, daba pequeños saltos y miró a unos cuantos viajeros llevadas del sueño sobre los asientos o apoyadas sus cabezas en las ventanas.

Serían los únicos ciudadanos (aunque no vivos en su plenitud) que abordaron el subterráneo, que más se podía hacer, la soledad ya estaba invadiendo cada rincón de sus paradas.

- ¡Puedo tocar las barandas y estar parada en esta cosa! –decía con emoción.

-Deberías sentarte, pareces un mico –le recriminó él cuándo tomo asiento.

-Ahora entiendo porque me hiciste caminar todo este tiempo –añadió mientras se sentaba al otro lado de la hilera de sillones teniéndolo al frente – Se siente de maravilla –dijo al acomodarse con despacio y un suspiro de satisfacción.

-Ya me lo ibas a recriminar –le comentó.

-Pero aun no entiendo porque no me dijiste esto desde un comienzo, al menos te animas y no entras en crisis.

-Despacio señorita, mamá no te enseña a montar bicicleta recién llegada al mundo- le sermoneó.

-Gracias por el mensaje maternal –le contestó con ironía –Por cierto, ¿Por qué me preguntaste si había visto esa película? – lo recordó como algo oportuno.

-Bueno, era la favorita de mi madre, no se aburría nunca de ella, aunque sí a mí a veces... ¡Vamos!, todavía no lo puedo creer, aparecen Patrick Swayzey y Demi Moore ¿En serio, en qué mundo vives?

-En este mundo ahora –le respondió sacándole una sonrisa a su compañero de viaje - ¿Y de qué trata? –preguntó con interés, parecía ser un buen film por le emotividad del joven.

-Es una historia de amor, de ahí saque el cuentito ese que llamas de las sombras..., es de las escenas más icónicas del cine cuando salen unos monstruos tenebrosos del suelo y arrastran hasta el inframundo al malo de la película – contó con sus musarañas.

Ella abrió sus ojos de estupefacción –Gracias a Dios no la he visto – señaló, ya no parecía agradarle tanto, el terror nunca fue su género.

-No es de terror, te agradecería si la vieras. Resulta que el papel que interpreta Patrick perdió a su amor, bueno en resumidas el paso a la dimensión de los muertos, la amaba y ella a él, Demi por su parte sintió mucho su partida, al igual que él, quien se encontró perdido en esa dimensión oculta a los ojos de los transeúntes mortales hasta que encontró la forma de comunicarse con ella por medio de una “médium” o vidente...la comediente Oda Mae (Whoopi Goldberg, que buen papel el de ella) –relataba como un apasionado del séptimo arte -En fin, solo con su ayuda él pudo darle a conocer que estaba en peligro y que la amaría por siempre a pesar que debía irse para el infinito y más allá, hasta el cielo, esa fue su misión, hasta no cumplida, no se abrieron las puertas –le reseñó con emotividad.

- ¡Vaya!, pues tendré que vérmela –dijo intrigada, se le proyectaba interesante y romántica. - ¿A qué puertas te refieres? –sospechaba que, si le

entendía, solo quería que reafirmaran su noción, lo cual le fue respuesta con una rápida mirada de él al techo.

-Mi madre me la hizo ver como unas tres veces, bueno no me obligaba, me gustaba verla tan feliz cada vez que la ponían, hasta que descubrí que fue la primera película a la que papá la invitó para su primera cita en un teatro, ¡todo un conquistador! –agregó con alegría.

La señorita McAdams parecía estar en otro lugar, se guardaba con fervor algunas palabras de su caja parlante, hasta qué con una mirada de disculpa y culpa las líneas se trazaron en su frente. –Bueno, no me puedo resistir más...- dijo - ¡Te he mentido!

- ¿A qué te refieres? –agregó él apoyando su pierna sobre su rodilla gemela sin cruzarla.

- Si no la conociera, diría que escuché la mejor reseña de toda la historia del cine –dijo.

- ¿Te burlas de mí?, tenía algo de expectación tras esa cara –comentó engreído.

- ¿Qué tiene mi cara?

-Inocencia.

-O por favor, no me vengas con eso. Pues entonces la tuya es inmoral – dijo resentida y le dio la espalda en su asiento.

-Pues entonces la tengo, soy un inmoral por no dejarte tirada en ese puente.

Ella abrió la boca para responderle, pero no halló que decirle cerrándola así de nuevo, gesto que no pudo reflejarse en el espejo de vidrio en las ventanas para revelarse a su compañero que la observaba detrás. –Te has saltado un poco de datos de suma importancia, es todo –le dijo luego del silbido desértico en el aire.

-A veces no soy muy buen narrador, ¿Qué quieres que te diga? ...- añadió- embustera –dijo entre dientes seguro de su maldadosa confidencia.

- ¡Eso es inmoral!, ¿Cómo te atreves a llamarme así? –se dio vuelta aterrada por la referencia.

-Haz jugado con mis sentimientos y recriminado mi opinión. Te camuflas como una actriz y me engañas –le exclamó.

-Ya no quiero hablar contigo –comentó alejándose hasta el asiento de la esquina de ese vagón.

- ¡Entonces no te dirigiré palabra! –dijo, pero como buen ofendido no abandonó su lugar.

La indiferencia entre los dos se apoderó de ellos como una irreverente y absurda batalla de dos pequeños niños que no retienen sus más profundos deseos y no conocen de vergüenza.

- ¡Esto es una tontera!, no pensé que mi sarcasmo te hiera tanto...

- ¡Haz roto tu regla! –dijo asombrado por la brevedad de la pelea.

-Eres muy bueno iniciado un incendio –agregó la señorita.

- ¡No me hiere!, lo de tu sarcasmo, cuando soy de esa mala calaña... -le respondió la voz a los lejos –Todo esto para terminar en una oleada de críticas...

-Existen cosas que en ocasiones es mejor no comentar –le dijo con arrepentimiento.

Él joven Evans llevó sus imperceptibles pasos hasta el asiento pegado a la venta tras el lugar de ella, y se apoyó de hombros en el siguiente para mirarla de reojo –Lo siento, no debí llamarte así –comentó dándole un susto a su compañera.

-Me disculpo en nombre de incesantes –replicó mirándole con ternura y suplica.

-No hay problema, ha ambos ya la soledad le ahueco el cerebro.

Su compañero mostro una sonrisa en sus labios de polo a polo sin revelar los glaciares –Es lo más descortés que te he hecho, ¿Obtendré tu perdón? – dijo con un aire de caballerosidad del siglo del romanticismo.

El tono en que se lo pidió fue tan sincero y conmovedor, que ella le hizo la misma venía con la cabeza que él le mostro en la biblioteca, fue así como él supo desde su gesto y el brillo en sus ojos habladores que no le guarda rencor.

Luego de unos minutos el metro hizo una parada en una estación vaciándose de unos cuantos viajeros, quedando así un pasajero con ellos.

- ¿Y ahora a dónde vamos? –preguntó Emily.

-No lo sé, podemos llegar hasta la última estación.

-Está bien, oye, después de esto tendrás que irte, ¿verdad? – señaló la señorita con decepción.

-Sí –añadió asentando con su cabeza –Es lo correcto, ya tienes todo, o al menos lo suficiente para defenderte –comentó mostrando despreocupación. Ella por su parte guardo silencio, se paró frente a la puerta para mirar tras ella como avanzaba el metro en la oscuridad y las luces, mientras tanto Dylan sintió algo de tristeza por la despedida que se acercaba a medida que las millas se acortaban para ellos.

-Tienes que seguir tu camino –rompió Emily el silencio en el metro con gran equilibrio en el transporte aun en movimiento, ya las barandas y agarradores no existían para ella.

-Así es, espero no encontrarte de nuevo –le dijo él con alegría, ella sonrió, se tocó sus bolsillos y desilusionada mencionó –Ya iba a pedir tu numero para llamarte luego que las puertas hacia la tierra de oz me fueran abiertas.

-Nada con lo que te puedas comunicar al otro mundo llega hasta aquí –le expuso.

-Ya me di cuenta –acertó con desgano- que bueno hubiese sido en vez de un inútil accesorio como estas gafas.

- ¡Oye!, se me olvidaba una cosa –exclamó.

- ¿Qué? –dijo ella con expectativa.

-Debes visitarte de vez en cuando, no lo hago constantemente, pero al menos haz presencia, eso sí, no puedes llevarte nada porque se percatarían de ti como un ente del más allá –dijo haciéndole sus gestos teatrales - así que, sin obsequios. Lo que si puedes llevar son tus deseos de pronto despertar, eso ayuda mucho –le explicó.

-Es como una especie de terapia.

-Sí, podría decirse que sí, de tu para tu –mencionó con tono cómico.

-Lo tendré en cuenta entonces –dijo en voz baja quitando su mirada de él
–Gracias por todo –replicó haciéndose ya a la idea que no le volvería a ver.

-Fue un placer –fue su respuesta antes de que el metro parara por completo sus funciones y por última vez sus puertas se retrajeran para dar paso a su único pasajero.

Emily continuó de pie al frente de la salida hasta que se percató de un hombre que se tropezó con ella, le miraba muy extraño, ¿se habría dado cuenta?, el trataba de husmear, pero con confusión se dio cuenta que no existía tal obstáculo a su poca vista, de todas formas, rodeo aquello que, lo que fuera, objeto o barrera, se estuviese interponiendo en su camino, por lo que no dejaba de mirar hacia atrás cuando descendió reafirmando la soledad del que fue compañero.

- ¡Tranquila!, no te puede ver, solo que estas... ¿melancólica? –le dijo a la joven perpleja.

- ¿Por qué debería de estarlo? –su tono estaba cambiado en algo más tenso nivel tres.

-Bueno, algo debes estar sintiendo –insistió sin parecer acosador.

-Lo que acabo de sentir es que me agredieron –respondió aun pasmada.

-Tú te interpusiste en la salida –le parecía muy dramática, solo fue un roce.

-Es una puerta muy grande –añadió con frescura.

-Sí, pero tuvo tan mala suerte de encontrarse contigo –le dijo.

- ¿Y qué tiene que ver eso con lo que siento? –le devolvió la pelota.

-No lo sé, pero de una forma u otra tu cuerpo se solidifica en la otra dimensión, y aunque es indivisible puedes tropezar con alguien, por ejemplo ...-le mencionó refiriéndose al hombre que ya había desaparecido.

- ¿Y si siento rabia? – respondió tajante mientras apreciaba como las puertas cerraban su salida.

- Es lo mismo, ¿es eso lo que sientes ahora? –le respondió.

-Eso no importa, ¿entonces como pasas en medio de ellos? –le ordenó por su respuesta.

-Aprendes muy rápido –dijo mientras pasaba por su lado y atravesaba la puerta con facilidad. Dylan sintió su altivez como en las demás horas que ya se consumieron y le arrojaron la presencia de esa joven en su camino, quizá comprendía el porqué, posiblemente era una suposición, resulta muy difícil asegurar el sentimiento del otro con un 100% de certeza, los seres humanos suelen ser tan fluctuantes que esa descripción debería ser una de sus definiciones en las fases de su proceso de desarrollo.

-Tienes que abrigar sentimientos lindos, de lo contrario –ella intentó cruzar también, pero se tropezó - ¡sucederá eso! –le exclamó estando al otro lado mirando como ella lo intentaba, como quería salir de su cascaron y picoteaba con fuerza, hasta que se frustró y se cruzó de brazos esperando a que los unicornios llegaran.

Dylan no tuvo más remedio que regresar.

-Tendré todo el tiempo del mundo para esperar aquí –le dijo molesta al verle montado de nuevo en el metro.

-Hay una salida más – mencionó a la vez que vio como ella extendió su mano - ¿Qué? –dijo él -No nos tomaremos de la mano, hay otra forma – aclaró – Tienes que tener la posición de tu mano como si fueses a hacer un chasquido con los dedos, pero no lo hagas –ella no lo tomo enserio –No te estoy diciendo que me creas, solo que lo hagas –agregó por su actitud incrédula.

-Bien –respondió mientras hacia lo que le había indicado con su mano izquierda; sellados sus ojos en el encierro se concentró en cada paso hasta llegar al otro lado, pero antes de detenerse sintió un dedo que le señalaba en su frente, eso conmocionó sus pasos y abrió el cofre de sus dos perlas.

-Mantén siempre los ojos abiertos – le recomendó al tener frente a frente la cara de desconcierto de la señorita McAdams por su interrupción.

Al salir de aquel lugar se encontraría con una calle desalojada por las almas vivientes, de grandes locales y fachadas hermosas, edificios un tanto residenciales que eran testigos de la presencia de dos pasajeros de la dimensión secreta. Dylan metió sus manos en los bolsillos de su pantalón y espero parado frente al cristal de esa tienda a que su compañera llegara pronto, quien adoptaría su misma posición al arribar, pero de brazos cruzados sin reflejo alguno en el espejo de esa tienda de flores bien diseñada

visualmente.

- ¿Y bien?, aquí es donde todo termina –dijo con un poco de melancolía.

-Así es, hacia allá esta tu casa –le señaló hacia el sur aun bañado de penumbra –Puedes abordar cualquier auto, el que desees, siempre y cuando este en movimiento claro está – aclaró –No te preocupes nadie te hará daño.

En realidad, nadie podía, pero no estaba de más recordárselo, ya que terriblemente eran ellos mismos lo posibles destructores de su existencia bajo las reglas en ese mundo, ese que debía recorrer sola, atreverse a soltar la mano de ese extraño, alejarse de sus pisadas, que hasta ahora le habían ayudado a presenciar un mundo rodeado de sorpresas.

Ella escuchó claramente sus indicaciones, pero no le convenció el hecho de continuar sola, no era porque no pudiera, a fin de cuentas, los seres humanos en ocasiones aprendemos a funcionar solos gran parte de nuestra vida, nos arriesgamos a una aventura, aceptamos los retos y desafíos; pero también no es tan bueno trabajar como una unidad, si algo que la historia puede redactarnos es como 1x10 son un batallón, y se puede llegar más lejos así.

Había algo en ese joven que le transmitía confianza, la impulsaba a no sentirse oculta en ese escenario, a no estar tan perdida en su laberinto, pero sus reglas eran claras como cualquier maestro que ve pasar miles y miles de alumnos durante su trayectoria profesional, tan solo llegan y se van, como las nubes con la lluvia o el mismo ciclo de la vida en un ser.

-Extrañaré tus gritos sabes –le confesó con gracia a la joven que tenía su mirada enfocada en el fondo de la ciudad donde parecía alejarse y perderse la carretera.

-Ni me lo digas, yo también me extrañaré -añadió al volver en sí, le miro con nostalgia, pero él no le correspondía con su mirada perdida en la vitrina sobre esas flores cortadas hace mucho, pero con vida aun corriendo por cada parte de sus fibras -Sí pudieras vivir, ¿Qué harías? –le preguntó con osadía.

¿Qué pregunta era esa?, nadie se la había hecho nunca, ni en esa parte de su existencia ni en la otra, pero decidió tímidamente poner su mirada en ella, le preocupó un poco tal cuestionamiento, no sabía si estaba siendo dramática o era un signo de que no sobreviviría. –Me asustas con esa pregunta, ¿Te sientes bien? –había quedado fuera de base con ese planteamiento.

-Me siento perfectamente bien –dijo con seguridad y eso le tranquilizo un poco, tan solo un poco, a su compañero.

-Bueno no lo sé, haría lo que nunca he hecho mientras estaba con vida, en buenos términos –añadió de corazón.

-No es una respuesta muy concreta, pero es un buen comienzo..., Te tengo una propuesta –agregó ella con emoción.

- ¡Sorpréndeme! –respondió sin mucha emotividad.

-En las horas, o bueno, días que no resten, podremos viajar por el mundo e iremos a los lugares más recónditos –fue su magnífica propuesta.

- ¿Que es el tour del año?, y olvidas que no podemos alejarnos mucho de estos costales de carne – sin duda alguna no comprendía la gravedad del asunto en el que estaban inmersos.

- ¿Eso es un sí? –le preguntó con astucia, mientras la reacción en él fue una risa al sacar las manos de los bolsillos para arreglar o desarreglar su peinado, por fin dejaba su posición de maniquí.

-Y no has escuchado la mejor parte...-el joven la miró sintiendo que se venía algo más salido de serie que la anterior propuesta, se veía incomodo, giraba su cabeza a diestra y siniestra lentamente –Cuando retornemos, haremos el recorrido en mundo real.

¿Qué acaso ese no seguía siendo el mundo real?, como si tan solo fuese un cuento lleno de fantasía y ficción, Emily trataba de encontrar una forma de no aburrirse en su escabroso y monótono sueño que la ataba a un solo sitio para cuidarse como un ángel de la guarda a su devoto terrestre.

-No –fue la respuesta rotunda que repitió más de dos veces el joven hacia todos lados - ¡Mírame!, dime que ves- fue un poco severo con la anotación. La señorita McAdams se extrañó por tal interrogante, y sin pensarlo mucho afirmó –Veo a un hombre muy cálido, gentil y caballeroso.

-Te dejas engañar por este mundo –dijo desilusionado.

-Que carajos estas diciendo, eres un buen hombre –insistió ella aún más confundida por su reacción tan pesimista.

- ¿Y eso que?, ¡Mírate!, no me conoces y yo a ti menos, pero por lo que deduzco, eres ...eres –ella le interrumpió intuyendo que podía ser algo

ofensivo.

–¿Qué? –a lo que él respondió no con desprecio hacia ella, pero quizá contra sí mismo –Eres una chica de oro y plata.

- ¡Disculpa!, ¿Qué con eso? -ella sentía que no tenía la culpa de su posición.

-No estoy en contra de eso, pero tu mundo y el mío son polos opuestos, polos divididos por un gran abismo –explicó con un poco más de calma.

-Eso es basura, ¿Desde cuándo eres tan bueno para sacar excusas?

-No es una excusa, ¿Sabes cuantos trajes tengo al igual que este?, Tres, tan solo tres y me imaginó que él tendrá más –dijo bajando su mirada hasta la mano de ella.

- ¡Uy eres muy observador!, ¿No es precioso? –dijo con ironía restregándole su mano en la cara.

-Esto no se trata de eso, ¿No lo ves aun?, no tengo todo el dinero del mundo para cumplir tu petición, lo siento –se sintió frustrado por tener que decirle tal afirmación.

- ¿Y por eso estamos discutiendo?

-Solo digo que declino tu oferta, será mejor que sigamos caminos distintos.

-Bien –exclamó ella furiosa con él, misma respuesta que salió de la boca de su compañero de forma tajante ignorándose luego el uno del otro.

No decidieron alejarse mucho sobre el andén que pisaban, por su parte él debía despedirse ya de ella, le parecía lo más políticamente correcto que haría en su joven existencia, eso al menos se trataba de repetir en su mente hasta que subliminalmente quedara impregnado el mensaje, pero no podía captarlo, era terco y el poco corazón (si es que este podía sentirse en ese cuerpo sin sombra) se aceleraba y tranquilizaba con la compañía de esa joven de cabello castaño y de mirada bañada por la noche en su pupila.

Él no quiso mirar atrás, se obligaba a no hacerlo. Durante su batalla, en el cielo se escuchó un relámpago descender después del trueno ensordecedor que dio la orden a las nubes de abrir sus compuertas con violencia. Las gotas de agua eran expulsadas como un potente ejército.

- ¡Ese cliché!, ¿Enserio? –miró hacia arriba reclamando, aunque este fuera el pretexto perfecto para continuar al lado de esa sonrisa que lo mataba y atormentaba cada vez que la recordaba.

- ¿No puede ser? –escuchó que ella pronunció por el estado del clima, pero aun así él no se dio vuelta. Aun no se atrevía a mirarla, era un tonto si se esperaba a danzar en la oscuridad y en la luz con ella en esta media vida y en la otra, sabiendo que muy pronto despertaría de esa cárcel de sueño y se iría con el lindo recuerdo de haberlo conocido, pero ¿a quién engañaba?, bendito o maldito el día que se cruzó con esa insoportable y a veces caprichosa señorita a la que ahora no tenía el valor de dejar escapar.

Entonces se acercó y convirtió su saco en sombrilla para protegerla. – Deberíamos ir a un lugar para escampar, le puede dar un resfriado – dijo parado frente a ella con sus manos alzadas sosteniendo el saco y empapándose todo.

-Gracias por su preocupación, pero estaré bien sola –le respondió un poco sentida por lo anterior, a fin de cuentas, ya se estaban despidiendo, era el cumplimiento del manual al igual que con los demás aprendices y viajeros en ese mundo, ¿Por qué creería que podía llegar a ser especial y diferente para ella su destino?, así que él en respuesta, dejó caer el saco sobre su cabeza cubriéndola como un manto o velo para alejarse caminado de espaldas hacia la carretera.

- ¡Cuidado! –fue el grito que pegó Emily con desgarro cuando un carro le paso por en medio, luego cayó en cuenta de lo tonta que fue al reaccionar ante lo sobrenatural del evento.

- ¡Wow!, sí que iba a bastante velocidad –mencionó con tranquilidad acomodando su traje.

-Estás loco, casi me matas de un susto.

- ¡Tu quería estar sola, yo solo me estaba yendo! –ella le miró con extrañeza por su actitud en ocasiones ordinaria y sónica, así que fue a retórnale su saco.

-No lo necesito, ¡Llévatelo! –decía mientras esquivaba un carro a la mitad de la carretera.

-Yo no diría eso a menos que estuviese bajo un techo – dijo al no recibir

el saco cuando ella ya había llegado hasta la otra acera.

- ¡Dios!, que forma de llover –susurró aun cubriéndose con el saco prestado durante el torrencial aguacero a esas horas de la madrugada.

-Tienes suerte de que sea impermeable –añadió acercándose a ella, y alzando de nuevo su prenda - ¿Podríamos iniciar de nuevo?, siento haberte ofendido y hablarte de esa forma - se atrevió a pedir una disculpa.

-Vamos por el segundo round esta noche – le dijo ella entre un sentimiento híbrido, a lo que el encogió de hombros y con sus manos recibiendo el agua como canoas se mostró ante ella con sumisión.

-Los dos hicimos un buen show, creo que necesitábamos desahogar un poco esa frustración con alguien –le dijo con actitud comprensiva y arrepentida –En realidad no me importa quién eres halla afuera sr. Evans ¿No eres un asesino o algo por el estilo, verdad? –el negó rotundamente con su cabeza impactado por la pregunta –Bien, en ese caso poniéndonos serios, sé que en el poco tiempo he podido ver tras el telón, he podido escudriñar más allá del sistema en el que estamos encerrados, te he visto en la transparencia.

-Muy bien, siento que te estoy mal acostumbrando –añadió con un poco de agrado por el razonamiento existencial en su discurso, a lo que ella agregó con gentileza –A veces se pueden cambiar las reglas, ya es hora.

-Bien –el señor Evans de nuevo posó su saco sobre la cabeza de Emily – Pareces el retrato estafalario de la Gioconda –se burló de ella.

–No me digas que tengo una cara tan peculiar –continuó ella sonriendo y estrechando su mano.

-Mucho gusto, Robert Dylan Evans Ford – saludó el primero erguido de espalda y seguro en su posición.

–El gusto es mío señor Evans, me presento: Emily Marie McAdams.

- ¿Marie? –repitió –es un lindo nombre.

-Lo sé –respondió ella con soberbia.

-Pero me gusta más Emily, ¿Emmy?, te puedo decir.

-No –negó arrugando su cara –Emily esta mejor.

-Está bien –se disculpó – Emmy, ...perdón Emily –la molestó a propósito

–Se parecería a la de la cantante.

-Me acostumbré ya a como suena quizá.

-No refutare en absoluto –añadió con respeto –¿Aceptarías una invitación al teatro?

-Me encantaría señor –le respondió con amabilidad.

- Muy bien, tendremos que tomar un taxi entonces.

Corrieron cuesta abajo para captar algún vehículo estacionado, no muy lejos lograron divisar uno con el freno puesto para dejar un pasajero, esa era su gran oportunidad de acelerar más el paso y abordar con éxito su transporte. La ruta del conductor fue óptima para sus planes, pero se pasarían un poco dos manzanas por culpa del semáforo en verde.

Debían saltar era la opción que Dylan colocaba sobre la mesa, se alistaron sostenidos del borde de las puertas y esperaron el momento indicado, la osada acción les colocaba en posiciones diferenciales, a él le daba igual y a ella le temblaban los nervios.

-No te dolerá, será como caer en una goma –le confió a ella quien se posó sobre el asiento a lado del conductor.

- ¿Por qué no te creo? -mencionó creyéndolo casi absurdo.

-Bueno si dolerá un poco, pero no tienes carne que sangre, ¡Aprovéchalo!

Estaban a segundos de decidir saltar, la temerosa Emily miro el elevado semáforo a lo lejos, este se tornó rojo de nuevo y contuvo a su compañero de ese evento con gran alivio; fue así como pusieron de nuevo con tranquilidad los pies en tierra firme, regresaron las manzanas que los apartaban del cruce de la esquina hacia el pasillo del pequeño boulevard hasta llegar al antiguo teatro, y se refugiaron rápidamente bajo el techo de la entrada.

- ¿Qué película estarán dando hoy? –preguntó Emily con sigilo.

-No lo sé cariño, pero dame un momento –respondió con elegancia mientras se paraba frente a la taquillera y ella sacudía el saco.

-Buena noche caballero, sería tan cordial de darme dos boletos por favor, con los mejores asientos para la función –añadió con voz de galán sofisticado, para luego cambiar de personaje –Claro señor, con mucho gusto,

aquí tiene – dijo con una voz graciosa y un poco chillona mientras extendía su brazo y seguía su papel –Muchas gracias joven, ¡Quédate con el cambio! – exclamó con tono amable dejando sus billetes imaginarios cerca al pequeño orificio cerrado por una puerta –Bienvenidos sigan por ahí –terminó mencionado al señalar la entrada.

A la única espectadora de esa escena le causaba gracia y curiosidad el monólogo de su compañero, quien le esperaba con su brazo en forma de gancho para entrar con la dama al interior del lugar, así que ella dio continuidad a la dramatización y lo tomó con delicadeza llevando en su otra mano el saco azul turquí del actor más famoso de ese universo.

- Espero que sea una buena función –le susurró ella.

Al entrar el auditorio se llenaba por las dos alas, las sillas perfectamente limpias y el sonido del silencio acondicionaba la función a punto de iniciar, la imagen que presenciaban era un tanto tenebrosa por el horario, pero también se sentía fascinante; ocuparon los sillones de la mitad en la última fila. Él acomodó sus piernas sobre el sillón siguiente muy relajado.

Emily vio como Dylan se aflojaba al igual que un espagueti deslizándose en la olla, pero ella era más refinada, o al menos eso le ensañaron, de modo que solo subió sus piernas al cómodo asiento en las que se refugió como una bolita; no tomaba tan a la ligera ese mundo con su compañero que no veía necesarias las etiquetas siendo tan invisible.

-La función de la pantalla negra definitivamente es la mejor que allá visto en este mundo –relató sintiéndose como un crítico erudito en un festival de cine.

- ¿Cuál es tu película favorita? –preguntó ella.

- ¿Tú la tienes acaso? – le contestó.

- ¡Oye!, claro que sí, aunque prefiera la literatura, pero a veces me sumerjo en el mundo de la narrativa audio-visual.

-Y no te culpo, los libros también son la forma más tradicional de crear universos e historias, me agradan –dijo mientras esperaba la respuesta con sus cejas levantadas.

- ¿Qué? ...–Oh es cierto –dijo un poco apenada al mirarle –Bueno, voy a hacer trampa, te diré dos –pensó con un ruidito en su voz de fondo entre su

paladar - Cantando bajo la lluvia y La lista de Schindler, te va a parecer loco, pero...tú me recuerdas al protagonista.

-Por, ¿lo apuesto? –dijo con astucia.

-No, ...bueno sí, digo, ese no es el punto –se lanzó muy rápido al mar con esa respuesta y ahora trataba de remediarlo –Lo mencioné porque, él me dejó una frase ... “*Si hubiese hecho más, si hubiese salvado a una persona más*”, eso, eso fue lo que vi cuando estaba en tus brazos en esa sala, y por eso te agradezco – le comentó ella con sinceridad.

Él la miraba, quizá tenía razón, pero esa frase tiene múltiples cumplimientos, nunca la había desmenuzado tanto hasta que ella la trajo a acotación, esa que ahora lo penetraba con fuerza, porque quizá en esa vida y en la otra no se había esforzado por dar esa milla extra, por salvar a la primera persona, a su prójimo reflejado en el espejo; tan solo así podría llegar a ayudar realmente a otros, y si por cuestiones de la señora vida, tuvo que perderse en ese mundo para darse cuenta de su negligencia, entonces debía desaprender.

Eso le cuestionó muchas cosas de sí mismo acompañado de la nostalgia al recordar la escena en el hospital.

-No me hagas poner sentimental –dijo exagerando su llanto de la manera más teatral posible –lo siento, no soy muy buen actor.

-No me parece, siento que lo haces muy bien

- ¿eso es sarcasmo? –ella negó con su cabeza –pues gracias. Me sorprende que te guste cantando bajo la lluvia, es un clásico.

- ¿Por qué lo dices?, es una muy bonita historia, quizá sea porque no te agrade mucho el romance y los musicales.

-No es precisamente por eso, me parece una película muy entretenida con una puesta en escena magnífica, solo que...no pensé vieras ese tipo de cine.

-Me estas llamando palomera, eso es una ofensa –él se rio por el comentario, en realidad si la había subestimado por la combinación en su apariencia culta y rebelde –Mi padre es un cinéfilo apasionado, me la he pasado con él revisando los mejores films en la historia, no soy una niñita que se sorprende con cualquier cosa –defendió su postura.

-Mis labios están cerrados, perdóname por eso –añadió tragándose sus subjetividades – Pero sabes una cosa, te diré un clave.

-Dime –dijo intrigada.

- En ella puedes ver el fiel retrato de un hombre que cuando se enamora simplemente canta –fue su afirmación.

-Es otra de tus teorías ¿verdad?, pero la tendré en cuenta, resulta interesante el dato, aunque eso puede ser un juicio de valor muy atrevido.

-Soy parte humano y espíritu ahora, puedo equivocarme aún - le dijo cuándo se puso de pie en un santiamén para bajar hasta subirse en la tarima, ¿Qué tendría ahora en mente?

-Damas y caballeros, para mí es un placer presentarles la mejor interpretación de todos los tiempos a cargo de ¡R. D Evans! –exclamó con júbilo y aplaudido con fuerza por su espectadora del fondo casi perdida entre los demás asientos y lo grande del auditorio.

-Muchas gracias público, a continuación, para ustedes “Despertar” – vi como asombro como estaba parado en esa gran tarima de madera fina para demostrar su talento con la canción de un artista ya fallecido, compositor de música llena de corazón en cada estrofa.

Casi que con la voz de un tenor y bajo una melodía suave de inicio, el joven inició su acto con una entrada suave –

Al llegar a ver tu rostro

Reflejado en las aguas,

Recibir de las arenas

Sin la plaga de tristeza

Nuevo espíritu de alegría

Que en mi corazón florezca

Prometo en las mañanas,

Saludarte oh su alteza...- finalizando con un tono melancólico esta estrofa que daría un cambio de ritmo por algo más alegre y levemente rápido escuchando a lo lejos la compañía de otra voz melodiosa.

-Aunque mire las montañas

Tan lejanas como el cielo,

Mirare con la esperanza

Que siento cuando te veo –fue el fragmento en dúo que hicieron separados por la distancia, pero Dylan enloqueció con la euforia en silencio del inmenso auditorio, y se arriesgó a subir hasta donde ella se encontraba teniendo los sillones como escaleras. Casi a la mitad de su peculiar camino, en una de esas, por su mal pisada mientras su voz no paraba tambaleo sobre el marco de respaldo en acero de una de las lujosas butacas.

- ¡Oh mi Dios solo una cosa!

Te pido en lo imposible

Me permitas ver de nuevo

El lucero y la noche -las estrellas y el alba, y el pájaro del roble

Tan solo eso te pido

Que los ojos de mi alma

Gocen con el lienzo diario

Del sol al cruzar la llama

Tan solo eso te pido – entonaron bajando un poco el ritmo en esa última línea con sentimiento. Emily puesta en pie al ver su compañero llegar frente a ella en el asiento anterior que él salto para estar en su pacillo, le hizo una seña con la cabeza y extendió su mano, pero ella decidió bajar por el lado izquierdo de la gradería, el señor Evans no siguiéndola le sonrió.

Y si algún día te he fallado

Es porque lo he hecho a mí mismo –Seguían la estrofa mientras descendían por la gradería distanciados por las filas de asientos para llegar al frente, hacia el plano de su público fantasma.

¡Oh mi Dios solo una cosa!

Te pido en lo imposible

Sentir que la brisa llega

Para morar en mi aldea

Jugando con las cigarras

Riendo con las montañas – Luego de descender con cuidado sin dejar de cantar hasta llegar a la embocadura del escenario., hicieron una pausa, estaban un poco a unos diez pasos de distancia, y se acercaron a medida que se terminaba la última estrofa en un tono calmado y pausado.

Y si llegare ese día...es porque – hicieron un énfasis vocal con la nota extendida *-yo he re-na-ci -do* –terminaron casi de frente con un bis en la última línea, para dejar el suspenso silencio como el cierre de su canto entre los dos tan cercanos como dos torres.

Fue entonces como el señor Evans interrumpió jugándose las de público.

- ¡Ehh, bravo!, el público entra en histeria y lanza rosas – dramatizó mientras aplaudía –Muchas gracias por la presentación tan sublime – exclamaba con ímpetu. Después de tanto revolotear, cogió de la mano a su respetable compañera de tarima y realizaron la terminación de su acto cada uno con su estilo de venia.

Finalizado su acto en vivo, se sentaron al borde de la tarima luego de ese momento tan impredecible y lleno de recuerdos.

–Uno vive hasta que la última persona que habite en este mundo reviva tu recuerdo, por eso algunos se convierten en leyendas –añadió Dylan mirando su horizonte de sillas vacías.

- ¿Cómo es que sabías la canción? – rompió el silencio entre los dos el señor Evans.

-Sorpresa, sorpresa. No la enseñó un profesor de filosofía en el colegio, le gusta el jazz, la música clásica y la llamada música alternativa, a decir verdad, tiene una letra muy hermosa, quizá una voz deprimente y ronca como esa música vieja de las películas, pero es agradable el original; pero vaya ¡Que cantas muy bien! – le halagó con admiración.

-Tú no te quedas atrás – le dijo mirándola de reojo –Fue un gran artista, hoy vivo entre las letras que han sido desplazadas por el tiempo y la radio,

¿Sabes que la compuso cuando estaba en prisión?

-No te lo creo, ¿Cómo es eso?

-Bueno, resulta que cometió un grave error, peleó una noche con su esposa, nunca quedo claro porque, así que la única solución que se le ocurrió era beber y beber hasta más no poder, a la salida discutió con otros hombres en su mismo estado y en esas, las cosas se pusieron feas, agarró una botella y se la azotó en el pecho a un hombre de color, no le hizo daño, pero las leyes eran claras, así que la comunidad no lo dejaría en paz hasta que pagara como cualquier otro ciudadano. Él no era racista, ni mucho menos, y aquel hombre por el que le señalaban, luego de sus tragos fue hasta la celda, lo miró y le pidió perdón porque él había sido el primer revoltoso. Martins se disculpó igualmente y le dijo “Hubieses sido tu u otra persona, el mismo castigo estaría yo enfrentando, porque nunca debes agredir a tu hermano”; pagó tres meses por su condena, le quitaron los cargos, empezó la rehabilitación, pues se decía que ya la fama le estaba haciendo estragos y luego murió por un cáncer, esa parte ya la sabes – le relató.

-Tuvo una vida complicada –comentó Emily asombrada por la pequeña biografía.

-Bastante, por eso es de las letras más bellas que haya podido escribir, la hizo para el mismo, para la vida, para su conciencia, la escribió con las fibras de su alma, y eso es apreciable –agregó.

-J. Martins, hoy revive entre los muertos con aquellos que aun escuchan sus viejas canciones –añadió entre una sonrisa –No pude evitar callar ante esa pieza –le confesó.

Emily se acostó sobre esa tarima con sus pies en el aire - Me dijiste que si quería tomar algo caliente el día que me encontraste, ¿es eso posible? – recordó.

-Oh, se me olvidaba, ¿Deseas comer algo?, Palomitas de mantequilla, caramelo o combinadas, gaseosa o jugo natural –ofreció como un publicista.

-Combinadas por favor, y jugo “natural” –pidió. Él haría de tal forma y le entregaría sus alimentos ficticios.

- ¡Bon appetite! – exclamó con el pedido entregado -Lo del té era una broma, solo quería llevarte a un lugar más tranquilo o si no te ibas a terminar

enloqueciendo. ¡Veras!, tienes que ponerle algo de lógica, estos cuerpos no tienen necesidades fisiológicas, entre esas no pueden expulsar desechos, y si no les da hambre, pues ¿Para qué comida?, ya lo captas ...

-Ya lo capto profesor, pero ¿No te aburres todo este tiempo estando siempre despierto?

-No –aseguró con firmeza –permanecemos gran parte de nuestra existencia dormidos, es tiempo que perdemos.

-Aunque se consume muy rápido, siento que casi no puedo descansar – recordó sus días de apuros, el correr en la oficina, o el constante mirar de los recordatorios en el celular con cenas y citas de negocios, o cualquier otro asunto relevante en su mundo corporativo.

-Nadie debería hacerlo, nacimos para vivir, no para estar postrados en una cama, ¡Mira a tu alrededor!, por eso a ratos me lleno de amor hacia este lugar; tienes más tiempo para hablar, leer más, o tan solo respirar en mayor medida viendo como el sol se oculta o la luna le quita su lugar –añadió el señor Evans con pasión.

-Viéndolo de ese modo sería maravilloso, se puede hacer mucho en un día, como descubrir que estás medio muerto, por ejemplo – añadió ella con sus brazos estirados sobre el escenario.

El rio por su comentario aun sentado con su mirada fija hacia el frente. – Sin embargo, no creo que mi cuerpo aguante, ya se acostumbró a dormir, lo necesita, ¡moriría si no lo hago!.

-Ni me lo digas, así sea a las tres de la mañana, todo es ganancia.

- ¡Te enseñare un lugar un día de estos!, recuérdamelo, sé que te va a gustar, bueno en realidad podrían ser dos.

-Vale..., y nunca me dijiste tu película favorita –añadió ella.

Él volteo a mirarla y le pregunto - ¿Estas cansada?

– No podría estarlo –fue la respuesta que obtuvo, para luego acostarse en esa tarima con las manos sobre su cabeza y mirar los reflectores que dejaban encendidos por algún motivo inexplicable, quizá porque alguien le tenía miedo a la oscuridad, esa que hoy no les acompañaba, y le permitirá a Dylan hasta que ya no tuviera más palabras, dar la sinopsis de sus cintas

cinematográficas de agrado y que su compañera lo asediara poniéndolas en debate.

CAPÍTULO IV

Y, la Luz

El guardia ya había llegado junto con el administrador para alistar el lugar y abrir de nuevo sus puertas, la señorita McAdams tenía los ojos cerrados como meditando un rato en el silencio de sus voces y Dylan se levantó de prisa por la presencia de sus informantes. Ya eran las ocho de la mañana y el tiempo se había pasado muy de prisa para los dos noctámbulos.

-Debemos irnos ya señorita McAdams –comentó mientras se tiraba de la tarima.

-Podrías tan solo decirme Emily, me haces recordar los días rodeados de socios y gente enormemente rica –suplicó con amabilidad.

-Está bien Emily, ¿Ya nos podemos ir? –corrigió.

-Claro que sí señor Evans, ¿A dónde iremos primero? –dijo con gran expectativa.

-No diré nada –dijo cuándo escuchó como lo llamo, lo hacía sentir importante con lo de señor, parece que su relación estaría llena de ademanes cultos, por lo que no quería parecer patético e infantil –Primero haremos dos visitas muy importantes, ¿se te olvida?

-Oh Dios, cierto –refunfuñó.

De modo que, se decidieron por abordar el metro ahora en un estado más repleto que antes, pero con la ventaja de poder ir en la cabina del conductor, no quedaba rincón alguno sin abordar o poder sostenerse; encontrándose así

con un hombre de unos cuarenta años bien rasurado y serio con su mirada en el carril escuchando a bajo volumen la emisora de deportes.

Llegarían de esa forma hasta su primera parada, cerca al hospital donde Emily se encontraba siendo monitoreada y atendida. Un establecimiento de esa calaña le constaría el empeño de sus dos riñones y la hipoteca de su apartamento rentado al señor Evans. Incluso podría decirse por tal divergencia ella tendría más posibilidades en despertar que las de su compañero, pero qué más da, todos los días fallecen personas, con dinero o sin él.

-Henos aquí, ¿Cómo estás? –se preguntó a su cuerpo inmóvil cuando atravesaron el cuarto que la retenía con suma vigilancia.

-Hoy no luces tan mal- le comentó con frialdad su compañero al verla.

-Gracias por el cumplido.

-Mejor te dejo sola –pero ella lo retuvo mencionándole que no había necesidad.

–Créeme, a veces necesitas un pequeño espacio a solas, no lo desperdicies –le respondió abandonado el lugar, no la espiaría, aunque tuvo la tentación de hacerlo.

Emily miró su cuerpo, ese que ya no habitaba, que le era ajeno y prohibido por el mundo de los perdidos, ese que aún no se descomponía para su fortuna y que aun la encarcelaba en esa tierra que la vio nacer, esa que le permitía sentir sus huesos y sus músculos como la creación más sublime que cualquier otro ser en el planeta.

- ¿Qué vamos a hacer tu y yo? –le preguntó parada frente a la cama que la tenía prisionera –Necesito que ese aparato siga sonando, y el día que no lo haga sea porque ya te mejoraste y no necesitas nunca más vivir en este lugar. Pero aquí estamos, tanto que quería evitar llevar sobre mis hombros ese cargo y ¡vaya que le he logrado por tan solo un instante!, creo que tú puedes hacer más, lo único que tienes es miedo; miedo de ser tan joven, de llegar a equivocarte, de continuar con el destino afortunado y solitario de tu padre, de no tener la suficiente experiencia, de seguir creciendo y envejecer como todos hasta ser tirado en un cajón como un número menos en la tabla. ¿Por qué temes si nunca has estado sola?; nunca me imaginé extrañar tanto estar en los brazos de mamá, tener el beso de buenos días o buenas noches de mi padre.

En la vida llegas a imaginarte cuando puedes perder hasta que haces cuenta de que algo te falta...por eso será mejor que te levantes, para terminar lo que empezaste.

Luego de terminar su mensaje sincero, pero breve, llamó a su compañero para que pudiera ingresar de nuevo a la habitación con su aroma de confort.

- ¿Y bien?, ¿Necesitas un pañuelo? –le preguntó.

-No exageres.

-Te lo has tomado de lo más tranquila, eso está bien –se impresionó por su serenidad.

- Así que la ciencia en este mundo es ir con la cabeza en alto y todo estará bien –agregó.

-Por más que patalees y chilles no vas a lograr salir de aquí a menos de que los poderes divinos lo decidan o desde abajo te estén esperando con ansias.

-Ni lo menciones, ya me dio escalofrío pensarlo –dijo moviendo sus manos - ¿Qué pasaría –en un caso hipotético- si no volvieras a la vida? – se lanzó a preguntarle.

-Bueno, en mi caso sería una desgracia, soy tan joven para desaparecer de este mundo ...tengo una vida por delante –añadió siendo muy dramático en su expresión desgarradora.

-Es enserio –replicó ella sin poder contener la sonrisa, a veces se pasaba de payaso.

-Muy bien. Si ese momento trágico llegase y mis horas caducaran en esta y la otra dimensión, entonces será el día cuando ya no pueda contar mi historia, de modo que la señora vida será la que tratará de hacer mi memoria, ya que la dama de la muerte me quito esa oportunidad –respondió frente al silencio sublime de su cuestionadora -La vida será lo que siempre ha sido para nosotros, nuestra escritora favorita, la encargada de contar y redactar nuestras historias –agregó, se veía que tenía una gran facultad para deleitar al hablar.

-Ya tenías preparado ese discurso, ¿Verdad?

-Quizá sí, quizá no, nunca planeas morir eso sería muy tétrico, y menos el

pensar en tu epitafio. Es como tallar tus nombres con hierro sobre la lápida; pero ya que estoy en este estado, con los pies en dos mundos, pues me doy el gusto de ser intrépido con mis palabras.

-Yo solo trato de pensar en eso y jugar con la muerte como si tuviera un rostro agradable.

-Pero si aún no estás muerta, estamos en la sala de espera –afirmó el señor Evans con confianza –no pensemos en eso ahora.

-Vale –mencionó mientras asentaba y tenía su mirada perdida en la ventana de su cuarto.

-Ahora...podrías relatarme un poco sobre ella, ¿serias tan amable?

Emily volvió en sí y cambio su actitud –Existes hasta que otros te recuerdan –acertó muy segura en pocas palabras.

-Así no era la frase, pero bueno, si aplica porque tengo media vida, por eso te escucharé.

-Ok –espero un momento mientras él tomaba asiento – Ella es Emily, es una chica de oro y plata para su ventura o desgracia...

– Lamento haberte dicho eso –interrumpió él avergonzado.

-No te preocupes, quizás tengas razón -dio un respiro profundo y continuó – Hija de una hermosa pareja, no podía pedir mejores padres, aunque en ocasiones deseas cambiarlos como si fuesen un objeto, pero los amas –tomó entre sus dos manos el portarretrato con una foto de ellos juntos cuando ella tenía trece años y a petición de su compañero de viaje se la compartió –Estudio dos carreras a la vez y se graduó de la Universidad con honores...

El asombro en Dylan no podía ser otro, sus ojos lo delataban – Le encanta disfrutar el poco y valioso período que tenemos en familia, nunca pidió un hermano como compañía, pero tampoco lo hubiese rechazado, a veces no es tan divertido ser el centro de atención, le fascina el orden, la creatividad y a veces... el trabajo, a lo mejor podría ser menos ingrata con la vida, de pronto le recrimina que la pintura no sea una profesión factible para ella y solo lo vea como un hobby...y, no sé qué más contarte.

Él estaba medianamente satisfecho, había sido una gran síntesis de su

vida, tampoco era para que relatara su biografía entera, pero algo le faltaba - ¿Qué eres La Mujer Maravilla para que no le temas a nada?

- ¿Qué eres de la CIA o el FBI?, ¿quién eres tu señor Evans?, empiezo a sospechar de tu proceder –respondió ella con sagacidad.

-No gracias, me basto con vigilar mis pasos a los de millones.

Ella alzó su ceja derecha –Muy chistoso, pero si, si le temo a algo, puede sonar muy raro...resulta que seré la próxima Ceo de la compañía Berkley junto con mi prometido –le anunció.

- ¿La de seguros? – él se paró impresionado, no pensó que fuera la hija del magnate.

– La misma. Es tan acreditada que pudo asegurar mi existencia -dijo con sarcasmo la señorita.

Él se puso frente a ella al otro lado de la cama, miraba el cuerpo de ella luego su espíritu, y así varias veces aterrado por la persona con la que había estado compartiendo todo este tiempo, definitivamente ni el cielo o el infierno sabia de estratos socio-económicos.

- ¿Qué tanto nos examinas si somos la misma persona? – preguntó ella confundida.

- ¿Y eso te horroriza?, ... ¡Vamos!, ni que te fueran a coronar reina de Inglaterra –bromeó.

- ¡Oye! – le reprochó - ¿Cómo es que sabes de la compañía?

-Lo siento, no debí hacer el comentario, pero no me pude contener. Veo su edificio constantemente al pasar hasta mi lugar de trabajo –le comentó grandemente boquiabierto por esa pequeña coincidencia.

Era muy particular saber que nunca se habían cruzado así sea de lejos con una mirada, pero era de esperarse, ella no salía a menos que fuera en su auto y él a veces caminaba cerca pero siempre cubierto con sus lentes de sol.

Eso les motivo a hacer memoria por si en algún momento sus caras se les pasaban por despiste en medio de todas las que se encontraban a diario, en especial al señor Evans que caminaba con los mortales; pero no lograron jaquear alguna en la iconografía de sus memorias o algo parecido a su compañero de viaje respectivamente.

- ¿Y dónde trabajas? –preguntó con curiosidad la señorita McAdams.

-Eso, lo vas a saber cuándo cumplamos con nuestra segunda parada – aseguró mientras se despedía de ella parado reverentemente al borde superior de su cama.

– Descansa, pero no por mucho –se dijo, y así Emily se atrevió a sentir en sus mejillas los labios en su beso de despedida, era una experiencia paradójica, pero que logro sentir como le transmitía serenidad.

Su camino seguiría, y esta vez la ruta los llevaría al otro lado de la ciudad, donde no se agrupaba la crema y nata de la burguesía o las clases de los rascacielos en Manhattan, aunque Dylan vivía cerca y con esfuerzo se costeaba un apartamento modestamente costoso en un sitio agradable, situación que no contaba para su seguro médico que lo había trasladado a un hospital donde brindaban buena atención, pero quizá, los equipos técnicos y demás espacios estaban en desequilibrio con el anterior paraíso para los enfermos en el que el cuerpo de la señorita McAdams residía.

-Puedo pagar un buen apartamento, pero no un excelente sistema de salud- señaló él al caminar por el pasillo del hospital para llegar a su habitación, la 405.

-Bueno, puede que haya peores –comentó analizando el establecimiento de salud.

-En realidad si hay peores, al menos me atienden y me ofrecen lo necesario para sobrevivir –mencionó antes de traspasar la puerta de su habitación un tanto más reducida que la de su compañera y con una pequeña ventana de color blanco casi pálido en el interior.

- ¿Cómo fue que llegaste aquí? –se acercó al ver su cuerpo con sutileza, como si hubiese alguien más presente entre ellos, lo miró con cierto pesar, tenía varias vendas en su brazo, y un pequeño moretón que se desvanecía en su rostro.

-Estaba en peores condiciones, el tiempo ha ido curando mis heridas de a poco –mencionó al ver la reacción de ella por su mirada compasiva - ¿Tomarás asiento?

-Estaré bien así – mencionó ella contemplándolo aún, era satisfactorio pensar que sus lesiones y daños no se reflejaban en ese mundo escondido.

-Sucedió en la mañana cuando salía del edificio unas cuadras más allá, caminé entre la multitud como cualquier otro día, me sentí tan vivo como ellos al sentir su respiración, pero cometí dos errores, esos que la vida no te perdona o a lo mejor el destino solo quiere que hagas un alto para poder disfrutar del silencio y la calma- comenzó con una introducción -Compré el periódico a un hombre sentado cerca en un butaco de madera, con cuidado fui leyéndolo, alcé mi mirada rápidamente para percatarme del semáforo próximo, los carros iban mermando la velocidad, eso fue lo que creí, no me asegure de que todos lo hicieran y uno de ellos logro atropellarme con fuerza; cosas como esas duran un segundo, lo último que escuche fue la voz de un ángel, sé que fue él quien me jaló con fuerza hacia atrás, su cara me es un misterio, pero por su iniciativa solo tengo un golpe en la cadera –dio unos pasos hasta la rustica ventana se apoyó en ella hacia su vista arquitectónica.

Evitando verse y toparse con la mirada de su compañera sin sentirse afligido le confesó -Tan solo pude despedirme apretando su mano a medida que mi vista se oscurecía y se me apagaba con la vida.

-Por eso el vendaje en tu abdomen –interpretó la señorita.

-Los médicos dicen que tendré que hacer terapias y más ejercicio luego, así que podré caminar otra vez entre los vivos –añadió sin preocupación.

-No me estas mintiendo –sugirió Emily.

-No te miento, por el golpe sufrí solo una pequeña contusión, me recuperare con éxito. Sí fuese un deportista mi carrera ya se hubiera terminado –aclaró.

Las dudas estaban un poco resueltas, eso logro tranquilizarla, aunque por su estado físico tenia algunos vestigios de la conmoción del accidente, como unas marcas de nacimiento que se desvanecían lentamente en él, bajo y fuera del vendaje- ¿Y sabes cómo va tu caso? – le preguntó la joven.

-La policía ha investigado y dado el dictamen. Mis padres consiguieron un gran abogado, de la familia. Tendré una indemnización por eso, al menos fue el acuerdo al que llegaron con la agencia de taxis, por eso también estoy en este hospital de tres estrellas. Siento pena a veces por el conductor, no fue su culpa – se dio vuelta recostado cerca al compartimento del aire natural, no mostrando rencor en su mirada y palabras.

-Estuviste de espía todo este tiempo –intuyó.

-No te alcanzas a imaginar la rabia que tenía cuando supe de este lugar, perseguí cada movimiento en mi caso toda la primera semana, en ese camino desértico fue donde aprendí todo lo poco y nada que se de este mundo, y lo que le he enseñado a cada uno de sus transeúntes desde entonces.

-Debió ser muy frustrante que te arrebatan tu orbe de confort de esa forma.

-Me lo dice alguien a quien también despojaron.

Ella hizo brincar sus cejas en señal que efectivamente así era -Puedo decir recién, que ahora llego a comprender tu discurso, los diálogos en ese puente...me imagine que era una charla casual –él sonrió por la acotación de ese evento - ¿Puedo verla? –preguntó al acercarse a la mesa donde se posaban una agenda al lado de un jarrón de flores.

Entonces fue así como el dio inicio a su presentación –El dueño de ese libro lo tienes enfrente – ella alzó su mirada, pero sus manos comenzaban a escrudiñar debajo de la tapa de caratula forrada en cuero, esas hojas que durante el relato se concentraría para examinarlas página por página.

– Hijo de Kentucky y de un par de granjeros, muy prósperos en el condado por varias generaciones. Aran la tierra y crían las vacas, son esos los oficios que me heredaron con amor, pero siempre ese joven se sintió errante en un mundo que no creía suyo, empezó a tocar puertas e investigar posibles salidas; fue entonces como llegue a New York, me gradué de la Universidad con honores y no continúe mi especialización, no soy de forjar dos cosas a la vez –bromeó –Por esa razón tengo un lugar en IngDesing, sin embargo, a veces realizo otros proyectos, las cuentas no se saldan mágicamente.

-Eres un gran artista, desarrollaste gran imaginación y creatividad para compartir. Deberías crear tu propia agencia de diseños o enviar algunas propuestas a los estudios Disney u otras compañías de animación si te llama más el campo de la animación –le insinuó encantada por cada hoja que revisaba y palpaba con cada trazo con sus dedos.

- “Creo que naciste para caminar en un mundo más grande” dice mi padre al ver mis creaciones; me acompañó a todos los concursos y costeo mis talleres, a veces no me comprendía. *Él tiene mente de granjero y tú la de un astronauta*, me recalca mamá cuando discutíamos por una tontería.

- ¿Qué tipo de tontería? ..., si puedes responder.

-Mi padre no quería que me fuera, nunca lo vio con buenos ojos y menos para New York, no le aterra este mundo, solo que no le parece un lugar tranquilo para vivir, dice que cambia a las personas; lo mismo que con California, pero con el tiempo se ha dado cuenta cuando me mira que no he perdido mi esencia, que aún me puede ver tras ese traje, aunque en ocasiones me dice que me he matado mucho –contestó.

-Es una reacción muy normal, eres el único hijo ¿verdad? – él afirmo con su cabeza.

– Su único hijo vivo –le respondió con algo de tristeza.

Emily solo hizo silencio, no quiso preguntar y el omitió la continuidad del tema. –Ha invertido mucho en mí, ya es un hombre de sesenta y cinco años, solo espero retribuirles por montones la vida que se han desgarrado, son buenos padres y doy gracias a Dios por eso, les toco un hijo testarudo sí – suspiró luego de su pausa –Por eso tienes que seguir viviendo –añadió dándose unas leves bofetadas.

-Se supone que deberías ser amoroso –dijo Emily pasmada por la inesperada reacción a su cuerpo inmóvil.

-Lo estoy siendo, es parte de la motivación, confundes el amor con la placidez alejándola del dolor, tu sola existencia a veces no es amorosa contigo.

-No siempre el sufrimiento es una buena señal.

-No si no le haces frente y lo superas, para eso la vida te enseña a madurar –mencionó al acercarse a ella para seguir ojeando lo que restaba en la agenda.

-Si no te gusta el lugar donde trabajas, ¿Por qué sigues ahí? –le preguntó ella con temor a ser imprudente.

-Sino quieres ser la presidenta, ¿Por qué no simplemente declinas?

-Muy sutil- le recriminó- yo tengo miedo a fracasar y a perder mi “libertad”, no a convertirme en la jefa –fueron sus argumentos.

-Y yo tengo activos y pasivos, inversiones y gastos, solo que existen mejores lugares para derrochar mi talento.

- ¿Cómo cuáles?

- CreativeGine, arribe a esta ciudad con ese propósito, es la mejor y tiene muchos campos de acción –afirmó con añoranza.

-Entonces vas a tener que lograrlo.

-Lo mismo te digo –afirmó con su mirada frentera, era muy bueno para eso, en cambio Emily se sentía un poco intimidada por el foco de sus ojos.

-De veras, haces un gran trabajo –le susurró con confianza.

-Ahora sabes quién está detrás de todo ese mundo de color, forma y atractivo, de esa estetización de nuestras formas de vida.

-Pues no lo hacen tan mal. Solo he conocido en mi corta vida dos diseñadores: a mi primo y a ti, y eso es un honor.

-Me agrada que lo aprecies, todo es fruto de las noches en vela, del café, del silencio..., menos mal que en esta dimensión no se perciben las ojeras.

- ¿No?, sí las había notado –afirmó la señorita McAdams haciendo zoom con sus lentes.

Por el comentario, el señor Evans intentó verse en un espejo de la maquina más cercana, pero le fue imposible.

-Suele pasar que se te olvida que habitas este mundo –comentó al caer en la trampa.

-Como si fuese una burda ilusión, tan solo quieres que eso sea –agregó a su comentario –Solo quería ver como lo intentabas –aludió con su rostro lleno de felicidad, dejó su libro en el sitio correspondiente, se dedicó a mirar las flores y a rosar con delicadeza sus pétalos.

-Y te divertiste ¿eh? – manifestó sentándose al borde sur de la cama dándole la espalda a su cuerpo durmiente.

-Aún me debes parte de tu historia –insinuó.

-Me has prestado bastante atención...Vamos a empezar por la parte linda, a ese joven le place ver películas, ciencia ficción, de un género biográfico – histórico y un poco de animación, también sentarse a tomar una taza de café en compañía de un libro de vez en cuando, e indiscutiblemente visitar su hogar, esa acogedora granja, ir con mi padre y ver las vaquitas, o cocinar el almuerzo con mamá...

Ella le interrumpió asombrada - ¿Cocinas?

- ¿Qué un hombre no puede hacerlo?, claro que cocino, moriría de hambre sino lo hiciera, y para que veas preparo bien las carnes...te invitaré, a ti y tu novio si la vida me da un tiempo de prórroga.

Ella no podría creer esa noticia y el prosiguió – Creo que aún no desecho mis costumbres de casa- pero seguiría con su contraste -Ahora, la parte oscura, no le gusta quedarse estancado, le preocupa estar siempre en un mismo estado, como si estuviese en control remoto a la deriva, podría perseverar y esforzarse más, eso lo confieso a nombre de ese chico –señalo hacia atrás y medito en sus siguientes palabras – umm, No le gusta salir a bares o discotecas, clubes nocturnos y esas cosas, siente que es una desgaste de tiempo en sitios vacíos a los que vas a esconderte y perderte con la ayuda de unos cuantos tragos, risas falsas y placeres efímeros, te desconectas del mundo real por fantasía, por un espejismo cada noche... sé que es un mensaje que hiere susceptibilidades, lamento si te son ofensivas.

-Es tu posición y tus justificaciones validas, no me incomodan en absoluto, aunque es un poco injurioso cuando sabes que haces parte de esa descripción – le confesó.

-Lo siento mucho, al menos lo reconoces.

-No podría refutarte cuando tienes algo de razón, es lo que siempre me recalca Peter.

- ¿Tu desconsolado amigo?

-Sí, dice que es el país de las maravillas por el pago de una noche para las almas perdidas, una simple droga. Me atrevería a decir que es más hiriente que tú, a veces se toma la vida muy en serio ese chico.

- ¿Y entonces que hacía ese día contigo?

-Le supliqué que me acompañara – respondió al acercase al mueble acolchonado de color blanco ubicado frente a la cama desde donde pudo ver a su emisor de nuevo sobre el barandal de su cama–Nunca le han agrado esos sitios, prefiere quedarse en casa tranquilo junto con su prometida, pero en dos días era mi “investidura”, entonces accedió junto con mi mejor amiga y también su novia para al menos saber que estaba bien y que iba a salir viva, normalmente asisto con otras personas, con Nico y sus otros amigos ...

- ¿No son los tuyos? –pregunto él con curiosidad.

-Es la palabra con más debate en el mundo, yo diría que ellos no lo son para mí. Creí como una ingenua que la filosofía de Pet era producto de su padre alcohólico, de un pasado turbio en la familia, y no lo vi más allá.

-Su pasado familiar puede ser una incidencia, eso es claro –dijo con elocuencia bajándose de su posadero y merodeando por la sala –La vida en una taberna suele ser semejante al capitalismo, astuto, mañoso y traicionero sí pierdes el control- comentó.

-Tu aspecto te hace ver mayor de lo que creo tienes.

-Deben ser las trasnochadas y la barba que mamá me ha dejado crecer, ¡en que estará pensando! –dijo detallándose tan cómodo sobre la cama de hospital –Me faltan setenta y cinco años para el centenario, y ¿La mademoiselle?

Emily se confundió por un momento, pero luego tuvo el resultado de su cálculo –Veinti cuatro en mi lengua simple y materna.

-Nunca se es tan joven para ser el dueño del mundo, serás una gran empresaria, para esa etapa te has capacitado. Y... nunca dejes de pintar – le recomendó con gran aprecio.

Su rostro mostro la estima por el consejo- ¿A veces vas a tu casa?

-Si te refieres a mi apartamento sí, suelo pasar ratos cortos, sé que nadie se impresionará si se mueve algo de forma terrorífica. Es mi bunker por ahora.

- ¿Podremos ir a visitar el mío?, quiero enseñarte algunas cosas.

- ¡Por supuesto!, no soy tu carcelero –le añadió asombrado por su petición –Muy bien, creo que ya hemos cumplido por hoy, ¿Quieres ir primero a tu apartamento o hacemos otra parada?

- ¿Ahora a donde planeas llevarme? –mencionó con intriga.

Se escaparían del hospital hasta la calle siguiente para poder encontrar en medio de los autos un transporte que les llevase a su próximo sitio de exploración; sentados en una parada de autobús sin pasajeros impacientes y misántropos, esperaban el próximo bus que les llevara al lugar planeado en la mente del joven bohemio. Un estirado rodante bañado de un galón blanco, se

divisaba en el horizonte, pero no parecía prepararse para estacionarse en la orilla y ver descender a sus pasajeros.

-Vamos a tener que correr – comentó Dylan analizando el panorama.

-No, que ni se te ocurra –dijo Emily asombrada.

-Te quedarás sola entonces.

-No me voy a subir en un carro en movimiento Dylan –estaba muy segura de eso.

-Uyy, me has llamado Dylan.

Ella se sonrojo por su sátira más no le reprocho –Ese no es el punto, no podré hacerlo.

Emily solamente lo detestaba, pero a su vez adoraba la idea que por un momento sí llegó a fascinarle, ¿Que podría perder?.

Así que se levantó con decisión, sus pisadas eran firmes en el asfalto, apurados para tener casi el roce de sus hombros con la lata que formaba la coraza del bus, tuvo más cerca la puerta de salida y no quiso desaprovechar la oportunidad; se agarró del borde de la puerta y salto para que sus pies tocasen las gradas, los pasajeros sintieron la brusquedad de un choque en el movimiento y buscaron el culpable, pero, no vieron nada insólito, no pudieron ver la respiración agitada de felicidad en Emily, como tampoco escucharon su grito de victoria.

Si bien Dylan se quedó rezagado y el bus avanzaba con rapidez al momento en que ella logro abordarlo, obligó a sus piernas a convertirse en un caballo de fuerza, corrió como nunca lo había hecho, le gritó en su maratón que se había equivocado de ruta, pero ante la cara de espanto y la tentativa de tirarse de la máquina rodante, él rápidamente corrigió su drama antes de que ella saltara.

- ¡No me hagas caso! –le mencionó sin parar sus piernas que con potencia se estiraban para llegar hasta la puerta de ingreso, ya la podía sentir tan cerca, estaba a tan solo dos hileras de asientos. La señorita Emily le hacía barra para que su adrenalina le animase a llegar a su cometido.

- ¡Vamos Dylan! –constantemente escuchaba de su compañera que caminaba hasta el pasillo para verle de lejos tras los ventanales. Era insólito

que solo ellos eran testigos de la acción, de la persecución vandálica y del alcance de una gesta.

El señor Evans no se daba por vencido y el conductor apretaba más el acelerador, de a poco le ganaba ventaja, pero no estaba dispuesto a perderle la pista, si su corazón habitara en se cuerpo hace rato se hubiese ahogado por el coraje, ese que le hizo pegar un salto enorme hasta caer a lado de los pies de unas señoras en sus lugares de asiento.

- ¡Que lindos zapatos!, disculpen señoras, cuidado con el pie –exclamó tratando de arrastrarse hasta el pasillo pasando entre las patas de los asientos de metal hasta ver a la gigantesca escultura de Emily que miraba hacia abajo al desvalido teatrero, descompensado en el callejón de pasajeros, fingiendo que estaba sumamente agotado.

- ¡Llegué!

-Te pasas de pícaro, debías entrar por la puerta -le reprochó desilusionada, aunque tranquila porque él ya se hallaba en el bus.

De un brinco se paró y acomodo sus ropas - ¡Oh mira! Tenemos lugares disponibles. Sí que fue emocionante verte trepada ahí, será una buena anécdota para cuando estés vieja –ella solo lo vio desfilas por su lado para ocupar el asiento del fondo.

La tarde aun estada joven, no sucumbía ante la oscuridad, quería quedarse para ver a los dos extraños que se sumaban a los tantos o pocos que podrían arribar en sus trenes desviados por el ferrocarril a tierras lejanas separadas por un telón dimensional funcionando como una barrera indivisible y pasable, traicionando a así a sus visitantes, martirizándolos por lo que veían y a su vez del no poder decir con totalidad que era “real” lo que sus escasos sentidos percibían; esos que les permitían divisar los calles que pasaban a medida que el bus avanzaba a nuestros jóvenes transeúntes.

CAPÍTULO V

Lucha en la Ciudad

Aquí es donde comienza mi incógnita, ¿A dónde pensaba llevarla?, no parecía ser tan pillo en ocasiones, además en cualquier momento el tiempo les puede llamar a cuentas y ellos tan solo daban vueltas y vueltas en el mismo lugar, pero bueno, ¿Quién soy yo para juzgarles?, algunas cosas se asimilan en la simplicidad de un instante.

- ¡Vamos! ...- le indicaba luego de llegar a su lugar de visita -aquí las personas no hacen dos carreras simultaneas –mencionó con ironía -pero son igual de soñadoras que tú y yo, no te dejes engañar por su rústica fachada o por lo deprimente de la calle, también son americanos, también son personas –terminó diciendo bajando su voz.

Caminaron y caminaron por los charcos en los huecos, por las sendas abiertas entre los muros con sus fachadas consumidas y pálidas, por las estrechas calles de edificios con las escaleras oxidadas a la intemperie ascendiendo como una espiral, transitaron sin más por los suburbios lejos de la frivolidad de la urbe esplendorosa.

- ¿Ves esa ventana de vidrios polarizados? –le preguntó al hacer su parada frente a uno de los edificios separados por tan solo un hilo de microfibras, hacinados por el cemento.

Emily buscó en las alturas hasta que logro identificar el apartamento.

– Ese fue el lugar que me recibió cuando arribé a esta ciudad –le compartió Dylan.

- ¿Por qué me has traído aquí?

-Dijiste que querías ir a los lugares más remotos, hemos iniciado ya nuestro viaje – ella no se lamentó por la explicación sorpresa, le pareció poco ortodoxa y en parte acertado el operar del joven.

- ¿Viviste por mucho tiempo aquí?

-Mientras logre estabilizarme y pagar mis estudios, sí. Siempre fui inconformista y de ese modo llegue a esta tierra, solo me acompañó una maleta y un manuscrito lleno de ideas, sin nada y sin capital comencé trabajando en un restaurante del distrito, luego me recomendaron a otro mejor, y de negocio en negocio termine de cajero en un supermercado; con eso pagaba el apartamento en compañía de un taxista, fue él quien me recogió en el aeropuerto o bueno, yo lo aborde por suerte.

- ¿No tuviste desconfianza? – preguntó asombrada mientras avanzaba.

-Considero que me criaron muy ingenuo para con las personas, sin embargo, mire bondad en sus accionar, eso también me le inculcaron, así que confié y realice mi plegaria para que fuera un buen hombre, y la verdad, si... sí tenía tomo mi cuerpo inundado de miedo, pero bajo una corza de seguridad y firmeza logre enterrarlo. Ahora somos buenos amigos, viviré siempre agradecido con su encuentro.

- ¿Y cocinabas en los restaurantes?

-No me dejaban potenciar mi talento, es una pena... por aquí –le indicó tomando la delantera, siempre con sus manos en los bolsillos –Yo era el barrendero, el que lavaba los trastes, el baño, los pisos, en pocas palabras el multi-usos.

Ella rió por el énfasis cómico de su última mención, sabía que lo había hecho a propósito, no faltaba la diversión en sus discursos a pesar de que a veces fueran tan adversos, pero para que ese hilo conductor burlesco permaneciera, se osó a referirse a su paga.

-Una miseria –aseguró él con severidad – Eran unos explotadores, en lo que concierne en mi primer trabajo, no dure mucho gracias al cielo. Donde si logré radicarme por los incentivos y el trato, fue en el supermercado, en esas me gané media beca que luego se convirtió en beca completa, no fue fácil mantener mi promedio, el recibo de la energía tuvo una subida en la factura impresionante por mis estudios nocturnos.

-Ya veo –ella cada vez se maravillaba por su historia desentrañada intermedio a los pasos de esos caminantes, era un tanto peculiar; trató de imaginarse como la protagonista de ese relato, quizá hubiera reaccionado de mal o mejor forma, ¿quién lo sabría?, pues las letras ya estaban puestas para sus libros y las cartas ya estaban leídas.

En la medida que atravesaban más pasadizos estrechos y sombríos, llegaron a una calle donde hombres y mujeres se recostaban en la pared desplegando una larga fila que llegaba hasta una esquina, vestidos con abrigos viejos y harapos de algodón grueso ya desgastado en algunas partes se aglomeraban los ciudadanos que esperaban su refrigerio comunitario al que un grupo de jóvenes pertenecientes a una ONG llegaban al lugar desde que el joven Evans tenía memoria de esa zona.

-Hacen trabajos de intervención con ellos, grupos espirituales, de proyectos manuales, jornadas de salud y hospedaje en este edificio, rehabilitaciones y bueno, la alimentación balanceada; son un grupo de beneficencia con grandes recursos. Es increíble como ellos emigraron a esta ciudad como cualquier otro y han terminado en esta condición tan deplorable – expuso estando a unos metros del punto de encuentro con los activistas en una calle mocha por una pared hacia el cielo.

Un grupo de perros viejos por su apariencia, pero jóvenes en actitud, harapientos pero contentos, a veces malolientes, de mirada tierna y alegre, veían a sus fieles compañeros no como los pordioseros del sistema y a su vez, fueron los que se percataron que había más personas entre ellos. Uno de ese combo, pequeño y saltarín, distinguió la presencia del joven, y con un ladrido llamó al resto de la manada, quienes con gran gozo se abalanzaron contra él.

La manada se colmó de alegría, reflejaban en los saltos y el agitar incesante de sus colas el encuentro en lo indivisible de los reflejos del sol a unos cuerpos esperando por cariño y amor...bueno, y ¿Quién escribiría esta última línea?, creo que es un poco cursi.

-Bueno señora Files, creo que no quiso ponerle más sentimentalismo –me dijo mi gerente en jefe con algo de tartamudez en su lengua, por sus gafas se notaba el escurrir de unas gotas de sudor nervioso.

-Ya te he dicho que no me llames así.

-Si señora Felicia –dijo un respeto reverente.

-No puedo creer que mi secretario de redacción me haya pasado esto. Mejor prosigo. No quedo tan mal después de todo. Subo de nuevo mis lentes por mi montaña empinada, tendré que acomodar el papel en la máquina...y, ¿Dónde estará esa chica?, ¡Oh aquí estas mi tecla hermosa!

Emily se hizo a un lado del ataque y quiso pasar desapercibida, no le parecían repugnantes por no tener el aspecto propio de un chow chow, solo que nunca había abrazado a una mascota y le parecía que la relación privada entre ellos no debía ser interrumpida por su presencia.

- ¿Qué onda perritos?, calmados, calmados, que asustan a la gente –les indicaba Dylan rodeado por todos ellos, quien luego de tanto alboroto prefirió arrodillarse para que sus conocidos cuadrúpedos dejaran tanta ansiedad- A ella, a ella, no seáis groseros y denle la bienvenida –indicó con amabilidad.

En ese momento voltearon su mirada y tímidamente se acercaron; sus hocicos podían oler el miedo y la disuasión en esa figura estática quien armándose ideas trágicas se imaginó que la atacarían, no obstante, terminó por endulzarse debido al cariño de esos perros hacia ella, lo que logró diera el paso a la socialización.

Los espectadores de la calle en la fila y fuera de ella miraban atónitos las escenas, en primer lugar, como sus amigos conspiraron entorno a un círculo cerca a la senda izquierda de la calle, y en un segundo momento se trasladaron un poco más hacia la derecha para seguir persiguiendo su fantasma, ¿Qué hacía que esos perros se reunieran con tal afán? Era la pregunta que todos los miradores se hacían con desvelo frente a ese fenómeno siniestro, a menos de que estuvieran cazando moscas en el aire.

-Esos animales están locos – comentó pasmado un hombre de barba blanca en la fila.

-Y mira quien habla de demencia... muévete que ya avanzó la fila –pidió con brusquedad su compañero detrás de él.

Dylan por su parte se acercó a la sociedad de los aullidos y lamidos, los nuevos admiradores de la señorita McAdams. La veía irreconocible con su tono mimado hacia cada perro –Hola perrito lindo, ¿Por qué eres tan hermosho? ... ¿Que hace que estos perros te amen tanto? –le preguntó invadida por todos ellos.

-Tranquilo Rufus – ordenó a uno acariciándole las orejas – Es muy

hiperactivo... -justificó con encanto -de vez en cuando retorno a este lugar, no tanto como quisiera, pero mientras estuve aquí escuche sus historias y las de ellos – les hizo muecas a dos de ellos e imitó un ladrido, a lo que estos también mostraron sus dientes y le respondieron, eso asusto a Emily – les traigo un poco de pan y alimento en grano, quizá por eso veo que estos peludos aún no se olvidan de este espectro.

-Pueden vernos claramente ...-dijo contenta.

-Sí, su naturaleza animal se los permite y a unos cuantos humanos que han desarrollado la habilidad de visualizar esta dimensión, no sé qué tan claro puedan estas criaturas, pero lo hacen... ¿Por qué les tiene temor? – dijo extrañado por su reacción primera ya muerta por el tiempo.

-Es una anécdota chistosa...- de verdad le parecía penoso contarla -Me mordió un cachorro la mano cuando tenía cinco años –confesó con vergüenza y gracia a la misma vez.

Dylan solo podía morderse la boca y arrugar su cara para tratar de no revelar su enorme sonrisa, la imagen era muy cómica en su mente, pero su intento fue fallido y no pudo contener su emoción.

-Lo siento, esto es un pecado...de verdad es muy cruel que esto me produzca gracia, ¿Qué le hiciste? –dijo tratando de calmarse.

-Nada –afirmó con asombro- solo pasaba por una tienda con mamá y ahí estaba parqueado el animalito, recuerdo era un rottweiler, una cosita preciosa, ni siquiera era mío el atrevido.

-Ya veo porque el desprecio.

-Eso suena muy radical, solo trato de protegerme, pero ¡que tonta! si aquí todo puede pasar excepto el terror –respondió - Pero estos son muy lindos –le hizo juego a uno de ellos muy saltarín.

-Ya he perdido el protagonismo, les gustas...son unos ingratos los condenados – añadió toreando algunos de ellos en juego, pero ya se estaban dispersando un poco, algo sabían, y era que no los tendrían por mucho con ellos, vivían en mundos diferentes.

- ¿Y tú tienes mascotas? –le preguntó a Emily.

-No, casi no permanezco en casa, lo que sí podría decir es que tengo una

amiga, a su vez es amiga de mamá, una coneja de lo más querida: Margarita.

- ¿Una coneja?, sí que están de moda estos animales.

-Perece perro, es demasiado mansa. ¿Y tú?

-Lo misma razón, es triste encerrarlos en esa caja en la que vivo, pero tengo dos en la granja de mis padres, una pareja singular: la amistad entre un pastor alemán y un gato común, el primero se llama Ugenio y el segundo Tomate.

-Un perro llamado Ugenio y un gato de nombre Tomate –replicó con sorpresa –que nombres más estafalarios, ¿tu gato es de color rojo acaso?

-No, ni es rojo, ni sabe a tomate, ni le gusta el tomate y no tiene una cresta verde, llanamente Tomate –respondió como un poeta.

El dato seguía calando en Emily como una situación muy curiosa principalmente por el caso del minino, ¿Qué haría a ese gato tan especial para llevar tal título con mayúsculas sobre sus bigotes?, así que movió sus piernas y se arrimó al otro lado de las paredes perdida con su mirada al frente de sus perros.

-Lo hemos vuelto un holgazán, es muy mimado, ya no se le encrespa ni al perro, han hecho las paces, cuando lo conozcas te va a encantar, es negro con una babucha o bufanda blanca en el cuello, al igual que la macha en el ojo derecho similar a un lente, y sus patitas como la nieve en forma de botitas blancas...todo un seductor. Lo recogimos muy pequeño abandonado a la orilla del río en un paseo –le relató.

-Tomate...tiene que tener algún misterio –insistió.

-Te he descrito la bestia y aun así no olvidas su nombre, es un felino muy peculiar –decía sin destellarse mucho por el animal que le era de amigo en la granja, y le esperaba siempre con un ronroneo.

-Un gato llamado Tomate, sé que puedes ponerle el nombre que te plazca a tu mascota, pero ¿Tomate?, no me suena muy casual –afirmó mientras continuaba armando en su cabeza el rompecabezas, ese nombre se repetía constantemente dentro de ella, quería leer entre líneas, poder desmenuzarlo, proviniendo de un chico como él, nada podría ser tan fortuito.

El joven Dylan la miraba tan inquieta y pensativa hasta que un perro

ladro. -Vamos desalojen, desalojen, no siempre puedes ser el centro de atención –exclamó al guiar a sus obedientes canes que eran llamados ya por la comida servida en los platos azules en una fila hacia el fondo por los jóvenes y adultos de la organización comunitaria.

-Toma-té, To-ma-te...Toma- té, ¡tú gato toma té! –exclamó con vigor.

-Así es, así se llama –afirmó sin sorpresa por el dato.

-No me tomes por tonta, ¿es o no es?

-Esa es la cuestión – dijo con una sonrisa, esa que fue su respuesta.

-Un gato que toma té, que cosa más loca –dijo sonriendo en su cara de impresión.

-Si por el fuera también tomaría vino, así es la vida, se aburrió de ser un animal castizo.

- ¿En serio toma té? –se sintió incrédula por el descubrimiento.

-Resolviste el acertijo y ahora no lo crees.

-Tengo que ir a esa granja y verlo en persona –afirmó con convicción y aterror.

-Podemos ir a visitarla esta semana –comentó.

- ¡Hecho! –afirmo con gran expectativa, ya quería tenerlo entre sus brazos.

Si bien esa expedición no era lo que ella se esperaba para recorrer las calles inexploradas de su patio de juegos lleno de iluminados castillos hasta tocar con un dedo el cielo, sí le pareció una experiencia entrañable por el hecho de que su guía así se lo había transmitido. No necesitas fajos de dinero o terapia para comprender que un mundo distinto (por no decir miles) se desarrollan afuera del salón de grabación de la ya enorme productora y distribuidora de historias *life-action* del mundo.

Ese globo de vida terrícola, del mundo tangible e indivisible que con sus efectos posaba el caer del día a cada paso que mis dos viajeros dan por la principal avenida rumbo a encontrar una nueva ruta.

- ¡Vaya que trancón! –dijo el señor Evans viendo el largo de fila de coches que con sus timones se dirijan hasta el norte de la ciudad, algunos de

ellos con sus capitanes impacientes u otros menos despreocupados, aprovechaban el relacionarse con su teléfono móvil.

-Enserio espero que no sea un accidente – dijo Emily, pues el percance parecía tener magnitudes de gravedad.

Dylan decidió pegar un brinco al intentar subir a la cajuela de uno de los autos de su senda izquierda, ese arrebato asustó a Emily, su actitud salvaje era en situaciones como esa indomable, ¿Qué acaso lo había tirado de la jungla para treparse así?, pero se guardó su reprimenda y extrañeza.

- ¿Qué ves ahí?

-Parece que una falla de cañería, los bomberos están al fondo –le reveló desde su elevado puesto sobre el capo del carro Ford como un vigía sobre un mástil.

- ¡Tenemos que avanzar!, no veo buses cerca –replicó el joven descendiendo muy cómodo por el vidrio polarizado hasta la cajuela del siguiente auto.

Su compañero avanzaba si echar mirada a lo que dejaba atrás, y Emily lo siguió desde su senda segura e inmóvil, lo prefería así, mientras disfrutaba del descabellado camino pavimentado por los montículos rodantes, unos más llamativos que otros.

- ¿Por qué te quedas abajo? – le dijo con su pierna izquierda ya lista para impulsarlo hasta el techo del auto en que posaba.

-Porque se camina por las calles no encima de los autos, existen ingenieros que diseñan esto –le explicó como algo muy obvio.

- ¿Y bien? –no asumió eso como una razón de peso.

- ¿Cómo qué? ...seguiré por este camino –le respondió.

-No te estoy diciendo que tomes un atajo, te lo estoy poniendo más difícil.

A ella no le convencía hacerlo, temía por poder dañar alguno de los autos, sus dueños de mala suerte no tendrían a quien reclamar si tal cosa sucediera; no, no se atrevía a jugar tan sucio.

-Oye. Yo nunca te pediría que me siguieras hacia algo peligroso, o que pusiera en juego tu vida, te lo aseguro, y lo digo porque en ocasiones como

estas tienes que moverte del lugar donde estas, porque si te quedas en el mismo sitio puede ser más lamentable.

-Lo que me dices no concuerda en nada, antes es de revés como puede aplicar.

Él sonrió por su deducción, no pretendió confundirla, pero sí que tomara el abandonar su miedo para sobrevivir en lo que parecía ser una aburridísima vida en el mundo que no era oculto a los seres vivos intangibles. Ella frunció sus labios a un lado, sus ojos no miraron al culpable de su duda, respiró hondo con unos tambaleos de indecisión.

-Desde aquí tengo una gran vista, ¡Ven!, no le harás daño nadie, créeme – dijo extendiendo su mano para llevarla con él.

Solo que ella no le concedió su mano, se abrió paso entre las diminutas hileras de carretera vacía y llegó hasta el otro carril posándose en sobre un pequeño escarabajito. –Sera como caminar sobre una montaña –le exclamó.

Se retaron entonces a llegar así hasta la zona de desastre, no era una forma convencional de utilizar un auto, pero la carrera de obstáculos se sintió emocionante para ellos. Al no ejercer el peso y la voluntad de dañar algo a su paso, la señorita McAdams se percató de lo inofensivas que eran sus pisadas que se veían obstruidas cuando por unos segundos todos los autos agradecían avanzar así fuera paso de caracol.

El señor Evans iba unas tres hileras más delante de ella, pero nunca le perdía la pista, ella iba tan emocionada con la fe de alcanzarlo que diviso que en la fila del medio los autos no eran tan perpendiculares, y se subió en una camioneta con parrilla trasera, la cual azotó hasta su plataforma porque con ímpetu se abrió camino apretando el acelerador con rudeza. Dylan alcanzó a ver como ella perdía el equilibrio, pero logró agarrarse de un manillar con angustia.

Cuando llegó hasta ella al instante que todos los autos de nuevo dejaron su cronometro en cero, la entro riéndose para su sorpresa.

-Nunca te montes en la parte trasera de un carro en movimiento, esta no es la proa del Titanic –le dijo.

Él joven se rió por la ocurrencia y comentario, la ayudo a ponerse en pie, recordándole que no la dejaría sola, y que no debía siempre ser más

cuidadosa.

-Tú me embarcaste en esto señor.

-Y lo lamento si te lastimaste –se disculpó.

-No lo lamentes, disfrute mi caída –dijo sin borrar su felicidad incomprendida.

-Este amigo parece tener un buen barco –dijo admirando la camioneta.

-Parece que no va de viaje, lleva el maletero del techo vacío –dijo mirándole con complicidad, que encontró compartida en él.

-Lo hare si me prometes no soltarte por nada del mundo.

-Ahora si pones condiciones... -dijo subiéndose hasta el techo.

Concibiendo que de fondo la vía ya se estaba normalizando de a poco, ellos disfrutaron de su confortable viaje, de la brisa de la noche y la vista esplendida con sus pies sueltos en las ventanas; la espalda recta y con sus manos aferradas con fuerza a las varadas, les permitieron viajar por las calles de la ciudad sin ser multados o fotografiados por la rareza de su idiosincrasia.

-Crees que mi vida ha sido tan alineada con el cosmos que no me sucedan –le comentó pensando que él la tenía por perfecta obra.

-El cosmos nació del caos y mantiene unas anomalías que llegan a sorprendernos, así que no creo que tus días tan planificados no hayan tenido en algún momento algo espantoso o singular que agregar al diario – le dijo para su tranquilidad –No creo que hayas viajado así, ¿o lo has hecho? – preguntó asombrado.

Ella arrugó su rostro en respuesta, ¿Cómo podría hacerlo?, ni por muy loca y rebelde que fuera en vida.

- ¿Y tú sí?

-Ni siquiera tengo auto –le dijo - ¡Mira!, ya casi llegamos –exclamó marcado en su rostro las luces de los camiones.

-No parece un accidente – dijo Emily alzando su mirada a veces interrumpida por el multicolor de las luces –Has acertado –le dijo a su compañero con alivio.

-Bueno tendrá que poner tuberías nuevas...Ibas a decirme algo, lo

presiento

- ¿Estás seguro?

-Lo estoy, que te secretos escondes para que me hayas desdibujado un poco mi ignorancia sobre ti.

Ella lo miró con asombro por su minucioso estudio, parecía no verla y tenerla siempre presente. –Llegan cuando menos te lo esperas, ¿me contarías? – insistió.

-Fue hace cinco años, he íbamos en una excursión que le realice con unos amigos, con un único presupuesto y ruta, nos llevamos nada más en las maletas que la felicidad de un gran paseo y el cansancio en el cuerpo.

- ¿Pero...

-El bus que nos llevaba tuvo que desviarse por otro camino que nos alejaba más de casa, el conductor nos comentó del percance que se salía de sus manos, algunos reclamistas furiosos pedían el reembolso de sus tiquetes, y una amiga mía de revoltosa dijo bajarse en ese sitio con el dinero de nuestros pasajes en mano. Unos cuantos aparte de nosotros descendieron del autobús, los grupitos se esparcieron y unos se devolvieron cerca al peaje hacia el norte; las cosas no parecían tener otra salida, y el ocaso de la luna se vislumbraba venir de otra parte.

- ¿Se bajaron en plena vía antes del anochecer?, ¿Cuántos años tenías?

- ¿Quince, creo? ...- ella sonrió –Y así fue, mis padres aun no lo saben, quizá se los cuente cuando retorne, en ese entonces me regañaría y no me dejarían volver a viajar... -argumentó - Temimos por nuestra vida en el camino solitario que decidimos emprender, los cultivos y arboleados seres de ambos lados de la autopista se elevaban como nuestros únicos acompañantes; tomamos la iniciativa de seguir como mochileros a solas, sabíamos que a unas millas estaba se posaban en un puente una guardia del ejercito, y las tres acompañadas por Peter siempre con una postura de firmeza, alerta y nada de angustia cuidándonos las espaldas.

-Eso aventura si pudo terminar en tragedia, ¿sentiste miedo caminante?

-No, no sentí temor, disfrute de esa grandiosa anomalía en mi travesía. No me lamente o maldije el percance en la vía por la que el conductor no siguió su ruta acordada; solo mire el cielo y supe que sus colores violetas mezclado

con naranja en las esponjosas nubes me regalaban un paisaje digno de admirar.

- ¿Tomaste alguna foto del recuerdo?

-No, es lo único que me duele de ese día, porque a pesar de que alzábamos los deditos a todos los autos, nadie nos paró y esperábamos que alguien se apiadara de nosotros porque estábamos cerca de llegar a un sitio que no era de fiar, decían que era un tanto peligroso, por eso no quise retratar con mi cámara aquel recuerdo que solo vive en mi mente.

- ¿Y entonces que pasó?

-Bueno, luego de unos treinta minutos en los que el calor enriqueció nuestros rostros y mojó nuestras ropas, un camión que llevaba bultos de harina de trigo nos hizo campo para que nos acomodáramos parados, y apoyados en sus barreras de madera cruzamos hasta un punto de estación donde cogimos taxi con los cuantos billetes que nos devolvieron.

- ¿Los montaron gratis?

-Por supuesto, se imaginó que éramos desplazados, nos demacró bastante la jornada de caminata.

-Te lo tenías bien guardado mi querida amiga –dijo altamente sorprendido por su aventurero episodio –Sin dinero suficiente, en una ruta desolada, el peligro al acecho y con la noche pisándoles las huellas, ¡Wow!, además que eran muy jóvenes – le dijo impactado-

-Y estaba de cumpleaños... -le soltó con alzándole las cejas.

Él la miró extasiado, la escuchaba, veía y no lo creía - ¿Qué se siente que te dejen botado en la carretera el día de tu cumpleaños?

-Sientes que nunca te pasa nada extraordinario hasta que vives ese momento, pagaría cualquier cosa por volver a caminar por esa carretera, ver la luna oscurecer mi tarde de colores, y poner a las cigarras a cantar –le confesó.

- ¡Im-pre-si-onante! –le exclamó con halago.

-Lo curioso es que, eso que mismo que preguntaste fue exactamente lo mismo que ellos me decían, es algo que nunca olvidaré con deleite.

-Para mí próximo cumpleaños pediré ese deseo – le dijo su compañero enternecido por la ocurrencia de la señorita.

- ¿Qué te deje tirado un bus en medio de la vía?

-Que me pongan de cabeza el mundo –le tradujo - así sabré que tengo que ingeniármelas para encontrar una forma de caminar en ese estado o el de componer la gravitación de mi planeta.

-Entonces bridemos, ¡Por que nos dejen tirados en este mundo! –le dijo su compañera con su mano al cielo, a lo que su compañero con su mano hizo un saludo militar a la luna.

Ya habiendo superado la barrera de autos estancados con el tacómetro en cero, el auto se dispuso a acelerar el paso, eso lo pudieron sentir allá arriba sus pasajeros, aunque el cambio embellecía sus caras con alegría como si estuvieran montados en una atracción mecánica. Pero pronto se les terminaría el paseo, y aprovechando que el semáforo retenía el paso, ellos decidieron bajarse.

El señor Evans saltó desde su puesto por el lado derecho hasta pisar con rudeza el cemento de la carretera, y se dio prisa para recibir a su compañera que descendería por el frente.

- ¿Qué eso que suena?

El joven se dejó llevar por el sonido que de algún lado provenía, y su odio le indicó la procedencia y le señaló el lugar con su pulgar al ventanal de la camioneta.

-Yo conozco esa letra –dijo animosa por interceptar la interferencia. Asomo su cabeza colgada por la ventana entre abierta del sitio del conductor solitario y pudo sentir los bafles resonar con la canción mientras él la seguía al pie y fervor del vocalista.

-Oh but Im proud of you, but Im proud of you, Theres nothing left to make me feel small...Luck has left me standing so taaaall –de cabeza con los cabellos ondeándose con la suave brisa nocturna la señorita Emily vio al apasionado cantante.

- ¡Gold! –dijo sonriente cuando dejo de chismear y resbalándose por la ventana llegó al frente de la camioneta donde la esperaban los brazos.

-Haz estado muy sonriente estas últimas horas –le dijo contento.

- ¿Te molesta?

-En absoluto, no es una herejía ser feliz – le respondió viéndola sentada al borde de la cabina del motor.

-Siendo así, que la providencia decida que nunca se apague esa llama en el mundo –le respondió tocando con sus zapatos el inamovible suelo por si sola. Él muchacho se vio impedido por su transformación, había pensado mal de ella y de su “perfecta y cuadrículada existencia”; cada minuto que pasaban o conversaban le borrada la imagen de un fantasma, la idea de que habitaban en otro mundo era insensible e inaccesible cuando por la simpleza de un acto, cometían algunas idioteces cargadas de moralejas.

El señor Evans vio cómo se apartaba sin su compañía, dio una cuantas palmaditas al frente del auto que brillaba en su reflejo con la luz de los faroles.

- Gracias ciudadano y, ¡bon voyage! – se despidió en su flagrante presencia con el silbido de la canción que a volumen medio llenaba cada rincón de la cascara lujosa que les transportó.

La noche caía con prontitud, se despreocuparon del tiempo, de sus planes, y decidieron quedarse una noche, tan solo una más en esa opulenta y segregada ciudad mirada desde arriba impotente con sus torres tan erguidas, pero pocas veces desde un ángulo recto junto con sus ciudadanos, desde su gente tan plural como cada inmigrante que llegaba desde que se hizo tan famosa y el mundo conoció su nombre arrogante con letras de oro y brillantina.

Emily sería esta vez su guía, lo traslado hasta la cara de neón y luces de la localidad más lujosa, donde transitaban los autos más costosos y los jóvenes bañados en dólares. Era un boulevard muy atractivo en diseño, un efecto óptico muy común en las grandes ciudades que parecen tornarse más interesantes y llamativas con el abrazar de la luna y su mar de oscuridad que asesina a las estrellas con sus destellos mundanos.

-Recordando tus confesiones, pues henos aquí –le estacionó frente a su bar retro favorito, el último que pisó antes de atravesar la madriguera del conejo.

-Sé que soy muy aburrido y arcaico (era eso y otras palabras las que mis compañeros me recordaban como una peste que no se quiere ir), pero me tiene sin cuidado –confesó dándole la espalda al letrero del bar.

-Te confieso que suele ser un poco raro –aclaró con confianza -lo fuese si te viera como una copia del montón –agregó sin verle como al peor de los bichos, le impresionaba que fuera cierto sí, quizá eran cosas de familia o su capital social distinto al de ella, a sus aspiraciones, a sus gustos discordantes con el prototipo del hombre de su edad que ella había construido.

Él por su parte se echó los cabellos que sombreaban elegante su frente adulado por el comentario y se cruzó de brazos expectante. -Muy bien, aquí continuaremos con el juego que iniciaste –le dijo la señorita invitándolo a entrar a ese mundo con el movimiento de su cabeza que le producía la música pop.

¿Qué quería mostrarle aparte de lo que ya sabía? De todas formas, atravesó esa puerta antes que su anfitriona para sumergirse en su carnaval delirante. El reloj iba a enunciar las diez de la noche, y cuando entraron estaba sonando Depeche Mode con su clásico Enjoy the Silence, sonido sumergido en las luces y la oscuridad del recinto, definitivamente sintió que no le parecía agradable al señor Evans, se le apreciaba incómodo, había mucho humo y casi si podías percibir a tu acompañante.

La cara de Emily era el contraste, algo encontraba en ese lugar que la hacía sentir bien.

-Me dirás que soy un mojigato, definitivamente prefiero otros lugares – comentó sin mucha impresión, su predisposición a la imagen previa era la proyección exacta en ese club.

-Parece que ves un fantasma con esa cara de desprecio –dijo ella.

-No te burles, puede que parezca un niño en este bar. En cuerpo presente pasaría la humillación frente a todos –comentó en pos de su inocencia.

-A veces es mejor desconocer algunas cosas- le respondió compartiendo algo de aceptación -veo que no te hacen falta noches como estas.

-Lamento decepcionarte, pero sí, esto nunca fue parte de mi mundo, aunque ese disco, es una gran producción que lanzó al estrellato a ese grupo – ya lo había escuchado, aunque prefería otros ritmos, por eso el comentario

mientras su compañera solo coreaba sin dejar de escucharle.

- *All I ever wanted, All I ever needed, Is here... in my arms* – dejaba brotar la señorita las letras de la canción que ya iba casi por la mitad, su deleite lo podía notar el señor Evans que se dedicaba a escucharla.

-No lo haces, aun no me decepcionas señor Evans, y míralo bien, porque será la última vez que lo repudies y la primera ocasión en que yo lo haga –le confesó dando la espalda a ese sitio. Le dejó parado a la expectativa, ¿para eso le había llevado?, para su salida magistral, ahora era su turno de darse a la retirada, la oscuridad parecía haber adormecido su vista, pero logró captar a unos cuantos pasos a su compañera luego de escapar.

- ¿Aquí es donde comúnmente vienes? –la alcanzó parada a la orilla de la carretera.

-Venía –corrigió –Era más de la media noche, debía irme a las doce lo sabía, pero no satisfecha simplemente prolongue las horas y la aproximación de mi final.

Dylan le interrumpió, era un fumador del frío y lo expulsaba por su nariz con destreza –Resulta muy difícil tener la premonición del futuro, vivimos el día a día como si el mañana fuera tan cierto como el sol anunciando el paso del tiempo, pero al igual que sol, llegará un momento en el que desaparece, o en el caso más extremo, deje de existir, ...no es tu culpa.

-Pude haberme ido más temprano, si me hubiese ido a la hora que Peter dijo, esa moto no se hubiera atravesado en el camino y yo podría haber estado más sobria como para sentarme al menos o amarrarme con algo – se reprochó con desánimo y frustración.

-Pudo a ver sido esa moto u otra, como pudieron haber pasado en limpio por el camino, nadie lo sabe, o quizá la vida sabía que iba a pasar eso antes de que decidieras tomar tu decisión de quedarte – ella se acercó con timidez a su pecho y él con titubeo trató de arroparla, trató de ser el pañuelo en su llanto.

–Si muero, Peter no se lo perdonaría y yo tampoco – dijo muy dolida.

-No digas eso, ¡ves!, no debiste traerme para acá, son pésimos lugares – le dijo con él carisma que siempre lo acompañaba.

A lo mejor si necesitaba sacarlo, era una espinita que la hería profundamente, que la agobiaba; si tuviera sueño se lo quitaría, pero solo lo

expulso en su ira, en su reprensión y en su llanto de arrepentimiento, ¿Por qué lo hice?, ¿Por qué no medí las consecuencias?, quizá no era la única que se las formulaba, su pobre amigo pasaba por el mismo calvario, inocente en su accionar semejante al motociclista que iba deprisa porque su hermana menor estaba muy enferma y necesitaba de su ayuda. El ¿Por qué? continuaba, que pudieron haber hecho mal se decían en la infinidad de respuestas que ellos como cuchillos pasados por fuego podían atravesarse a sí mismos.

- ¿Tienes una caldera dentro? – dijo ella con gracia al ver como salía el humo por la boca de Dylan al hablar.

-Tú también la tienes –le aseguró -Es extraño no poder sentir frío, pero si expresarlo.

-Sácame de aquí –le suplicó borrando su padecimiento de la cara.

Él no se opuso y llegaron hasta el aeropuerto, el último vuelo salía rumbo al Cairo, Egipto, y pensar que no llevaban sus pasaportes, ni maletas, ni documento alguno, estaban en la tierra de nadie como también se le conoce a esos puertos; pero si siempre habían estado en esa tierra los dos jóvenes pasajeros en la corta fila por fastidiar, indetectables a las máquinas registradoras, ciegas como todos en ese escenario, excepto por mí, la única que veía a esos divagantes poseídos por un espíritu de niños en templos jóvenes.

Ni los guardias con sus miradas discretas, misteriosas y penetrantes tenían la habilidad de detenerlos en esa dimensión, pero ellos si la podían cruzar con descaro, posándose frente a ellos, tomándoles como bufones antes de su ingreso por la puerta al otro lado del atlántico.

El desierto en la máquina con alas era muy evidente, diez pasajeros en total esparcidos por todo su cuerpo, más tres o cuatro azafatas de turno que les daban la bienvenida, y unos colados. El motor arrancó con potencia y se elevaron hasta esconderse entre la marea oscura sin fondo. Emily se recostó sobre la ventana y se perdió en el basto horizonte, ese que tenía el poder de achiquitar su mundo y convertir en un instante la corriente en algo majestuoso.

-Parece que no viajas mucho –le comentó acomodándose a su lado en el grato asiento.

-Aun no pierdo mi capacidad de sorpresa, en este mundo he descubierto que siempre somos unos aprendices –le respondió la señorita McAdams sin desencantarse de su panorama.

-Fantaseas más que yo ahora –comentó el señor Evans.

-Es una forma poco convencional de reflexionar, pero he terminado por aceptarla – respondió ella a lo que él con curiosidad le preguntó - ¿Crees que por eso estas aquí?

-Creo que primero tuve que llegar al punto de estar muerta para poder sentir lo que es vivir.

Similar a Dylan a mí también me enterneció su pensamiento, había llegado a la fase superada ya por su compañero, tal parecía que su duelo era superpuesto por un nivel de reconstrucción de su yo profano, aunque eso puede no significar que coexista una vez abra sus ojos; reflejar al pie de la letra sus nociones de la vida y la metamorfosis de sus dogmas por el destino son tan complejas en la praxis como su proceso de formación personal y psíquico, por eso la miró con admiración, y pensó que agregar una palabra a su obra magistral del razonamiento existencial sería una total sandez.

-Las cosas que puedes llegar a decirte cuando vas en silencio por el camino son las que terminan siendo relevantes en tus acciones y decisiones – mencionó si quitar su mirada a la noche de nubes esponjosas y solitarias.

-Haz maquinado muchas aquí entonces – se atrevió a posar sus dedos sobre su sien a la vez que se acomodaba en su asiento mirando siempre hacia el techo.

-En efecto –afirmó mirándole por un segundo - cuando no te hablo no es por no quiera, es que solo estoy ocupada conmigo misma.

-Pues sabes que no me incomoda, llego a pensar que hemos impuesto ya un record de habitar con la misma persona más de 24hrs.

- ¡ESO! Es alarmante -respondió con atterro desarticulando su mirada tras el cristal para dedicársela al señor Evans.

-Aterrador diría yo, es como una relación compulsiva –le comentó aun con su mirada al cielo.

-Lo nuestro no es obsesivo –susurró con picardía.

-Es piedad y supervivencia – comentó él con insensibilidad.

-No podrías ser más encantador, pensé que no volvería verte – le comentó con sarcasmo.

- ¡Oye por qué tan agresiva! ...te dejare un momento a solas, necesito pensar –subrayó – no me distraigas.

-No te preocupes, ve y acuéstate en un rincón –le respondió poniéndose sus gafas de sol y retornando la mirada al ventanal sin reflejo.

Pensar, ¡esa palabra!, dicen que lo hacen, pero es un juego de contradicciones, les han criado tan embusteros que podrían pasar por honestos, a capa y espada escupen que ejecutan la palabra hablada, ¿Qué eso con exactitud, que función cumple y en qué momento de sus vidas les resulta más complejo?, no lo sé, yo solo soy la redactora, he visto desfilar ante mis ojos millones de generaciones y es más confuso de lo que parece. Pero estos jóvenes se esforzaban, su esmero por responder y refutar lo que construyeron como resolución a sus cuestionamientos era una constante.

De modo que, el comentario de Emily era muy cierto, cuando su boca calla sé que es en otro mundo donde grita y discute, uno que no se me permite leer, escuchar o ver, tan solo habita en la inmensidad de su pensamiento, más allá de esa masa de materia de la que brota su máquina de operaciones, sometidos así bajo su poder en la soledad de esas horas, sin preocupaciones, residiendo en la mansión de una incógnita, desterrados de la tierra salvaje y el mar olor a pez que les producía una sensación de desapego fruto del tiempo y espacio que les encerraba.

-Ya casi llegamos – Dylan apareció de nuevo luego de unas largas horas de ausencia, cuando ya el sol iluminaba el interior de la tripulación.

-Habías visto alguna vez aparecer el sol en el cielo –estaba seducida por esa estrella.

-Por casi toda mi vida...pero nunca a esta altura.

-Pues yo sí, y es lo más sublime que he visto.

-Me alegra que hallas sido su testigo, es un señor muy radiante, todos quieren mirarlo, alzan sus ojos con esfuerzo, pero su divinidad te deja ciego, nos condenó a no poder ver su magnificencia y a sentirle solo en la piel.

Nunca faltaban sus epopeyas, era algo ya muy característico para el oído de la señorita McAdams de su compañero, como si los tuviese meticulosamente diseñados antes de ella poder compartir sus pensamientos convertidos en palabras por las ondas de su habla, podría sentirse como alguien pedante por temporadas, pero de esa realidad no tenía ni un pelo, bajo esa cara de inocencia se ocultaba un pequeño discípulo del mundillo de peregrinos que replicaba lo que sus oídos captaban en su travesía.

Ella retiró sus gafas sin desterrarlas por completo, y en su mirada de sorpresa por la poesía innata, imaginó por ese instante que a lo mejor no pudo toparse con un mejor compañero de viaje, le impresionaba esa criatura de carne bien diseñada como caja parlante; por lo que el señor Evans leyó en el brillo de sus ojos ese mensaje sin voz.

Descendió su cabeza en humillación y dijo -Lo memorice de un cuento que mi madre me relataba en las noches, es muy buena inventando historias fantásticas.

-Debían ser muy emocionantes.

-Me compartió miles de personajes, tan alucinantes como su capacidad de creación, ellos fueron mis compañeros en las noches y sus hijos al ocultarse su maravilloso sol –narró dejando entrever en su sonrisa natural un hoyuelo al lado derecho, a lo que ella asentó con su sonrisa placida.

-Estimados pasajeros esperamos que el vuelo haya sido agradable, por favor no se olviden en revisar que todo esté en orden... -anunció la azafata a unos metros de tocar tierra.

-Fue más largo de lo que calcule...creo que no vamos a alcanzar a recorrer si quiera la mitad de este planeta –comentó Emily respetando la fila que ya se hacía para descender cuando el avión se aferró a la pista estático.

-Esa fue tu idea –le amonestó.

La sensatez, eso es una falacia mía, cuando tienes mucho afán y tienes la posibilidad de colarte en una dimensión que no te permitirá hacerle daño a nadie con tal acción poco cívica, pues solo pasas y ya...; como el ejemplo de estos jóvenes que atravesaron los asientos y llegaron hasta la salida con facilidad.

-Haz infringido la norma –le exclamó mientras le seguía arrastrado por

esa marea.

-En ningún momento te obligue –respondió, a lo que él le mostro sus manos apretadas, provocando que ella las soltase de inmediato sin altivez, para seguir caminado hasta el interior del aeropuerto que les recibía siendo ya las 11:00am en un letrero digital luego de diez horas aproximadamente en las alturas.

CAPÍTULO VI

Para Derrotar A

Tenían que alejarse por primera vez del uso de mapas, (que mal momento en esta era tecnológica), pero sus almas de exploradores les permitirán sacar la casta, atreviéndose al uso de los métodos más arcaicos al ver que no podían tener contacto con alguien más; divisaron los letreros y afiches turísticos, hallaron entre los oportunos anuncios ubicados en la terminal de las aves metálicas donde aterrizaban media población mundial (bueno a veces exagero un poco), marchando como en manada pero siendo a su vez caballos solitarios, de rumbos múltiples y de intereses diversos.

Fue así como la tripulación del avión se disipó en la grandeza del aeropuerto, sintiéndose por tan solo un instante las figuras diminutas de ese lugar.

-Y si mejor avanzamos a pie –comentó la señorita McAdams.

- ¿No es tan mala idea? – le impresionó su osadía.

-Los demás lugares se pueden transitar después con mayor tranquilidad.

-Cuando hablabas de lugares inhóspitos, no dimensionaste la magnitud ¿verdad?

-A veces hablas sin medir lo que dices –se conmocionó por su memoria.

Sus pies pisaban tierras llanas, inmunes a su aridez, solitarias a la vista, a los gustos. En mi pantalla comparé su paisaje con el de un centro comercial a la misma hora del mismo territorio, pero me aventure y añadí otra más en

Japón, y otra en New York, y pude haber expandido mi mosaico hasta volverlos tan imperceptibles, queriendo desviar mi foco que siempre sería de ellos, de esos dos caminantes en el silencio y la calma, en la sutileza de un pastizal corroído por los rayos del sol y en la simplicidad de un árbol sin hermanos, de una calle bañada por tierra morena como el color de su gente, en un área limitada por esas líneas mágicas y políticamente imaginarias que por siglos los hijos de los hombres se han legitimado, los hijos de esta tierra que embelesan mi mirada girando como una ruleta en su máxima velocidad.

- ¿Cuál puede ser la ciudad más cercana?

- No lo sé, ni siquiera tenemos un mapa, este viaje es un tanto absurdo – le respondió el buscando un edificio o casa cercana.

- No es tan infame caminar sin rumbo, además ya estamos perdidos – le comentó ella.

-No me des muchas esperanzas. Sino, sino nos damos prisa nos puede aparecer los muertos vivientes – murmuró.

-No cuentes tanta fantasía, no caeré esta vez en tu película.

-Eres muy escéptica y mira donde haz terminado, si la momia viene tras de ti no me arriesgare a ser tocado por su maldición –habló muy serio.

Un viento recio les azotó alborotando sus ropas; las piernas del señor Evans explotaron a la carrera dejando a su compañera en la incertidumbre, ella examinó a diestra y siniestra para percatarse de un ente fantasmal entre ellos y no divisó a alguien recién llegado del inframundo.

-No caeré en tu broma –se dijo relajada en su andar.

Pero algo se movió entre los árboles, y aunque fuera un pájaro era suficiente invasor misterioso para que Emily alcanzara al que se escapaba de su alucinación.

- ¡Ay Santo! –dijo previo a su retirada con su respiración acelerada y teniendo la sensación de una brisa siniestra tras ella.

Anduvieron errantes por tierras extranjeras, tan inhóspitas para su corto intelecto que casi llegaron a sentirse extraviados. Vieron de lejos una carretera, esa fue su señal de alivio, la siguieron hacia su norte, en su trayecto abordaron un carro en movimiento hasta una casa de hospedaje alejada de la

mano de Dios y la civilización, casi podía caerse como una vieja ruina. Continuaron de largo en su marcha, hasta que sus ojos divisaran algo de movimiento, se alegrarían al ver pasar perros solitarios en los pasos sin brújula, llevados por las sendas de una tierra histórica, llena de misterios, de arquitectura impar y donde su reloj les retrocedía en las arenas del tiempo.

Con sorpresa llegaron a un bazar muy congestionado, tenía la apariencia a un montón de peces en la red, agitados y amontonados, el calor se derramaba por sus ropas y caía a gotas en sus frentes. Prácticamente tuvieron que treparse y ser escurridizos para lograr salir de la marejada en la que por despistados se involucraron en una tierra que parecía exótica y poco común a lo que sus ojos estaban acostumbrados, pero que los embriagaba con pasión.

-Esas fresas se ven tan frescas - la boca de Emily se derretía por ese deleite.

-Enloqueciste –dijo su compañero.

-Tengo un banquete aquí en frente –añadió si poder sentir el deseo alguno de comérselo o de la sensación de un hambre voraz luego más de dos días sin probar bocado.

-Dejando de lado el valor, te das cuenta que siempre has estado rodeado de grandes riquezas –comentó el señor Evans frente a una frutería que le provocaba un suspiro de amor.

-Daria lo que fuera para poder sentir el sabor de los frutos de esta tierra – mencionó ella con un deseo inmenso al ser las fresas sus favoritas, cosa que comprendió el señor Evans y le mencionó -Nos estamos lacerando demasiado fuerte, será mejor que continuemos – dijo guiando a su compañera hipnotizada por cada fruta, por sus colores, por lo fresca que se veían posadas en los canastos, por una ensalada que no podía hacer faltaba sobre su mesa, sus pies no querían moverse, pero su tormento debía ser disipado mientras el señor Evans la empujaba suavemente hacia adelante.

Todo se veía tan interesante, desearon en gran manera que ellos pudieran verlos, así sí se perdieran en la multitud como unos más en sus calles, pero que por un momento, por tan solo un momento sus pulmones respiraran el aire de África, sintieran el palpar de los corazones de los transeúntes, olieran por más fétido el pescado, o el olor de las frutas frescas, sentir el sabor de sus platillos típicos, saludar a un extraño con respeto y admiración, porque,

aunque sus rostros no tuvieran la misma contextura, era a través de sus ojos que podían romper las barreras del barro.

-A este paso y con este mapa no vamos a llegar a las pirámides, pero te puedes ubicar en medio de la ciudad y verlas a los lejos sobre una calle elevada, eso es una gran vista –dijo Emily sosteniendo el papel imaginario de sus coordenadas en sus manos.

-Guardo sumo respeto a esta ciudad que atesora tantas historias... -llenó enaltecido de aire sus pulmones -nunca he podido estar parado ante ellas, me sentiría más minúsculo de lo me siento ahora –comentó su joven compañero.

-Podríamos caminar aquí todo el día si quisiéramos.

-Hemos caminado por horas, y ya nos estamos perdiendo de nuevo, necesito sentarme en algún lugar –le suplico él.

Ella accedió, y como pudo trato de encontrar un sitio conocido mientras pasaban las horas. Navegaban como en una selva tropical, precavidos y astutos, la noche iba encendiendo las luces de la ciudad del mundo árabe, parte de la historia universal de la humanidad, la que en algún momento abrió las puertas a las primeras civilizaciones, a los faraones y reyes, a los siervos y esclavos, esa cuna del oriente que hoy puede apreciarse como una obra de arte del mundo antiguo, como una reliquia que los grabados del tiempo no se atreven a borrar.

Fue en el balcón de un edificio bien fortificado con su fachada semejante a la arena, el hospedaje de ese par sentados a la orilla frente a la ciudadela, en nada parecido a las torres de hierro y metal al otro lado del océano; las lumbreras se abrieron camino en todas partes y el sol paso de ocultarse para posarse en cada casa, pasillo o edificio.

En su momento de contemplación, a lo lejos se movían unas sombras irregulares; aparecían del suelo como un charco y se movían con rigidez tras las paredes, buscaban algo, tenían un olfato implacable. Se escuchó un grito de dolor, de desespero por no caer en sus garras, luchando por no ser su rehén, pero luego desapareció en el silencio, y esos fantasmas como la bruma vestidas de luto asomaron de nuevo sus caras en los corredores a lo lejos.

-No me digas que es otro de tus trucos – mencionó al verles.

-Yo no he hecho nada –dijo preocupado por la suerte del sujeto que les

fue un completo desconocido, pero que ahora divisaban a sus perseguidores.

A Emily se les desvaneció la sonrisa, sintió que era algo serio, un escalofrío invadió su cuerpo, los había visto, sabía quiénes eran y esperaba que en su lista de selección no estuviera su nombre. No hubo murmullo entre los dos, esa situación opacó el buen clima de la noche y su esplendoroso panorama.

-Sera mejor que nos vayamos – propuso el señor Evans.

-Quizá fue un grito de alguien más, creo que ya estoy desvariando – comentó ella viendo con terror como se dividían esos bichos para desaparecer entre los senderos, entre las rocas, y los muros.

-Tienes la vista perfecta, el abismo y el cielo siempre han sido parte de nuestra existencia – trató de que ella asimilara lo que estaba en juego.

-Tengo un motivo para vivir – declaró ella pasmada.

-Nunca te había visto tan turbada.

-No es que sea el personaje más nefasto del planeta, pero podría ser mejor en muchos campos – comentó ella atestiguando el hecho de que esos demonios podrían ser reales, o en el peor de los casos, respirarle en la nuca.

Caminaron unas calles más adentro en el centro turístico, les pareció sencillo hacerlo como el abrir y cerrar de un frasco, las reliquias de una tierra dorada les miraban pasar, no tenían una dirección y orientación exacta, se dejaban llevar por el sentido del viento, por los trazos de la arena y otros caminantes, aunque no falta el giro necesario, en su horizonte un hombre llevaba en su posesión una manada de cuatro camellos bien adornados tras una lenta camioneta de excursión de una familia.

Dos viajeros se filtraron mientras compartían pacientes el descanso que tomaron el grupo excursionista para recorrer unas millas más en compañía de las estrellas. Los animales sintieron su presencia y se pusieron tensos, pero Emily logró calmarlos con sus caricias.

-La domadora de camellos...me quito el sombrero señorita.

-Cualquiera lo puede hacer –le dijo al ver que le fue imposible a él.

-Eso fue doloroso –susurró encima del animal aceptando la invasión vil de su privacidad, aunque no podía sentir su peso, pero si su extraña presencia

sobre sus lomos.

El desierto en la noche es lo más inseguro que te puedes encontrar, sientes un espíritu a desolación, posiblemente a muerte y misterio, el paisaje es muy homogéneo, pero eso no le quita su encanto y capacidad de hechizar a sus visitantes.

-Este amiguito se mueve más que un terremoto –manifestó tratando de encontrar la ciencia a su medio de transporte.

- ¿Estas mareado ya? – le preguntó viéndolo como trataba de acomodarse. El negó con su cabeza y su cara como pasa.

–No me quiero ir de África, aun no tengo cara a cara a las fieras –aseveró con tenacidad.

-Que más fieras que nosotros – añadió ella.

-Somos animales superiores en la escala, somos esa cárcel construida para un espíritu bestial –respondió el señor Evans reafirmando la inferencia de su compañera.

- ¿Sabes?, hubieses podido viajar más con esos poderes, ¿Por qué te quedaste encerrado en esa ciudad?

-Bueno, me la pasaba ayudando a otros, eso no me dejo pensar en mis intereses... -el rió por la publicación de su boca – que curioso, eso no me dejo pensar en lo que necesitaba.

-Necesitabas salir.

-Un poco quizá, tú fuiste la culpable.

-Pues que bueno ser parte de tus aventuras.

-Llegaron muchos por temporadas, todo depende del lugar, pueden aparecer en varias partes, no sé que como funciona el sistema de distribución, tan solo, los ves y sabes que fueron desechados del otro mundo, pero no es una tarea fácil, no llegan con un letrero – le comentaba mientras seguía balanceándose sobre su camello.

-Eso es una palabra muy fuerte.

- ¿Cuál?

-Desechados.

-Pero míralo por el lado bueno, es un buen desecho, de esos que puede tener vida de nuevo, como si fuese reciclable, no vuelves a ser el mismo al pasar por ese proceso, ¿no lo has llegado a sentir?

-En este mundo se sienten muchas cosas raras –exteriorizó.

-Sé que es algo rustico, pero se atrae más la atención si hablas de forma excéntrica –acotó a su postura anterior.

La caminata y cabalgata en camello daría en un lugar remoto, se erradicarían a hacer una fogata y levantar sus carpas, cenarían bajo ese cielo bañado por los dioses con sus luces destellantes; una hermosa vista que ellos disfrutarían en la cama de arena dorada y fina.

-Existen muchas cosas que nos estamos perdiendo – mencionó la señorita McAdams muy cómoda con su cabeza sobre su saco al igual que su compañero recostados en la suave arena.

-La vida es muy corta y restringida como para saber vivirla – comentó imaginando que habitaba entre la luz de las estrellas ya fallecidas, pero que el espacio tiempo aun honraban sus memorias.

-Con todo y eso, se nos creó un globo terráqueo para que no supiéramos de límites y convertirnos en sus exploradores.

-Tenemos trecientos sesenta días, (dejémoslo en ese dato) para llevar a cabo gran parte elemental de nuestra existencia, no hemos sido preparados para apreciar eso –planteó el joven navegante de la noche.

-Debo apropiarme de mi destino –dijo asombrada - no sé qué estaba pensando, puedo lograr muchas cosas –se dijo ella con aire extraño de optimismo.

-Tu problema es tener mucho dinero y aumentarlo, mi problema es no tenerlo y necesitarlo –dijo él con astucia – Ahora ya sabes qué hacer con esa grande cartera, o al menos algo se te tuvo que haber ocurrido.

El panorama se abrió para ella –Podría, podría incentivar proyectos tecnológicos en los jóvenes, podría ayudar y fortalecer organizaciones para los desamparados, para los animalitos, tan solo... tan solo podría ... - en su balbuceo sintió como una luz le enseñaba con claridad un sendero nuevo.

El señor Evans intervino con gentileza -Podrías agregar un grano de

contribución social, otro económico y otro ambiental, podrías con un pequeño grano, uno, e invitar a otros a que se sumen, crear un mundo para dejar sobrevivir.

Ella le miró con gratitud. - Una vez escuche en una película decir, que *“cuando los descubridores llegaban al límite del mundo escribían: más allá hay dragones”* –citó su dato curioso.

-Mira hacia el cielo, ¿Qué puede haber más allá que un espacio infinito esperando por visitantes?, eso es grandioso, y lo que dices, es una buena frase. Ya sabes que más allá de tu frustración hay dragones –replicó con impresión por la película, sonaba prometedora para una buena tarde de lluvia.

-Si pude con los camellos, entonces que se atengan esos dragones –añadió ella entonación guerrera -Este será el lugar al que regresemos, te lo pido, me dijiste que solo uno, y no me pongas limitantes por la plata –aseguró ella alzando su cabeza para mirarle de costado.

-Emily no te prometo nada, no podría –ella medito su respuesta.

–No, no me vengas con tus negativismos, lo haremos juntos vale –respondió ella.

Es común sentir temor e inseguridad cuando anhelas claridad en tu destino, esos eran sus dragones, los que debía recrear el señor Evans, pero más allá de la vida, de eso aparente y corriente, tenía un camino por erigir. Cuando ella llego a su vida quería seguir luchando, quería volver a ver el sol y sentir sus rayos (aunque le calcinara la piel), pero esa noche era diferente, sentía que no le preocupaba ya si se iba o quedada, algo en él no estaba conectado con su cuerpo, con la vida, con las raíces de la tierra, y creía que pronto el cielo al igual que a Patrick se abriría para recibirle, o al menos, era lo que esperaba como una mejor suerte.

Pero la noche le diría que se marcharan, que la tierra gira muy rápido y la luna a veces le perdía el paso por su velocidad, por eso tenían que seguir adelante y no parar, les habían negado el privilegio de cerrar sus ojos para recargar energías, ¿eso para qué? si no se desgastaban en esa dimensión por cada respiro; se les había cohibido de juntar sus parpados para soñar en la oscuridad de su vista, pero no lo necesitas cuando puedes soñar despierto.

- ¿Seguro que este es el camino correcto? –preguntaba con temor Emily al no divisar sino solo arena y desolación en su retorno.

-Solo sigue las pisadas y toda ira bien, no hemos recorrido mucho, ya lo veras –dijo muy confiando de su alma de explorador estampando sus pisadas en la arena y rastreando la de los camellos similar a un detective con gran lupa, esperando llegar a su cometido y terminar el caso con éxito.

La técnica les sirvió, el viento no había soplado tan fuerte, aunque las primeras eran tapadas por las leyes rigurosas de ese ambiente, esto les permitiría no perder el camino de las migajas y no ser devorados por el desierto divisando a lo lejos nuevamente parte de la civilización asomarse.

- ¡Te dije que llegaríamos! – anunció con alegría Dylan por descubrir tierra firme. No fue hasta que llegaron al aeropuerto más cercano arrimados por un taxi con un viajero español que pudieron pisar de nuevo la tierra de nadie, y llegar a su siguiente estación.

Una pequeña avioneta seria el escape hacia la sabana más cercana, el reloj de pulso en uno de los ilustres viajeros señalaba la hora de los gemelos cuando las llantas se toparon con la pista de llegada. No fue una experiencia de primera clase, pero la chatarra vieja por el polvo del continente fue una lata servible para el viaje semi clasificado de los otros viajeros y de ellos mismos.

Era de esperarse que, para aterrizar en una zona estratégica, la tripulación variara entre dos doctores, un antropólogo, biólogo y dos científicos rumbo a su expedición programada al descender a sus “laboratorios secretos”, siempre quise decirlo con un tono de misterio y ocultismo, pero no me hagan caso, el melodrama a veces se apodera cada una de mis teclas.

Los más importante es que se posaban sobre esa tierra, donde los leones duermen en sus rocas de poder, las gacelas descansan en la paz de sus manadas sin el respirar de su cazador, las patas del guepardo cesan y sus ojos se cierran por un instante, las cebras se visten con la pijama y dejaban su cuerpo en la hierba, los suricatos se osaban en la nocturna ciudad, mientras que los búhos disfrutaban de la velada y las leonas arrullaban sus cachorros; los vientos de la sabana eran de calma en la durmiente llanura, esa que se les ofrendaba por cada hectárea a los ojos de águila de sus visitantes, sus árboles y montañas, o sus ríos y lagos.

-Tan solo las cigarras y las luciérnagas...no puede haber tanta calma – decía escéptica por el clima del lugar en el que paseaba siendo casi media

noche.

-Que sed de sangre tienes –comentó con dramatismo. Pero el astuto explorado no ocultaba sus miradas hacia atrás cada cinco minutos hasta que se dio cuenta que la cabaña en la que aterrizaron se había escondido de ellos.

-Solo digo que agradezco no sentir la tierra salvaje que todos pintan.

-Es por que estas en la esquina del ángulo, caminemos un poco, ya sentirás la adrenalina.

La hierba se movía con violencia, cada pequeño ruido podría ser un signo de peligro acercarse; las rocas no eran confiables, podrían ser el escondedero o refugio de asechados y cazadores, la oscuridad que inundaba el paraíso la convertía en un campo de batalla en todo momento. Un paso en falso y los ubicaría en la escena del crimen, cara a cara con la bestia en sus distintas expresiones.

- ¿Qué ha sido eso? - Dylan sin querer piso una rama con fuerza hasta partirla en dos y eso fue lo que conmocionó a Emily.

-Lo siento fue mi culpa –se dijo revisando bajo su zapato a quien había asesinado.

-Ellos también lo pudieron escuchar –afirmó ella con atención permanente en el área.

-Y decías que este era un lugar tranquilo –se mofó de tal premisa - pero no temáis, sí lo pudieron escuchar –certificó sobrio.

- ¡Qué bien por nosotros! –agregó entre dientes la precavida señorita McAdams con todos sus sentidos en órbita, siempre vigilantes.

No podría ser más alentador el paisaje, se percibieron los pasos de unos intrusos, eran cuatro ágiles lacayos rodeando sus presas, de apoco sus caras se revelaron entre los altos pastos, quedando la señorita estática ante su presencia.

-Son solo unas hienas, tienen una risa muy particular – se despreocupó el señor Evans cuando vio a los fantasmas como si estuviese relacionándose con niños.

Estos se notaban liados en un conflicto existencial, ¿en qué lugar estaba ubicado lo que veían como su cena?, les rodeaban con sigilo, planeado su

ataque voraz, pero Dylan se notaba muy seguro de su estado afortunado digno de la ocasión, situación que no revisó en su compañera que no pudo sentirse más viva en ese instante cuando tuvo unos deseos enormes de salir corriendo por esos perros salvajes, de ojos casi saltones, con garras y dientes afilados.

Uno de ellos tomaría la iniciativa al sentir a su presa magullada entre el temor, de atacar primero con inseguridad en sus movidas hacia lo que el sentía como un sujeto de carne, o lo que sea que ellos conciban ... -Patricio, ¿Dónde se abra metido este chico?

-Si señora –llegó al instante.

-Voy a tener que reforzar mis clases de biología, recuérdamelo por favor. Es muy atento y servicial ese Patricio, y ahora donde íbamos...ya te vi.

Las habilidades de una ser solo pueden salir en dos momentos de la vida, la primera, cuando estas en una situación amenazante, y la segunda, cuando sientes un momento de motivación, es ahí donde puedes llegar a realizar lo más exorbitante y descabellado a partir de esos dos instantes, podrías incluso llegar a tocar el cielo si te lo propusieras; son cosas que he observado con el pasar de mis años, y vaya que no fallo. Por eso no me impresionó que la señorita McAdams se trepara como un mono profesional sobre el árbol fuerte que se encontraba tras ellos.

- ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? –añadió molestándola, y despistando a los frustrados y embrollados animales.

- ¡Ya lo sé! –dijo ya posada sobre un rama - ¡solo que me asuste!, eso es todo.

- ¡Oye cuidado con los monos, suelen ser más rabiosos!.

Emily no le puso atención y siguió subiendo, le pareció que era resistente y le permitía con gentileza deleitarse con la vista, pero se encontró con un solitario emplumado, erguido elegantemente, de ojos saltones, cara seria y pico muy fino que residía en las ramas de su torre herbaria.

-Y ahora ¿Qué te paso? –dijo al escuchar el ahogado graznido que logró tapar Emily de su grito con la boca sellada por sus labios.

- ¡Hay un búho aquí arriba!

- ¡Entonces hazte un amigo!, le agradecerás –le dijo por su revelación.

El búho trataba de examinarla, y ella se atrevía a ser amable y cariñosa, era muy atractivo a la vista, podría decirse que entre ese plumaje tan fino guardaba ternura, aunque parecía tener unas cejas muy alzadas.

Mientras tanto, Dylan se divertía con sus nuevos amigos. Las hienas se indagaban por tal espíritu hasta que se cansaron de perseverar y perseguir al viento sin forma, uno que les estaba jugando una mala pasada con sus movimientos humorísticos de judo.

-Me río de ustedes, es una lástima muchachos no poder ser su cena hoy, ¡pero mírenme! estoy hasta los huesos, no he comido en más de un mes, ¿saben lo que eso significa? –les decía mientras los animales se sentaban a esperar que pasaba con ese espectro.

-Déjalos ya, pobrecitos – exclamó desde su refugio Emily.

-De verdad lamento aguarles la noche, pero así es la vida jóvenes – se acercó a sus caras rudas para acariciarlos, se rindieron a su servidumbre y sus sonrisas maliciosas eran de regocijo; ese hombre no les infundía temor y él no lo sentía frente a ellos, pero si sentía algo de pena, fue una relación compleja y turbia al inicio.

-Corran, vayan, ¡sigan buscando! – les ordenó mientras las despedía con una varita que se encontró en el suelo, quizá una que descendió de aquel árbol que resguardaba a su compañera en sus brazos. - ¿Con quién dices que te has encontrado allá arriba? –le dijo con su mirada en lo alto.

- ¡Un búho!, es tan lindo, se dejó dar amor –le dijo muy contenta, y el ave parecía también estarlo con su cara complaciente.

-Que sujeto tan mimado, al menos no quiere comerte –mencionó cogiendo impulso y llegando hasta la rama más cercana debajo de Emily le exaltó –Sí que tienes alma de aventurera.

-De algo me tuvo que servir pertenecer a los scouts.

-Lo pude notar –dijo con una sonrisa, esforzándose por subir.

-A veces me olvido de mi condición, lo siento.

-No te disculpes, no está mal, pero bueno...me metes algunos sustos con tus manías.

- ¿Me estás diciendo loca?, en estos momentos abrazo un búho, pues sí lo estoy –añadió con soberbia.

-Es una locura sentir que estas vivo, así que sí, me reconforta que lo sientas – al menos ya estaba encima del áspero y casi indomable tronco para él. Emily sonrió.

–Verdad que usted también se siente muy feliz señor búho, ¿quieres tocarlo? – ya veía como su compañero estaba cerca.

-No sé si me permita el honor –añadió, pero Emily guio su mano y la majestuosa ave sintió su bondad.

Aguardarían en ese árbol, con una vista brillante como el sol que se asomaba en la sabana sin prisa, hasta que la vida se volvió a escuchar en los rugidos, en las bandadas de pájaros pasar, en el despertar de las aves con sus cantos, en el trotar de las manadas, en el azote de las aguas o el barritar de los elefantes.

-Es tiempo de regresar –le recordó con entusiasmo el señor Evans.

- ¡Tan rápido!, no hemos recorrido casi nada –dijo con desánimo.

-Nos llevamos todo un día en avión, eso también cuenta –aseguró contemplando el sueño de su amigo plumífero – Tenemos que aprovechar el vuelo de salida, o si no nos será más difícil volver, además no sabemos dónde estamos exactamente –trató de que ella le comprendiera.

-Solo diez minutos más, por favor –le dijo aferrándose al árbol como si fuese una almohada.

Él accedió y la acompañó a ver algunos de los animales aparecer en escena como un pueblo que se levanta a trabajar. Y luego de despedirse de su tierno durmiente, se irían de ahí rumbo de nuevo a casa, a su sabana salvaje de hierro y metal, aprovechando el dato de que la avioneta despegaba al amanecer y que les llevaría hasta el aeropuerto gratis.

-No puedo creer que no existan vuelos más rápidos –añadió Emily entumida sus glúteos de tanto estar sentada, impresionada por la vida que se le iba en esos viajes a pesar que se habían montado en el avión que les devolvió tiempo, un fenómeno muy debatido en las ciencias, quizá, si sea relativo o una construcción del pensamiento humano (del señor Sapiens- me gusta cómo suena) lo que se dice sobre el señor tiempo, sin desacreditar su

existencia por supuesto.

-No puedo creer que volvamos a sumergirnos en la oscuridad –añadió Dylan percatándose de los efectos de la noche en las personas que se escondían en las cavernas de su ciudad que en el retorno les opacó el sol.

- ¿Qué horas son? –se preguntaba Emily husmeando un reloj, pero no encontró un led que le avisara, o el de un pasajero que no estuviera cubierto por su chaqueta.

El aeropuerto nuevamente les recibiría, su amanecer en luz ahora lo había convertido en tinieblas, pero al menos estaban en su país de nuevo. Eso es de las cosas más impresionantes que no le puedo sacar en cara al señor Tiempo, tiene una magia especial cuando hechizo la tierra con sus leyes, es en sí mismo la máquina que retrocede y adelanta los eventos, que con el planeta tierra como su cómplice les permite la imperceptible sensación de súper poderes a sus modestos ciudadanos planetarios, ese que puede convertir tu sol en un luna con tan solo unas horas, ese que es un editor más en la gran industria de la vida llena de miles de millones de actores.

CAPÍTULO VII

Las Tinieblas

Eran las 2:34 am en el reloj de la cabina del metro que les permitió conocer su espacio –temporalidad. De nuevo en casa la confianza volvió a ellos, al ser tan temprano no les quedo más que irse a refugiarse en un lugar, la intemperie ya les había acompañado por mucho; de forma que Dylan llevaría a conocer el bunker a su invitada.

-No es cuantioso lo que te podrás encontrar, pero Bienvenida a mi cabaña – le introdujo antes de atravesar la puerta A3 del edificio en un barrio de clase media, acogedor para su estilo.

-Con tu permiso – Emily ingresó tímidamente seguida de su anfitrión.

-Cómo puedes ver, tengo lo necesario –le dijo mientras ella quedaba impresionada por la casi soledad de las paredes, no halló cuadros en la amplia sala con una ventana enorme al frente, no tenía balcón, pero con ese cuadro de vidrio hacia el exterior ¿para qué uno?; no tenía un equipo de sonido, tan solo un led de 45 pulgadas y dos sillones estilo pufs con recostadero sobre un mini tapete y el vacío.

-Es muy minimalista –comentó con satisfacción en su cara.

-Lo que hace la falta del dinero –añadió él en broma, creía que el tema de los gustos era tan subjetivo como el discurso de monarca hablado de la caridad y la pobreza en el mundo.

-No creo que necesites llenar esto de muchas cosas, es una sala, bueno y además eres soltero.

-Tengo amigos solteros que podrían llenar esto con juegos y mesas finas, cuadros, palmeras y un teatro en casa con el mejor sonido, pondrían hasta una fuente de soda y quien sabe cuántas más cosas.

-Los he visto –dijo contrariada -Llegue una vez al apartamento de un compañero para un trabajo, no sé cómo caminaba por el lugar, parecía una carrera de obstáculos, todo muy costoso, tenía todas las perillas fabricadas en oro, los grifos, sus llaves, no exagero, ¡es tooodo un excéntrico! – le narró la señorita McAdams.

-Pues, no he llegado a ese nivel, me sobra mucho espacio aun –añadió con una sonrisa –Ves ese televisor, lo compre en un remate, los sillones estaban en promoción, pero mi cuarto tiene lo mejor –comentó llevándola hasta su salón privado.

Efectivamente no alardeaba sin razón, su cama se veía muy cómoda con ese colchón acolchonado, con los bordes elaborados en madera de pino reluciente, tenían buena iluminación, tres cuadros en frente de su pared, en la que se ubicaba la réplica del lienzo de Hijo del Hombre de Rene Magritte en el centro de otras dos obras en la amplia habitación.

-La zona de descanso es primero y fundamental –dijo con orgullo.

- ¿No es muy tétrica esa imagen? – preguntó su crítica con una tanto de desasosiego sin dejar de escanearla.

-Te intimida un poco –afirmó él con frescura.

-No sabría decirte, pero es muy misteriosa y surrealista para mi gusto.

- ¡Oh!, verdad que estoy hablando con una pintora –recordó como una amena primicia.

- ¿Y los demás?, no los conozco, ¿Son contemporáneos? –ojeo rápidamente de un lado al otro la pared expositora.

-Esos aún no han visto la luz de la crítica, son dos de mis creaciones como diseñador.

-Es un gran trabajo –decía al admirar el cuadro a su derecha compuesto por el edificio del Empire State construido con frases entre distintos tipos de tipografía y tamaño de fuentes, algunos eran muy difíciles de descifrar o estaban en otros idiomas, lo más icónico era que parecía ser el hijo menor de

la estatua de la libertad que se elevaba imponente detrás, dejándolo casi en segundo plano, pero esa figura estaba pincelada en varios tonos retro con un llama oscurecida y un fondo en óleo desdibujando el cielo sobre un pequeño puerto cubierto de mar.

-No pensé que te fascinara tanto –dijo impresionado por la forma como ese cuadro la había hipnotizado.

-No eres pintor, eres un diseñador gráfico; eres la versión del arte en otro idioma –agregó.

-Me volveré millonario si lo público entonces –comentó atolondrado – Pero venga, no le quites crédito a este, se sentirá muy mal si no lo contemplas –le invitó hacia el otro extremo.

-En realidad los dos están geniales, pero el primero me impresiono por los planos que maneja, y porque algo debiste grabar en ese edificio –le manifestó la señorita McAdams, pues el segundo que examinó la dejó impregnada de un aire de misterio.

–Lo leerás luego – añadió el.

El aprecio para el otro no sería menor, aunque el que más le intrigaba era su compañero. No obstante, el otro cuadro tenía algo de sentimiento más hogareño desde un diseño calco de Magritte, con un paisaje rural y una casa al fondo de una tierra llana con un camino solitario de cultivo de maíz, las figuras geométricas eran muy marcadas y trazadas casi como un boceto rustico a mano, esa era la impresión que quería dar, una imperfección atrayente en un cuadro simple; detalle que no menosprecio su espectadora.

Por otro lado, este escondite tenía más confort y color que el resto de lo que llamaba su hogar, su mesa bien organizada, su reloj de pared con péndulo y en madera, su escritorio con el portátil a la espera de su jefe; era definitivamente su laboratorio personal.

- ¿Esos son tus padres? –añadió al ver una foto de ellos, él acentuó contento con su cabeza, pero algo más le llamo la atención a ella - ¿Y ellos? – le preguntó sabiendo que uno de la foto era su compañero más joven de unos quince años, el parecido no le podía mentir con las vísperas añejas del tiempo.

- Son dos hermanos hasta el 98...aun lo siguen siendo separados por una

dimensión –respondió mirando a otra dirección.

-Lo siento mucho, me imagine que era un amigo –le dijo analizando de cerca la fotografía, en la que claramente el menor era Dylan.

-Dedico su vida al ejército, mi padre quería verlo vivo, es lo que todos anhelan; pero tomó su decisión. Enviaba cartas a menudo, le regaló a mi padre una camioneta y no se olvidaba de su novia, decía que comprarían una casa para formar una familia...prometió muchas cosas, excepto una, la de no volver en un ataúd; eso les rompió el corazón a mis padres y oscureció mi vista por un tiempo –le comentó.

- Quizá por eso tu padre no quería dejar que te fueras.

- De eso me vine a enterar luego, aquí, en esta soledad. Mi padre es como un roble, parece no afectarle nada, aunque se esté desgastando por dentro, solo me miraba y abrazaba mientras yo también contenía mi dolor – confesó con un poco de melancolía.

-Tiene que haber algo más para que estés aquí –intuyó la señorita McAdams sin parecer vulgar con su entrometimiento.

-Nunca hui, no de ellos, pero quise continuar con la promesa de mi hermano: ampliar la granja, en ese y más estados, para que ellos pudieran descansar con una negocio fuerte y pujante, mientras recorrían su país entero, ese que les vio nacer y que también recibió a sus hijos, que les abrió las puertas a sus padres; ese país tan inmenso pero merecedor de que cada rincón no le fuese oculto a sus ciudadanos –le comentó –Es esa mi visión, un sueño, el que se convirtió en el nuestro, el de Paul y yo.

Ha Emily le conmovió mucho su historia, su compañero misterioso que cada vez dejaba de serle un extraño, abría su corazón, era sincero y sus intenciones admirables, ¿Qué podría ofrecerle ella a sus padres cuando lo tenían todo?, bueno, ese todo puede ser discutible, pero volvemos a la analogía, ¿y si detrás de lo casi ya existente ella tendría que inventarse los dragones?, quizá el relato de su amigo trataba de darle luz a una nueva razón para despertarse cada mañana, para levantarse de esa cama que la ataba en esa fría sala de hospital.

-Pero no te voy a abrumar más con mi historia – añadió con actitud despreocupada.

-No hay cuidado, me gusta escuchar, quizá a veces no me siento a hacerlo. Gracias –dijo mostrándole simpatía por lo que compartían.

-Pues me alegra que te sea de ayuda.

Emily cambio de dirección en la habitación. -Oye, ese libro es ¿El Quijote de la mancha? -comentó hurgando en su pequeña biblioteca de unos cincuenta tomos.

-Y es el original, puedes ojearlo con cuidado si quieres – compartió su reliquia.

- ¡Pero si es una joya!, tengo uno en casa –dijo casi conmovida hasta las lágrimas.

-Bueno sin llorar –comentó el señor Evans.

-Tenemos muchas horas libres, así que lo leeré -agrego ella abrazándolo en su pecho.

-Definitivamente es el mejor retrato de ingenio y locura en un solo personaje, ver más allá de tu realidad, en ocasiones de tu mundo, para convertirlo en un lugar menos sombrío –agregó el joven sentado en su silla ergonómica frente a su laptop.

-Sí que te lo leíste.

-No los tengo de adorno, aunque ya se están empolvando – dijo avanzando con la ayuda de su silla movable para usar sus pulmones como la potente sopladora, acompañado de su mano como trapo en los pequeños bloques.

La señorita McAdams abrió la primera página, estaba a portas de sumergirse en su magnífica creación de la mente de Cervantes (un icónico de la literatura hispanohablante); en un tomo muy morrudo para caber en una sola mano, pudo sentir su olor particular de las hojas impresas carcomidas con las épocas, un aroma a clásico que aun sobrevive.

–Te puedes quedar aquí si quieres, iré a sentarme en el sillón – interrumpió su momento de romance.

-No te preocupes, yo me robaré el sillón, es más amplio –agregó dejando el cuarto, pero retrocedió unos cuantos pasos y se acordó en mencionarle –Y, gracias por tu hospitalidad –dijo al asomar su cabeza por la puerta; él alzó su

mano en respuesta amigable.

Por su parte, también tomaría de compañeros a sus libros, era lo único que podía hacer, su computadora le hacía ojitos, pero esa relación era prohibida en esa dimensión, era de los objetos que no podían acceder ni con todo el despertar de su fuerza, por lo que, para no perder el hilo de navegar en las grandes invenciones de la humanidad, prefirió hacerlo con el instrumento de viajes más antiguo de nuestra historia, la imaginación.

-El sol iba a desaparecer detrás de las colinas que limitaban el horizonte hacia el oeste. El tiempo era hermoso. Por el lado opuesto, algunas nubecillas reflejaban los últimos rayos, que no tardarían en extinguirse en las sombras del crepúsculo...- era la lectura en voz alta que introducían las primeras líneas de uno de sus libros favoritos: El faro del fin del mundo por Verne; que recostado con placidez sobre la cabecera de la cama exploraría página por página.

No tenía la mejor vista de todo New York, pero el ambiente sonoro de los sublimes e intensos pitos o bocinas de los autos en todas sus formas reemplazaban a las cigarras, eso mismo que por los horarios menguan o intensifican las melodías en la ciudad, fueron esas campanitas las que acondicionaron el ambiente para la señorita Emily.

-Presto habré de morir, que es lo más cierto: que el mal de quien la causa no se sabe milagro es acertar la medi...- Unas sombras se alzaban muy borrosas registradas en parte por la vista de Emily, así que rápidamente miró hacia arriba del libro para inspeccionar las extrañas figuras con minuciosidad; de inmediato posó el libro sobre sus piernas y se quedó paralizada, fría como si la hubiesen descubierto, pero no, los vecinos del pasillo en el otro edificio no alcanzaron a ver un libro flotante en ese apartamento.

La señorita McAdams respiró con tranquilidad y dio continuidad a su lectura ubicando el libro sobre el pequeño muro de la ventana para futuros despistes, aunque quizá de los pisos superiores pudieron ver las hojas al viento, pero no sería tan extraño; así que de nuevo abrió la página en la que estaba y en voz baja siguió su viaje con el Quijote y Sancho.

Consumidos unos largos minutos, los brillos del sol ya arribaban hasta la baldosa cuando iluminó el libro y bañó por completo a su lectora sentada al

frente del gran ventanal de aluminio; lo que le hizo tomar el separador y de inmediato puso el final a su película de letras.

- ¡Señor Evans!, debemos irnos –añadió alarmada por la hora que detalló en el reloj de pared.

-Alcanzaremos a llegar, con suerte tendrás visitas –exclamó al realizar su aparición en el pasillo.

- ¿Cómo lo sabes?

-Lo vi en tu planilla, son las 9:00am, no llegaremos tan tarde.

El ladrillo de expresión escrita fue soltado en el sillón como un objeto cualquiera sin cuidado, hecho por el que fue amonestado el infractor.

-Se te olvida algo –le comentó señor Evans.

- ¿Qué? –respondió apurada.

-En este apartamento no habitan fantasmas.

-Oh por Dios, cierto –dijo llevándose las manos a la cabeza; así que con prontitud dejó la obra que la emocionó hasta las lágrimas por poder volver a reposar sobre ella ese soplo de vida como cualquier mortal en tierra por las mañanas, sosegando en sus brazos unos trazos de magia y locura sobre el papel que ubicaría como la hamburguesa del emparedado, a la mitad de un Mundo Feliz de Aldous Huxley y Cinco semanas en Globo de Julio Verne.

De vuelta a la gran desértica sala debía volver a su sitio el sillón que fue su amigo durante unas horas, pero ya alguien había hecho su trabajo ubicándolo a las doce frente al televisor, así que no tendrían más contratiempos para seguir allí consumiendo lo que corría más que cualquier ser humano superdotado.

En el camino a su siguiente parada, montada en el metro con su aspecto más despejado, se recostó en una de las paredes de la maquina sintiendo al agitar de los motores que algo tocaba su mano, ¿un espíritu de un dimensión dentro de otra dimisión tal vez?, nadie se posaba cerca de ella, su compañero estaba al otro extremo husmeando el periódico de un hombre de cincuenta años, ya casi sin cabello y con unos lentes circulares concentrado en cada párrafo, este, que sin darse cuenta compartía un momento de entretenimiento con su espía.

Fuera del metro y de camino al hospital, a la señorita McAdams no se le quitaba la sensación que la incomodaba. Pensó qué estaba alucinando, quizá era una psicosis del pasado, de sus sentimientos carnales que aun en su andar rodeada de gente que viene y va como las hojas con el viento no desaparecía su sensación tan intacta sobre su piel.

- ¿Qué me está pasando? –dijo extrañada revisando sus manos.

- ¿Qué paso?, ¿Te duele algo? – preguntó al ver su rara conducta.

-Estoy bien, solo que siento un cosquilleo... ¿Qué me sucede?

-Tranquila, tranquila, quizá si tengas visitas –añadió con seguridad posando su mano sobre su hombro.

-Me están manoseando ¿sabías?

- ¡Vamos!, pueden ser tus padres, la primera vez no sentiste nada porque estabas ahí presente, debes considerarte muy afortunada por lo que sientes.

Emily se emocionó por el informe, con ansias anhelaba ver a sus padres, no se había preocupado por ser la intrusa en los muros de su castillo y ser los ojos que ellos no podían ver, era espeluznante pensar que los espiaría por su estado, motivo por el que aceleró su paso de tortuga para descubrir a sus convidados sin invitación formal.

Era su momento, pero no dejaría a su compañero solo en la sala de espera del hospital; sin embargo, el insistió en que era lo más correcto, justificando así, que se quedaría sentado en el sillón al lado de un hombre barbudo que leía una revista de autos deportivos.

Pero la señorita McAdams estaba indecisa por traspasar la puerta, escuchó los murmullos igual que los rezos en un velorio, de repente eso le asustó y decidió entrar, ahí donde estaba su corazón latiendo con pujanza, tan fuertes como el sonido de una locomotora que se acerca bajo sus ojos cerrados en su cuerpo helado aún con unas piscas de calor quien fuese el centro de atención de los visitantes y el dueño de sus caricias.

- ¿Colin? –dijo sin mucho entusiasmo, daba gracias que su voz se perdiera en las ondas de esa dimensión.

Sus amigos ya estaban más reconfortados, tenían toda una fiesta en el cuarto que la resguardaba, la música relajante ambientaba el lugar, un

peluche de panda se posaba en su regazo con sus padres rodeándola; la imagen que se proyectaba ante sus ojos sin lugar a dudas la llenaba de júbilo, era una fortaleza que habían construido entorno a ella engendrando la fe que necesitaba.

Mientras tanto el señor Evans disfrutaba de la vista de los lujosos carros, el poder de la sugestión de un retrato era lo sumamente eficaz para querer imaginarte montando sobre ellos en las carreteras de la ciudad, ese era su deleite por unos minutos, con el que podía acceder a tan esplendorosa maquina a través de la dirección de sueños.

De repente el hombre quitó su mirada y la enfocó hacia donde él se asomaba, aunque en los ojos de ese ciudadano no se reflejara su rostro asombrado e impactado por la sensación de que otro fuera tu espejo. Pero, ahí estaba finamente con sus ojos sin sorprenderse por su presencia.

- ¡Hola señor!, ¿puede escucharme? –preguntó emocionado, pero sin lograr llamar su atención, tan solo le vio desviarse levemente hacia la izquierda y exclamar –Matthew, no toques eso, ven aquí –ordenó mientras se paraba con autoridad dejando de lado su revista.

- ¿En que estabas pensando? –dijo desilusionado por la reacción –Un día eres niño y al otro estas moribundo en un mundo perdido –llevó su mirada a los dos hermanitos que jugaban en la sala –Disfruten la vida muchachos ahora que están tan jóvenes – les dijo con cariño rememorando viejos tiempos en el proyector de su memoria.

-Señor Evans –sintió que alguien le tocó el hombro por detrás asustándolo un poco.

- ¿Ya se terminó todo? –dijo impactado por la sorpresa.

- ¿Estas bien? – le preguntó ella. Él hizo una mueca y arrugó su mandíbula en demostración que si lo estaba.

Ya más tranquila por su estado le mencionó que ya estaban por recoger toda la fiesta que organizaron para ella.

-Pues te ves de maravilla – le confesó su compañero con agrado.

-Creo que he recargado baterías.

-Te mejorarás pronto –la animó.

De verdad se le podía apreciar con un mejor semblante y en lo personal llegó a sentirse renovada. Un ratito más tarde sus visitas salieron de la habitación y se instalaron en la sala de espera.

-Creo que, será mejor que cuando Emmy despierte, si me da su bendición, yo la llevaría a nuestro nuevo hogar –le formuló el señor Spring.

-No –exclamó su prometida rotundamente del otro lado al percatarse del comentario.

-No me parece una mala idea, de todas formas, tú serás su guardián de ahora en adelante, no está de más que estén juntos en estos momentos – comentó el señor McAdams con agrado.

-No lo sé Colin, es mejor que se quede con nosotros por un corto espacio antes de la boda y no adelantar los eventos – objetó la señora McAdams.

- ¡Eso! No necesito que me cuiden papá –le renegó su hija, de forma inútil apoyando a su madre se acercó a su padre posándosele al lado.

-Yo creo que, sí podríamos avanzar con el compromiso querida, y luego realizar la presentación como el equipo que serán los dos –ideó su padre de forma amable.

- No, padre –añadió Emily con rudeza lanzando un manotazo.

- ¿Qué ha sido eso? –susurró él al sentir esa fuerza que le paso cerca golpeando el sobre de manila y que provocó que se resbalara de sus manos con algunos documentos del historial médico de su hija.

-Lo siento yo no..., papá lo siento mucho – trató de disculparse asombrada por su actitud agresiva.

-Permítame señor – comentó el joven Spring quien levanto el sobre, mientras su suegro escudriñaba en las alturas o algún otro punto de ataque que explicara tal suceso. Ahora las tomaría con mayor recelo.

-Michael creo que primero deberíamos hablar con Emily –le susurró al oído la señora McAdams. Así que fueron a otro lugar para continuar su plática lejos de los posibles fantasmas o entes del más allá.

Peter, Angie y Tatyana junto con Nicholas se encargarían de los preparativos de bienvenida a la expectativa y listos para que en cualquier momento su amiga viera de nuevo la luz, como también llevarían la batuta

sobre un cuarto de la orquesta logística de la boda a tan solo un mes y medio. Toda esa antesala se maquinaba sin la invitada de honor, ese diseño de su vida futura por los protagonistas secundarios.

- ¡Papá no vayas a cometer ese error! ...- su tono de voz se opacó a medida que descendía su ímpetu para que él pudiese escucharla, pero los caminantes se alejaban y ella se percataba de que por más que desgastara sus cuerdas vocales no podrían oírla ni en la Antártida - Tengo que decirles algo, no pueden hacerme esto – le comentó a su compañero buscando un aliado.

-No puedes hacer nada, debemos seguir siendo invisibles en su mundo por ahora –fue la respuesta prudente que obtuvo.

-Pero, podría no se...dejarles un mensaje encriptado o en código morse, eso funcionaría –ideó con prontitud.

-Solo vas a lograr asustar a tus padres –no quería que cometiera una locura, algo raro se traía entre manos.

-Ni sentirán qué estuvimos ahí, será como una coincidencia de la vida, un mensaje de esos que se te aparecen en el camino y te dicen más de lo que podrías pedir – insistió con zozobra.

-Y yo que pensaba que no veías mucha televisión –agregó.

-Me aterra tu falta de imaginación en estos momentos –dijo impresionada por su imposición moral en mal momento.

-Solo sé que podría causar un daño psicológico a tus padres, es mejor que dejes descansar ese cerebritito y entres en razón, tan solo espera, quizá cuando despiertes puedas modificar las cosas, nada está totalmente estipulado – le exhortó con delicadeza.

-No puedo esperar a que cometan un homicidio –insistió.

- ¿Y ahora de que te quejas?

-No me lamento, bueno no sé...no quiero que me cambien el protocolo, teníamos un contrato –añadió disgustada.

-Vaya que tus relaciones son como una compañía –le dijo asombrado.

Ella guardó silencio, quizá si eran tan complejas como dirigir la maquinaria de una gran industria altamente productiva y rentable dando

como producto un cumulo de relaciones con un costo beneficio o con arreglo a fines como diría algún sociólogo que escuché (ahora que lo notó siento que a pesar del tiempo recién veo salir mi primer arruguita), de intereses altos y minas profundas, todo un panorama que parecía intrigante a su compañero, quién trato de ser sutil para encararla o al menos era su propósito.

- ¿Ese era tu Colin? –le preguntó.

-Sí ese era Colin, y no es mío, en realidad no es de nadie ... ¿Por qué?

- ¿Por qué no te quieres casar con él?

-Si quiero hacerlo –afirmó extrañada, un poco ofendida por la insinuación -solo que tenemos una fecha pactada, sin embargo, eso sucedería posterior a mi presentación en el cargo de la compañía.

-No quieres que te acompañe en el trono –afirmó su compañero caminante.

-De eso no se trata, pero prefiero que las cosas sean como en un principio para restarme posibles inconvenientes en un futuro.

-Ya piensas en un divorcio sin haberte casado –supuso con audacia.

- ¿En qué te he convertido señor Evans?

-Lamento si fui imprudente, no tienes que responder a todas mis indagaciones – se disculpó con cordialidad.

-Podríamos tan solo irnos de aquí –le suplicó.

- ¿Quieres irte ya? – le preguntó con ternura

-Llévame a un buen lugar – le propuso.

Su índice de felicidad cayó en picada por las noticias que habían captado sus oídos ultrasónicos, sabía era una entrometida si perseguía el chisme hasta el final, ese que estaba cambiando las proyecciones de su vida de forma radical y su estado de ánimo. Esos temores volvieron a jugarle macabramente la partida, parecía que aún tras ese mundo de los muertos no querían soltarle de la mano.

CAPÍTULO VIII

Entonces...

A lo mejor si necesitaba un mejor espacio para meditar, que mejor que un parque al que los niños sienten como su patio de aventuras más emocionante que otro campo de diversión con nuevos amigos, o en el que sus gigantes les ven pasar con alegría sintiendo como esos son tan solo breves momentos que quizá nunca retornaran, o del disfrute de una buena charla de viajes en el tiempo y las vivencias de antaño con otros viajeros ya marcados por las cenizas del reloj en compañía de las palomas.

-Suelo venir a este parque. Justamente aquí –apoyó con firmeza su pie sobre el suave pasto – A la sombra de este árbol para leer o dibujar.

-Deben ser tus peores instantes en casa –comentó la señorita McAdams.

-Quizá sí, quizá no. ¿Qué es bueno y que es malo?, ¿recuerdas cuando alzaste la moneda?

-Cómo olvidarlo.

- ¿Y qué fue lo que sentiste antes de tu éxtasis en la mano?

-Frustración, mucha frustración, rabia que no se te olvide la rabia y ... Desesperación un poco –confesó rememorando su logro.

- ¡Desesperación!, no lo sientes cuando todo te sale bien.

-Ya entendí por dónde vas filosofo – le dijo bromeando.

-Muy bien, sabrás entonces que mis mejores trabajos los ha impulsado

ese estado –le declaró con orgullo.

-Podríamos decir eso igualmente de mi –correspondió ella recordando su a veces agitada vida laboral.

-Entonces no me desprecies mi musa espacial – rezongó el joven.

Fue así como tomaron la decisión de posarse bajo ese grandulón de tallo leñoso con la vista más rítmica y calmada a la vez, eran como las estaciones en una sola tarima: el invierno en la frialdad de un lectura sobre el asiento desconectándose de su exterior, o de verano en el agitar constante y corretear de los pequeños adultos en sus mundos de aventuras dimensionados en un pequeño espacio, o quizá el caer del otoño llegando con la sabiduría de hombres y mujeres con nieve (aunque suene contradictorio) sobre sus cabezas en una conversación que refleja el marchitar del tiempo, o simplemente, su renacer en la primavera al distinguir una pareja de jóvenes coquetearse con la mirada, tomándose de las manos y sonreír por cualquier comentario jocoso antes de conocer la tristeza o preocupación.

En compañía del silencio tal escenario se dibujaba conmovedor, pero un invasor se acercó a su tronco favorito casi listo para alzar la pata y abrir la regadera, si el joven fantasma estuviese presente de cuerpo y no solo de espíritu y alma, entonces ese perro estaría encima suyo, y cuando se percató lanzó el grito al cielo.

- ¡Hee, Hey! Amigo –su llamado logró asustar a su distraído invasor.

–Hay muchos lugares más aquí –agregó, a lo que su confundió intruso con verle en esa dimensión le respondió de forma agresiva, un can que le ladraba al tronco de un árbol no era de fiar y llamó la atención de transeúntes propios y extranjeros, de todas las temporalidades del ciclo de la vida.

-Oye tranquilo, vete perrito–Emily se acercó con cuidado, pero este era arisco y rabioso –Ya creen que te patina el coco amiguito – mencionó moviendo sus manos para tratar de ahuyentarlo, a lo que su compañero susurro -Las calles lo han vuelto duro –mirando así al luchador animal con falta de nobleza y de posición firme.

- ¡Zeus!, ¿Qué estás haciendo? –se acercó el que parecía ser su dueño, le puso la correa al collar para llevárselo, pero este no se rendía y arrastraba con fuerza al joven amo de unos trece años, lánguido hasta la cara y que no comprendía la paranoia de su peluda mascota.

-Ya veo porque el nombre –añadió Emily preocupada por el joven dejado en vergüenza.

-Te van a llevar al psiquiatra – toreaba el señor Evans al perro de frente.

-No lo molestes más o no dejara de ladrar - pidió Emily empujando a su compañero por los hombros -Pobre chico, ese pequeño tiene más fuerza que él –dijo apiadándose del pobre joven que jalaba a su compañero de la correa.

-Ese pequeño es un labrador, espera cuando crezca –agregó el señor Evans yéndose para atrás con la fuerza de la señorita que lo retraía. Se alejaron entonces de ese labrador de piel dorada sin peluquear, adorable incluso con su actitud pendenciera de guerrero solitario, que, al perder de vista al enemigo escondidos tras el gran tronco para su despiste, abandonó guiado por su dueño aquella zona del parque.

-Ese perro iba a orinarte encima – se burló Emily.

-Muy graciosa –dijo él –Se te va a ir esa sonrisa.

-Déjame gozarme este momento por etéreo que parezca–trato de calmar sus ganas de carcajear –No me pongas esa cara.

- ¿Cómo?, es la única que tengo para que me vean – le confesó sin tono sarcástico.

-Eres un patán.

-No lo soy, tu eres una atrevida.

-Entonces los dos somos unos ogros.

- ¡Y no te culpo! –le confesó recibiendo su mirada enfocada y de descontento de ella.

-No me mires así –le exclamó retándola.

-No es divertido lo que pensaba decirte.

El sol aun guardaba su intensidad y volvieron a posarse a la sombra de su techo natural. Una pregunta evasiva o no, se formuló la joven Emily con el tema de su matrimonio, ese compañero que el destino, cosmos, la fuerza divina o quien sabe que le había colocado a su lado, le inquietaba solo una cosa tras esa mirada viva, esas cejas pobladas bajo su cabello un poco rizado y con una escultura saludable, tras esa fachada de hombre carismático debía

atesorar algunas cartas de amor abiertas o sin revisar, o quizá, ya su corazón le era correspondido a alguien.

-Y tú, ¿Ya estas aportas de casarte? –esa pregunta lo cogió fuera de base, vaya sorpresa; alzó su ceja izquierda y se retrajo un poco como si quisiera esquivar algo.

–Claro que no, gracias a Dios –dictaminó.

-Oye es un momento especial.

-Y no lo desprecio, pero me casaría con el viento.

-No te creo que alguien más no te esté esperando...

-Y es así, solo familia y amigos – ella le miró con misterio - ¿No me crees? –agrego él a la conversa.

-Me parece extraño simplemente. No eres Colin – de inmediato él interrumpió – Pues gracias por lo que me toca.

-Pero, tienes tu encanto, por eso debes tener admiradoras –terminó su frase la señorita McAdams.

-Tú lo has dicho, admiradoras, nada más.

- ¿Ningún amor platónico?

-No tengo tiempo para jugar a Romeo y Julieta – esa respuesta le daba la impresión que no había tenido mucha suerte con las relaciones maritales, algo muy normal en la liquidez de una sociedad de sentimientos modernos –Hace poco tuve mi última cita, pero no resulto nada bien, o bueno quizá sí – terminó por decirle.

-No te entiendo.

-Prefería tomarle la foto a todo, cuando te digo Todo es precisamente eso, hasta la mosca posarse en la copa de vino si hubiese una zumbando en el restaurante –añadió.

-Te sentiste ignorado –intuyó Emily.

-No, sentí que ella ignoraba el mundo, yo no soy el mundo –se alistó para relatarle su experiencia con detalle, no quería desnudarse, pero su insistencia le incentivo a confesarle el acontecimiento- Le estaba pidiendo el pedido el mesero, y ella tan solo se tomó su tiempo para escribir el pie de foto que

estaba a punto de postear, ¿Sabes que hice? -relató con el desconcierto latente de tal acto que describía como la infamia más grande del universo.

- ¿Te paraste y te fuiste? – dijo casi segura.

-No te adelantes a los hechos.

- ¿Y entonces, a priori que sucedió?

-Hice que golpeaba la mesa con la copa, eso atrajo su atención -... -Y luego de forma decente, me pare de la mesa, pague la cuenta, agradecí por su presencia y me retire.

-Todo un caballero –dijo sícnicamente la joven que atendía atenta a su experiencia – Hasta para romper corazones. ¿Tú la invitaste o fue ella?

-Yo lo hice, y creo ahora que fue la mejor decisión que tomé, así pude ver más allá del idilio, de un cara y sonrisa agradable. Ella es mi compañera de oficina, la veo constantemente –añadió.

- ¿Y no te guardo rencor?

-Sí, me bloqueo de todas las redes sociales posibles, si pudiera me echaría de la oficina a la que a veces voy.

-Debiste disculparte, no es agradable que te dejen en una mesa solo – mencionó Emily sintiendo la posible molestia de esa chica.

-Lo hice, le envié flores explicándole los motivos y también lo bello que fue conocerla, pero hasta esa fase gracias al Señor –aclaró con dicha.

-Quizá no era la indicada.

-Nunca nadie lo es, el amor no es como adquirir un posesión u objeto parecido a los bienes raíces donde tienes todo un catálogo para elegir entre tamaños, diseños o ubicaciones, no se compra o selecciona, simplemente no lo buscas, y cuando te das cuenta piensas que no pudiste haber merecido mayor regalo y privilegio en tu grandiosa vida que tener la compañía de esa persona. Cuando realmente lo sientes, más allá de las mariposas fantasiosas, entonces sabrás que cada día al despertar será bendito porque estas a su lado, te encuentras con su mirada, con sus besos... entre sus brazos –le comentó sin perder su vista del frente –Como ellos – señaló a una pareja de ancianos erguidos que pasaban por el parque.

- ¿De dónde sacas todo eso? –dijo ubicando a la pareja que se notaba tierna y cálida.

-Lo veo en mis padres, lo veo en ellos, lo pude sentir en los tuyos.

-Para tu sorpresa están separados por ahora –agregó destruyendo inmisericorde su análisis.

-Pues no parece.

-Es verdad. Se conocieron muy jóvenes en la Universidad, han sido buenos padres, pero quizá con el tiempo algunos lazos se han roto, pero ellos se siguen queriendo como la primera vez (eso creo). Quizá no lleguen al divorcio.

-Ya veo, lo de que son buenos padres –aclaró –Pero podrías mejorar algunas cosas.

- ¿Cómo cuáles?

-Que te responda el espejo –respondió sin titubear –Y sé que yo también podría hacerlo –agregó para incluirse en el pastel.

-Más te vale, aunque si admito que podría ser menos gruñona –aseguró.

-Bueno eso ya es ganancia. ¿Y desde cuando empezaste a salir con Colin?

Emily sonrió por el cambio abrupto de tema - ¿En serio te complace conocer mi vida?

-Tú lanzaste el anzuelo primero, ahora le toca al pez, estamos empatados –mencionó con astucia, de modo que ella le contesto sin un tono ofensivo - Esos secretos no se develan de gratis...que bajo haz caído.

-Bueno, no era esa mi cruel intención, pero si me la debes –añadió.

-Aquí voy. Nos conocimos en la cena de una compañía de tecnología, más negocios y esas cosas ...

-Aburrido para ti –le dijo con sarcasmo el señor Evans.

-No si es una gala o una cene –le contradijo - son muy interesantes por su ambiente, todos son apestosamente muy ricos y sofisticados –relató.

-Pues qué envidia, yo también quisiera esa colonia – añadió su compañero.

-En fin, hace dos años y medio, un poquito más, que inició nuestro noviazgo, el anterior año fuimos unos simples nuevos conocidos el uno del otro.

- ¿Amigos?

-Simples conocidos, lo prefiero así. Es un juego muy interesante porque crees que tienes el poder sobre el otro, como una ley de atracción.

-Te pareció atractivo –supuso el joven.

-Es un muy buen seductor, muchas a mi alrededor deseaban con ansias su atención, nunca lucía ni actuaba mal en público o en privado.

-Pero se fijó solamente en ti –le interrumpió.

-Así es, el postre se sirve en bandeja de plata hasta el final.

-Y ahora eres comida para que te devoren, ¿Qué es eso? –le recriminó horrorizado.

-Déjame terminar. Mis acciones y sentimientos son a lo que me refiero, ellos se sirven para que el otro lo tome o lo desprecie, como yo había hecho con él, no me interesó en un comienzo, me parecía muy príncipe para ser verdad, y siempre me ha ido mejor estando sola.

-Pero el tiempo pasa –añadió.

-Y entonces caí en su red como un pez –acertó.

-Te enamoraste – afirmó el joven Evans.

-Sí y no, algo nunca terminó por convencerme.

-Es gay –le interrumpió por milésima vez.

-No lo es, o bueno que yo sepa no –se cuestionó, pero no, no lo era - solo que me sentí como un blanco con todos sus dardos.

-Pero, ¿Quién las entiende?

- ¿Disculpa?, no me claves con el resto del mundo.

-Muy bien, se supone que en el amor funciona el cortejo, es como decir que me gustas, quiero casarme contigo y vivir felices por siempre, pero en otro idioma sin chorrear las babas.

-Es como la música – añadió su compañera.

-Algo parecido, es un mensaje encriptado.

- ¿Y eso que tiene que ver conmigo?

-Te aterras de un hombre que se fijó en ti, te prefirió a ti por encima de otras chicas que suspiraban por llevarle a la cama y aun así lo desprecias – comentó.

-Pues vaya sufrimiento el de ese hombre, me conmueve su sacrificio – añadió con ironía.

- ¡Tenía una amante! –agregó con seguridad.

-Nooo, siento que todo esto resulto siendo un gran plan de conquista por un contrato –respondió, pues al parecer faltaba una parte de la historia.

- ¿Qué tipo de contrato?

-El de la firma de dos grandes compañías, la mía y la de su familia, la unificación de estas luego de un matrimonio posiblemente bien diseñado después de que yo fuese la legítima heredera de Berkley Association.

- ¿Tus padres te vendieron?, omito lo anterior – dijo levantando sus manos para lavar su culpabilidad.

-No soy mercancía, y sí son buenos padres –enfaticó -Tan solo es una teoría mía, una versión de los hechos apoyada en dos de mis mejores amigos: Tatyana y Peter.

-Está en negocios turbios: ¡la mafia! –si hubiese un concurso de quien interrumpe más, el señor Evans ya habría sido colocado en el primer lugar por mucho.

- ¿Por qué no me dejas terminar? –ya la estaba sacando de quicio.

-Ahora sabes cómo se siente –dijo con tono de venganza.

-No lo puedo creer- parecía un niño en ocasiones - ¿Ya me dejas continuar?

-Prosigue – contestó con cordura y sereno.

-Pasaban por una de las habitaciones en una fiesta que se dio en casa del hermano menor de Colin, y escucharon tras las puertas sus voces sumada a la

de otros personajes desconocidos. Sé que no debieron ser tan entrometidos, pero, escucharon claramente que hacían mención a mí y mi relación con él, decían que estaba presente al identificar su voz con claridad; entre lo que captaron mencionaron que, si conseguía coronarme como su esposa, entonces un nuevo imperio se levantaría en Wall Street.

-Dos nuevos magnates...- comentó con asombro por tal plan casi maquiavélico al utilizar el amor como pretexto.

-Algo así, si lo ves por un lado del dado, quizá las piezas de ese rompecabezas han ido encajando desde entonces.

-Todo por una alianza multimillonaria ¡Vaya!, aquí no hay tiempo para los sentimentalismos ...Pero, solo cuentas..., solo cuentas con una versión, y si ¿a tus amigos no les cae bien Colin? –conjeturó.

-Desde entonces si lo detestan, su relación no es hipócrita, simplemente se sabe que no le agrada a ese par, así que se ahorran las máscaras. Solo que no sabría decirte si ese odio lo tienen desde antes.

-Que intensa esa relación, y no pensé que la tuya tuviera tantos misterios.

-Yo tampoco; te das cuenta que el mundo no es como en los cuadros o el cine de los 50's, resulta ser más complejo de lo que me proyecté.

-Pero algo en ti aún confía en él, lo amas –añadió mirando el cielo azul despejado de nubes.

-Sigo sin saberlo a ciencia cierta –respondió mirando su compañero distraído con las palomas en las estiradas ramas del árbol – Hasta ahora me parece un buen chico –volvió su mirada al frente – claro está, dejando de lado la posible conspiración o complot; aunque me suena muy improbable, ¿y tú qué opinas?

- ¿De toda esta marejada? – ella no le negó su petición.

-Aparte de que con el tiempo creces y tu mundo en technicolor tiene sus escalas de grises, sí.

-Me pides que opine y tan siquiera empiezo a conocer tu historia. Prefiero callar antes de emitir un juicio errado, eso te corresponde a ti, eres la que conoce todo el guion.

-Quieres tan solo tener la respuesta correcta, ¡Quizá pueda! –añadió con

sorpresa.

-Que no sea lo que estoy pensando –comentó de mala gana cerrando sus ojos y respirando profundo.

-Voy a visitarle, espero encontrarlo porque normalmente en las noches esta con sus amigos u ocupado haciendo otras cosas, o como algo cotidiano: cenando con sus padres –le contó.

-Eso es allanamiento a la propiedad privada, invades su espacio personal –dijo aterrado con la decisión que daba su propuesta.

-No es invasión, solo...es verdad- reflexionó que era una mala idea - no voy hacerle eso, pero si quiero visitarle. Si no lo encontramos nos vamos – afirmó.

- ¡Hecho!, pero promételo –extendió su mano para cerrar el trato.

La señorita McAdams titubeo, pero él la obligaba con su mirada, no quería parecer como una acosadora, aunque la situación le servía de ventaja, se sentía incómodo el solo imaginar que lo haría, quizá su espíritu de inseguridad la estaba llevando por caminos turbulentos, ¿En quién se quería convertir, en el Sherlock Holmes del mundo de las almas en pena?; Por lo que luego de dar tantas vueltas en su mente, tomo la mano de su compañero con fuerza.

-Esta tarde no nos va a dejar en paz – renegó el joven Dylan detallando el esfumar de un cielo despejado a unos de nubes amargas en la noche.

-Debería existir más tiempo para charlar – agregó ella.

-Ni en este mundo o el otro el tiempo nos obsequia de su vid – se estiró y movió su cabeza a los lados -Menos mal te zafaste de tu otra idea.

-No te has salvado, esa está pendiente.

- ¿Dónde es que vive tu prometido?, y no me digas que en Beverly Hills.

- ¿De verdad fui muy grosera?

-Que va, no eres lo más perverso que me he encontrado, pero pudiste no ser tan cortante. Sí así eras con el señor Spring, no me quiero ni imaginar el trabajo que tuvo.

-También tienes que darle crédito al contexto, resulta que te enteras que te

debates entre la vida y la muerte, eso no es muy acogedor –se defendió con gentileza.

-Bueno eso también es cierto.

-Vive muy cerca al bloque de edificios donde yo resido, en la Torre Royal, pero si tiene una casa en California.

-No hacía falta que me la restregaras, y yo tengo parte de una granja en Frankfort –comedió un poco poniéndose en pie.

¿O el caballero del tiempo tenía mucha prisa o definitivamente su ritmo de charla era más lento que el terminar de un invierno para que disfrutaran tanto de su interacción social?, a veces me cuestiono si el tiempo no es un señor tan noble como lo pintan y ha venido aumentando su maquinaria al tope para convertirse en el verdugo de esos seres que ven como su ritmo de vida es tan acelerado y tan torpe a la vez; que termino así, en una encrucijada entre el amo del tiempo y ellos.

Pero, qué más da, la noche pisaba fuerte de todas formas a la ciudad, se abrió camino lo más pronto que pudo y se instaló hasta que Dios diera la orden del relevo.

CAPÍTULO IX

La Vida

El joven Evans acompañó a Emily hasta su visita indiscreta, pero la esperaba en el pasillo, sentado en las gradas viendo cómo se pasaba la vida, eso mientras la señorita McAdams no quiso parecer apurada; la cual tomó aire antes de atravesar la puerta sólida y metálica, era un conjunto de lujosos apartamentos en comparación a donde su compañero de viaje residía.

La expedición de Emily comenzaría por demostrar que, si existían muros en la costa; en la sala reposaba un bolso de mano negro sobre el sofá de cuero y un par de tacones rojos se extendía en el pasillo, uno alejado del otro - ¿Me abre equivocado de apartamento? -, Se preguntaba en su cabeza.

Las dos copas de wiski sin terminar yacían en la mesita de centro, la foto en un portarretratos de ellos juntos, obsequio de ella por su primer aniversario luego de un paseo en Barcelona, España se posaba sobre un cubículo del centro de entretenimiento al lado superior de la Tv gigantesca como un teatro. Pero sus sentidos se distrajeron de la antesala por unos ruidos en el fondo, llevando la fase de su investigación hasta el final del pasillo.

Como si tuviese un cuerpo en esa superficie física fue sigilosa, y guardando cada pisada inspeccionó su camino. La puerta se encontraba entreabierta, no dejaba divisar una imagen clara al interior, rogaba porque fuera su hermano que tenía muy buena fama entre las mujeres, pero en esa dimensión no se permitía la magia, y efectivamente era la de su prometido.

Asomó la cara sin mover la puerta como si ellos tuvieran la noción de que otros ojos podía observarles para revelar el retrato que espantó a la joven.

Sintió algo en su pecho que presionaba con fuerza, tapo su boca por el descubrimiento desagradable y cerró la puerta con la intensidad que tenía para atreverse a darle una cachetada a su ahora prometido en los brazos de otra mujer, acariciándola apasionadamente con lujuria.

El tronar de la puerta salió hasta el pasillo conmocionando al mismo señor Evans, quizá tras las paredes los vecinos también pudieron sentir la brusquedad. El señor Spring salió cubierto con una sábana para hacerle frente al posible intruso, sin darse cuenta que en la sala sentada como una maniaca se hallaba su prometida con el corazón en la mano aplastándolo con rabia y desconcierto.

He visto desde mi existencia muchas decepciones, algunas más terribles y horrorosas que otras, pero ninguna tiene menos valor cuando se trata de un corazón que se une u otro para palpar como uno, esos son los más tristes que puedes presenciar. Lo que no logro comprender es en qué momento un espíritu extraño tomo posesión de otro perdido y dolido.

- ¿A quién buscas charlatán?, ¿te asustan los fantasmas?, siempre ahí ojos en el cielo, en todas partes te están observando –exclamó sentada con tono de suspenso sobre el sofá al lado izquierdo.

- ¿Qué fue eso cariño? –preguntó su dama de compañía desde su refugio, (tienen suerte de que sea tan cortés en mi vocabulario, mi grupo de redacción siempre me lo recuerda.)

-No ha sido nada, quizá fue solo el viento –afirmó sin percibir una anomalía. La verdad el viento logró salvarle la campana a una joven convertida en espectro, así que él se arrimaría a cerrar los grandes ventanales del balcón.

-Tienes el descaro de ir a visitarme y luego venir..., no vale la pena perder mis modales y compostura verbal –se decía – No lo vale, tengo algo mejor para ti –se puso en pie y jugó con los aplausos varias veces; las luces iban y venía en la sala por los censores traumando en gran manera a sus víctimas y ese fue el inicio de la pérdida de la pulcritud que quería fingir.

El señor Spring trataba de hallar un porque, tan si quiera uno razonable en el desorden espacial que se esperaba con espanto. Ya casi histérico fue a la cocina por un cuchillo.

-Te crees muy valiente – le recalaba. Fue más allá y se divirtió con los

breques de la energía, ahora todo se convirtió en un tenebroso espectáculo de luces.

- ¿Quién eres? –exclamó desesperado hasta que el apartamento tuvo un corto circuito, de repente la mujer en ropa interior salió pasmada a buscar ayuda.

- ¿Katie? –exclamó al verla tan clara – porque no me di cuenta, ...claro es más voluptuosa, ¿Eso es lo que te gusta verdad?, ¡espero que esto también! – estaba muy herida y ardidada para tener semejantes ideas de guerra en su cabeza.

De repente una joven tranquila y en sus cabales paso a convertirse en un terremoto, barrio con todos los cuadros en la pared, pateó portarretratos de las mesitas en la sala, las lámparas lanzadas como pelotas, mesas y muebles livianos revolcados frente a la luz de la linterna que trataba de enfocar lo impalpable que se movía de aquí para allá azotando puertas, vajillas y rompiendo vidrios.

-Esta es tu lámpara de África, es muy linda...- le movió suavemente hasta llevarla a la orilla de la mesa donde sería su fin entre el resto del desastre - ups ya se calló.

En el momento en que el joven vio pasar la ninfa de Milo se dio cuenta que algo no andaba bien, sumado a eso los ruidos de batalla campal que se escuchaban tras esa puerta ahora entre abierta.

La consternación de esa chica no podría ser de otra magnitud para hacerla abandonar el apartamento con tanto apuro, entonces por un momento pensó que era una alucinación y se conmocionó con lo espectacular de la realidad material y burda en ese apartamento. - ¡Señorita McAdams ¡, ¿Qué está haciendo? – exclamó horrorizado el señor Evans el destrozo al interior de esas paredes.

El apartamento estaba a oscuras y la destrucción era un panorama desolador, el desastre de magnitud catastrófica no tuvo misericordia con la amplia y lujosa sala, tan solo una escultura seguía en pie, tan intacta, al menos desde la vista de sus espectadores, pero podría no ser de mármol y convertirse en barro al ver como detenidamente la barra de labial del bolso de su amorosa amiga se desgastaba con fuerza en el espejo ovalado con marco de cristal y diamantes, que era esta vez usado como pizarrón.

Letra por letra, con una presión intensa al apoyar su mano con el marcador rojo, la señorita McAdams no se le ocurrió una mejor idea dentro de las tan geniales que ya había efectuado, que poner la frase “*Ellos están aquí*” en mayúsculas, era su peor tipografía para que no se percatara de su presencia, o al menos lo sospechara como algo casi fantástico sacado de un cuento de terror. Pero sintió que alguien tomo su mano al finalizar la frase, y soltó su pluma.

– Es suficiente – le susurró a su alterada compañera con ojos de desilusión y dolor.

–Suéltame por favor– le pidió con desgano al señor Evans para ahora si tomarse un descanso sobre un sillón revolcado.

Su joven compañero fue prudente, se alejó de ella y se recostó en una de las paredes cerca de la entrada y salida de esos muros de cristal que derrumbaban un hermoso paraíso esperando por el final de la directora de la obra, quién solo dio continuidad con su silencio en un ambiente de estragos que gritaban más que el mismo dueño del apartamento.

- ¿Qué es esto Dios mío? –susurró enfocando el espejo con la linterna de su celular para encontrar tan siquiera una cara, constantemente tragaba saliva, ¿sería una manifestación infernal la que se manifestaba en su casa?, ¿Qué había hecho para merecerlo?.

–Un maleficio esto es un maleficio – parecía ya estar perdiendo la cordura, su voz poseía un aliento de incredulidad.

-Tu imploración es tan mezquina que no mereces respuesta, y además tú no crees en esas cosas – le mencionó su antigua confidente.

Se dio cuenta ya casi en su rendición por el alboroto que algo le faltaba, esa foto en la que se notaba sinceridad tras esa falsa sonrisa y templanza de un hombre que parecía guardar un misterio, esa que no se atrevió ni a mirarla por una última ocasión para que de un manotazo fuera lanzada hacia el espejo que su prometido inspeccionaba. Atentado del que logró salir ileso al percatarse por un segundo antes de la colisión del objeto en el aire.

El joven Evans no soporto verla tan desecha, ya había hecho mucho escándalo y el pobre hombre semidesnudo no tendría una noche tranquila con arco iris y patitos desde ese día, quería salir corriendo, pero el mismo espanto ataba sus pies y su psiquis al suelo que fue testigo del evento paranormal.

- ¿Ya has terminado? – se acercó a ella con su cara cuesta abajo.

-Supongo que sí- no quiso mirarle, llegó a sentir vergüenza por el berrinche.

- No perdiste la oportunidad de hacerte sentir tan poderosa e invencible.

-No me sermonees ahora, me basto conmigo misma –dijo ya más tranquila, ahora si tomando un poco de dignidad para alzar su mirada sin una sola lagrima: solo coraje.

-Si tuviera que entregar un trofeo por el mejor aprendiz, nadie más en otros concursos podría superarte... ¡mira este lugar!

-No es gracioso. Todo lo que quise decirle quedo en esos escombros.

-Sé que es dolorosa la primicia, pero no debiste llenarte de esa energía, te debilita y no es por joderte la vida. Discúlpame la palabra –trató de hacerla entrar en razón.

-No seas modesto, me comporte como una niña –ella empezó a reírse por esa afirmación.

-Necesitas un doctor – le dijo con ironía.

-Quizá. Míralo, ya siento pena por él y conmigo misma – confesó.

Nunca recordaba en algún momento de su vida, ni cuando era más pequeña, bueno sí; cuando estas en la etapa de la infancia tus actos son lo más descontrolado y diabólico que pueda existir, como también los más dulces, esos dilemas de la personalidad que se superan con los años, ¿o al parecer no?, no me voy a meter en debates psicoanalíticos. Pero, el punto es, que su personalidad no era agresiva, con nada ni con nadie en su proceso de adolescencia, quizá alguna discusión en su repertorio de archivo; pero la punta del iceberg se desmorona cuando no existen los límites, cuando la imposibilidad se vuelve posible. Ese juego la estaba matando y sacando lo peor en ella, y lo sabía, lo sabía con dolor y arrepentimiento.

Al momento un grupo de oficiales de la policía arribaron a la escena del crimen en compañía de la dama del célebre Colin; hasta los vecinos salieron a inspeccionar tal novedad, unos fantasmas era lo que rondaba por las bocas de los residentes esparcido como una pestilencia por el piso del edificio.

-Señor, nos informaron de su calamidad ¿Quisiéramos hacerle algunas

preguntas? –saludó el oficial en jefe.

- Fue un intento de robo señor agente, no sé qué allá escuchado, pero esa es la versión de los hechos –dijo con impotencia.

-Pero la señorita ya nos ha descrito parte del suceso y...- de inmediato fue interrumpido bruscamente.

-Nada de hechiceros, fantasmas o maldiciones sucedieron hoy, porque esas son estupideces, y si quiere contar eso cuentitos pues será mejor que se vaya de mi casa, porque aquí sucedió un intento de robo –comentó subido de tono.

- ¡Señor!, podría calmarse, hemos llamado ya a la ambulancia para que pueda chequearlos –en su labor solo quería ayudar al hombre que sudaba frío con su pecho al descubierto.

El joven se acercó con su cara de lunático hasta el oficial y le susurró – Señor oficial, creo que no nos estamos entendiendo, he dicho lo que sucedió, no más –entonces el servidor comprendió en su tono amenazante el mensaje del immaculado ser que tenía todo bajo control, tampoco era gran cosa y no trataría con un loco, así que lo dejaría pasar.

-Alguna de tus despechadas amantes es la culpable de esto –intervino su compañera.

-Katie, ve y vístete ¿quieres? Y no digas barbaridades –le ordenó con autoridad.

Esa información de más y curiosa siempre termina por dejarte con la boca abierta, terminó por ser la gota que derramó el diluvio sobre la tierra; de inmediato con gran indignación, ¿con que hombre había estado compartiendo todo este tiempo?, la señorita McAdams llegó a desconocerle.

Puesta en pie fue a susúrrale al oído. -Que lastima que no vamos a tener nuestra noche de bodas, ¡Por qué ya te has gozado de bastantes! –dijo sin quitarse el deseo de darle una patada en la canilla derecha.

-Eso es violencia intrafamiliar – exclamó el señor Evans asombrado por la dureza, había visto la fiera que se retiraba del apartamento y como el joven víctima se dolía de esa sensación de fuerte de dolor.

- Y a ti, ...debería darte vergüenza – le reclamó a una vieja conocida que

se cubría con un abrigo.

Su compañera de viaje avanzaba a pasos acelerados hasta abordar el ascensor que por poco deja afuera al apresurado joven Evans quien logró retener las puertas para su ingreso. A medida que descendía el elevador en el silencio de sus ocupantes, que para mí hubiese sido más abrumador si la música relajante no se hubiese activado para acompañar a los usuarios no captados por las cámaras.

Al llegar a la salida, la señorita Emily le pediría un momento a solas, a lo que claramente su compañero no se opondría.

Es interesante como un evento se puede convertir de tragedia a esperanza, los episodios más dolorosos de la existencia suelen quitar algo, como si fuesen un elemento crucial en la supervivencia humana el limpiar lo que nos está siendo un obstáculo, lo que te impide avanzar, o lo que te ata o mal acostumbra; los adioses no son las mejores palabras, pero quizá si las más necesarias. Desde esas premisas partía el momento de soledad que se dedicaba Emily acostada en la silla de un sendero con vista al río Hudson con el reflejo en sus aguas de las pocas estrellas que no se intimidaban por la luz de la ciudad.

El señor Evans calculaba más o menos que habían pasado ya unas tres horas desde la partida de su compañera, en realidad exageraba, se pasó de cálculo por treinta minutos cuando decidió bajarse de la orilla del puente donde estaba sentado con sus pies al aire.

Alzó su mirada para poder encontrar un rastro de vida andante de entre el punto ciego del puente donde la luz era nula, y esperó unos segunditos más, hasta que así, con la canción del sonido del silencio en su rustico silbido seguir su camino al sentir que quizá, ella ya no volvería. No quería ir a buscarla, su orden había sido clara, y a lo mejor ya había decidido asimilar el resto de su travesía por su propia astucia.

- ¿A dónde vas? –le preguntó una voz a lo lejos tras él, posada bajo un faro de luz amarilla.

El joven se impactó y casi avergonzado por su intento de huida se atrevió a mirar a su compañera – Me imaginé que ya no regresarías.

- ¿Por qué haría tal cosa? –dijo confundida.

-No lo sé, me equivoque al pensarlo.

-Siento haberme tardado tanto... ¿Quieres que me vaya? –dijo con un tono neutro.

-No señorita, no tendría motivos para echarla –dijo.

-Estas siendo condescendiente conmigo, anda dilo.

-No quiero que te vayas, esa es la verdad.

Ella se acercó poco a poco a él cabizbaja hasta que estuvo frente a frente y dejó caer su cabeza sobre el pecho de su compañero tratando de pedirle perdón sosteniéndose sobre su fuerza. -No seas blando y dilo –dijo con su cara agachada aun sostenida en su pecho.

-No era necesario el show, eres mejor que eso y pusiste en riesgo tu vida al alterarte tanto –le exhortó con cariño.

Ella se aferró las solapas de su saco, elevó su cabeza y se apoyó en sus hombros para erguirse de nuevo –Lo siento mucho, no debiste presenciar un acto tan humillante, ¿crees que se haya dado cuenta?

- ¡Vaya noche la de hoy!, pero no creo que piense en ti, a fin de cuentas, aun no mueres–hubo un silencio de confidencia en sus miradas –Me alegra volverte a verte, a ver a la verdadera Emily.

-Llegaste a asustarte con ese monstruo que viste – definió arrugando la nariz extrañada de sí misma, por lo que él le respondió un tanto burlón que - Pareces un terremoto, tan impredecible que a cualquiera le atemorizaría, aunque no te culpo, ese hombre no debió haberte hecho eso –le confesó.

-Siento que he cometido un delito, aunque se merecía el susto –respondió con mayor paz mental.

- ¿Aunque envenene tu corazón?

-Si hubiese estado viva tan solo le hubiese pegado una cachetada, pero si, llegue sentir que algo me poseía como una loca desquiciada, ¿estás seguro que estamos solos aquí?

-No lo sé, no soy el amo de este mundo y tampoco quisiera serlo, ya me quiero ir.

-Igual yo, no es tan aburrido, incluso podría quedarme por siempre, pero

...

-No hay como estar vivo – agregó a la frase.

-No hay nada mejor como escuchar el tambor en tu interior, esa música que nos hace sentir que estamos vivos – corrigió.

- ¡Música!, ¿crees que aun tengamos tiempo? –añadió el señor Evans teniendo una idea en su cabeza.

-Ya ni se lo que significa el tiempo, ¡Vámonos! – le dijo leyendo casi su mente.

De repente una sombra se acercaba con tranquilidad en su caminar, era una señora de unos treinta años con unos audífonos grandes cubriendo sus orejas y abrigada hasta la cabeza que cantaba a todo pulmón por ese sendero del puente, pero no resultaba ser muy afinada en la letra de la canción ochentera.

- *¡Chiquita sabes muy bien! ...que las penas vienen y van y desaparecen* –entonaba con un sentimiento desgarrador a medida que cruzaba el puente sin darse cuenta de sus dos oyentes.

- ¿Eso es español? –preguntó Dylan.

-Si así es, que tema tan preciso en esta noche – se dijo ella extrañada por lo coincidental de la letra del grupo sueco.

- ¡Señor esa clase de musicalidad no por favor! – suplicó el joven arrugando su cara y tapando sus oídos.

-Al menos los grillos pueden escucharla- tenía razón, pues ellos pasaban desapercibidos.

-Aturdirá a los grillos, pensé que estaba gritando por un dolor.

-No seas tan malo; en realidad si lo está haciendo, pero a su manera, ¿Qué le abra pasado? – dijo intrigada por la pobre mujer.

- *¡Chiquitita no hay que llorar! ...las estrellas brillan por ti allá en lo alto* –seguía entonando con ímpetu casi perdiéndose de sus vistas, alzando en su retiro sus manos en señal al oscuro cielo de pocas estrellas como una artista eufórica en el escenario.

-Esta ciudad definitivamente nunca duerme. ¿Qué horas pueden ser ya? –

preguntó ella viendo como se la alejaba su cómica cantante.

-Deben ser ya las diez u once. Sera mejor que partamos – le anunció el señor Evans.

CAPÍTULO X

Persiste en frenesí

Fue entonces como luego de un largo vuelo...Enserio dentro de los próximos años deberían mejorar el servicio en vuelos, ¡yo que sé!, invéntese cohetes o algo más veloz; se les pasa la vida a estos jóvenes en un avión para después tener que seguir viajando, el tiempo no se consigue ni en los bancos más prestigiosos (Bueno perdón por mi alteración, ya me estoy exasperando con el papel; espero que editen esto).

Continuado con su travesía llegaron hasta Londres, donde les dio tiempo de divisar su imponente y clásica ciudad. No obstante, les pareció más llamativo seguir haciendo lo que estaban acostumbrados a hacer: caminar, ya que les había tocado llegar en la estación del sol, no tuvieron temor broncearse, aunque su piel fuese impenetrable a esos rayos.

Transitaron por sus calles sin fijarse en el lujo que puedes ver en una postal de internet o esas imágenes lindas de las redes sociales. No, simplemente conocieron de su gente con tan solo mirarla, sintieron su viento europeo sin concebir la diferencia, sus pies pisaron las perfectas carreteras sin mirar hacia abajo por un instante, y se dejaron llamar por una fuente de agua muy llamativa por la que llegaban con constancia muchas personas, pasantes o turistas, propios y extranjeros, con sus cámaras, o sin ellas, de la mano de alguien familiar o de un nuevo amor.

- ¿Ya habías venido una vez aquí? –le preguntó ella impresionada por la seguridad con la que se guiaba en esa ciudad. Pero él estaba ahí parado como una estatua con su saco echado en su hombro, mirando fijamente a todos los

que estaban sentados en esa fuente tan hermosa.

- ¡Dylan! –le llamó. Él no respondía, pero los gestos de su cara eran de insatisfacción, nada más en él daba señales de vida, así que ella lo agitó por los hombros.

- ¿Estas bien? –le dijo extrañado por su agresividad.

-Pensé que te estabas yendo, ¿A dónde fuiste? –en los ojos de Emily paso fugazmente el terror.

- ¿Aún no lo ves?, ¡se les está pasando la vida por delante! –exclamó preocupado señalando al grupito de jóvenes de varios bandos que estaban tranquilos concentrados en el móvil o tomándose selfies sentados al borde de la fuente.

-Tanto drama por eso, son solo niños.

Eso no fue una respuesta congruente para él, y explotó en letargos. - Mirarse se ha convertido en un pecado, hacer amigos en las calles con un saludo es casi que un sacrilegio, ya no se dicen que se quieren o te quiero, se escriben, ¡Se escriben!. Apreciar de los paisajes en todas sus formas hoy es un cuadro que sirve para postearse y jactarse en la propia vanidad e individualidad. Mientras te tomas esa foto no te das cuenta de esta linda paloma que esta posada en esta fuente y tiene la testa azul, ¿Cuándo volverás a ver una así en tu vida? –recitaba a esos jóvenes aun entretenidos en su mundo.

-Para que te desgastas, sino te prestan atención –le siguió por su discurso y pisadas desenfrenadas.

-Están tan cerca, pero tan separados el uno del otro que ni si quiera pueden verlo de lo lejanos que están; tienes los pies en la tierra, pero están en otro mundo artificial y fugaz –continuaba su discurso de desesperación y amargura.

-Se lo dices a ellos, o ¿a ti? –algo le decía que había tenido algunos de esos tropiezos.

-Daria todo por volver a estar ahí, sentado, conversando sobre lo emocionado que es estar en Londres, de mirar como ese anciano alimenta a su cachorro y las aves se posan en él, o de tan solo poder sentir la respiración de un ser querido a tu lado. ¡Se nos va la vida señorita McAdams!, se nos

pasa frente a los ojos –le dijo sentándose rendido al borde de la fuente.

No lo había visto tan sentido por un acto, le parecía ruin que esas personas no tuvieran la noción que en el algún momento las cuentas se cobran y puede no haber devoluciones, que el tiempo es finito y los momentos son preciados. Le dolía ver cómo era el cruel testigo de una historia que se repetía en ocasiones a la de él en algún paralelismo de su vida.

Ella quiso alegrar un poco el atardecer, sacarlo de esa melancolía poética que por momentos denigraba de las acciones de los bípedos pensantes; solo quería eso, ver una señal de gracia en su rostro acomplejado e impotente de ese hombre tan extraño.

-Sabes, ¿Quién es como un timón que viaja a la deriva, que busca un pequeño pichonzuelo que le dé su amor y su vida, que es como la luna en la noche, tan solitaria y tan fría, que no se va hasta que el sol se arrima, o que se parece al ruido del mar, tan lejano y de prisa, que con el llegar de la tormenta se encrespa y no se anida? –le rimó su lírica sentándose a su lado.

-Un gran poeta, no lo sé – se reconfortó un poco por el inesperado relato de su compañera.

-No. Es Félix el elefante soñador y se parece a ti.

-Pero si los elefantes no tienen pichones –añadió confundido.

-No me lo recrimines a mí, hazlo a su escritor...- dijo -Sé que es frustrante, pero no te desanimes ahora.

-Con que encrespa las aguas ¿verdad? –algo fulgurante se encendió en él como una explosión repentina.

- ¿Qué vas a hacer? –miraba el centellar en sus ojos.

-Lo improbable ...- le afirmó con la luz de niño maldadoso en sus ojos – Se lanzó al estanque, tiró su saco al pie de la extensa fuente y sintió algo resbaloso debajo de sus pies –Esta fría y, ¿Qué ahí aquí debajo?

-Nunca habías venido ¿cierto?, es una fuente de la suerte –le expuso recreada por lo que captaban sus lentes naturales.

-Pues vaya suerte la de estos jóvenes –comentó con ironía - ¡Ven! – dijo extendiendo su mano.

-No gracias – se hizo a un lado para disfrutar de su locura – No hagas mucho ruido.

-Mira quien me lo dice, ¡Sera divertido!, aunque hay mucha gente –hizo un pequeño sondeo con su mirada alrededor, pero no le importo mucho la cantidad de personas.

Tomó aliento, se puso en posición y salió corriendo hasta donde la fuerza de sus piernas le daba empuje por toda la orilla de la gran fuente; no podría recorrerla toda, pero su pequeña hectárea seria el foco de los flashes aunque las cámaras no estuvieron presentes. Tan solo el asombro y susto por un evento inusual a plena luz del día les recordaba que no era Halloween, tampoco se presentía de una broma, simplemente ahí estaba el agua, chapoteándose y salpicando a diestra y siniestra con furia.

- ¡Levántate y di algo por el amor de Dios! –exclamó acercándose al grupo de cuatro jóvenes que estaban sentados; uno de ellos casi deja caer su celular en el agua, y otro salvó el suyo en el aire cuando sintió la marea encima.

Nadie se quedó sus puestos, ni los que eran ajenos al sitio de turbulencia se sintieron cómodos por el agua que parecía maldita, hasta las aves lograron ser espantadas; de a poco todos se retrajeron metros a la redonda para examinar atónitos lo que sucedía, murmuraban con hipótesis que podría ser tal cosa, a otros les parecía fascinante hasta el momento en que el payaso paro su función y les observo a todos.

-Esto es vivir, mantén esos ojos bien abiertos muchacho –señaló a uno que grababa con su móvil la experiencia con sus ojos como pelotas de ping pong a rebotar.

El video no captaría a su lunático y entusiasta comediante con sus ropas adheridas al cuerpo trasluciendo su anatomía esculpida, pero de igual forma, era interesante la cinta que posiblemente correría por la red.

-Ahora ve y publícalo, si quieres –dijo desilusionado cuando el chico bajo su mirada a su tableta amiga. El intruso se quedó en la orilla esperando por la reacción de todos los que le veían en su acto de locura, más no a su chiflado perpetuador.

- ¿Viste eso? – se preguntó uno del grupo a los otros con emoción – Yo también lo vi, ¡Que loco! –dijo otro.

–Mamá no me creerá lo que le voy a contar – respondió otro.

Más adelante mientras seguían en su círculo antes de marcharse por completo, divisaron otro grupito de conocidos, una de las chicas de ese combo aterrada pero fascinada por lo que vio se acercó y les saludo para juntar los grupos. - ¿Si se dieron cuenta de lo que paso, que pudo haber sido?

– No lo sé –dijo otro – pero por poco pierdo mi celular y mi corazón–aseguró otro haciendo la demostración.

–A mí no me dio miedo – añadió uno muy sobrado a lo que los demás le hicieron bulla por fanfarrón, y así siguieron platicando sobre lo que presenciaron, divirtiéndose por cada experiencia un poco distinta, pero sin igual, rumoreando que era un espíritu en pena que había muerto en esa fuente hace muchos años.

Quizá un nuevo mito se empezó a generar en boca de conocidos y desconocidos que se juntaban a conversar sobre el hecho en todos los rincones lejos y cerca, algunos eran curiosos a acercarse porque no lo querían volver a hacer, a lo mejor si había caído una maldición sobre tal lugar, pero estaban muy alejados de la realidad.

Emily tosió con fuerza al ver la cara de sorpresa y desconcierto de su amigo en la fuente – Que poca fe le tienes a la humanidad – le dijo cuándo miraba con asombro el resultado de su experimento.

Él sonrió por la imagen a su alrededor, donde todos se reunían y debatían con fervor. Con su solo movimiento había cambiado el día a unas cuantas personas que parecían pasar como una rutina más por ese lugar. Él quería decir algo, tenía su boca abierta de la impresión, pero...

–No digas nada, mejor no lo hagas – le indicó su compañera sentándose al lado –Haz causado un estrago, ya nadie más querrá sentarse aquí –dijo.

-No, quizá hoy no, pero mañana lo harán, y hablaran con extraños o sus amigos sobre las ocurrencias de este día, y les inventaran una historia más descabellada que lo que yo hice – le dijo con emoción.

-Ya estamos a mano entonces, aunque lo mío no creo se compare mucho.

- ¿Y ahora que vamos a hacer? –dijo preocupado por su estado de recién bañado.

- ¿A qué te refieres? –le dijo viéndolo tan empapado que parecía un trapo mojado.

-No nos vamos a poder ir hasta que me seque, dejaría mi huella y levantaría sospechas.

- ¿Más de las que ya sembraste?, no lo creo –dijo alegrada por su desastroso estado.

-Tendré que quedarme aquí sentado –tomo asiento en un lugar y aprovechó que no había ojos en el perímetro para escurrirse un poco con sigilo –Te aburrirás aquí sentada, tú conoces esta ciudad más que este forastero, no te la pierdas.

-Me quedare aquí así como tú me esperaste en mi maquiavélico estado, pero ¡Que maldadoso eres! –no se lo guardo.

La miró con intriga, pero reconoció su travesura. -Se merecían un pequeño susto a ver si despertaban en un mundo mejor – pensó un momento –Quizá no sea el mejor, pero sabrían que no están solos, que una voz siempre ha estado cerca, que la mano de apoyo no les será negada, que el sol brilla en un cielo, que la vida es más que realidad virtual – refiriéndose a la vinculo que fortalecerían con el charlar, o el de una buena conversa entre amigos o familia, ¿quién sabe?.

-Cuando te pones sentimental de verdad lo tomas en serio –le sorprendía cuan apasionado podría llegar a ser con sus ideas, era algo que le admiraba.

-Creo que todos los somos, solo que nos hemos vuelto insensibles con el pasar de las épocas –le respondió.

-Veras. Cuando mi papá me regalo a los diecisiete años mi primer celular, fue algo increíble para mí, una tortura porque algunos de mis compañeros ya tenían uno antes que yo, pero mi padre es de filosofía contraria, casi subversiva en ocasiones y ... -Fue así como continuaron hablando de parte de su juventud mientras el sol seguía su curso normal hasta caer ya las 8:00pm, horario donde solo los faros eran sus compañeros y los guardias que hacían ronda por si se presentaba alguna anomalía.

Pero los humanos no son cobardes por naturaleza, yo diría que se arriesgan con tanta constancia como que cada día tiene un amanecer y un anochecer, razón que encuentro útil para poder explicar cómo unos cuantos

curiosos se asomaban de lejos y otros se osaban a acercarse al punto exacto de los hechos; solo que ya, el par de fantasmas los veían con diversión recostados sobre un árbol.

- ¿Londres?, y ahora que – añadió la señorita Emily.

-Hemos viajado demasiado, puedo decir que he viajado más estando muerto que teniendo aliento en mis pulmones –le dijo –Pero, París está cerca, sé que te mueres por ir.

-París de noche..., No hay ciudad como esa en el mundo, nunca la hubo – aseguró llena de fantasía.

-No me extraña esa afirmación pequeña cinéfila –le comentó con una sonrisa en su mirada.

Sin embargo, antes de pisar la tierra de la gran Torre Eiffel, a la que claramente se dirigían como primer destino, al señor Evans se le ocurrió hacer una maroma previo a salir del aeropuerto aprovechando las barras de las escaleras eléctricas juntas.

-No caerás de pie- apostó la señorita McAdams.

-Acabas de retar a la bestia –dijo ya en pie sobre los dos barandales.

-No es necesario que lo hagas... Bueno si hazlo – afirmó esperando por el resultado.

- Si lo logro vamos a una Iglesia –le propuso.

-Nunca he ido a una.

-Pecadora –le dijo sin censura y con astucia. Por el comentario ella logró empujarlo en venganza tan solo un poco cuando ya estaba sentado para descender, así que el incentivo le ayudo a que tomara impulso; él no se rindió y se preparó para aterrizar con estilo, trato de ponerse en pie antes de que la baranda finalizase para lanzarse de un salto logrando caer en pie.

- ¡Lo logré! – pero tambaleo tanto en su intento por equilibrarse que dio un tras pies y cayó de frente contra una pared.

Emily se escandalizo y descendió de prisa sin tener cuidado de que los escalones se movían. –Oh por Dios, ¿te has hecho daño? -le ayudó a levantarse.

-Agradezco en estos momentos no estar vivo –confesó con su mirada perdida agarrándose la cabeza –Estoy bien, estoy bien, la cabeza me da vueltas, esto me pasa por desafiar las leyes. Deberías intentarlo, ¡es un resbalador extremo! –dijo contento por su hazaña.

-Me has dado un tremendo susto –dijo su compañera con el corazón en la mano luego de correr tan de prisa para socorrerlo.

-Pero gane la apuesta. La primera que encontremos a esa entraremos –dijo poniéndose en pie ayudado de la señorita McAdams sin titubear y continuar así su rumbo.

Efectivamente París era una ciudad particular, llena de historias dentro y fuera de su arquitectura tan perfecta, rasgos de un siglo que ya murió, pero que fue catalogado como el renacimiento, esa que veía tener esos caminantes por las esplendidas y casi vacías calles llenas de faroles bien tallados y conservados para iluminar los senderos.

Una gran catedral guardaba con cerrojo sus puertas al caer la oscuridad, pero no se logró ocultar a la vista de dos visitantes, valientes al ingresar por sus puertas sin autoridad y con gran expectativa; se sentía un frío intenso y el eco también atravesaba la dimensión perdida, recorrieron así con reverencia cada espacio hasta encontrarse con la figura de un hombre crucificado.

-No creo que siempre tenga esa misma cara –susurró el señor Evans al percatarse de su presencia sobre él.

-Ten un poco más de respeto en este templo, por lo visto no has ido a uno.

-Creo que pudieron ponerle un mejor retrato de recuerdo, no siempre puedes vivir sufriendo –comentó el sin tratar de ofenderle, solo le parecía curiosa el grabado de esa gran escultura que contemplaba.

-Es un recuerdo de su trayectoria en vida, emblema de su sacrificio. Pero, sí creo que es una imagen muy triste para recordarlo –comentó la señorita Emily.

-Solo digo..., que existen mejores retratos para alguien tan emblemático, perdóname si te he ofendido –echó su mirada implorante al techo como si desde allí le viera.

-Baja la voz –insistió.

-Nadie puede escucharnos aquí – miró para todos los lados, los ojos se exponían en cada escultura con una mirada enjuiciadora, casi que intimidante y omnipresente, pero eso no hizo cambiar de opinión al joven invasor.

-Este lugar tiene una arquitectura admirable.

-Sin duda alguna se esmeraron los diseñadores. Es muy opulento desde fuera y aquí te sientes como un viajero del pasado –narró el señor Evans apreciando cada detalle, hasta la hermosísima baldosa sin mancha.

Un ruido se escuchó al fondo, como si se cayera un objeto; esto conmocionó a los habitantes que por la soledad y extraña frialdad de lugar se retiraron lentamente atravesando las puertas que no resguardó sus instalaciones de saqueadores o intrusos. Luego de su huida tan precipitada, Emily se acercaría a las piscinas de agua que hacen el camino hasta la gran Torre tan soleada que podía hacer de faro en la ciudad.

- ¿Qué te crees Jesús? –dijo al mirar como sus pies trataban de ser colocados perfectamente sobre la orilla en el agua de lago que rodea el pasillo de jardines en el recorrido hacia la torre que crece cada vez que estas más cerca; pero lo único que paso en su prueba frente a sus zapatos de charol fue más agua.

-No perdía nada con intentarlo – le confesó desilusionada por tratar de descubrir si esos cuerpos podían tener otra habilidad. A pesar de que le idea se le dibujo llamativa a su compañero –No, no es posible – se dijo analizando tal paranoia.

- ¿Por qué no?, puedes intentarlo –le invitó ella aun parada sobre la orilla de la piscina. - pero su compañero no estaría de acuerdo con eso.

- Necesitamos otros cuerpos, sé que estos superan las leyes habidas y por haber, pero no es suficiente para realizar esos actos sobrenaturales – admitió sin tanto ego.

-Tienes temor a hundirte Pedro – le retó con astucia.

-No blasfemes mujer –comedió con su falta de humildad - Por ahora la tierra es nuestro sendero – añadió poniendo sus manos sobre los bolsillos para irse, pero no lo haría del todo y volvería donde ella para salpicarla de un salto aun parada a la orilla y luego salir corriendo en huida por los pastos de la gran superficie que elevaba en el fondo como a un coloso insignia su

tradicional torre, fineza de la ciudad para el mundo.

-Me dolerá la nuca si sigo mirando – dijo su compañera contemplándola hacia arriba al llegar a estar posada bajo ella.

- ¿Ves esa especie de mirador en la mitad?, no subiremos encima con cuidado, ahí nos sentaremos – propuso su compañero usando sus manos de telescopio.

Fue así, como pudieron llegar vivos luego de subir los escalones hasta el nivel dos de la torre y escurrirse por entre las vigas de metal para posarse sobre la segunda plataforma, disfrutando en últimas de la ciudad del arte, del amor, de la música; una ciudad mágica y preciosa a la vista.

- ¿Por qué no llegar hasta la cima? –se intrigó Emily.

-Quiero guardar la emoción para una próxima ocasión –afirmó.

-Te tienes mucha fe – le dijo apreciando las luces de fondo sobre la ciudad en la que eran extranjeros.

-Espero que sea la suficiente gasolina para no quedarme en el camino.

- ¿Es tu primera noche en París?

-Hoy será mi primera noche y mañana mi primer día – le comentó poniéndose cómodo en el bordón -Me supongo que no eres forastera en este lienzo ciudadano.

-Todos lo somos –afirmó de un soplo -somos una especie de alienígenas que pisaron este mundo para iniciar.

- ¿Sabes que me parece curioso ya que lo mencionas?.

- ¿Qué?

-Que quizá la única forma de movernos de un lugar a otro era poder llegar a otro mundo donde las fronteras no existen.

-Siempre hemos sido migrantes en esta tierra, que no nos quiso cerrar las puertas cuando la nuestra si lo hizo –mencionó la señorita tratando de insertarse en la mirada del joven que esquivaba su pretensión.

-Los privilegios de estar muerto o las ventajas de ser un marginado del sistema, serian buenos libros –añadió con su fascinación puesta sobre la luna que elevó delante de ellos.

-Creo que una vez escuché unos títulos parecidos –le comentó tratando de recordar.

-Pues que mal, me imaginé escribiendo esos títulos en mi libro.

-Pero si eres un diseñador gráfico.

-Y tú la próxima magnate de seguros, ¡Cualquiera de los dos podemos ser grandes escritores! –declaró con emotividad correspondiendo su mirada a la radiante de ella que se ocultó en el fingir el buscar un estrella en el cielo.

-No te subestimare entonces, porque también puedo ser pintora y tú, un empresario.

-Me estas influenciando demasiado –añadió con alegría.

-Deberías pensarlo bien. Podrías arriesgarte y enviar los proyectos que tienes, si lo poco que he podido ver es sacado de este cerebritito –añadió señalando su frente cubierta por su cabello rizado –entonces esa compañía te llamara con una gran propuesta, y podrás ahorrar para montar tu oficina, es más...yo podría ser una de tus socias –aseguró.

- ¿Serías mi primera accionista?

-Firmaría ese contrato sin pensarlo –dijo muy decidida.

-Ahora hubiera preferido hacer maletas y llegar a este mundo antes que haber pisado esa ciudad –fue un poco clarividente con la comprensión de un mundo más allá de sus ojos al que nunca se imaginó poder o querer conocer.

-Nunca hubiésemos pensado ni por chiste estar en este viaje –añadió ella sin la sensación de desconsuelo.

-Aun así, ha sido un gran viaje – le dijo mirándola a los ojos al igual –Ha sido un gran viaje –agregó con satisfacción -Ha tenido sus puntos bajos, contratiempos como en todo plan turístico, pero tengo más puntos a favor que en contra –terminó por añadir con encanto Emily.

-Sin duda alguna, de otra forma no hubiese podido nunca, ¡jamás!, en toda mi existencia tendría la oportunidad de haberte visto.

-No creo que sea tan improbable, eres demasiado escéptico – le reclamó.

-Vamos, soy realista, no soy un chico suficientemente burgués para estar en tu núcleo social, sería una hazaña o algo extraordinario para que me

hubieses prestado atención.

- ¿Crees que te desecharía?...

El joven solo alzó sus cejas en desconcierto.

-Pues te equivocas, si me hubiese encontrado con el mismo Robert Dylan Evans, con gusto hubiese aceptado tu invitación a tomarme un café.

- ¿Cómo sabes que te invitaría a eso?, además tu prefieres el té –señaló.

-Porque es lo que te gusta hacer –afirmó sin titubear.

-Pues entonces sabrás que no soy el mismo desde entonces.

-Nadie es el mismo después de esta experiencia, es el hechizo de este mundo –añadió -Algo me dice que eras y eres un buen chico...a pesar que me llame embustera –dijo entre dientes.

Él se sonrojo un poco, pero trataba de ocultarlo, a lo mejor si tenía razón, tenía sus buenos días, pero esos últimos ya estaban terminando con su paciencia, quizá necesitaba hacer un alto en el camino para poder divisar el futuro, aunque nunca lo esperas llegar de esa forma –Fui torpe como mis impulsos de molestarte, un poco cruel.

La señorita Emily achicó sus dedos para darle a entender que no difería con él, como si fuese algo insignificante; lo había perdonado, solo que le gustaba atormentarlo.

-Pero lejos de hablar metafóricamente, puedo decir que conoces esta ciudad – añadió su compañero.

Ella mostro una gran sonrisa de desconcierto -Me impresiona tu forma de emplear los cambios en el auto.

-Vamos, se me terminan las palabras, tengo que almacenar provisiones antes de pisar tierra firme –era muy astuto para responderle.

- Más te vale que no me aburras en las citas que tenemos pendientes- hizo un pequeño silencio- Volviendo al tema, sí, es una ciudad que me parece maravillosa, me atrae su historia, la moda que nació de sus genios, el arte; casi que lo siento como mi segundo hogar que no pierde su brillo y nunca quita su luz de mis ojos.

De modo que se la pasarían entre charlas y silencios viendo como el sol

renacía ante sus ojos con ánimo, pues si de noche puede parecer tan maravillosa la ciudad, al ver caer el amanecer sobre ella puede llegar a deslumbrarte revelando de nuevo la belleza de sus calles y el viento de primavera que adorna los jardines de una ciudad amada y admirada por esa joven que posada en uno de sus símbolos emblemáticos y una de las maravillas del mundo moderno se deleitaba con su panorama solitario.

-Ya despertaron los museos – añadió ella con emoción recostada boca abajo mirando hacia su norte.

- ¿Que tienen esculturas de oro o un dibujo en diamantes? – dijo sin mucha gracia.

-No seas tan inculto –le recriminó ella azotándole con la bufanda que ya se había adueñado.

- Estoy siendo un grosero con el mundo del arte, lo sé. De igual forma iremos –añadió desempolvando su traje para descender de la torre. Y caminando sin mucha prisa, iba disfrutando de cada baldosa en el piso siguiendo a la coordinadora de su travesía.

Hasta que llegaron al gran Museo del Louvre rodeado de sus pirámides transparentes en el patio, demostrando orgullosa la bella arquitectura que los hitos de la historia habían tallado pieza por pieza sobre ella, sobre su fachada, y con la fortuna del albergar una colección de piezas tan emblemáticas como sus puertas.

-Empiezo a extrañar mi reflejo, ya ni puedo recordar cómo me veo – comentó tratando de encontrar una pista de él en el cristal de la pirámide más pequeña.

-Exageras. Para tu tranquilidad aun tu cabello es castaño –dijo pasándole de largo.

- ¿Qué estas insinuado? – corrió para alcanzarla.

-Nada, no insinuó nada mi amigo burgués –le respondió cogiendo camino para el museo celosamente custodiado.

-No seré un cretino – añadió subiendo los escalones –¡Bonjour! – saludó animoso a ambos guardias de lado a lado, tenía muy buen manejo de ese idioma, el español le estaba tomando más esfuerzo y dedicación.

-Si no estuvieras aquí, mi vida sería muy aburrida –comentó con agrado al ver sus mañas.

-Si yo no estuviera aquí, yo sería el aburrido –corrigió el señor Evans.

Recorrieron al igual que los otros visitantes los rezagos y trozos de historia en los lienzos, en las esculturas, en cada cuadro y obra que se dejase admirar, que no se desintegran con el flashear del lente, el de una mirada llena de regocijo y quizá jactanciosa por los mundos del arte con los que puedes encontrarte al hablar cara a cara con los autores que yacen en las cenizas del tiempo reavivadas en el fuego de una memoria del pasado en el presente.

Normalmente ese tipo de espacios de aura se alimentan del silencio de los espectadores, el mensaje de la obra y su crítico es casi que privado, a menos que vayas a hacer un trabajo, ensayo o crítica oficial de un funcionario del arte; pero esas reglas son nulas en un mundo que no se puede concebir al ojo humano, lleno de intrépidos divagantes y poco conservadores comentaristas.

Sus ojos se abrieron de asombro como cortinas en el teatro por la mina de oro que rodeaba el techo, las vigas de las paredes, los sillones reales rojos como el vino y las hermosas lámparas de cristales que colgaban de un techo pintado por los ángeles sobre las mismas criaturas celestiales; era simplemente majestuoso caminar por esa alfombra real que hacía parecer todas tus riquezas y lujos como una minucia.

Por lo que él tuvo el deseo de sentarse sobre ese salón rodeado por barandales en protección de los visitantes que no paraban de fotografiar esa parte del palacio en el museo– Si tan solo pudiera, verdad que si puedo –se decretó saltando la barrera.

-Dylan, no puedes estar pisoteando todas las normas cuantas veces se te antoje –le dijo su compañera antes de que este se sentara en uno de los asientos bien cuidados.

Así que él pensó, quizá esta chica tenga razón, no puedo ser siempre el rebelde en este mundo que te agobia pero que también te permite aprender a tener autocontrol, así que no, esta vez me lo reservaré – No vas a negar que esto es hermoso –dijo extasiado por todo lo que le envolvía.

-Tendré que poner un cielo así en mi casa –añadió ella sin disimular el encanto de ese espacio.

-Y mientras tanto que el pueblo se siente en butacas de madera y pasteles para todos –comedió de nuevo con su tono de humor negro – Una mansión bañada en oro, ¿Qué más puedes pedir? –agregó.

Al pasar por La Victoria Alada, al joven Evans solo se le ocurrió seguir su papel de crítico poco ortodoxo, título que quizá no podría desempeñar por razones de peso en el mundo real, a ese que quería retornar.

-Es una lástima que no hayan recuperado los restos, y una proeza el diseño que la resturó, siempre me logra impresionar su efecto visual – comentó Emily encantada con lo que se puede concebir como la figura de la diosa sacada de las ruinas.

-Si no tiene cabeza, no sabrá en qué dirección volar – comentó con extrañeza haciéndose el menos sabiendo y con su pose de pensador tocándose la barbilla.

-A veces no necesitas la cabeza, más que el corazón, quien a pesar de ser ciego en ocasiones, obtuvo el don de poder ver sin necesidad de ojos – opinó su compañera.

-Aprecio cuando dejas en ridículo mi idiotez – señaló con una sonrisa.

-A mí me agrada que te hagas el tonto.

-Cuando crees no saber nada, entonces puedes aprender mucho –señaló con gran elocuencia.

-Ese, ese es el señor Evans que aún no pierde su esencia. Tienes la facilidad de ser dos personajes distintos, te admiro –confesó la señorita McAdams.

-Aunque quizá a veces no necesite actuar para ser un tonto –agregó.

-Entonces deberías vigilar más tus pasos –añadió Emily siguiendo la ruta a otra estación – Aunque en un mundo tan serio, se valen las sonrisas – exclamó ya tomándole ventaja.

-No me dejes con estas estatuas – exclamó mientras corría a otro cuarto lleno de ellas y de visitantes cuando vio que ella se posó detrás de una figura un poco robusta en posición fetal sin cabeza, como sentada en un escritorio.

-Tienes un lindo rostro mademoiselle –le dijo con su francés combinado y una sonrisa por como el efecto visual la mostraba tan graciosa en un cuerpo

ajeno y antiguo.

Siguieron su recorrido por los pasillos hasta encontrarse con grandes obras de arte representativas de periodos ya casi olvidados en los libros y por las mentes de los habitantes fruto de generaciones pasadas, esas que quedaron impregnadas en la creatividad y expresión humana pero que yacían al alcance de unos pocos.

-Mira a quien tenemos aquí –susurró Dylan.

-Pero si es la Gioconda en persona. Es un placer –añadió Emily haciendo una venía a la pintura.

-Se ve más agraciada en persona, ¿no lo crees?

-Yo la veo igual, me impresiona siempre su mirada tan sobria y expresiva sonrisa.

-Tuvo que haber tenido grandes dientes, pero no se molestaron en pintarlos, ¿Por qué eres así Da Vinci? –añadió el joven quien la miraba muy de cerca bien resguardada por el vidrio protector.

-Ahora que lo noto, parece que le estuviesen contando un chiste, está apunto de reírse, pero no podía, porque afectaba el retrato del artista –relató la señorita McAdams en un tono muy serio y profundo.

- ¿Qué pasa contigo?, ya no tienes el mínimo pudor frente a esto tan sublime –comentó.

- ¿Cómo es que he caído en tu juego?, eso se contagia –afirmó sin retractarse de lo dicho.

-Si nos escuchasen burlándonos de esa forma quizá los espíritus que encierra este palacio se levantarían de sus tumbas y nos echarían a patadas –afirmó en tono misterioso.

-Mejor vámonos – señaló Emily.

-Vendré muy pronto por ti –le dijo despidiéndose de la obra el joven contemplador.

-Ya quisieras –comentó mientras avanzaba hacia otra exhibición cercana.

-Me llevaría todo esto para mi nueva casa. Los sarcófagos, las esfinges, las estatuas y esculturas las podría en el jardín, los lienzos en todas partes,

menos en el baño y la cocina, pondría muebles nuevos, y sería la casa más excéntrica y valorada del mundo, donde todos podrían tocar cada pieza con libertad –relató hasta llegar a otro apartado.

- ¿Sí sabes que eso no se puede hacer?

-Por esa misma razón estoy alardeando tanto- añadió posando su mano cerca a la cara de la réplica de la esfinge donde arribaron.

Rodeados del arte egipcio llegaron hasta una de las partes más profundas de la civilización antigua – Yo te imagine más grande – añadió asombrado por la escultura en ese cuarto de poca iluminación ambientado casi a propósito con su tono rustico de las arenas del desierto.

-Hace poco llegamos de tu casa y no pudimos visitarte – dijo Emily conformándose con inspeccionarla de cerca.

-Pobre, por buscapleitos te reventaron la nariz.

Emily no podía solo se mordía el labio conteniendo su risa por la forma como le hablaba a esa escultura y la acariciaba como a un animal- Debes ser cuidadoso, se te puede ir la mano y afectar su estado.

-Yo nunca te haría daño. Pobre criatura ha sufrido su dolor en la soledad – dijo con su fachada de tristeza y su compresivo mensaje.

-Sera mejor que sigamos avanzando, este lugar te ha quitado la cordura – dijo.

-Con tanta información y viajes en el tiempo, ¿Quién no? –añadió el siguiendo a su guía, quién le llevó hasta una sala donde se encontraba la pintura - Bodegón con gato y raya, de Chardin, obra de 1728, sé que te iba a encantar – expuso su compañera.

-Vaya, que curioso, un gatito. Se parece a Tomate, no conocía esta obra – dijo asombrado por el lienzo –podrías reseñarme un poco –pidió con cortesía.

-El pintor Jean Baptiste Chardin, fue como decirlo..., un revolucionario de su época, -afirmó -empezó a pintar objetos de la cotidianidad, es una relación con las cosas que vemos a diario, pero en una imagen que relata una historia muy atípica.

-Eso veo, tiene un gran banquete ese gato, creo ya le lanzo la garra a uno

–comentó detallando cada parte del bodegón – El arte no es estático al igual que el tiempo, siempre está en constante transformación –detalló sin quitar su mirada de esa pieza.

-Quizá muchos de sus métodos y estilos son el material de apoyo para el quehacer de muchos artistas hoy, en especial lo admiro mucho, al igual que a Monet –confesó Emily.

-Es un arte muy puro, no en vano lo consideró como el padre del impresionismo, sus obras son muy bellas, por eso sé que no te la vas con Dalí.

- ¡Acertaste!, su estilo no es algo que me destelle, aunque sé que, es de una rama peculiar, como bien lo mencionaste, el arte evoluciona como nosotros.

-Yo no lo dije, lo has hecho tú –le recalcó continuado por su travesía – Oye, ¡gracias!, me gusto el bodegón – comentó con satisfacción.

-Ahora estas más reservado, espero que no sea por mucho –agregó. Luego le llevó de paseo por el arte del siglo XIX plagado de grandes cambios socio-políticos en la Francia de la época.

-Creo que esta es una vieja conocida: La libertad guiando al pueblo, de Delacroix en 1830 –le presentó para alejarse de él y permitirle su espacio de misticismo.

Su atención era profunda, como la de los demás espectadores, que no se acercaban mucho, no había necesidad, era tan grande como una pantalla posada en un muro blanco que resaltaba sus cálidos colores, era un óleo sobre tela que reflejaba aun un sueño cumplido en cada fibra de ese lienzo.

-Nunca la había vista tan de cerca –añadió tocándola que por la emoción que se atrevió a rozar con la punta de sus dedos, tan solo un poco, a esa obra hasta donde su altura de 1, 75 le permitía – La batalla y el precio de una idea, de miles de hombres y mujeres en un solo sueño del que millones hoy son producto. Ves el dolor, la muerte, las ruinas de un pasado, la fuerza y empoderamiento que se levanta sobre los cuerpos caídos como montañas que elevan a la dama de la libertad...desgarrada por la lucha, pero firme guiando a sus seguidores –mencionó recitó con pasión en cada palabra tan minuciosamente pronunciada, que el sentimiento aguló sus ojos parado como un enano frente a la majestuosidad que lo impactaba.

La señorita McAdams solo le veía de lejos, parecía un niño en un parque de diversiones, como en Disneyland, pero un hombre cuando hablaba con elocuencia sobre cada cosa que le interesaba, que lo atrapaba en un frenesí de encanto y fascinación al ser la primera vez que sus pies pisaban ese mundo de ensueño, al que quizá muchos deberían asistir más que otros sitios de simple ocio.

-Si derramas una lagrima me pondré a llorar a tu lado –le dijo Emily pasados unos diez minutos de que él no dijese una palabra y tan solo observara, mientras los demás iban y se marchaban sin mucha contemplación, no como la de él, tan intensa y sufrida.

-No digas eso, me he perdido por un momento en su historia –confesó con serenidad.

-Sí que sí, ya han pasado tres generaciones desde entonces –aludió.

- ¡Vamos!, no es lo mismo que verla en una foto de internet.

-Bueno no lo niego, pero te has demorado una eternidad – mencionó ella con gracia a lo que él respondió - Gracias por esperar –con su sonrisa ladeada al lado derecho, posando su mano en el hombro de su compañera con confianza.

-Niégame que es esplendida –le dijo sin quitarle la mirada conecta con la de ella aguatando su intensidad.

- ¿Por qué habría yo de hacerlo? – fue su astuta respuesta.

Ya casi de salida se cruzaron con la escultura de un muchacho joven sosteniendo un ganso, una pieza del arte helenístico rescatada por ser una de las copias, como muchas obras del mundo antiguo.

- ¿Eso es un niño? – dijo asombrado por la imagen tallada a la que se acercaba.

-Y aquí vamos, no podrías despedirte sin tus comentarios.

- ¿No lo ves?, ¿que lo estará abrazando al ganso?, ¿Cuánta fuerza tiene ese muchacho?

-Yo creo que lo está matando –añadió sorprendida por su presunción la señorita Emily.

-Mira la cara a ese niño, disfruta asesinar al pobre ganso, no le veo muy feliz al animal.

-Pobre criatura, creo que eso era muy normal en la época –dijo aterrada por la escultura poco tan alentadora –Que curioso, apenas de vengo a descubrir...

-A su edad yo no mataba ni las moscas, parece un niño, ¿no?

-Puede ser un hombre de estura pequeña –supuso Emily impactada por la posible realidad esculpida.

-Existen imágenes más extrañas y nos asombramos por esta. Somos muy prejuiciosos.

-Es que ya siento pena por el ganso y el niño, ¿en que estaba pensado? –añadió la señorita.

-Que mal por ti amigo, espero que no te haya cenado, de lo contrario que la fuerza te acompañe compañero –añadió con la mano en su corazón.

Eso le causo gracia Emily - ¿Qué has dicho?

-Que la fuerza te acompañe –replicó.

-No te lo puedo creer, eres una caja de sorpresas.

CAPÍTULO XI

Caminando por los Senderos

Les había tomado más de cuatro horas el recorrer cada rincón del museo, claramente no podría narrarles todos los sucesos, se me terminaría la tinta y debo continuar. Así que salieron de nuevo a la vista del sol que no resplandecía con fuerza en esa media tarde que corría la cortina de nuevo, para dejar así al descubierto la magia parisina en su gente y paisajes verdosos.

-Me sorprende que no nos hallamos encontrado a ningún semejante en nuestros viajes, ¿no te parece raro? –añadió la señorita Emily transitando con cuidado de no tropezar o atravesar a alguien de su *filum spiritus*.

-Bueno, todos somos tan parecidos en esta dimensión que no nos distinguimos el uno del otro. La única forma de descubrirlo sería preguntando –mencionó su compañero de pasos cortos.

-Puede ser un efecto similar al de la luz y la oscuridad, ¿no lo crees?

- ¿Cómo es eso?

-Verás, la oscuridad se dice que es la ausencia de luz, y del mismo modo a la inversa, las dos son un mismo estado en distinta manifestación sobre un escenario compartido, ¿lo entiendes?

-Parece un acertijo, pero si logro captar la esencia de tu mensaje, me parece muy acertada, acabas de replantear mi modo de explicar la teoría. Ahora que lo analizo es más complicada mi versión –se dijo asombrado por la simplicidad del dato en un ejemplo.

-Quizás hemos caminado entre los muertos y no nos hemos dado cuenta

de su presencia. Pero, si preguntamos se nos convertiría en una tarea titánica.

-Por eso te comentaba, que son situaciones inexplicables por las que te encuentras en el camino con alguien ya que no lo puedes identificar a simple vista.

-Sí, ya puedo dimensionar el conflicto –examinó la escena poblada en medio de la calle.

-Se nos pasarían los meses y años intentándolo, hay muchos transeúntes hoy –se hizo a un lado apartándose para realizar un pequeño intento – No parece tan sencillo, pero podríamos intentarlo así –se fue arrimado a un caminante solitario con una boina gris sobre su cabeza – Buenos días, ¿se encuentra usted muerto?, ¿Cómo esta señorita, está perdida? – trataba de comunicarse en francés con el que tenía más cerca, persiguiéndolos como un hombre necesitado de ayuda.

Él miraba a Emily decepcionado alzando sus hombros debido a sus prospectos negativos que no daban señales de muertos vivientes en la costa; lo intentó con unos diez, les hacía señas, movía sus manos, quizá algunos podrían ser tímidos o no estar en la etapa de aceptación de su situación, ¿pero como podría saberlo si todos pasaban de largo?. Ya casi se daba por vencido, y comenzó a gritar como una señal de humo con la espera de mayor impacto.

Un hombre se quedó parado en medio de la multitud, la señorita McAdams alcanzó a divisarlo, mientras su compañero le causo intriga su figura, pero podría ser que se acordó que no llevo la billetera, o que olvido algo desde el último sitio en el que estuvo, por lo que luego unos minutos no le prestaron mucha relevancia.

-Es inútil Emily, no encuentro nada. No hay nada aquí, ¿lo ves? –dijo intentándolo otras cinco veces más frente a ella girando hacia todos los lados sin la repuesta de un mínimo de atención –Buenos días señor, ¿Está usted muerto? – dijo a otro que se topó de frente, le miraba con seriedad y sus ojos atónitos. Era ese mismo al que no dieron importancia.

-Señor, ¿puede escucharme? –agregó de nuevo el joven Evans inquieto por el posible superviviente que hallaba, esperaba que no estuviera muerto y tuviera esperanza tras esos ojos que se iluminaban con verle a él, luchando por encontrar a alguien; por un alma más.

El hombre acertó con el movimiento de su cabeza y sus cejas alzadas –

Que alegría tan enorme poder hablar con usted, ¿esto es real? – no podía concebir lo que estaba pasando envuelto entre lágrimas aquel sujeto.

-Tan real como esta hermosa ciudad, no tiene por qué conmocionarse señor –le dijo amablemente la señorita McAdams.

- ¡Gracias a Dios!, gracias a Dios – exclamaba, parecía haberse topado con un tesoro.

-Vamos a ayudarlo en lo que podamos, ¿nos permitiría? –le preguntó el señor Evans, el hombre estaba totalmente a su disposición, de los poros brotaba la felicidad.

-Déjame a mí, me hare cargo – susurró ella con confianza, así que su compañero no intervendría.

De modo que se sentaron en las sillas de madera en ese parque tan extenso como un gran centro comercial, donde Emily de forma precisa en un ambiente familiar y relajado le enseñaría de forma precisa todo lo que debía saber para transitar en ese mundo. No debía desfallecer era su clave y, además, la llave fundamental para abrir la puerta a la otra dimensión.

Se le notaban las ganas y deseos de continuar, eso lo podía sentir por la atención, disposición y respeto con que la atendía el hombre sacado de la marea, situación que de lejos podía divisar con alegría el señor Robert sentado en otra silla disfrutando del paisaje; satisfecho por el progreso de aquel hombre de unos cuarenta y cinco años con un nerviosismo erradicado, les tomo toda la tarde y casi parte del anochecer para poder estabilizar sus confusiones, cosa que logro efectuar bien la dulzura maestra que Emily colocó al enseñarle su experiencia.

-Gracias, tiene una gran compañera –le dijo muy agradecido que beso las dos mejillas de su descubridor.

-No es nada...- dijo sorprendido por su reacción –Hacemos todo lo que está a nuestro alcance.

- ¿Tiene familia señor...

-Evans, y sí, tengo unos padres que me esperan –afirmó ya cómodos sobre uno de los bancos exteriores esparcidos por todo el parque.

-Qué bueno señor Evans, yo, yo, tengo dos niñas que me esperan todos

los días, y una esposa que amo. Lucharé por ellas – añadió muy confiando.

-Sé que sí, ellas lo recibirán con ansias señor ...– comentó Dylan con aprecio.

- Cassel – le compartió su respuesta.

Tanto a Dylan como a Emily le era muy grata su presencia, no se le notaba cansado o perdido en su travesía solitaria, tenía muy claro el camino, y esperaban que solo le quedara poco tiempo para que volviese a la vida.

-Es un hombre maduro señor Cassel, le será sencillo volver, ¿Está al corriente de su diagnóstico? – preguntó Dylan.

-Dicen que en una semana volveré a estar bien, sufrí un pequeño derrame, fue un accidente, nada grave. Fue mi culpa por no ser precavido, pero estoy bien protegido en cuidados intensivos –añadió.

-Ya ha logrado verse, eso es muy bueno. ¿Hacia dónde se dirige?

-A mi casa, voy de casa al hospital, esa es mi ruta continua, veo arropar a mis niñas y me aferro a ese hogar –dijo con mucha pasión.

-Sé que así será señor, si tuviera como escribir lo haría para recibir su número, pero, no tengo nada ahora –añadió Dylan frustrado.

- Claro está, ¿Es bueno para memorizar? –le preguntó el señor Cassel.

-Si señor cuéntenme.

- Guillaume Cassel, 01 45 46 24 00 – fue de la misma forma como Dylan lo repetía similar a una grabadora en su disco duro una y otra vez.

-Lo llamaré apenas despierte, sé que me ganará en esa carrera – le respondió cordialmente el señor Evans.

- ¿Cuánto lleva usted en este estado?

-Unas semanas solamente, cuando menos lo imagine estaremos despiertos en esos cuartos de hospital –le afirmó con solidez.

-Dios le escuché, muchas gracias de nuevo – dijo ya despidiéndose para coger la ruta cotidiana con perseverancia en su voz y espíritu esperando que la noche no lo retuviese más.

-Espero volver a escuchar su voz señor Evans y señorita Emily –les

reiteró antes de irse con un apretón fuerte de manos y una sonrisa por el encuentro.

-Uno más, tan solo uno más –susurró Emily al ver el desprendimiento de su visitante que la conmovió con su historia.

-De verdad espero volver a escucharlo, ¿Quién es él? –se aferró Dylan a ese compromiso de poder tener en sus manos de nuevo un celular o teléfono y llamarle.

-Un empresario de bienes raíces.

-No te pregunte a que se dedica, sino quien era –le dijo sin reproche.

Estaba perdida mirando a ese francés, por eso no le presto suma atención a la pregunta -Es un padre de familia de voto, un caballero esperanzado a no morir en el intento de tener el honor de ver nuevamente a su familia sentada a la mesa con más tiempo de lo que antes dedicaba para compartir – relató su compañera.

-Haz hecho un gran trabajo, me impresionas –confesó.

-He tenido un gran maestro..., pero también he sido una ilustre alumna.

-Tu modestia te delata – confesó viendo como su amigo de camino se alejaba más y más.

El encontrarse con alguien más por primera vez fue tan grandioso y refrescante como un náufrago perdido que llega a tierra o ve un velero que se acerca para salvarle de la inmensa red de agua tan terrorífica como un incendio en el bosque; en su lista podrían poner a uno más en la espera por llegar a puerto seguro.

Lo único que puedes hacer al no querer abandonar unas calles tan sublimes, es seguir transitando por ellas, fue esa la decisión que tomaron a menos que desde las alturas les llamasen a cuentas o sus ojos decidieran de una vez por todas dejar de dormir tanto como un oso en invierno y así darles las buenas nuevas a sus amos de barro y alma.

Se encontraron entonces llegando a una plaza de calles con adoquines como el color de la arena y la tierra con un aspecto como el del medievo por donde transitan pueblos y caballerías, rodeados al cuadrado por unos edificios tipo coloniales por la arquitectura que tanto hipnotizaba al joven Evans.

Unas cuantas luces se encendía y apagan en los apartamentos llenos de vida e historias impares. Las bocinas que se ubicaban debajo de los faroles de aspecto clásico, sonaban con el marcar del reloj como una alarma peculiar que ya anunciaban las 10:00pm con la pieza de Morning de Edvard Grieg dando un paso melodioso al tiempo y abrazando las residencias que se iban a la cama, siendo a lo mejor la distinción notable de como ver nacer el sol o vivían sencillamente en compañía constante de esos trozos musicales.

-Esto es una contradicción – añadió la señorita McAdams por el curioso evento que sucedió justo cuando quería tomar asiento sobre la pequeña fuente con la escultura de unos bailarines en medio, de la que brotaba un chorro de agua en el centro de la plaza deshabitada.

-Creo que a veces las paradojas pueden enviarnos mensajes –añadió su compañero puesto en pie para estar en posición de baile de vals extendiendo su mano a su posible compañera – Me haría el honor de concederme esta peculiar pieza.

Emily lo meditó por unos segundos, quizá si la hubiera invitado a que le acompañará a otro tipo de baile ella le hubiese rechazado, pero este no era el caso y quizá si tenía motivos para mover sus pies en compañía de esa melodía serena en la noche tan fría casi imperceptible a los sentidos de esos jóvenes a la luz de la luna.

-No sabía que bailaras vals –añadió ella concediéndole su mano.

Él alzó su mirada reverente, con gentileza en sus pasos acoplándose a la pista de baile rustica tomó su cintura como si fuese a rodear con su mano una flor de primavera, y se movió con suavidad al paso de las notas.

Tan solo duraría unos cuatro minutos casi, se hablarían con las miradas y sonrisas, con la perfección de cada paso comunicado y unificado en una esbelta escena que solo yo, la luna o posiblemente las pocas estrellas también eran testigos de una ocasión romántica en la que podría ser una de sus últimas veladas.

-Me honró su compañía señor –dijo mirándolo a los ojos siendo él un poco más alto que ella cuando la pieza se iba escondiendo en un sonido bajo hasta cesar de sonar.

-Gracias por el detalle –le respondió con alegría – Aquí entre nos, es mi primer vals.

-Estás jugando conmigo –le dijo ella tomándolo de las manos sumamente sorprendida, sus palabras no encajaban con su acto.

-No lo hago, no bailo. Se mueve más una palmera de playa que yo – confesó.

-Pues ya lo hiciste, y nada mal jovencito –dijo ella asombrada, en realidad le hablaba en serio –Todavía no te lo puedo creer.

-Yo tampoco puedo creer que me haya arriesgado a quedar como un inútil, ¿Tú sabías de esta zona? –le preguntó acostándose sobre su saco extendido al borde de la fuente.

-No –afirmó- aparecimos aquí por arte de magia – pues también era nueva en el lugar.

-Que agradable casualidad, es llamativo –añadió bien acomodado con sus piernas estiradas, esperando que dieran las 11:00pm para continuar con la fiesta sinfónica con la pieza Air de la Obertura Nr.3 de Johann Sebastian Bach para que sus dos espectadores recostados en la fuente, con sus cabezas cerca el uno del otro, pudieran continuar con sus charlas, escuchar cómo se cierran las ventanas, o como se dan las buenas noches en lo alto.

- ¿Alguna vez pensaste en descasar con el sonido de una fuente? –le preguntó el señor Evans siempre con su mirada al cielo nublado, sintiendo casi el rose del cabello largo de su compañera.

- No, pero con esta taciturna noche en París, me quedaría por siempre a su arrullo –comentó girando su mirada, él se percató de su movimiento, sus ojos se encontraron y él le alzo sus cejas con una mirada alegre.

-Me voy a conseguir un reloj musical, quizá lo fabrique con mi play list – añadió con humor.

-Siendo así, te encargaré uno si cumples tu extravagante idea –comentó elevando de nuevo su mirada al mar nocturno.

En su parada, esperarían la despedida para la cerrar la noche con un lindo broche cuando se anunció la media noche durante cinco minutos con la suite del solo de piano compuesta por Maurice Ravel en Gaspard de la nuit; esa brecha entre los días que, bajo una melodía tranquila, como una tarde silenciosa, cerca de un bosque o un paisaje de jardines pudieras apreciar las voces de la naturaleza en notas musicales esparciéndose en la helada noche.

CAPÍTULO XII

A Causa de

Es entonces como los trotamundos caminantes por los senderos de París en algún momento debían decir adiós para continuar a pie por las autopistas de Berlín, o por las de Nigeria, u otros sitios al igual que por las carreteras de Nueva Delhi.

Daban saltos de aquí para allá, sin pagar el precio de un retén por el visado, sin morir en el intento por no tener la pericia necesaria de conocer un poco de la cultura de los países que recibían su presencia en una dimensión donde no tienes nacionalidad específica, en una que no te señala con un número, en la que puedes ser libre a pesar que seas el preso de la señora muerte.

-Muy colorida, así puedes definir la India, o bueno parte de ella –comentó su compañero de viaje caminado a la orilla de la carretera nocturna luego de un tour de tres días desde su salida de París.

-Los colores contrastan, también es una forma de ver que no todo es llamativo – contradijo la señorita Emily.

-Te preocuparon los barrios y vertederos. Esta nación se enfrenta a un serio problema con sus índices de desigualdad, tan solo hemos visto una mínima parte.

- Es impresionante cuanta riqueza y carencia pueden luchar con desequilibrio en un solo territorio, ¿Cuántas personas pueden llegarse a amotinar para coger un transporte?

-Siempre creí que era una falacia de Photoshop, pero las revisaba constantemente y las realidades son más chocantes cuando la ves de frente y no a través de una imagen.

-Y yo que me quejo de la mansión en la que vivo, persigo lo último en la moda y calzo los zapatos con los que podrías comprar diez casas en algún barrio de esta ciudad.

-No hay suficientes palacios para toda la población del mundo –comentó

con ironía.

Una pequeña buseta casi destartada paso a gran velocidad por su lado en la oscuridad de la carretera en buen estado, excepto porque unas partes no era tan iluminadas, se podía apreciar como un efecto en escala.

-Tampoco Lamborghini –añadió el joven que miraba constante al cielo que carecía de luna y estrellas, estaba completamente nublado.

-No vi que lo necesitas mucho para conocer esta ciudad tan exótica.

-Este orbe carece de las reglas del sistema en el mundo real, pero no surtimos de ellas para poder navegar en sus aguas, aunque empleamos con más constancia la técnica más antigua del ser humano: el uso de nuestro primer medio de transporte –dijo moviendo sus pies como un paso elegante de tap sobre el asfalto.

Animación que le sacó un rato de alegría a la señorita Emily. -Claramente me pareció mejor recorrer Nueva Deli de esa forma, como el resto de los sitios, de los pocos para ser sincera. No me quiero arriesgar, pero lo diré.

-Dilo –le impulsó.

-Esta la meca de la arquitectura, está lleno de gráficos, flores, grabados en cada parte de sus estructuras, los monumentos son majestuosos por su conexión espiritual ancestral y...- trató de decir con pasión hasta que fue interrumpida.

-Lo sé, sí que te encantaron sus edificaciones, YO debería estar entusiasmado por eso –intervino para molestarla, ya estaba en su punto máximo de radicación emotiva.

Con su bufanda le arropo la boca por un momento y dijo. -Sus construcciones imperiosas tratan de opacar la nubla del resto de su ciudad, esa es la parte irregular desde mi perspectiva como visitante –dijo tras él para luego si quitarle el candado de algodón.

Él sintió que había tragado algo de pelusa, arrugo su cara y dijo -Sé que es increíble este universo donde habita el deterioro y la muerte, como también la opulencia y la miseria, pero que más les queda a estos pobladores, a nosotros...- con su mano le limpio la lengua y se quitó unos hilitos microscópicos -levantarnos todos los días contentos como si nacieras en un palacio, pero como si el mundo también se estuviese cayendo.

-Me dejas estupefacta casi el 1% de las veces, pero a ver si te entendí. Vivimos en un mundo de duales circunstancias y para todas debemos estar preparados para enfrentarlas.

- Nosotros somos las circunstancias, pero tienes la otras del puzzle. No podemos esperar a que lleguen movimientos mesiánicos para tratar de cambiar las cosas, esos millones de niños que llegan a las escuelas, lo hacen con el deseo de mirar un futuro, ellos lo son, la transformación de las cosas no comienza en el objeto sino en los sujetos.

-Rezagas los campos y esferas institucionales que nos rodean –mencionó viendo como aún se inspeccionaba la boca con la mano, no parecía una imagen grotesca, pero era graciosa.

Él vio como lo analizaba y la señaló con la miraba como diciéndole que ella le había hecho eso. -Lo sé, y me he sentido como el rebelde más apasionado por culpar a medio mundo por eso, alguien tiene que tener la culpa, pero y ¿sí el problema somos nosotros?, a su vez la misma solución – ya dejo de revisarse seguro que ya estaba limpio.

-Este debate ya lo he tenido antes, casi nunca ahí existe una respuesta concreta.

-Pues entonces tendremos que seguirla buscando, y ser lo más acertados posibles.

-Papá siempre me decía que nunca se es tan pequeño para anhelar ser un gigante, tan solo mira las montañas y sube hasta su cima, entonces te darás cuenta que si es posible mirar desde lo más alto sin necesidad de estropear a nadie.

-Tú familia no es originaria de américa –intuyó él con rapidez.

-Nadie lo es, ya me acostumbré a esa frase –miró hacia el cielo por un momento -Nuestros tatarabuelos llegaron de Francia como refugiados de la guerra –relató.

-No terminas de comprender la historia de alguien hasta que no acabas de escuchar. Mi familia o lo que me han contado llevo de Inglaterra, pero no soy muy patriótico – de nuevo miraba los rayos que atravesaban el cielo.

- ¿Qué te preocupa?

-Que no tengo un techo para cubrimos del aguacero –dijo al ver la carretera tan desolada.

-No me importa mojarme –mencionó al no hallar casa, choza o hotel alguno cerca.

-Hace más de un mes que no me baño –añadió con comedia y empezaban a caer algunas gotitas de agua, él extendió sus brazos a los lados y alzo su mirada – ¿Así que no te importa mojarte?, muy bien, seguiremos caminando –añadió con sus manos escondidas en los bolsillos.

El viento se hizo más recio, azotaba con fuerza el cableado de la energía en los postes, los árboles danzaban de un lado al otro descontrolados, y el diluvio se desató encharcando parte de la carretera y los pastos del derredor. Un pequeño riachuelo pasaba cerca y se desbordó unas millas más adelante atravesándolo como una corriente potente.

-No puedo creer que esto se inunde de esta forma –señaló el señor Evans.

-No lo vamos a lograr, está muy fuerte. Tendremos que aguardar –acervó Emily preocupada por su retraso repentino en la vía.

El señor Evans examinó su saco extremadamente empapado al igual que el de su compañera –Lo siento, ya no servirá este pedazo de trapo –dijo.

-No te preocupes, tampoco me he bañado en una semana, ya debo apestar –sonrió.

Una moto estilo Vespa primavera del 68 ya casi en los huesos, como una reliquia en esqueleto corroída por el tiempo, de un color azul desgastado y oxidado por los rayos del sol, con unas farolas opacas que hacían fuerza por momentos para iluminar más y que además tenía la ausencia del retrovisor derecho, era el transporte en dos ruedas que llevaba a dos pasajeros aproximándose por el carril derecho.

Una bolsa negra bien amarrada era resguarda entre las piernas del conductor posadas sobre la parte inferior de la moto a unas quince millas por hora transitando por la calzada doble vía un poco estrecha pero no muy concurrida esa temprana noche.

-Creo que tampoco lo lograra, se ve muy destartalada – comentó el señor Evans viendo cómo se acercaba a su desafío.

- No se ve muy bien cuidada, pero tiene espíritu de luchadora, se nota que le ha tocado duro – añadió la señorita –Yo creería que si pasa.

Mientras ellos hacían sus apuestas, la moto efectivamente aceleró más al acercarse a la zona de peligro, parecía que iba a quedarse atascada en medio de la corriente; esta era fuerte y le inundó un poco, hasta llegar a mojar aún más los pantalones que en algún momento fueron beige del conductor de la moto, y el vestido blanco de su compañera.

La moto pujo y pujo hasta que logró salir del valle de la muerte, pero dejó en un gran embrollo a la bolsa que logró escabullirse y ser llevada por la corriente hasta el carril izquierdo de la vía.

-No es posible –Emily se alarmó por el suceso.

-Pero si lo lograron –añadió él perdido del contexto siguiendo la moto con su mirada.

- ¡La bolsa!, esa tractomula la hará pedazos –dijo alarmada al ver como sus dueños desde lejos se percataron de la pérdida, perplejos por el gran auto que se acercaba.

- ¿A dónde vas? –exclamó Dylan preocupado que decidió seguirla después de que lo dejase botado sumergiéndose así en las aguas turbias y furiosas que les llegaban unos quince centímetros más arriba de los zapatos; ese pedazo parecía no estar construido sobre un llano y era propicio para enlaganarse con tal volumen.

- ¡Puede llevar un pequeño mercado o ropa, no lo sé! –dijo luchando por cada pisada contra la corriente que casi se la llevaba, tuvo un resbalón y cayó sobre su rodilla izquierda, tomó equilibrio y se levantó de inmediato, ya estaba cerca al igual que las llantas a toda velocidad a lo lejos.

-Ten cuidado, puede ser peligroso – exclamó Dylan apurando el paso con potencia en sus piernas para poder alcanzarla. Faltaban unos segundos para que el carro atravesara el gran charco sin causarle cosquillas, esa bolsa sería como un suspiro bajo las llantas.

- ¿Qué es esto? – dijo impresionada por el peso de la bolsa ya invadida de agua que para su suerte logró atascarse en algo que no podían ver bajo el agua.

- ¡Tenemos que moverla hacia ti! –exclamó el señor Evans como la mejor

opción.

-No, ¡para atrás! –añadió ella quien estaba ubicada del lado izquierdo y por la zona donde se acercaba el auto en la misma dirección que la moto, y sí, según mi calculo, lo más viable era retrocederla hacia donde su compañero se ubicaba.

Así que él siguió sus instrucciones, estaba mejor posicionada, aprovecharía el mover de las aguas para que no se sintiera como algo extraño de la naturaleza: todo por una bolsa. Sus otros espectadores estaban a la expectativa por el porvenir de su pertenencia, la tractomula ya estaba por cubrirla y sino quedaba debajo de la primera llanta, con el movimiento del agua podría dejarla a la deriva de las demás tras ella.

- ¡Sostente fuerte! –exclamó su compañero mientras ella cubría con sus piernas la bolsa haciendo de muro de contención.

Todo sucede tan deprisa que cuando el señor Evans le advirtió ya tenía las luces del gran auto de carga encima; los atravesó con ímpetu debido a la velocidad que llevaba, pero hizo un alto más adelante en lo seco.

La señorita Emily contuvo la respiración durante los segundos que pudo abrazarlo con fuerza, no supo en que momento, pero si había sido ella quien invadió su espacio personal luego de estar tan solo agarrados de la mano; sintió como las llantas la rosaron, escuchó el motor pasar por su lado, y sin darse cuenta habían formado toda una barrera cuando se juntaron, logrando así que la bolsa no fuera pisoteada vilmente por las ruedas de goma.

- ¡Gracias a Dios! –el hombre sintió un respiro, fue agradecido con su deidad divina y saltó al agua para rescatar lo que ya estaba a salvo aprovechando que no venía nadie más a lo lejos.

Los tres hombres que iban en la cabina descendieron para percatarse que la pareja no estuviera sufriendo un percance mecánico, o lo que vieron pasar tan rápidamente en el agua allá sido estropeado, su velocidad no les permitió discernir si era un animal o un objeto. Por su parte, la señora de unos cuarenta años les anunciaría que no había nada de qué preocuparse y que ellos podían seguir su ruta de trabajo en paz.

- ¿Te sientes bien? – mencionó Dylan atemorizado por un posible trauma en su compañera.

-Sí. ¡Wow! ...Se siente como un viento frío te atraviesa el cuerpo. ¡Vaya que cerré mis ojos con fuerza! –respondió emocionada.

-Los hubieras dejado abiertos, se ve todo muy borroso y colorido, casi te puede dejar ciego como una ráfaga de luz.

-Ahora puedo decir que me paso un carro por encima y sobreviví –añadió dándole vueltas la cabeza, gesto que alarmó a su acompañante.

-No, aun no estás bien –se puso nervioso por el resultado y la sostuvo.

Se percató que se acerca con dificultad el hombre color morena, así que se hizo a un lado para hacer barrera al lado de Emily y que la bolsa no siguiera el curso del desagüe; quien aferraba sus piernas al asfalto como una garrapata a su alimento, y ayudado por su compañera quien también era muy fuerte para no dejarse vencer por la furiosa fuente de modo que el hombre de un manotazo alzó la bolsa y se la echo al hombro escurriéndose el agua en su camisa.

-Si pudimos cruzar el Jordán –añadió el joven.

-Aún seguimos en medio del mar rojo –aclaró la señorita Emily viendo como el agua pasaba con fuerza y como el cielo no dejaba de bombardearlos con su lluvia.

- ¿Eso es una rana?, ¡Es una rana! –el señor Evans dio un salto alterado y corrió hacia la parte seca en compañía de su asqueada amiga moviéndose como en una maratón.

-No había ninguna rana –añadió al ver su sonrisa gigantesca bajo esa cara empapada y sus cabellos escurridos sobre la frente. Ya en tierra firme o carretera, como lo quiera tomar su malestar quedó rezagado.

-La adrenalina no te hace pensar en los peligros y consecuencias, es un sedante para el miedo –le dijo sacudiéndose en vano.

-Pues gracias por casi provocarme un infarto –se acercó un poco a la pareja que de nuevo se alistaba para coger camino, le daba un poco de pesar el que no hayan llevado algún impermeable, pero estaban bien, y lo que guardaban en la bolsa no resulto ser, sino un maletín viejo que resguardaba unas bolsas de frutas en buen estado para su fortuna, quienes luego de su revisión encendieran motores y se irían a casa.

-Bueno, al menos no nos quedamos con la incógnita de lo que ocultaba la misteriosa bolsa negra –mencionó Emily mientras veía como la luz roja trasera se desvanecía en la lejanía de la carretera.

-No debí hacerte caso de irnos en bus y devolvernos a pie, aún falta mucho para llegar –continuó caminando hacia adelante bajo la lluvia con sus manos en los bolsillos, ya una pose clásica en él.

-Hemos transitado distancias más largas o ¿ya estás cansado?

- ¡Eso es imposible! –afirmó, a pesar de que se estaba sintiendo un tanto extraño, se empezó a agitar sin motivo, pero no lo hacía evidente, aunque ponía su mano sobre su pecho.

Emily le cogió unos pasos de ventaja y caminó de espaldas frente a su exagerado compañero, pensó que estaba haciendo de showcero otra vez –Sí se aproxima una buseta, entonces nos daremos a la carrera.

-He creado un monstruo –hizo que la veía con desprecio –Regla # 1: En la tierra, los autos son para sus pasajeros y ellos pagan por el servicio, no son para hacer deportes extremos y mucho menos para jugar a ser vándalos – simuló la voz y posición de un juez.

-Muy bien, pero aquí no hay reglas –dijo, aunque a mí no me parece que sea del todo cierto.

En esas, Dylan hizo un alto en el camino, sentía que no podía respirar, sus pasos ya no eran firmes, y decidió agacharse para tranquilizarse, sabía que no era buena señal.

- ¿Dylan, te encuentras bien? –se acercó a él, le notaba decaído, podría incluso verle pálido aun en la poca iluminación de la vía, sus ojos estaban tratando de ser puestos en su órbita.

-Tengo calor, tengo mucho calor –dijo quitándose el saco para ponerlo en el suelo, desabrochase un poco la camisa y sentándose a la orilla de la carretera mojada.

- ¡Mírame!, mírame, ¿Qué puedo hacer? –le imploraba impactada por su estado.

-No te preocupes, estaré bien – empezó a reírse con fuerza como si hubiese escuchado un chiste.

- ¿De qué te ríes? –le dijo preocupada por su estado, quizá estaba perdiendo la razón ese chico.

-Entre más duela, mayor debe ser tu sonrisa – exclamó despreocupándose por su agonía. Su dolor se intensificaba, de eso se reía, de que la señora muerte estuviese tocando ya a su puerta en el momento más inoportuno, nunca es un buen momento en realidad, pero ¿Por qué esa noche? se preguntaba con locura, de eso se burlaba, de su suerte.

Se desvaneció luego de reconocer que no era todopoderoso, que estaba siendo derrotado para caer en los brazos de Emily; ella le tomó con fuerza, se asustó en gran manera, pensó que lo tenía todo controlado, pero a él se le agotaron las fuerzas, parpadeaba con insistencia y desesperación, ella, oh señorita McAdams, no era consciente de que lo estaba perdiendo.

-Dime que puedo hacer, siempre se puede hacer algo –le insistía con terquedad y tristeza, sentía que lo peor se acercaba con cada segundo que pasaba.

-Nada, nada... no puedes...hacer nada por mí...esta, esta ahora es mi batalla –le susurró casi sin voz.

Al otro lado con el sol naciente su cuerpo no respondía, el cuerpo médico llegó con prontitud hasta la habitación de un alma que parecía quedarse al otro lado del sendero, pero no se lo colocarían fácil. Se comunicaron con sus padres para darles aviso del infortunio, ellos de inmediato abandonaron sus quehaceres y salieron por su muchacho a la espera de llegar al vuelo más cercano, sabían que tardarían en llegar por el tráfico en la vía, así que la señora rogó porque le mantuvieran en línea con su hijo sin importar que este no le respondiese.

De retorno al otro continente, la señorita McAdams recordó la historia de la señora Louisa despidiéndose de él en sus brazos, esos que ahora le temblaban sosteniendo su cabeza; se sentía impotente al no poder tan siquiera ayudarle en algo mínimo, solo podía fortalecerlo con su voz, era el único recurso que le quedaba, aunque era testaruda, estaba segura que podía hacer más.

Dylan quiso ponerse en pie, lo logró con su ayuda, no quería que lo viera destrozado, no quería irse como sucedió con su vieja amiga, dejándolo con una pena enorme, ella no se lo merecía era lo que pensaba. –Emily, tienes,

tienes que ...salir de aquí –repetía reiteradamente sin fuerza en el habla.

-Vamos a salir de aquí juntos, ya casi llegamos a la urbe, unos pasos más ¿quieres?, ¡Aguanta un poco más! – reiteraba tratando de animarle.

-No, no, no...Fue, fue un placer estar...con...-sus piernas tambaleaban mucho, apretaba con fuerza sus puños –Tienes que dejarme solo –le suplicaba sintiendo que su fin llegaba.

-Mírame, mírame –agarró su cara con las dos manos y lo estabilizó.

– No, no puedo mirarte, ya no puedo...ya no puedo mirarte más Emily – le afirmó con dolor porque en realidad le había sido arrebatada la vista, le quedaba solo una salida para su sufrimiento y desgaste.

-Tiene haber un truco, algo más que podamos hacer – le dijo desesperada, sin dejar de sostenerle.

-Ya no hay más, haz hecho mucho por mí señorita Mc...Adams –dijo con melancolía. Cogió sus manos con delicadeza y las soltó en el aire para alejarse de ella sumida en llanto, mayor que el de esa noche. Avanzó unos tres pasos adivinando no salirse del sendero, hasta cuando cayó de rodillas y alzó su mirada sin poder apreciar las gotas que golpeaban su cara, y se desmayó en el asfalto.

Emily corrió con prontitud para socorrerlo devastada por verle tirado sin animo, aún se retorció de dolor, lo colocó en su regazo y lo abrazó con fuerza hasta su pecho, el tiritaba del frío y se aferraba de su compañera como si estuviese en una tormenta.

-Creo que no podré llegar a ver el arcoíris –su voz era temblorosa mientras reservaba algo de humor.

-No digas nada, y mejor cállate mi irreverente amigo – bromeó un poco con ese pobre moribundo.

-Lamento, lamento ...dejarte tirada, lo, lo...lamento, mu...cho –Emily le interrumpió –Tan solo cierra la boca por un momento y concéntrate, ¿vale?, no te puedes ir todavía, sería muy descortés de tu parte –no trato de ocultar sus lagrimas que caían sobre su cabello, aunque sabía que eso no ayudaba en nada –Vas a tener que hacer tu mayor esfuerzo, tienes muchas cosas por cumplir al otro lado, me debes unas salidas, que me presentes a Tomate, tienes tanto por vivir ...

-Uno más, uno más...y, ...uno menos, ese soy yo ahora –le dijo tosiendo demasiado y casi sintiéndose ahogado. Su mano se aferraba a la de ella, mientras los médicos seguían luchando por mantenerlo con esperanza –Tengo miedo, Emily...tengo mucho miedo –dijo difuminando su sonrisa y quebrantado en llanto, tenía el alma de un niño atemorizado en ese momento.

Su hora se acercaba, y a lo lejos escuchaba una voz, una suave voz, esa que le hablaba por medio de un celular móvil sostenido por una enfermera al lado de su oído derecho, su tiempo ya había caducado, no había nada más que hacer, ahora podía ser uno con las ondas del espacio y la materia, para que por última vez pudiera escuchar la voz de mamá, quien, sin percatarse, le hablaba a su hijo fallecido por unas milésimas de segundo.

- ¿Emily?

-Sí –respondió ella esperando su respuesta, pero se demoró mucho y él cómo pudo, elevó su mirada brillante.

–Quédate conmigo –le susurró ella al ver que no mencionaba nada, pero si al ver como sus ojos se apagaban lentamente y su cabeza se recostaba de nuevo en su regazo tan liviana como el caer de una hoja.

- ¡Dylan! ...Dylan ...señor Evans tiene que despertarse –trataba de exclamar ella con un nudo en su garganta –Tienes que seguir, tienes que despertar. No puedes cerrar tus ojos, eso fue lo que dijiste –le suplicaba sin querer aceptar lo sucedido, lo tenía allí en sus brazos, a ese hombre tan joven lleno de vida y carisma, a ese que fue su compañero y esa noche la abandonaba, no se veía frágil, pero la muerte no sabe de edades, categorías, estilos o personalidades, tan solo los llama, y se los lleva en su mano.

Al darse cuenta que ya no despertaría, lloró amargamente sobre su cuerpo, lo abrazó con fuerza mientras los carros pasaban, y espero; espero a que se convirtiera en luz, una que ascendiera el cielo, o en el peor de los casos viera las sombras acercarse.

<<Sé que puedes escucharme, siempre lo haces, aunque estés lejos, estamos muy orgullosos de ti, de tu ingenio, de las cosas que construyes, de tu sonrisa, nunca te rindes ante nada, de eso puede dar fe tu padre; no espero que lo hagas ahora, espero que no hagas un alto en la carrera- decía con voz solloza su madre –No sé donde estés, solo sé que siento una parte de ti conmigo >>- ¿Mama? –decía él en un espacio vacío, solo y extraño –Dios,

dime donde estoy.

Pero su estadía ahí sería como un pestañeo, ese que le permitió escuchar parte del mensaje de su madre, era ella, sabía que lo era, su voz era triste y melancólica, pero le llenaba de fuerza.

De repente perdió su vista de nuevo y cayó en el suelo. El médico luego de unos segundos no se dio por vencido, si el desfibrilador no servía entonces utilizaría los últimos recursos de su fuerza a pesar de que el monitor no diera buenas noticias; una, dos, tres, cuatro y cinco veces si eran necesarias para reavivar a su paciente, hasta que...el sonido, ese pequeño sonido, tan simple y monótono, apareció de nuevo en la habitación.

El doctor rió por la ocurrencia, una risa de gozo e impresión –Gracias Dios, gracias –exclamaba a todo pulmón, todo su equipo abrazados en alegría, no podían dé la impresión, y se preparó para darle la noticia a sus padres por la línea activa, quienes hacían una fiesta en la ruta, ansiosos por llegar al aeropuerto y emocionados hasta las lágrimas con sabor a sal que salen por momentos de alegría o tristeza, pero que nunca pierden su sabor, en ocasiones más agri dulce que otras.

Los pulmones se llenaron de oxígeno de nuevo, su corazón palpité y bombeo su vida por todos los rincones del cuerpo del joven Evans postrado en esa sala; aunque sus ojos seguían cerrados, podría decir que es la persona más despierta de toda la tierra. Y no es para menos, ese otro mundo del que se quería ir pronto, no quiso verlo partir, no de ese modo, y le obligó a abrir de nuevo sus ojos color café.

Sintió como de nuevo el aire entraba por su nariz con fuerza, y Emily se conmocionaba por tal hecho, pensó que estaba enloqueciendo y lo soltó de inmediato, este con la mirada perdida se arrastró hacia atrás; se examinó muy agitado, con sus ojos tan vigilantes como los de un búho en la noche, su boca no mencionó nada, revisaba todos los puntos cardinales con desespero a la vista de su compañera asustada por la actitud de él, ¿era eso posible?, volver a tener a su lado a tan simpático personaje.

- ¿señor Evans, me recuerda? –le dijo con voz calmada y precavida, parecía un animal salvaje frente a ella.

Él la miro con detenimiento, fijó sus ojos sobre ella como nunca lo había hecho, con su mirada penetrante que de a poco se fue llenando como un vaso

de agua; se acercó a ella conmovido por lo que estaba experimentando, tuvo temor de que fuera un espejismo de ese cuarto vacío en el que se encontró hace unos segundos, pero al coger la mano de su compañera con suavidad se percató que no era el trastornado que pensaba ser y la atesoró entre sus brazos con ímpetu.

-Pensé que mi tiempo había caducado –le susurró envuelto en lágrimas.

-No me vuelvas a hacer esto –le reprochó – No te vuelvas a despedir así – dijo Emily.

-No llores, no llores. Creo que por aquí tengo algo –dijo sacando un pañuelo de su saco para que se limpiara las lágrimas mientras él bruscamente con su mano secaba las de su cara.

-Me da mucho gusto volver a verte – le dijo conmovida tomando impulso para abrazarle de nuevo – No me vuelvas a pedir que te deje solo, están prohibidos los despidos.

-Algún día lo tendrás que hacer...Uff, pero ¡Que viaje tan impresionante!, por poco y no salgo de esta –añadió agotado y con unas cuantas risas.

-Ven, te ayudo –le sirvió de apoyo para ponerse en pie, aún estaba un poco débil por las secuelas – Definitivamente tendremos que volver, si descansamos un momento aquí, podremos abordar un carro, nos dará ayuda un poco con la velocidad.

- ¿Qué cosas dices?, ¿Cuántas veces te das el lujo de caminar por una vía libremente en la noche?, eso es adrenalina pura – exclamó con emoción.

-Ahora quieres seguir caminando, muy bien –ella quería estar molesta con sus incoherencias, pero no- tienes suerte que todavía estas delicado, sino te dejaba aquí tirado.

-No seas tan cruel, no me siento tan miserable. Dame un momento –dijo recordando que había dejado algo tirado y fue por su recuerdo abrigador cojeando un poco.

Siguieron así entonces, avanzando con el señor Evans apoyado sobre los hombros de su compañera –Parezco borracho, que vergüenza –añadió burlándose de su situación con indignación.

-Sabes, ahora que lo pienso, prefiero que no te quedes cayado –dijo la

señorita McAdams.

-Seguiré siendo una cotorra entonces.

- ¿Qué se siente estar muriéndose?

-Duele, más de lo que me imagine. Bonita hora en la que puedo sentir cada parte de mi tan viva. Haz escuchado que “si duele es porque estas vivo”, bueno, hoy lo pude comprobar, ya me estaba acostumbrando a estar hueco por dentro –dijo sonriendo.

-Quizá ese pequeño saludo de despedida y bienvenida no es precisamente muy cariñoso.

- Algo me pareció impresionate, llegué a escuchar la voz de mamá, no sé por qué, pero era ella, de eso estoy seguro.

-Quizá estaba ahí contigo en el hospital, eso te dio fuerzas Dylan –dijo con emoción.

-No lo sé, es esas circunstancias no pareces tan fuerte. Pero, no niego que su voz es relajante y te impulsa. Ya quiero volver a verla y a papá.

-Nos descuidamos mucho, debimos haberte visitado, pero nos vinimos deprisa –se lamentó por ese afán.

-Bueno, con tanto loco suelto cualquiera quiere huir –le dijo.

-Oh es cierto, gracias por el recordatorio. Pero, pudiste haberme avisado que nos faltaba una parada, fui muy egoísta – se sintió un poco mal por su bochornoso recuerdo.

-Pero no lo hice, no es para tanto, ya estoy bien.

- ¿Te puedo preguntar algo?

-Por supuesto.

- ¿Que ibas a decirme antes de partir? –trajo a acotación.

-Nada, no le hagas caso a un moribundo. Ya no recuerdo que era – le respondió desviando su mirada hacia el frente.

Fue así como continuaron su caminata en compañía de la inagotable lluvia en Nueva Delhi, hasta toparse con el centro de la urbe para poder tomar un transporte que les llevase de regreso hasta New York, en otro largo viaje

que consume el tiempo y lo exprime con fuerza.

CAPÍTULO XIII

El Globo a Pasos de Tortuga

El primer lugar que visitaron en su retorno fue su habitación, estaba llena de más flores y fotos, parecía un templo religioso, habían llevado un pedacito de su casa hasta ese lugar, y sus padres dormían a su lado como sus guardianes.

-Me han diosificado, perdónalos señor –comentó el besando a su madre y a su padre, recostados en un sofá.

-Esa palabra no existe – le recrimino Emily.

-Pues es la primera cosa nueva que invento, eso es novedoso en este siglo –añadió con comedia -No sé para qué me colocaste la bufanda sino estoy enfermo.

Ella le miró con ganas de ahorcarlo, pero fue sutil al quitarle de un jalón lo que le molestaba –Necesito mi cabeza –dijo al sentir su brusquedad.

-Son muy hermosos, más te vale que no les de otro susto –comentó detallando cada foto de la familia, amigos y compañeros de trabajo - ¿Ese es Tomate? –se emocionó al verle en una postal de día de gracias de los tres en la granja con sus perros.

-Esa es una foto muy reciente, es del año pasado, y sí, ese es el famoso Tomate, lindo ¿no? –se acercó para detallar el recuerdo.

-Es un precioso, parece un gatito de porcelana, ¿Por qué se me hace que tiene unas mini patas?

- Es un munchkin, una rareza en su mutación hace que sean tan abrazables; es toda una estrella en la granja –le dijo.

Ella se enamoró de inmediato de ese pequeño que posaba al pie del señor Evans padre, mientras que su hijo se ubicaba a la mitad entre su madre y con su perro sentado imponente de frente, aunque su cara de ternura no amenazaba a nadie. Momento que le distrajo para que su compañero tuviera una íntima comunión de silencio entre su traje de carne y yo, una combinación entre esencia y ciencia.

-Prometo serte fiel en la salud y en la escasez, en la abundancia y la vejez, en todo...

-Y que no te casarías –le dijo burlándose de su alegoría.

-A lo mejor me he rendido ante mis encantos narcisistas, solo espero que no me abandone –se dijo mirando con extrañeza su cuerpo al que prodigaba drama.

El señor Evans luego fue a sentarse en un asiento y se perdió en su imagen sobre la cama, fueron varios minutos, nunca se alegró tanto, al menos de verse acostado con ese poco de agujas y maquinas aprisionándole.

- ¿En qué tanto piensas? –le interrumpió.

Miraba con confusión al suelo luego que lo despertaran - Eso trato de hacer, pero no se me viene nada a la cabeza – su frente se arrugó mientras recobraba su naturalidad.

-Oye, vamos a hacer una cosa. Sera un pacto entre los dos.

- ¿Qué disparate se te ocurre ahora? –preguntó él sin mucha impresión.

-No es nada del otro mundo, resulta que existen muy pocas probabilidades de que despertemos al mismo tiempo... –Cero, ese el numero –interrumpió él.

- ¡Esa negatividad!, pero bien, tenemos cero probabilidades, lo que a mi hipótesis postula que uno despertará antes que el otro por lógica, el orden es lo más incierto, pero...Para eso llega mi propuesta –hizo un momento de suspenso mirando al atento joven – Como mínimo recibiremos una visita cada tres días.

- ¿Por qué tres y no constantemente?

-Tenemos vidas Dylan, eso imposible.

-Oh cierto, se me olvidaba que allá afuera me espera una vida – comentó haciéndose pasar por tonto.

- ¿Trato o no?

-Es una brillante idea, servirá de mucho al que se quede de ultimo –acertó con aprobación.

-Siento que sí, todo es una cuestión mental aquí - él extendió su mano para cerrar el trato y ella lo hizo feliz - ¿Por qué tiene que existir una probabilidad cero?, detesto estas estadísticas –mencionó con reproche.

-La mayoría de las personas lo hacen –compartió su opinión - muestran una cruda realidad o una a medias.

Habían llegado casi tocado el medio día, era un día muy soleado y caluroso, los climas son insostenibles estos últimos años, ya no sabes si llevar sombrilla para camuflarte de los rayos de fuego o para escudarte de balas de agua.

-Ya deberían estar despiertos, ¿no crees? –supuso Emily al percatarse de la hora.

-Debieron haber trasnochado mucho, pero ya es hora del almuerzo –dijo preocupado cuando de repente sonó la alarma del celular de su padre con suavidad, y alguien atravesó la puerta con bolsas de comida.

- ¿Carlos y Guille? ...que bueno que estén aquí –dijo alegremente.

- ¿Quién es Carlos?

-Este –le señaló acercándose al hombre de las entradas y los lentes, de buen semblante que traía almuerzo para los durmientes, quienes con gusto les recibieron y salieron de la habitación.

-Con que ese es tu taxista, y ¿el otro?

-Guillermo, él fue mi compañero de Universidad y ahora mi amigo, es de familia italiana, pero nacido en Francia; él sí es más burgués que yo, pero un chico muy sencillo –le explicó.

-Los dos se ven muy amables y buenas personas –en realidad así le parecieron.

-Carlos casi tiene la misma edad que mi padre, solo le hacen falta cinco años, pero no creo pueda llegar a ser un buen padre, a veces es muy descomplicado con la vida.

-Se ve que han empatizado muy bien con tus padres –comentó.

-Sí. Ellos me tendieron la mano en esta ciudad, son grandes amigos – a ella le llenaba de tranquilidad y felicidad saber eso – Muy bien, ya luego tendré más tiempo para charla con ellos, dije que iba a mostrarte dos cosas y me falta una antes que nos vayamos.

-No nos podemos ir muy lejos, se te olvida lo que paso.

-Es a tan solo unas manzanas de aquí, tranquila – él no había perdido su espíritu aventurero en ese cosmos duplicado que no le ponía muchas trabas.

Tengo a veces malas sensaciones con los puentes, se les ha dado distintos usos desde su invención, han sido testigos de muchas cosas, de los saltos por diversión y otro por deserción, quizá eso es lo que me da escalofríos, por eso, cuando vi al señor Evans el cuarto día de su estadía en este mundo subirse por la cuerdas del puente de Williamsburg hasta una de sus columnas, me pregunte cuales eran sus motivos si podía tener un vista esplendida desde abajo, desde el carril; pero me di cuenta que el paisaje ante tus ojos es fenomenal y me hice una idea de su hazaña.

Fue esa la estructura que se dispuso a ofrendarle el camino para cada uno de sus pasos desinteresados, sin un trazado en el mapa, y que se encontraba en medio de dos ciudades. Algo cautivaba de su rustico y gótico aspecto casi adornado con el aerosol en los grafitis de mensajes urbanos o protesta, otra forma de comunicación de los humanos que he descubierto; sobre este, de los tantos que ahí en el país, reposó todo el día mi joven dibujante, hasta ver aparecer la luna encima suyo, ese día comprendió que cosas buenas le traerían su arribo de imprevisto a ese lugar.

Quizá por eso, hoy en compañía de los autos y demás transeúntes luego de hora y media pasadas, la pareja llegó en bus hasta el Lower Manhattan para luego seguir a pie por la ciudad hasta el puente colgante de Brooklyn. Por mucho que pasen los años este no perdía su colorido, casi rupestre aspecto a mi parecer, con el tono arquitectónico del siglo XIX que embellecía su diseño.

-No lo cruzaremos precisamente a pie, ¿verdad? –añadió ella sabiendo

todo el camino que la llevaría a realizar una locura, de esas que no sería capaz de hacer en vida, pero al verse frente a ese gran puente, solo agradecía por tener ese cuerpo de otra dimensión.

-Qué bueno que ya no te soy una caja de misterios.

Ella se acercó a la orilla como alistándose para lanzarse de una baranda.

- ¿Qué estás haciendo? –preguntó extrañado con sus manos estiradas a lo largo.

- ¿No vamos a hacer bungee jumping? –le dijo entre risas.

- ¿Enserio?, deberías lanzarte un clavado, eso es lo que puedes hacer – trató de molestarla con tonito de voz regañón.

-Tan solo no me dejes caer –le advirtió.

-Desordenas mi cabeza con tus ideas – dijo por sus planes volátiles viendo cómo se bajó del barandal, posando su mano sobre la cintura y con una postura dominante le hablo –Una cosa, solo una: Si dejas que me caiga, te las cobraré.

-Con esa postura intimidas a cualquier jefecita, pero, ¿que más me puedes hacer aquí? No hay nada que supere lo que otra dama ya me hizo.

-Ya veremos señor invencible e impermeable a cualquier otra fuerza malévola.

- ¿Confiarías en que no te dejarías caer?

Ella sonrió por su comentario poco común –Por supuesto – le pareció una respuesta muy obvia.

-Entonces si crees en ti, ¿podrías entonces confiar en mí?

Ella tomó su mano extendida con él ya montado sobre el inicio de las barandas que parecían una telaraña cuadrículada como ventanas de apoyo que se achicaban con el cableado principal a medida que ascendía para encontrarse en la intersección triangular hacia la punta, la que llegaba tocando con firmeza la segunda torre ondeando la bandera de rayas y estrellas con el suave aroma newyorkino que se divisaba desde el mejor mirador que pudieron encontrar para apreciarla en su mayor esplendor la tierra de los nativos.

- ¡Ehh oh! ...Ehh oh! –gritó pasándose a una baranda al exterior para sostenerse de una mano y flamearse como una bandera de frente hacia el río.

La señorita Emily decidió seguir subiendo hasta sentarse en la orilla hacia el lado derecho y verlo de cerca colgado hasta que él se impulsó y balanceó un poco para darle un choque de manos, a ella le asustó que pudiera descolgarse, pero tenía fuerza en sus músculos, equilibrio en sus piernas y un alma gallarda.

-Deberías subir ya –exclamó la señorita Emily preocupada. Él tan solo cubría con su mano la mirada radiante del sol que no le permitía enfocar el avión que atravesaba el cielo sin precipitarse por el tiempo de llegada.

- ¿Por qué el grito de guerra? –le cuestionó ella.

- ¡No es un grito, es un canto!, deberías intentarlo.

-No lo hare –dijo con firmeza.

-Si lo harás, nadie se sube hasta aquí sin hacerlo.

- ¿Quién lo dice?

-El dueño de la colina.

- Pues creo que el dueño es un petulante.

Él la miro desafiante con un risa dispareja y ceja levantada, cogió impulso hacia arriba y llegó hasta el techo de la torre.

- ¿Qué hará el gran dictador frente a eso? –le desafió aun sentada en la orilla derecha sin mirarle.

-Hacer lo mejor que no se hacer –fue su respuesta.

- ¿No me lanzaras por la borda o algo por el estilo? –supuso sin decirlo enserio.

-No pretendo ser el capitán, sino te gustan las arengas de este barco, sencillamente no te obligare – le dijo parado frente a ella, pero mirando siempre su pantalla sin fondo y límites.

-Hago parte aun de la novicia en el oficio, cuando encuentre un motivo para la coalición al rito lo haré –fue su retórica confesión.

-Te pierdes la oportunidad de despejar la presión.

- ¿Cómo llegaste hasta aquí, hasta esta decisión? –le cuestionó.

- Me aterro a veces de lo observadora que eres- ella le miraba con ojos risueños mientras se sentaba a su lado con los pies al aire –Pero, sucedió hace mucho. Eran días oscuros, muy tormentosos, no recuerdo si habían pasado tres o cuatro días, llovió tan fuerte que casi estaba seguro que los rayos caían sobre esta torre. Me la encontré divagante por este mundo, he caminado más de lo que en vida hubiese hecho, casi puedo conocer esta ciudad como la palma de mi mano, sus lugares más aclamados como los más ocultos.

- ¿Y por qué decidiste subir? –preguntó con mucha curiosidad.

-Quería encontrar una respuesta, pero a la vez echar todo al carajo, ¡Que se pudriera todo!, así que me aferre de esa fuerza y subí; real o no, quería que todo esto desapareciera, quería irme y botarlo todo en un cesto, como una mala noticia o revista. Entonces decidí que saltaría, hasta el asfalto ...– ella le interrumpió.

-Un suicidio.

-Esa es una palabra muy contundente, yo lo llamaría un salto de escape, me sentí atrapado en este mundo. Además, no podría suicidarme como tal, ya estaba casi muerto.

-Lo mío si lo tachaste como suicidio.

-Era para ponerle humor a la velada.

- ¿Y entonces saltaste? –quiso que siguiera con cautela.

-Me pare al borde, hasta que alcé la mirada, y sus luces se reflejaron en mis pupilas, aun con la lluvia no perdía su brillo; di un paso atrás, todas esas ventanas iluminadas se me convirtieron en los ojos de los grandes edificios que podían verme –hizo una pausa, se agarró de las manos y encorvó un poco – Di un paso hacia atrás, aborte la misión de inmediato, hasta que me topé con la bandera furiosa porque el viento la golpeaba, ¡casi que la daño!, así que me di vuelta para enfocarme en la nada, en la lejanía y el misterio del río; borre todos los edificios alrededor y sentí como navegaba en sus aguas, tan tranquilas a pesar del torrencial aguacero...entonces, me senté con mis manos hacia atrás en apoyo, y espere.

- ¿Qué esperabas?

-Una luz, una respuesta, una señal quizá – giró su cabeza y la miró – Entonces apareció el sol luego de una larga, larga espera; me perdí en el horizonte, no sentí las horas, no vi la eternidad, fue como un pestañear en mi reloj cuando veo el sol cómo nacía frente a mí, desde esta altura. Casi quería dejarme ciego, pero no le quitaría el ojo hasta que se posó en lo más alto y me deje vencer...- meditó - Ese día, una parte de mí saltó y otra se quedó, sobre este puente, ese que me sostuvo y que convertí en mi símbolo.

Emily no sabía que decir, le había contado un episodio opaco de su vida en ese mundo que te puede dejar sin cabeza en un instante, y cegarte por completo. -Cuándo dices un símbolo, ¿a qué te refieres exactamente?

-Eres más inteligente, es muy sencillo de entender –dijo.

-Bueno sí, es un tipo de conexión – afirmó tratando de salvar su intelecto, él espero seguir escuchando más –Y... -dijo para que prosiguiera.

-Y, pues...- ella trató de seguir construyendo la definición, nada con referente a su historia le venía a la cabeza para encajar- Me rindo – afirmó, de modo que el señor Evans le replicó. -No lo hagas –dijo señalándola.

-No me señales – le contestó con sus ojos entrecerrados y continuó -Es una conexión... con –él se acercó acercando su oreja con su rostro expectante –con, con...- lo tenía enfrente, ¡esa era su respuesta! –Tigo-mismo –añadió cubriendo su boca con asombro por la referencia - ¡Eres un genio! –exclamó resolviendo el rompecabezas.

-Tú lo eres también por desentrañar el enigma.

- Si no lo hubieses descubierto, yo no estaría aquí y esas personas a las que ayudaste seguirían perdidas –le exaltó con admiración.

-Bueno, quizás lo podrías haber encontrado tu misma de otra forma, o ellos en su caminar, no me gusta llevar capa, a veces son muy pesadas – confesó con modestia.

-Me resulta difícil creer esa posibilidad, aunque no es descartable; sino no eres tu algún otro lo hará antes o después de ti, pero esta vez fuiste a quien se le entregó el papel protagónico –dijo la señorita McAdams.

-Las situaciones de la vida, en lo personal fue muy fructuosa para mí, antes de este episodio reaccionaba de una forma distinta a las adversidades, pero cuando te obligas a ser un estratega, de corazón, esas situaciones no

tienden a herirte con facilidad.

-Sin duda alguna lo que lograste ver fue hermoso y extraordinario – confesó ella.

-En algún momento me sentí muy ciego y perdido. No me había dado cuenta que estaba parado en un soporte, en una conexión convertida en fuerte que funciona como una entrada y salida, que se elevaba en los aires con firmeza, que, aunque pasen los años, se renueva, se remodela, que es fundamental para el desarrollo y los avances de las ciudades; esa es la esencia que trasciende en nosotros como un puente, al poder atravesar a esa dimensión con éxito o regresar a la infinidad detrás de la muerte – él se emocionó y gesticulaba con sus manos la magnificencia en su relato –Es algo más que sirva para sostenerse en ese mundo, es un filosofía dentro del simbolismo, somos los seres humanos la construcción que enlaza todo lo que se atraviesa en el mundo cotidiano, que es de avance y desarrollo en los pueblos, que es conexión con su prójimo, que es de soporte frente a la calamidades en su misma esencia, que al llegarse a desmoronar por los desastres naturales, se perdería el tejido de metal y hierro; los mundos dejarían de avanzar y abría caos.

-Siempre comienzas con algo simple y lo conviertes de forma magistral en algo trascendental encontrándole sentido a las alegorías. –señaló a gusto.

-De eso se trata parte de este universo, de proyectar que esos somos, nacimos para trascender, tan fuertes como un castillo, volar tan alto como lo cohetes, ser veloces como los subterráneos, ¡podemos ser muchas cosas!, pero mi dilema es, ... es que, necesitamos a un punto ciego para poder querer ver más, cuando antes teníamos toda la periferia a nuestro alcance – refiriendo así su paso a esa dimensión.

-Es como llegar a tener tanta oscuridad rodeando que lo única que anhelas ver en un poco de luz, así sea un rayito –continuó ella.

-Por eso me emociona seguir encerrado en este planeta, aunque ya va siendo hora de que me vaya, pero ¡Para un buen lugar! –exclamó mirando hacia las pocas nubes.

De modo, que ahora me doy cuenta como al señor Evans le generaba un bloqueo de amor esas estructuras de hierro y cobre que desafían las leyes de la arquitectura, esos que unen dos hemisferios en un mismo espacio, los que

dieron la mano al avance de las grandes civilizaciones, a entrelazar continentes y pueblos, siendo grandes o pequeños, de estilos más llamativos o simples en la definición más corta y diciente: un puente.

- Me imaginé esta montaña tan borrascosa que me indispuse a no encontrar algo real – continuó con el tema la señorita McAdams.

- Todo lo que sucede aquí es tan real porque tú lo eres, tu mente sigue activa, para redescubrir nuevas facetas de eso que perdiste.

-Todo es un constante replanteamiento de la vida, de cómo es que llegamos y cuál es nuestro rumbo, y que estamos dispuestos a sacrificar; llorar mientras avanzamos o reír en el sofá –decía enternecida en medio de un suspiro de asombro; es una etapa que fácilmente pudo aterrizar mientras vivía en el mundo de lo tangible, aunque de eso que pocas veces vemos es lo que más necesitamos reflexionar; ese que forzosamente lo había obligado que se crearan una vaga imagen.

-También se puede reír avanzando...- trató de poner en discusión su frase.

-Contraste, todo es una simple paleta de contrastes – le recriminó al cielo.

-Llegado el tema de opuestos, ¿Qué te pareció la escalada?

-Fue una ruta nueva, sin embargo, no me resultó tan difícil, es como subir una montaña en movimiento –dijo ella entusiasmada por la vista desde la cima.

-Espera a que llegue la puesta de sol, eso es lo que quería mostrarte y ver como se ilumina esa ciudad ahora solo vista en su pequeña esencia, esa que nunca cierra sus ojos.

-Se hace una magnífica captura desde aquí. Gracias Dylan – sus ojos brillaban como el fuego y eso que aún no era de noche. Él le sonrió en respuesta y puso su mirada en una pequeña isla o especie de playa a la izquierda del puente, se veía como una pareja de recién casados posaba para su sesión de fotos, a él no le parecía el mejor sitio, pero son ellos lo que se casan al fin al cabo.

Su compañera le siguió la pista de sus ojos también. -Se ven divinos, pero desde esta vista sería grandioso.

-Con un buen helicóptero y paracaídas de prevención se puede lograr – mencionó con mucha fe en su idea.

-Esto es invasión pública –ella se rió repentinamente.

- ¿Qué te resulto tan gracioso?

-De que tendré que guardarme todo esto, es extraño, sientes como que estas vivo, pero no es así, bueno no en su totalidad.

-Pero si lo estas, solo que, en otro espacio, son términos distintos, pero es una forma de vida.

-Creo me sentare a la mesa con las ganas de contarles a mis padres todas mis ocurrencias por ese tour, pero solo lo simulare en mi mente como una grata conversación.

-Podrías contárselo a las aves, lejos de todo esto y te liberarás, ellas te escucharán –le planteó.

- ¿Por qué las ideas locas son tan difíciles de concebir? –se preguntaba.

-Precisamente porque los que son, hacen honor a su nombre y colocan en peligro la estabilidad social de su expositor – respondió el señor Evans.

-Es muy injusto esto, es una riqueza que no puedes compartir.

- ¿Riqueza?, no lo había visto de ese modo, pero siendo así, entonces me quedare con el mapa del tesoro hasta la muerte.

-Esa será nuestra condena – decía lamentando su narración que podría llegar a quedar para la posteridad, si tan solo tuviera algunos oyentes.

-Quizá, la cuente el día que sienta como se me acaba el aliento –se visualizó en esa escena.

-Esto parece una despedida, ¿Cómo terminamos hablando de esto? –dijo aterrada.

-No lo sé, ¿cambiamos de tema?

-Tú eres el experto.

El crepúsculo que se dibujó sobre sus cabezas atrajo su atención con cálida bienvenida y regocijo en sus almas, eso hizo que Dylan se recostase un rato, para solo tener un solo plano en sus lentes, el del cielo, que se movía a

pasos agigantados, imperceptible en velocidad para las vidas terrícolas que parecían ver lo necesario de los efectos especiales que esa dimensión les ofrecía sin diferenciarles por el estado de la materia.

-Sé que un pedazo de mi me es ausente, pero no puedo evitar sentir como la piel se me eriza –añadió ella estirando sus brazos cubiertos por la manga de la camisa blanca.

-Los sentimientos y sensaciones hacen parte de tu alma, esa que aun conservamos.

Emily le miró acostado sobre sus brazos con una pierna sobre la otra semi levantada, ella se quitó su blazer y lo uso de almohada para recostarse en el techo firme de la torre quien parecía elevarse entre las nubes para dejarlos con la compañía de ellas, en ese mar de espuma como el humo sin un tono preciso en color porque ya era hora de cambiar el curso del día.

-Sentiste que ascendías con impulso –susurró su compañero con su mirada en lo alto.

-No, sentí que el cielo se caía en picada– añadió ella con seguridad luego de tener una especie calambre, como una pequeña reacción corporal frente al posible peligro.

Tan solo escucharon los carros pasar con fuerza debajo de ellos convertidas en luces veloces sobre la carretera, no hubo un minuto de silencio en el planeta de abajo mientras ellos se habían sumergido en lo profundo de su mar atmosférico, que a medida que lo hacían, la oscuridad los abarcaba más y más, hasta ver solo eso, y tener la sensación de que flotas sin temor a hundirte o donde te escupirá la marea.

Pero, unos fuertes pitos se escucharon sobre la carretera, haciendo el eco lo suficiente grave para despertar a los marineros.

- ¿Y quién dice que no se puede viajar sin dar un paso? – deajo oír su voz el señor Evans.

-Si existen otras formas muy sugerentes –añadió ella despertando fuera del oscuro mar.

-No me aconsejes sobre tus tácticas y técnicas agresivas – le dijo con respeto por sus hábitos personales.

- ¡Oye! – le parecía inaudita tal referencia que afectaba su integridad, pero el comentario lo había calculado para un resultado no tan lejano siendo de la boca del señor Evans donde provenía, así que cogió su bufanda y empezó a azotársela encima de la cara.

- ¡Auxilio! – decía él mientras con agilidad la captó con su mano y jaló hasta que la señorita McAdams fue impulsada a ponerse boca arriba tratando de arrodillarse para no caerse de frente, quedando cara a cara con él.

-Se lo pido señorita, déjeme vivir –le suplicó agitado.

-No sé si lo merezca –le respondió mirándolo a los ojos, esos que no podía tener su reflejo dentro, pero alzó su mirada por lo que se difuminaba de lejos y se sorprendió.

-Espero no haberte lastimado, ¿se encuentra bien? – quiso decirle por la brusquedad de su jalón intuyendo que ese era el motivo por el que desviara su mirada.

- ¿Qué sucede? – vio su cara de emotividad, que trató de llevar su cabeza hacia atrás, pero se le podría partir el cuello, así que se dio vuelta y recostó sobre sus piernas dobladas.

-Son como centellas en la noche cada parte de sus rascacielos- dijo fascinada por el glamour con que se pintaba de luz la ciudad.

-Me halaga verla desde este ángulo, New York en la punta y el inicio de su gran exuberancia.

Emily se acostó boca abajo apoyándose sobre su blazer para alzar su cabeza y quedarse allí, simplemente para contemplarla. Luego de unos minutos de perderse entre su luminosidad y magia visual, miraría hacia abajo; de verdad que moraban a bastante altura.

-Quizá ahora puedo encontrar una cosa por la que gritar – dijo con emoción.

- ¿Cuál? – le preguntó Dylan.

La señorita McAdams se puso en pie y con fuerza haciendo de bocina con sus manos exclamó- ¡Este es mi último día!

- ¡Vívelo, porque puede que algún día lo sea! –le respondió su compañero.

-Háblame del tuyo, me intriga saber de qué trata –dijo volteándole a ver.

-Es sobre todo lo que sabes hasta ahora de mí- ella le hizo señas de que era su turno. Él se puso en pie no tan cerca de la orilla, el viento empezó a soplar, por eso piso fuerte con la pierna derecha; tomo aire y gritó con el alma: – En la tempestad, ¡Yo canto! - fue aguerrido con su grito - ¿Contenta? –le dijo.

-Un poco, esperaba algo más.

- ¿Quieres más?, tú lo has pedido... - comentó, pero fue interrumpido por ella -No, no, un momentito, necesitamos cuadrar algo serio. No hemos visitado una parte del mundo.

-Te tomaste la frase muy apecho, ¿Qué no te querías ir?

- ¿Qué paso con el puente?, necesitamos fortalecer el vínculo.

-Muy lista.

-Pero hemos viajado tan siquiera una cuarta parte, debería ser un derecho poder recorrer el mundo –reclamó la señorita Emily -Tú lo dijiste –agregó.

-Nombre del continente y lo meditamos en el trascurso –respondió.

- ¿Por qué?

-Tú quieres fortalecer el vínculo, eso haremos al rayar el alba.

-Eso no lo vi venir, pero...- cinco, cuatro, tres, tres y medio –cantaba mientras su compañera lo tenía en la punta de la lengua hasta que. - ¡Sudamérica! –exclamó Emily.

- ¡Hecho!, salimos mañana a medio día –señaló.

Ella le reprocharía que sería mejor ir antes que el lugar que se había añadido a última hora, pero él estaba cerrado en que era menester realizar el trayecto a la inversa; en vista de que los dos habían roto la norma de no salir más, decidieron quedar en paz y hacer un juego para elegir democráticamente por méritos al ganador.

-Piedra, papel o tijera –cantaron los dos a la vez; en esta ronda Dylan sacaría papel y ella tijera, siendo las siguientes series respectivamente así: piedra vs papel, piedra vs tijera, tijera vs papel y la definitiva, papel vs tijera.

-Me conmueven tus buenas intenciones, pero... ¡Gane! – dijo victoriosa

la señorita McAdams.

-Y yo acepto que perdí, por poco – aclaró – Entonces, después de esta reñida batalla, ¿hacia dónde?

-Hacia el aeropuerto – le mencionó tomando su blazer en la mano lista para ponérselo y descender.

-Aún falta algo por hacer aquí arriba, ya que no quisiste saludar, deberás ser educada y despedirte.

- ¿De quién?

- De la madre naturaleza que te obsequió esta belleza, de la vida al permitirte seguir rondando por estos pasillos, ¿yo que sé?, de quien sea – contestó. (Gracias por recordarme señor Evans, me siento elogiada).

-Es otro de tus jueguitos ¿verdad?

-Sí, pero es divertido.

- ¿Y bien?

Dylan se posó nuevamente en la orilla, aferró sus manos a los costados, tomo aire y lanzó un aullido feroz (bueno no tanto), parecía un perro normal - ¡Tienes que aullarle a la luna!

-Señor, sácanos de aquí antes de que perdamos la cabeza –imploraba la señorita Emily frente a tal acto que le pareció innecesario, pero no se quedaría con las ganas de hacerlo, no quería hacer el ridículo frente a él, entonces tomo aire y con fuerza sonó- ¡Auuu! –su sonido fue más débil que el de un perrito de tan solo meses de vida.

-Ni un cachorro es tan mediocre, tienes que sentirlo desde tus entrañas- mencionó su espectador con asombro. Ella lo volvió a intentar, pero antes de hacerlo solo botó algunas babas y una risa contenida por lo que estaba haciendo.

-Esto es vergonzoso –decía limpiándose la boca como si tuviera una servilleta.

-Sino lo haces con inseguridad no te saldrá, ¡Vamos!, eres un lobo sobre la montaña, aúlla –le indicó.

Decididamente no tardó ni tres segundos en emitir el sonido con más

credibilidad a la compañía del señor Evans gozando con la batalla de aullidos.

–Ya suficiente por hoy –exclamó él agotado en su voz. Ella solo le miraba de reojo simulando un enfado, pero no era tan creíble; la sensación de hacerlo era desahogante y mística, es casi similar a decir una mala palabra o gritar, pero esta sin ofender a algo o alguien.

El señor Evans se puso en pie para acomodar su saco después de la efervescencia.

-Si se pudo –le dijo mirándola hacia abajo, se agachó y besó su frente cuando alzo su mirada.

Ella no dijo nada, y él tampoco por el repentino acontecimiento, tan solo se dispusieron a bajar con cuidado por los cables y llegar con prontitud hasta el aeropuerto mientras aún la noche les aguardaba, pronta a despedirse en la madrugada todavía acompañada por la luna celosa.

CAPÍTULO XIV

Imperceptible en Movimiento

En el aeropuerto encontraron un mapa universal con todas las principales ciudades de los distintos países en el globo, pero ya tenían ubicado su sitio clave, en el cono sur sin alejarse mucho de casa; el meollo del asunto es, como escoger la ciudad luego de elegir la nación.

-No nos podemos quejar, no nos ha faltado tiempo y dinero para conocer este maravilloso mundo, pero yo quisiera alistar maleta y recorrer todo Sudamérica, tiene grandes sitios.

- ¡El tiempo!, va tan de prisa y no te pide permiso para avanzar, corre al igual que cuando vas a trabajar – renegó su compañera buscando algo distintivo y llamativo entre las ciudades.

-Sin comentarios... ¿Corres demasiado en las mañanas?

-Si pudiera volar lo haría, madrugo para otras cosas, pero hay días que si quieres ir a la oficina con ansias – seguía mirando al igual que su compañero un posible destino. - ¿Brasil? –sugirió con algo de duda, al ver su cara no tan contenta preguntó - ¿No te gusta?

-Sí, solo que ya fui, pues no a todo, pero la compañía hizo una pequeña expedición.

-Que aburrimiento volver a ir, sentir el mar, la playa, la selva, el clima tropical, no...no me gusta –dijo con sarcasmo la señorita McAdams- ¡Argentina! – exclamó con ímpetu.

-No. Sino vamos a Buenos Aires, lo hacemos a la Patagonia, y si no, nose a donde más.

-Ha este paso, no vamos a escoger a nadie. A Machu Pichu ya he ido, hace poco llegué de visitar Santiago de Chile por negocios- expuso Emily y de inmediato él intervino -Pero si yo no he ido a Machu Pichu –comentó con desilusión.

-El lugar más cercano es Colombia, les he visto a muchos de ellos, son muy amables y quizá con una personalidad atípica a la que normalmente mantenemos, pero no tengo nada malo que decir – dejo en el aire como una buena oferta.

-Tu amigo Carlos era ¿colombiano? –dijo dudosa.

-No, es puertorriqueño. Pero, su mamá y abuelos maternos eran de Colombia, dice que es como su segundo hogar, es más, me comentaba de una ciudad que me pareció interesante investigar, más no lo hice... -dijo revisando el mapa.

-Pues, tenemos Bogotá como el distrito capital... umm Cartagena de Indias es hermosa.

-Pero tú ya fuiste –dijo el descartándola de una vez, también era una de las que le hablaba su amigo.

-Está Medellín –le leyó ella.

- ¿No me digas?, ya la conoces – efectivamente Emily arrugó su cara en señal que sí para la desgracia de su amigo, sabía que le estaba mermando las posibilidades.

-Y...- pero ella continuaría buscando –Y...Cali; son como las que se subrayan más aquí.

- ¡California! –exclamó él.

-Si yo sé que así le decimos al distrito, pero no es California.

-Es curiosos, porque así la llamaba él en Colombia cuando iba, de allá son sus abuelos –expuso con impresión. Ese nombre le llamaba la atención a Emily, al igual que a su compañero que intercambiaban miradas de complicidad y aceptación.

-Cuéntame más –dijo intrigada.

-En el avión –le respondió.

-No me dejes así señor Evans.

- ¿Nos vamos o no?, tú fuiste la que insististe en irte.

-Pero, no conocemos nada de la ciudad.

-Como las demás, bueno no todas en su totalidad, pero ¡Vamos!, no nos perdimos en África. Tu dominas todas las lenguas y yo necesito fortalecer mi español –le comentó frente a la cara de póker en su compañera.

Él esperaba expectante su respuesta, cerró sus ojos y le paso de largo con una sonrisa en sus labios –Me debes una buena historia relator –exclamó con pasos acelerados.

-El vuelo más rápido llega en ocho horas, con escala –decía Emily cogiéndose la cara por la pantalla de vuelos que no daba buena pinta.

-No hay prisa, apenas va llegar la media noche, y pronto sale –le dijo en los asientos de espera.

-Puede ser nuestro último vuelo –meditó para tranquilizarse.

-Puede ser tu ultimo día aquí – insinuó su compañero.

- Ya no estorbas señor tiempo –dijo hablándole a un gran reloj de pared en el aeropuerto.

-Y yo soy el raro por aullarle a la luna –susurró.

Ya en el avión, varios turistas se escuchaban arribar a Cali como algo fenomenal, se les notaba muy emocionados, aunque aprovecharon las tinieblas para descansar en el trayecto, solo uno que otro seguía despierto con alguna Tablet o charlando entre el silencio de los tripulantes al fondo detrás de los últimos asientos.

-Ahora sé por qué esperar no es lo tuyo.

-Bueno, es algo que debo mejorar si quiero andar en este mundo que se rige por el reloj.

- ¿Es el avión de la familia o una avioneta?

-Avión y avioneta –afirmó ella sin arrogancia.

-Justo en la escases de mi bolsillo –comentó el joven.

-No digas eso, no es la gran cosa, bueno sí – su compañero no le estaba creyendo- es más cómodo y privado, solo eso.

-Claro, nada importante.

-No me gusta alardear, pero tenía que darte una respuesta, ahora es tu turno.

- ¿No te vas a rendir, ¿verdad?

- Cuéntame lo que sabes.

Fue entonces como le detalló que la ciudad a pesar de no ser costera gozaba de un buen clima, característico por su calidez y el picante en su cultura, que por relaciones musicales de antaño se toparía con grupos de salsa en el caribe y por supuesto de New York. De ahí que le interese a él esa ciudad catalogada como la ciudad de la salsa o la sucursal del cielo, desde el recuento histórico que su amigo le relató con precisión con cada movimiento nuevo de artistas musicales.

Solo que, por tanta información y memoria de pollo en ese entonces habían desaparecido de su contexto muchos más detalles exactos, no era un buen guía.

- Salsa, ¿es un baile? - le preguntó por la anotación en su narración.

-Así es, como el tango en argentina, la samba en Rio o el flamenco en España, no es hasta donde entendí propio de la ciudad, sino que se perfecciona y salen grandes representantes a nivel internacional.

-Entiendo, y ¿me decías que tienen unos platos riquísimos?.

-Sí, pero de qué sirve sino podremos saborearlos – respondió.

- ¡Rayos! –volvió a aterrizar a su realidad -pero luce interesante, ya quiero llegar.

-Sí, Carlos me dio buenas recomendaciones, pero puede que allá exagerado, no lo creo; es muy sincero.

Luego de unas horas, el vuelo arribaría sin problemas en el aeropuerto de la ciudad, su plan era simple, seguir a un trio de turistas para realizar el recorrido con eficacia y eficiencia, estaba vez no podían darse el lujo de

recorrer despavoridos por cualquier rincón, el tiempo ya les había dado un advertencia y tenía que estar atentos a cualquier novedad; tendrían que tener poco aprecio por el destino para que justo en ese viaje una irregularidad se les presentara, y aunque confiaban en su buen viaje, sabían que debían correr y mucho.

Dicho y hecho, pisaban en cada lugar donde ellos se ubicaban, así fuera para reposar, o tomar un café, resultó un poco impaciente porque dieron unas cuantas vueltas hasta para coger el taxi que los llevaría a ellos y sus dos persecutores por las calles de la ciudad; no hubo más espacio y tuvieron que repetir el mismo acto de la primera vez que estuvieron juntos en un auto, esta vez sin tanto recelo, pero con el igual grado de respeto.

Detallaban con impresión cada calle, casa, auto o edificio, era como cualquiera otra ciudad por su puesto, ni que fuera otro planeta, solo que la sintieron distinta, y como el conductor era personalizado irían acompañados todo su camino con rock de los setentas a un volumen moderado, pasando por la ciudad polarizada como cualquier otro sitio poblado en la tierra, entre los aspectos más impecables, hasta los más lúgubres y sucios.

Las horas negras se veían lejanas sobre los pocos edificios a los lejos del valle, no era New York infestada de ellos, lo que si tomaba un poco su lugar son las grandes palmeras y arboleadas calles, jardines y bulevares, como el que rodeaba las grandes rocas tronadas por el recorrer del agua que descendía de una montaña oculta; sintieron su sonido relajante como el abrir de un grifo sobre un tina o en la ducha, río que era custodiado por la gran estatua de un gato color café brillante, de ojos saltones como el sol en un rostro radiante de pose ladeada sacando pecho, seguido como a un líder por otros más de su especie más psicodélicos que caminaban por los alrededores a la vista de todos los escarabajos rodantes y lujosos.

La mancha verdosa no se dejaba intimidar por grandes hoteles, monumentos o viviendas costosas, eran las flores que adornaban el cemento de rosa y perfumaban sus calles. El auto subió una pequeña colina por una hilera de lado a lado en la calle que hacia revelar un conjunto residencial de clase alta y solitario hasta llegar a un mirador de suelo rocoso amurallado sobre una peña enaltecendo a un hombre de bronce fundido.

Los visitantes descendieron a realizar su caminata con todos sus equipos y pequeñas mochilas, eran dos hombres y una mujer, un grupete muy

descomplicado en el vestir, llevaban unas playeras y ella un vestido de verano, así que estos ahora se convertirían en sus guías.

- ¿Qué es lo que tanto mira con autoridad? –dijo mirando a aquel hombre sobre su pedestal donde se reseñaba una leyenda en un pequeño recuadro.

-Es la figura de un conquistador, dice aquí, que este hombre es Sebastián de Belalcázar en honor del IV centenario de la fundación de Santiago de Cali –leyó en español su compañera.

-Así se llama la ciudad, interesante –exclamó impresionado por la escultura de aquel apoyado de un espada sobre la roca que lo elevaba, señalando hacia otro lado con su índice.

Mientras el resto de la excursión se tomaban fotos y apreciaban la vista desde la plaza, ellos se dejaban vislumbrar por la panorámica que tenía la ciudad bajo un cielo despejado. El señor Dylan sacó provecho de los pocos visitantes por el horario quizá, y caminó por la orilla de la plaza protegiéndoles de la caída por un barranco.

- ¡Mira!, desde aquí se ve el río –le señaló emocionado, lleno de árboles alrededor y viéndose tan puro escoltado por los edificios blancos.

-Esta vista es hermosa, es un gran mirador – narró sentada de frente a esa gran estatua del hombre intimidante que a la ciudad vigilaba desde que lo erradicaron allí.

Pero por más bello y primaveral que fuese esa elevación, los expedicionarios seguirían ruta abajo llamados por el olor exquisito a almuerzo, se metieron en un restaurante y no invitaron a sus dos acompañantes fantasmales. Luego de una hora más o menos de esperar recostados en los pastos de la colina empinada, serían llevados a otra similar cercana por los caminos cuesta arriba en forma de gradas.

-Sí que es una buena subida, ya no siento mis pulmones –decía sacando la lengua y simulando su asfixia ya casi llegando a la cima de la esa colina vecina.

-No puedes sentir algo que no tienes – le dio unas palmaditas en su espalda a su compañero agachado. Se encontraron entonces con una plazoleta más extensa y concurrida en gran manera, los bancos fundidos en roca la rodeaban en el límite con la montaña, más otras de ellas dentro, edificando

otros espacios que estaban a reventar de visitantes; la lumbrera de la tarde estaba en su punto más bajo y se escuchaban rumores de que oscurecería pronto.

-Es una evocación del estilo barroco –miraba con sorpresa la única capilla que se encontraron cuando ascendieron a la plaza. Se acercó subiendo las gradas hacia su gran portón cerrado, que además de este, a los lados contaba con dos puertas más en dos repartimientos, unas campanas se elevaban en la espadaña elaborada en ladrillos, unos faros blancos eran sus vigías similares a dos grandes guardias: un árbol y una palma, que tras ella terminaron por adornarla.

- ¡Mira!, la vista de la ciudad es más amplia –señaló el señor Evans emocionado sobre en uno de los muros de roca liza, apoyándose en uno de los faros para no caerse.

Ella volteó a mirar, pero desde donde estaba parada se veía mejor que lo que él podía apreciar cubierto por grandes árboles y repleto de personas sentadas o corriendo con los niños por la plaza.

- ¡Podríamos subir más si quieres! – le propuso el joven cerca a uno de ellos bien frondoso que casi le acariciaba el cuerpo con sus hojas de un verde sandía.

- ¡No lo creo! –le exclamó con sus manos en la boca, había muchos árboles rodeándoles al igual que personas, con su peso si se hacían a la orilla podían quebrar una de sus ramas, esas que dificultaban la vista, aunque, la del frente era la más despejada a menos que todos los bancos no estuvieran ocupados.

-Esto está repleto –agregó Emily viéndole montado sobre el pequeño muro.

- ¡Ya se nos ocurrirá algo! –exclamó mirando a todos lados por encima de las cabezas. Una pequeña elevación con más bancas de roca se veía al fondo, pero estaba igual o peor de llena, y también estaba muy oculta para su propósito.

- ¿Dónde están? –preguntó mirando para todos los lados.

- ¡Están sentados en unas graditas! –señaló hacia abajo donde estaba estacionado- ¡detrás de este muro!, ¡están haciendo una comitiva, no te

preocupes! –afirmó el señor Evans.

Dylan se dio cuenta que tras ella se podía hallar un buen visor. La señorita Emily pensó que el detenimiento de su mirada hacia donde se había desviado le pareció encantador por su diseño arquitectónico de esa capilla en San Antonio, pero sus ojos estaban puestos en un lugar más alto, planeando un sitio para poder apreciar mejor el caer de la noche en la ciudad.

Él saltó con alegría hacia el poste que tenía en frente con dos farolas extendidas a lo largo como unas manos hacia el cielo y se resbaló como en un tubo de escape. - ¡El tejado! –exclamó señalado con su índice derecho hacia el techo de la iglesia y sostenido con sus pies sobre la base de cemento y la otra mano en el poste.

-No –respondió la señorita - suena muy hilarante.

- ¡Esa es la idea! –le confesó bajándose de su velero de metal, corrió hacia ella y casi se cae por no mirar sus pisadas -No le causaremos daño a nadie, seremos como gatos en el tejado- dijo sin mucha precaución.

-No lo sé, es como una profanación.

- Sé que se ve terrible, pero, no creo que me caiga un rayo por eso.

Ella analizaba la propuesta, no le era muy comfortable, pero no lo vio con malos ojos, a fin de cuentas, esa casa no le mostraba mala cara por lo que intentaban realizar, parecía cederles todo su espacio para que disfrutarán de la vista por tan solo unos minutos, estaba segura que no le causarían daño alguno, solo quería guardar una fotografía más de su viaje.

Las tejas eran de barro y debían ser cuidadosos, como ya tenían experiencia trepando árboles, su cómplice sería el que se ubicaba a su izquierda, debajo del primer pequeño edificio; la rama más cercana se estiraba mucho y los alejaba de pisar firme, por lo que tuvieron que saltar. A lo mejor alguien dentro sentiría ese sonido, pero nadie se quejó. Al llegar arriba debían subir un poco más, pero la canal de agua a lo largo del techo haría replantear su idea.

-Debe existir otro modo –añadió él recostado sobre la torre en ladrillo, miró hacia arriba y ella también copio su idea, ya que estaba dividida en dos partes, se encontraban dos pequeñas planchas antes de llegar al remate triangular donde se posaba una cruz sobre una veleta movida con el viento.

-Tu eres más alto, sube primero –le dijo ella.

Él lo intentó, tenía buen salto como una liebre y se apoyó con sus piernas sobre el ladrillo lizo para llegar con éxito al primer reposadero cerca de las campanas, extendió su mano y se sostuvo fuerte de una orilla con incomodidad, la borda era un poco reducida, pero así logró ayudarla a subir. El último nivel estaba más cerca, y llegarían al techo con facilidad abrazándose de una pequeña torre con cuatro hileras de ladrillos que les ayudaría a impulsarse para llegar al triángulo.

-Es más cómodo que el techo –añadió Emily sentándose en el borde muy cerca a la punta del tejado con sus tejas de barro.

-Ya estamos listos, ¡Que se enciendan las luces! –ordenó con sus manos y sus pies estirados al frente en las alturas. La luna de la ciudad se apreciaba más luminosa esa noche, se le veía contenta, aunque sin mucha compañía en el cielo, pues fueron otras lumbres las que de a poco inundaron el valle y las montañas que los rodeaban; el ambiente se tornó en sepia por la luz amarillenta, mientras se disfrutaba de la transformación del plano urbano.

Mientras ellos gozaban de la vista, otros se sentaban entre amigos y familia a escuchar a jóvenes cuenteros en la mini plaza a unos metros de ellos, podían ver sus risas y disfrute desde ahí con algún pasabocas en la mano. Los vientos hacían sonar las hojas de sus empinados árboles, y el ruido de ciudad era inadmisiblemente en aquella montaña que deleitaba a sus visitantes.

-Se ven muy felices –comentó la señorita McAdams.

-Dicen que está entre los países más alegres del mundo, pero su historia es compleja y sórdida.

-Aun así, yo veo un agradable lugar para vivir, de lo poco que conozco sus calles en general. Es como decirlo, un ambiente de recibimiento entrañable –comentó con placidez Emily y su compañero replicó -Son muy amables y queridos, créeme, muy solidarios. Recuerdas los compatriotas, pues estaban en una charla muy amena con otro grupo de chicos de la ciudad, hablaban español y les invitaron a caer en plena tarde ahí, la estaban pasando bien entre risas.

-Oh no- cayó en cuenta del despiste.

- ¡Oh, oh! –el trató de mostrar una agradable sonrisa, pero su cara no

ocultaba el terror. Se puso en pie apoyado en el techo de la torre y sus ojos hacían un escaneo rápido desde las alturas.

- ¿Nada?

- ¡Los perdimos! –exclamó Emily rendida por la búsqueda. Decidieron bajar de inmediato por el mismo camino por donde llegaron y se sumergieron entre la multitud que parecía no menguar. Su búsqueda fue ardua por cada rincón cercano, entre los que hacían un pequeño picnic en la montaña lejos del tumulto, o en las tiendas hasta los restaurantes cercanos. Se encontraron en medio de la vía por donde ascendían coches, pero también descendían caminantes.

- ¿Subimos o bajamos? –preguntó el señor Evans analizando las dos posibles rutas.

-No lo sé, debemos esperar aquí un rato más.

-Agg, no es cierto –se dijo frustrado por perderles la pista, estaban en un lio grave –Tendremos que seguir solos, no es la primera vez.

-De igual no se iban a ir hoy, un viaje de un día, que estupidez.

-No seas grosera en estos momentos de tensión.

Mientras decidían porque camino coger, alguien se les acercó con cordialidad y tocó el hombro del señor Evans. - ¿Se encuentra perdido señor? –mencionó esa voz.

- ¿Qué?, no –le dijo confiado, pero...- ¡Espera! – ambos se miraron con desconcierto, ¿era cierta su presencia? – ¿Me estás hablando a mi muchacho?

-Sí señor, ¿puedo ayudarles en algo? –dijo aquel jovencito de buen semblante.

Emily ciertamente no lo podía creer, en realidad se habían cruzado con otro de su misma especie. – Me llamo Emily y ¿tu? –se presentó con gusto.

-Milo –dijo él estrechando su mano.

- ¿Milo?, gusto en conocerte –Él es Dylan –le presentó a quien también estrecho su mano.

-Co, co, ¿Cómo es que supiste que estamos perdidos? –dijo él gratamente sorprendido.

- Bueno, solo las palomas y los gatos pueden posarse sobre ese tejado, además, nadie mira tan constante a su alrededor con tanta insistencia y desesperación –dijo el chico.

-No tengo cara de desesperado –aseguró Dylan.

-Si la tiene señor, su amiga tiene más frescura que usted.

-Muy bien Milo, ya veo que eres muy observador, nos has estado espiando –supuso sin desprecio y con amabilidad.

-Un poco quizá, soy el único que puede verlos, no tengo la culpa.

- ¿Estas solo aquí? –preguntó la señorita Emily.

-Estamos solos señorita – aclaró con amabilidad - ¿A dónde quieren ir?, seré su guía por esta noche –dijo acomodándose el cuello del polo azul oscuro que llevaba puesto.

-Eres un niño –añadió sorprendido el señor Evans a lo que sintió un leve codazo de su compañera –No seas descortés Dylan –le susurró al oído.

-En realidad soy tan joven como ustedes, solo tengo quince, no se sienta tan contemporáneo señor.

-Me agradas –le dijo poniendo su puño para chocarlo con el de él- Perdonas si te ofendí, oye no hablo muy bien español, si dices una palabra extraña, muy extraña, no la entenderé ¿Correcto? –le dijo en su idioma.

- No se preocupe, hablo bien inglés, lo aprendí con tantos extranjeros. Me siento a husmearlos – le confesó sin vergüenza -eso le podría ser más fácil si quiere –le dijo –Aunque debería vocalizar mejor, así no le cambiara tanto la voz –le aconsejó con respeto.

- ¿Voca que?, que quiso decir –le preguntó a Emily.

-Vocalizar – en la traducción ya pudo entender mejor el término.

-Lo tendré en cuenta – respondió en su idioma nativo.

- ¿Podrías llevarnos al aeropuerto? – le preguntó con delicadeza.

-Haberlo dicho antes, por aquí –les guío él por todo el camino cuesta abajo cruzando por el barrio, por sus calles empedradas, disfrutando de sus casas de estilo colonial conservadas con el pasar de los años y recuerdo de su historia.

Caminaron por sendas oscuras hasta llegar a una doble vía para con suerte en un paradero, tomar un bus de mediana anchura y altura parecido a una lonchera rectangular, les llevara, como a ganado a sus pasajeros, estos que encontraron en la puerta de entrada un espacio libre dejando en cada parada el espacio para que los siguientes pasajeros que encontraban como acomodarse lo hicieran.

Ese recorrido traería la imagen de otros trasportes como el metro que impacto tanto a la señorita Emily y en el que pudieron conocer un poco la historia de su nuevo amigo.

Luego llegaron a una pequeña estación de taxis que tendrían ruta para recoger pasajeros en el aeropuerto.

-Cualquiera que salga, les servirá –les comentó.

-Ya nos relataste y ayudaste a explorar tu ciudad desde la imaginación, pero ¿que ahí de ti?, estamos muy agradecidos, de verdad nos sacaste rápido de un aprieto –dijo Dylan.

-No es nada, es a lo que me dedico ahora.

-Quisiéramos, o bueno yo, quiero saludarte cuando despierte y espero que para ese entonces ya lo hallas hecho tú –comentó el señor Evans en proposición mutua según los ojitos que hacia Emily.

-Encontrar el lugar correcto les será imposible, una vez que despierten no volverán jamás.

- ¿No te entiendo?, o mi español es muy pobre –replicó el joven Evans.

Pero la señorita Emily si capturo un poco ese mensaje entre líneas, le conmovió lo que estaba pensando de aquel chico, le miraba con extrañeza y ternura a la vez, él sabía que en el cruce de sus miradas ella conocía su presente.

–Señor, ya se me agoto el tiempo en la tierra, sucedió hace dos meses, siento mucho que no volveremos a vernos –le confeso.

Era un alma que no tendría reversa, solo que estaba ahí, aun aferrada a esa dimensión que le podía brindar ciertos regalos.

-Lo siento mucho amigo –le dijo el señor Evans sintiéndolo como una enorme pena.

-No lo sientas, estoy bien, quizá extraño un poco mi casa, pero ahora tengo todo lo que antes no tenía a mi alcance. Verán!, no fui de familia adinerada, mi padre acumulaba muchas deudas y mi madre luchaba tanto por trabajar, que terminó por enfermarse. Y aquí estoy, un desobediente que debió quedarse en casa y crecer, luchar en la vida para darles lo que no pudieron darme y no lo hice, les falle –les expresó el fortalecido jovencito con sus ojos aguados, pero sin dejar derramar una minúscula gota –Siempre quise recorrer el mundo, sé que ahora lo puedo hacer con libertad.

- ¿Quieres venir con nosotros? –preguntó Emily.

-No aún no, debo terminar el recorrido en mi país y guiar al que pueda, gracias por los consejos señor Evans, tendré en cuenta esas tácticas para compartirlas.

-Algo más debe atarte aquí.

-El perdón –exclamó - se cuál es mi destino a pesar de mis errores, pero necesito quedar en paz con mamá y no me he atrevido a volver, dije que lo haría luego de recorrer el mundo entero, para mi ese mundo es América, me tomaría siglos recorrer todo el globo y yo debo salir de aquí en algún momento. No podrá escuchar mi arrepentimiento, pero, yo podre sentirla antes de desvanecerme como una luz, besar una última vez su mejilla y la de papá.

-Ahora eres un niño perdido, Peter pan –dijo Emily.

-A veces deseas no crecer tan rápido, pero eso solo una excusa – hizo un silencio y ella lo abrazó –Yo si quería crecer –susurró. Se veía fuerte sobre esa cara de inocencia que aún conservaba dejando entrever un poco de su duelo –Sera mejor que no se les haga perder ese taxi, ya está por salir – les instruyó.

-Oye amigo, Muchas gracias. Cuando llegues a New York, ¿harías algo por mí?, es terrorífico pensar que sigues merodeando estos pasillos por un buen tiempo, pero haces un gran trabajo –le dijo sobándole la cabeza al jovencito.

-Ay cosas buenas de este oficio, sino estuviera aquí, quizá nunca hubiera abrazado otra dama tan hermosa, aparte de mi madre por supuesto–le dijo con una sonrisa penosa, se había arriesgado demasiado con ese coqueteo.

-Me siento muy halagada por eso, el sentimiento es mutuo, eres un joven encantador –correspondió Emily con una sonrisa sincera.

- ¿Son novios? –le preguntó señalándoles.

-No, no, sería una cruel coincidencia –atisbó la señorita McAdams.

-La verdad sí; tuve la oportunidad de encontrarme con un caso así, es afortunado y trágico a la vez – comentó - ¿Qué me ibas a pedir señor Evans?

-Cuando pases por el Central Park, ¿dejarías en el puente Gapstow una flor cualquiera? pero no la vayas a arrancar eh, una que este fresca en el pasto; al verla sabré que abras pasado ya por ahí.

-La dejaré en algún lugar, espero que no la recojan. Y si te veo, te jalare las patas –dijo jocosamente.

- ¿Papas?

-Patas, se refería a tus piernas –le aclaró Emily.

-Tendré cuidado entonces – señaló al percatarse de su plan.

-Espero verlos de nuevo frente a frente en la otra vida.

-Me alegraré en verte de nuevo, solo espero que entiendas de que debes aguardar bastante tiempo para eso –comento la señorita McAdams.

-Sí mi amigo, será mejor que tardemos en llegar – dijo Dylan.

-Claro que lo comprendo, los miraré desde arriba, que, como cosa curiosa ya, ¡Estoy en la sucursal del cielo! –ellos se gozaron con la referencia al apelativo de su ciudad natal, el taxi ya estaba cogiendo camino y Dylan se percató de eso –Sera mejor que corran –les dijo su compañero alcanzando a despedirse con un abrazo.

- ¡Adiós newyokino! –le gritó el simpático hombrecito.

-Hasta una próxima ocasión mi amigo – lograron montarse con un salto sobre el taxi, quien sintió los dos golpes detrás en sus sillones. Pudo ser el capó o una falla mecánica, así que hizo un pare y se bajó a revisar, cogió una linterna e inspeccionó las posibles partes responsables del ruido, hasta en sus asientos traseros.

-Actúa natural –dijo él mirando hacia el frente bien sentado como un pingüino robot en el sillón de la ventana izquierda.

- ¿Por qué siempre logras sonar tan creíble?

-Sera porque en ocasiones no asimilas que esto no sucede en su mundo real, no somos parte de él – exclamó por enésima vez.

Sintieron la luz sobre sus rostros, pero el dueño del automóvil no encontró nada extraño y se dispuso a seguir su rumbo. Los viajeros miraron hacia atrás despidiéndose una vez más del chico que dejaban solo en esa calle, el cual, agitando su mano hasta que desaparecieron de su vista con la rapidez de las llantas de su transporte les ofreció su adiós.

El vuelo de regreso pasaría como en un túnel del tiempo, es agujero que permitió que se achicara su duración en el aire y que las horas corrieran su mejor maratón para dejar a sus dos extraños peregrinos en la tierra firme de nuevo, esta vez con rumbo a California para llegar hasta Fresno donde seguirían a pie, con la fe de encontrar antes que el sol a ellos a un auto por la ruta 41 hacia el Parque Nacional Yosemite.

En su solitaria pista, iban uno cerca del otro, él la empujo y ella a su vez también, hasta que logro que este se saliera del borde y llegara hasta la mitad de la carretera, se había hecho muy dócil para que cogiera impulso con ese pequeño roce ladeado de su compañera, logrando así, que un gran camión que se acercaba por el carril en dirección contraía a ellos le traspasase su cuerpo.

- ¡Pruébame señora muerte! –exclamó con su pose imponente y ruda luego de que saliera ileso.

- Lo siento mucho Dylan –ella se tapó los ojos al ver tal percance, tanto tiempo y no parecía acostumbrarse a las incoherencias de ese mundo, a sus imposibilidades y la ausencia de algunas normas básicas de la vida en tierra palpable por sus sentidos terrenales.

- ¿Qué te abruma señorita McAdams?, te he visto decaída desde el aeropuerto.

-No es nada, no me prestes atención.

-Nada casi nunca es lo que significa, ¡Anda suéltalo o te ahogaras!

Ella recostó su cabeza en su hombro y camino así el resto de largo camino que les quedaba, si en hora y piola podrían llegar en carro, se les haría el triple o mucho más prolongado a pie, pero no parecían tener prisa.

Y sin caminar mucho para darse cuenta que su oportunidad estaba tras ellos, se alistaron para saltar a la parte trasera, y ser así la compañía de las maletas en la gran camioneta con cabina de carga liviana, esta no les colocaría como una tarea sencilla su invasión. Lucharon entonces por aferrarse a la moldura y subirse así a la caja que para su suerte no tenía tapa.

En el camino no le quiso decir nada, y en el carro tampoco pronunció palabra sobre su tormento, estaba un poco melancólica, y ella miraba su ansiedad sentada del otro lado frente a él.

-Era solo un niño –susurró con tristeza.

-Sí, es difícil de concebirlo. Camilo, es el quien te abrume –añadió.

-Le cogí un poco de cariño en tan corto tiempo, es mejor relator que tú con su historia de vida, como hablaba de sus padres casi como superhéroes a pesar de lo último que nos dijo, quizá por eso los describía así. Al igual que él, no debí estar en ese lugar, y luego de un tiempo el no tendrá más oportunidad, y yo, yo sigo aquí, esperando.

-Bueno no te vas a morir, tu estado no es tan crítico –manifestó con optimismo -Míralo de este modo, ¡Ves esas estrellas!, ya están muertas, pero aún siguen brillando, ese polvo tarda mucho en extinguirse, a ese estado llegamos al final de nuestros días, a ser arena cósmica. Al fin y al cabo, siempre lo hemos sido, pero en un estado más glorioso, iluminando el cielo, rodeado de más astros un día convertidos en humanos. Eso es Milo ahora, lo será cuando ascienda con su creador.

-Nunca dejas que se opaque tu luz ¿verdad?

-Tú lo dijiste, tiene que haber un momento en que estés tan rodeado de la cochina oscuridad para suspirar por un poco de albor.

-Así no fue precisamente como lo dije –le fastidió.

-Como sea – reprochó él con su mirada, pero luego se puso sentimental de nuevo -Él vive aquí –dio una palmaditas en su pecho –Vive en otro estado que no comprendemos y nos sentamos a meditar porque nos aterra –agregó - más a tan corta edad.

Ella se rió por el comentario que le hizo. –Me hizo sonrojar es chico, deben extrañarlo mucho en casa –lo recordó con nostalgia -El lugar a donde va a ir, ese REALMENTE, ...realmente: es un lugar inhóspito.

-No creo que existan vuelos hasta allá, iremos cuando los inventen..., me imagino el valor de los pasajes – puso sus ojos saltones y se quitó el sudor de la frente por tal acontecimiento.

Su trayecto en auto les llevaría hasta lo profundo del bosque pasando por el puente de Wawona Rd hasta llegar a las cabinas de peajes, donde el hombre al mando del volante puso a funcionar su chequera; quisieron bajarse ahí, pero la reserva es gigantesca, por lo que siguieron en su transporte hasta Yosemite Valley donde hizo su primera parada para disfrutar de lo glorioso en su vista.

Allí verían llegar el alba. No hay nada más hermoso en los mundos del arte que ver como los colores del viento imparten vida y belleza desde que el sol deja ver los rayos atravesarse por las grandes edificaciones rocosas más sublimes que cualquier otro edificio o rascacielos en la tierra, es una luz en slow motion, que frente a los ojos de sus pocos espectadores extasiados en ver como ese vacío de caminos entre las elevadas montañas inundaban el paisaje natural al igual que un diluvio cubriendo cada rincón con su luminosidad, mimando a sus fieles habitantes, a su masa de verdosos pinos y los singulares brillantes lagos.

-Me consideraba más amante de los paisajes urbanos hasta hoy –le confesó Emily maravillada por el fotograma durante el ciclo en que la oscuridad del bosque se dejó hechizar por el resplandeciente sol frente a sus ojos.

-Aún no has visto nada –le dijo contento por su reacción, la vio más a ella que a lo que se le proyectaba en frente; estaba en ese mirador, pero a su concentración se centraba en otra maravilla de la creación.

-Esa cascada es hermosa, quisiera estar ahí. Me debes una excursión por traerme aquí –le aplicó la cuota de compromiso.

-Ya me he endeudado con dos cosas en este mundo, pensé que eso no ocurría aquí.

-Nadie te obligo a traerme.

- ¿Nunca habías venido?

-Sí, pero no a estas horas, normalmente no sentamos en unas carpas cerca y luego nos alojamos en un hotel de lujo, hacer camping, escaladas y pasar un

buen rato alejados de la ciudad –ella realizó un suspiro –No todo el que tiene ojos ve, ahora los tengo cerrados y me maravillo como una niña por lo que veo.

-Ya me doy cuenta –le confesó su compañero encantado por su placidez.

- ¡La mañana se nos pasará volando!, debemos seguir – añadió poniéndose en pie, se le notaba apurada e inquieta, posiblemente seguía sacudida por la noche anterior. Fue entonces como siguieron caminando cuesta arriba para hallar otra camioneta libre y colarse como mochileros sin mochila.

Visitaron así el resto del parque, o al menos sus puntos estratégicos como White Wolf rodeados de pinos, ardillas y demás aves en el cielo. O desde los acantilados rocosos en Porcupine Peek. ¿De dónde salen tantas rocas gigantes?, definitivamente existen cosas más grandes que el ego y orgullo.

- ¡Soy el dueño del mundo! –gritó empinado sobre una roca elevada encima de un gran abismo.

-Siempre quisiste decirlo, ¿o me equivoco?

-No, se me ocurrió ahora con esta fantástica vista; podría quedarme aquí leyendo y quemándome la piel de la dicha.

-Eso no sucederá.

-Si ya sé que no –renegó al ser bajado de su nube -debo trabajar holgazán o sino tendré que comer bellotas –ella se rió de su comentario –Sabes...

-No sé nada, pero dime que se te viene a la cabeza –le respondió con gran expectativa por lo que pudiese mencionar el parlanchín.

-Ese de pino de allá, será tu compañía de ahora en adelante –le dijo señalando uno realmente alto y frondoso. La señorita Emily se impresionó con su cara por la exuberancia de su acotación –Y ese de allá, será mi empresa –le señaló otro muy cercano en el área donde le indicó el primero, pero con una diferencia de altura que le daba cierta ventaja al segundo.

Cuando Emily logro divisarlo y compararlo con el que le fue asignado se espantó con ternura, sí que hablaba con convicción su estimado amigo.

–Tú tienes la humildad que a mí me falta – le dijo ella.

-Gracias señorita, pero me ha faltado algo. Para que llegue hasta esa altura, en primer lugar, debe comenzar como ese bebé de allí –le señaló otro más cercano que apenas si estaba cogiendo fuerza, pero se veía radiante – Te presento a mi firma de diseño –le mostró con certeza.

-Siempre terminas por sorprenderme – le dijo colocando la mano en su hombro con satisfacción - ¡Hagamos que ese pino crezca!

El sol no estaba tan agrio esa mañana, por lo que no dudaron en acostarse sobre la roca parecida a una enorme plancha que atraía a muchos turistas por la magnífica fotografía que podían captar desde allí; razón por la que se quedarían sobre ese acantilado unos cuantos minutos más, tenía una vista esplendida y podía sentir el viento rozarles en la cima del mundo, o lo que ellos concebían como tal de ese término.

CAPÍTULO XV

Y Oportunista a Nuestros Planes

Pero basto estaba cubierto el cielo con esos edificios ecológicos tan eminentes, que el este corte celestial en ocasiones perdía el protagonismo desde el correr del auto en el que avanzaban nuestros personajes.

La pasarela llegaría hasta su punto final, la mejor que tenía planificada el señor Evans para luego regresar a casa como ya era costumbre, y seguir siendo los guardianes del sueño a sus amos en tierra.

-Ya casi llegamos –mencionó la señorita McAdams.

- ¿A dónde? –preguntó él viendo como analizaba el suelo que avanzaba a medida que el auto aligeraba el correr de sus llantas.

- ¿Has visto el tronco con forma de puerta?, es como un pasadizo –le enseñó.

-Sí, ¿Por qué?

-Quiero estar ahí antes de irnos –le dijo- Tendremos que hacerlo –lo miró a los ojos invitándolo a su alocada idea.

Tenían que continuar a pie para lograr su cometido, y el camino estaba cerca, por lo que el joven la miró con desconcierto en lo decisivo de la propulsión hacia su deseo, ¿De dónde salió esa chica tan arriesgada?, de igual no se harían un rasguño. Por lo que, al llegar de su cuenta de uno a tres, ya sus cuerpos estaban en la tierra como costales.

- ¡Wow!, no se siente como caer sobre un colchón, pero no me puedo quejar – se sacudió un poco la tierra.

-Te dije que era tan suave como la nieve – mencionó el señor Evans.

- ¡Oye!, que harás durante tu regreso.

-Son demasiadas cosas, pero, en una palabra, hare lo legendario.

- ¿Cómo es eso?

-Las leyendas lo son porque destacan, en ese sentido, yo hare de mi vida una maravilla cada día desde la singularidad y sencillez, esas que hemos extraviado, ahí está el secreto. Como el acto más noble de desayunar con tus padres, decirles te amo, darles un abrazo, servirles en lo poco y ayudar en lo mucho, a cualquiera que pueda llegar a solicitar mi benevolencia.

Ella le miraba con impresión en su rostro y alegría en sus pómulos, su mano estaba puesta bajo su barbilla cuando él hizo la parada para hablarle con más comodidad, le encantaba escucharlo parlotear. Pronto llegaron hasta el Mariposa Grove con sus troncos estrafalarios y exóticos donde el túnel de madera como una puerta les cedía el paso de alfombra a sus visitantes curiosos, era muy peculiar su formación, y ya había varios queriendo tomarse un lindo retrato en su aclamada postal.

-Esta es la puerta al más allá, el que la cruce, viajará a otro mundo –se ubicó Emily en toda la mitad a unos cuantos pasos antes de entrar por el túnel.

Dylan se inclinó hacia su derecha para revisar si tal suceso que aclamaba con elegancia era posible tras el tronco, pero desde donde estaba podía ver que era algo muy normal, una rareza de la naturaleza que quizá tuvo la intervención de la mano todopoderosa del hombre.

De igual forma aplaudió su introducción - ¡Yo seré el primero en cruzar!

-Bien pueda señor –le cedió el turno para que efectivamente con gran expectativa llegara hasta el borde. Estiró su mano como si hubiese un espejo dimensional imperceptible al otro lado y de un salto cruzó - ¡Estoy vivo! – le anunció.

- ¡Esa escena me pareció muy ficticia!, no sentí tu suspenso – demeritó con su crítica constructiva la audición del señor Evans.

-Las estrellas no siempre brillan –exclamó viendo cómo ella se acercaba tan naturalmente, sin temor y confiada en cada paso hasta que estuvo al límite donde el árbol le mantenía en sombra.

El señor Evans la tenía de frente, pero la señorita en su adaptación interpretó que no podía verle porque era una puerta hacia otro mundo, hacia lo desconocido y ese gran misterio producía el temblor de sus piernas o que le pusiese los pelos de punta.

Acercose su mano con delicadeza y temor, algo podía salir mal en el viaje –Tanto drama para cruzar una puerta abierta –exclamó el señor Evans tomando su mano para atraerla de lleno hasta su orilla -Me impresionas, lo hiciste mejor que yo –le dijo al tenerla de frente.

-No me dejaste terminar mi acto- soltó su mano y le empujó por el pecho sin estar molesta, o producir una querrela por el entorpecimiento de su ambiente artístico.

Mas él, no se fio de la versión en salvedad, eso lo podía demostrar su mirada de sospecha. –Muy bien, ya estaba lista para improvisar, ¿qué hay de malo en eso? –dijo con la preponderancia de una súper estrella.

-Yo no he dicho nada y ya que cruzamos al otro mundo como Colon, será mejor que continuemos – le comento –Estas plantas gigantes me dan algo de temor, es como una casa del terror.

-Eres muy mal mentiroso. Su aspecto monstruoso es admirable –señaló ella.

-No viste el que parecía tener pies, como un pulpo –exageró sobresaltado.

Ella se divertía con sus ocurrencias sobrevaloradas, y se detuvo ante una aparición magnífica - ¡Oh una ardilla! –trató de perseguirla hasta que pasó la vaya de troncos del camino y la dejó irse.

-Corriste tanto para dejarla ir así. ¡Tienes que saltar la barrera! – exclamó haciendo lo que le proponía frente a ella, pero esta estaba agachada sosteniéndose en uno de los palos respirando con rapidez - ¿Emily? –susurró con intriga y le tomo la mano, estaba boquiabierto pues ella no era de hacer bromas pesadas.

-Estoy bien, me quede un momento si luces, eso es todo –le dijo aún con su cabeza agachada y apretando la mano de su compañero con fuerza.

- ¡Sube! –le dijo agachándose para que se montara en su espalda, hubiera preferido otra respuesta en sus labios anémicos o que estuviese realmente incursionado en el negocio de las bromas.

-Estoy bien Dylan, seguiré caminado.

-Concédeme esta última pieza.

- ¿Qué me estas queriendo decir? – él movió su cabeza diciéndole que no preguntara y se montara en su espalda, de repente ella le hizo caso y se agarró fuerte de su cuello, tuvo una sensación extraña, como de lejanía con ese mundo.

El arrancó a correr como un caballo galopante en el viejo oeste por en medio de esos obstáculos, trataba de divisar un pequeño paraíso perdido entre los troncos roñosos -No te sueltes – le exclamaba mientras se daba prisa y buscaba el camino sin parar en medio de su camino, aunque daba desvíos abruptos en su carrera de tierra y hojas secas.

- ¿Cuánto tiempo, cual es mi record aquí? –dijo ansiosa agitando su cabeza como si tuviera migraña a la vez que arrugando su nariz se asomaba a las mejillas de su leal vasallo.

-Eso ya no importa, el tiempo ya no importa, estarás bien.

- No alcance a mostrarte mis cuadros en el apartamento, y no fuimos a la granja –le decía con tristeza parpadeando y esforzándose por ver el camino por la que la llevaba, de verdad habían planeado algunas cosas olvidándose de todas las reglas del juego.

-Lo haremos luego, te lo prometo –exclamó él avanzado con apuro.

- ¡Prométemelo! –le dijo mostrándole su mano.

-No puedo darte la mano estoy sosteniendo tus piernas, ¡No te sueltes por nada del mundo!

-Tomare eso como sí –se guardó un momento sus palabras -Gracias Dylan –le susurró al oído desvaneciéndose en su espalda.

La señorita McAdams sintió de repente como perdía el equilibrio, pero su secuaz logró sostener sus piernas y ella medio sostenerse con sus manos en envueltas de su rígido cuello; un tanto amilanado, él señor Evans fue cuidadoso y se acercó a un tronco para que se recostara la desvalida.

-Parezco una muñeca de trapo –dijo ella, mientras él apurado fue en busca de un lugar más alto para hallar su isla del encanto, estaba a tan solo unos metros cerca de un pequeño lago y acompañado de grandes elevaciones rocosas hacia su norte. De inmediato regreso por ella.

-Quédate un poco más, ¿vale? - la llevó entre sus brazos y se sentó con ella en los suaves pastos llenos de insectos de todo tipo para que su cuerpo reposara sobre sus piernas elevadas como montañas mientras él sostenía su espalda.

- ¿A dónde me has traído mi querido amigo? –dijo cuándo una mariposa se posó en su nariz –¿Es una abeja? Ya casi no puedo ver Dylan, y no siento las piernas –susurró con desgano.

-No –afirmó -Tienes una mariposa visitándote – le dijo emotivo por esa fotografía que ante él se revelaba.

-Debe ser preciosa ... ¿De qué color es?

-Café, con violeta y un brillo rojizo, es muy hermosa –le describió.

Ella se rió con el poco de fuerzas que le acompañaban; se derretía como el hielo en verano hasta no quedar nada y traspasarse así a otro estado de la materia. De repente el sonido de la naturaleza fue interrumpido por un rugido.

- ¿Qué fue eso?, descríbeme por favor ...lo que tenemos al frente –dijo con su mirada perdida, se escurrió entre sus piernas y apoyo su cabeza en el pecho de su compañero; él la recibió con timidez, y supo que los minutos se le acortaban.

Sus brazos reposaban sobre sus piernas dobladas, sintió impotencia, la postura que trataba de mantener el joven era la de un fuerte, inamovible e inquebrantable, quería que su adiós no tuviera tanta pena en el corazón de la doncella que se acogió en su castillo.

-Un oso grizzli, está en la cima de la peña justo frente a nosotros, se está asomando un osezno, creo que es la mamá...

–Que ternura –susurró alegre.

– Y, estamos rodeados de gigantes –empezó con un tinte novelesco de aventuras en su narración, eso le fue de agrado a ella –tienen grandes dientes y una coraza de piedra impenetrable, todos llegan desde el norte con sus

ejércitos de maleza, con sus soldados de cabeza respingada y melena hasta los tobillos, tienen brazos fuertes e irregulares, pisan fuerte y hace que se mueva la tierra – el meneó su cuerpo para simular su escena, sintió como ella buscaba con sus dedos tocar su mano que jugueteaba con los de ella desde el aire sobre su rodilla – los seres mágicos les harán frente, y vuelan por los aires llevados de sus hermosas alas de colores y con sus ponzoñas y armaduras rayadas, u otros desde el suelo como los saltamontes feroces y aguerridos, pero ¡Oh!...ay viene la caballería, y se asoman los líderes de la resistencia, un grupito de bambies furiosos por el alboroto, listos para comenzar la batalla..., entonces –hizo silencio y bajó la intensidad de su cuento –Solo hay quietud, entre el lago de colores y los ejércitos que la rodean, todos están esperando cual será el desenlace...pero, solo quieren la paz en sus tierras por mil años más, por un instante....solo por un tiempo más.

- ¿señor Evans?

-Sí señorita McAdams.

-Los venados siguen ahí.

-Nos están mirando – afirmó -dirán ¿estos que están haciendo aquí invadiendo nuestras tierras? –ella dejó entrever una ligera sonrisa.

-No me quiero ir –comentó - ya no siento mi cuerpo, no siento nada –dijo derramando una lagrima, ya estaba demasiado débil para alzar su brazo y seguir jugueteando con los dedos de su compañero.

-Shhh –dijo arrullándola -Tranquila, tranquila..., pronto estarás en casa.

-No dejes que haya silencio, quiero... seguir... escuchando tu voz – mencionaba con la voz que a cada segundo perdía su fuerza y dulzura.

-Te esfuerzas demasiado, debes relajarte –le dijo conteniendo sus sollozos con el nudo en la garganta –Por si no volvemos a vernos...Que la fuerza te acompañe –dijo entre una risa nerviosa.

Eso le causó un leve sonrisa -Que la fuerza te acompañe Dylan, pero... no, no te despidas aún, solo canta una última pieza conmigo- fue su más profundo deseo - Oh mi ...Dios solo, una cosa... te pido - empezó a tratar de cantar con esfuerzo en su pronunciación.

El señor Evans la acompañó -En lo imposible, me permitas ver de nuevo –entonaron juntos pausadamente, volviendo casi taciturna la melodía - El

lucero y la noche –para esta línea ya su voz no se escuchaba, pero Dylan siguió la canción hasta el final de la estrofa con dolor en su alma y el sostener de su llanto- las estrellas - y el alba, -y ...el...pájaro, ... del roble –ya casi no podía hablar por ese torpe nudo y descendió su mirada.

-Que la fuerza te acompañe. Adiós Emily –susurró torturando su mirada a quedar forzosa en la oscuridad, y apretándose sus dientes, no tuvo el valor de ver como su cuerpo se desvanecía en un polvo luminoso como el de las estrellas hasta desaparecer de su presencia en un viento recio.

Cuando abrió de nuevo sus ojos, se quedó agachado por un rato sintiendo entre la fibra de sus dedos, la bufanda que no le pudo despojar en todo el camino. Su cara estaba roja como un tomate y sentía que sus manos podían sudar por tragarse el malestar que le consumía el alma, pero, solo apretó sus ojos con sus dedos y borro sus lágrimas, suspiró por las imágenes que la cinta del reflector exponía, esa película lo sereno un poco, pues en ellas pudo verla despertar a lado de los seres que ella amaba después de un regreso indoloro.

- ¡Ya se fue! –les exclamó a los venados que seguían atentos luego de quedar al tanto de la circunstancia que agobió las fibras del individuo que veían sentado en la roca, y cogieron así, camino al igual que el señor Evans cargando un equipaje de congoja, parándose de nuevo sobre su rodilla, situando sus manos en los bolsillos e ir de regreso con lentitud hasta la carretera.

Entonces ahora estoy aquí, rodeada de caras borrosas, y un sentimiento de regocijo que inunda mi habitación, puedo sentir mi respirar, ese que hace mucho no podía escuchar, parece que es tan fuerte como el resoplar de un caballo, pero me siento perdida en este mundo que me recibe; mis ojos hace mucho que estaban pegados de tanto dormir, trato de recobrar con esfuerzos mi uso de razón y los sentidos que me dieron al aterrizar en este planeta, precisamente como si volviera a nacer.

De repente siento el beso cálido de mi madre y sus lágrimas mojándome la mejilla, papá trata de estar más calmado al lado del cuerpo médico que le da algunas indicaciones. Te quiero mamá, siempre lo he hecho a pesar de tus regaños, de las largas charlas que me das en las que podría tomar un café y leer una novela larga antes que finalices tu exhortación para luego castigarme, amo tus abrazos en las mañanas y tu mirada sincera cuando me has dado un concejo, sé que ya no soy una niña para estar tras de ti a cada

momento, pero me arrucharía en tu regazo si pudiera.

Y papá, ¡oh mi querido Mich!, siempre has sido mi primer amor, sé que te ves rudo por fuera, siempre serio y firme, olvidando que algún día fuiste tímido, pero siempre noble. Sé que te reprocho desde lo profundo de mi alma que en los mejores momentos de mi historia no hallas estado presente, maldije cada uno de esos días por no considerarte un padre ejemplar, sin mirar tus desvelos y madrugadas; solía ser ingenua pensando que las mansiones son como los helados que se consiguen con cualquier peso y por petición, que tonta e ingrata con las canas que pintan tu cabeza. Gracias por protegerme como a tu tesoro máspreciado, aunque en ocasiones fuese desde el destierro.

Todo eso y un millar de cosas quiero que sepan, pero hasta ahora no logro despertar con claridad y siento de nuevo como mis ojos se cierran arrullada por el sonido de la máquina que rastrea mi corazón.

Nuevamente la noche bañó New York, y aquí me encontré con él, sentado en una banca mirando el río. Luego de decirle adiós a la señorita Emily en la otra dimensión que la recibió con pompos y platillos en su hogar natal, espero no perderle la pista y que mis escribanos sigan redactando su historia punto por punto; ahora el que me preocupa es el señor Evans retornando a la intercesión del corte de su escena, aquí en la soledad de su ciudad, cargada de tantas almas impedidas de tener conexión con él, de algún saludo, una mirada o una sonrisa.

Pero ahí estaba ella, despertando la claridad de sus ojos nuevamente, con una mirada inocente, descubriendo la cueva de oro en la que se levantada cómoda sobre unas almohadas en la ternura de sus padres que fueron a abrazarla; ella solo suspiraba porque no era un sueño, podía sentirlos, oler su aroma.

–Bienvenida hija, ¿puedes escucharme?

-Sí padre, no es un sueño ¿verdad? –él negó con su cabeza –No te alejes de aquí –pidió con consuelo en corazón.

-Señorita McAdams, le hare una serie de preguntas y chequeos – me explicó el doctor, ¿más chequeos?, me tuvieron aquí por una eternidad y no terminan de torturarme en este lugar infernal.

- ¿Y ya me podre ir? –le respondí.

-Veras corazón, resulta que somos afortunados de tenerte de vuelta, pero haz tenido una gran evolución luego de casi dos semanas de estar en esta condición - mi padre se acercó y tomo mi mano, pero no estaba de acuerdo con él.

-Y eso es malo ...

-No precisamente señorita. Medicamente es extraordinario que responda con tanta efectividad, es debido a su corta estadía en ese estado –fue la anotación del doctor joven de bata elegante y bien puesta.

-Eso normalmente no sucede, ya me di cuenta – añadí.

-Ese es su caso, queremos monitorearlo de cerca para no dar un diagnóstico apresurado y que al salir de aquí tengas una recaída – insistió el doctor, pero no me pareció, por eso refunfuñe. - ¿Y seguir aquí postrada?, No, no. Admiro y agradezco su trabajo, pero no seguiré aquí un minuto más, yo estoy bien – repliqué.

-No seas testaruda Emily, debes descansar, estas en las mejores manos – dijo mamá.

-Ya he descansado suficiente, no puedo seguir en este lugar – tomé impulso y trate de quitarme todos los cables que se enredaba como serpientes en mi cuerpo imposibilitándome poner los pies en el frío piso –Que nadie me ponga las manos encima –exclamé con firmeza al ver que intentan apresarme.

-Pone su vida en peligro al no seguir el protocolo –decía el doctor tratando de calmarme.

-Con todo respeto doctor...

-Cooper – me respondió, veía como me detestaba.

–Doctor Cooper, no me interesa el protocolo, solo quiero salir de aquí, estoy perfectamente ...bien –dije con seguridad cuando me puse en pie y mis padres se alarmaron como si su hija pequeña se fuese a caer de la bicicleta rodeándome con sus brazos. Pero podía sentir mis dedos y moverlos, hacer spinning nuevamente y sentir el tambor de mi corazón - ¡Ven!, esto es fantástico – me emocionaba estar de pie sin ayuda, pero mi mente dio vueltas y tuve un desmayo que por poco me deja ciega de nuevo, pero no lo permitiría, y mamá me llevaría a un cómodo sofá.

-Tenemos trabajo duro con las evaluaciones – continuó mi médico de caso con papá.

-Sé que soy un fenómeno... ¡Soy fenómeno! –exclamé con gran emoción, quería gritar, mirar el horizonte, me siento extraña y veo el reflejo del señor Evans siguiéndome, ese que me llevo a conocer otro mundo y me hizo saber lo extranjera que fui en el mío.

- ¿Hija te sientes bien? –me pregunta mamá aterrada, pero a la vez contenta por la loca que tenía enfrente.

- ¡Me siento genial mami!, Te amo, ¿Ya te lo había dicho? – juraba que se lo había dicho, pero recuerdo que solo mi mente fue mi micrófono –Te amo mami, siempre lo he hecho, eres la mejor de mi mundo – la bese y abrace con fuerza.

Me paré de ese asiento –Papi, estoy muy orgullosa de ti- le miré de frente con sus ojos envueltos en lágrimas, no había perdido la cordura con esa paciente muy consciente de sus estragos –Te amo papi, sé que no te lo digo a menudo, pero eres el rey de la casa – recordé cuando jugábamos a la realeza con disfraces y coronas de plástico en el patio a mis seis años.

-Y tú mi princesa –me abrazó con fuerza para que yo me recostase en su hombro –Te amo hija –me susurró al oído- Pero, déjate ayudar por enésima vez –suplicó.

-Una noche, una noche más –cedi un poco, pero no sería una milésima de segundo más.

-Necesitaré firmar un papel de cargos, y asistir a las sesiones de terapias físicas y las citas con el psicólogo –informó el Dr. Cooper.

-Tomaré el riesgo con gusto, me hare responsable de vivir, pero ...- quise hacer una objeción con el servicio terapéutico, no creo que lo necesitara luego del que ya atravesé con creces y pasión –Iré solo a unas sesiones, no estoy loca. ¿O quizá sí?

Mis amigos estaban esperando afuera comiéndose las uñas, ya querían tumbar la puerta, los tenían reprimidos en esa sala de espera, mientras para era inútil forzarme a olvidar, no podía quitar de mi mente la cara de ese joven tan insufrible, gallardo y simpático compañero de viaje. ¿Qué será de él en estos momentos?, ¿ya habrá arribado a la ciudad?, ¿Volveré a verlo de nuevo

para que me cuente sus historias?, me lo prometió, confió en eso; ahora solo me preparo para recibir a mis amigos y terminar con mis chequeos.

CAPÍTULO XVI

¿Por qué?

Del otro lado de las paredes luego revisar como la señorita ya estaba en sus “cabales” me dirijo a revisar en qué lugar del mapa estará el señor Evans, pero ya logré ubicarle.

- ¿Cuánto más tendré que quedarme aquí?, ya he aprendido la lección – miró hacia el cielo esperando su respuesta el señor Evans –Puedo escuchar tu silencio –bajo su mirada, ya hasta había perdido el vértigo -No te fijes en mi irreverencia para mi juicio –decía.

Era la conversación que tenía el joven Dylan desde el observatorio Top of the Rock en la azotea del centro Rockefeller, con la espectacular vista desde otro ángulo de su ciudad con sus grandes y famosos sitios. Quería descubrir desde la realidad, lo extraño que podía ser su futuro, esta que lo invitaba con gran emoción a ese mundo que aún no vivía o, por el contrario, llegar al final de su historia; le parecía aterrador ver quedarse divagando en esa dimensión viendo como todo envejecía, esa no era una opción.

-Esto va sonar muy raro – dijo al interior del ascensor, en compañía de otros dos hombres cuando recordó una canción de la película Brother Bear que se vio rodeado de sus primitos, los niños y niñas de las próximas generaciones en la granja hace un año luego de una reunión familiar; él se rio por la ocurrencia –Esto definitivamente es lo más infantil que hecho, debí de irme a jugar y charlar con los de mi especie...te adoro Phil, no sabes cuándo te adoro.

A pesar de su lamento a medida que descendía, le era imposible que su

mente no reprodujera la canción del film animado, tenía fuerza en su letra y corazón de cantante como el de Phil Collins; y luego de tararearla parte por parte en su cabeza hasta llegar a una línea intermedia casi susurrada, dejó salir: *Sigo mi camino, mi destino, es mi camino* –con las puertas ya abiertas para que saliera del edificio y siguiera caminando por la extensión comercial.

En su transitar en medio de todos los visitantes que pululan sus salones y almacenes, se detuvo de lejos antes una pared que en una pantalla mostraba un afiche con letras grandes “WE CAN BE ON TOP” bajo un fondo retro de la bandera de los Estados Unidos de América que de fondo llevaba difuminado un puño elevado sosteniendo la antorcha de la libertad sobre un estilo de ilustración stock similar a la de los comics. Su parada tuvo un impacto inusual por la propaganda política, y se convirtió en el bandido que robo sus letras para sí.

De modo que con su mesiánico mensaje, pudo continuar con su melodía en un silbido, tarareando los tambores que si resonaban con potencia a la entrada de la última estrofa con la fuerza de un elefante en sus pisadas y el rugido de un oso desde el alma que sonaba al pie de la nota musical en su mente y que entonarían con sentimiento al cruzar por la puerta del edificio - *¡Que sepa el mundo en marcha estoy, y voy a cumplir mi misión ..., los cielos azules por donde voy, dan alas a mi corazón...*

Y que sepan todos que en marcha estoy. Que voy a volver a mi hogar... Con el sol más brillante mis pasos doy, ¡Disfruto el camino al andar! – cantaba mientras más se acercaba con rapidez en su andar hasta la salida y entrada del complejo.

Que al cruzar la puerta y llegar a posarse encima del muro de granito que rodaba la plaza donde se ubica la figura dorada grandilocuente de Prometeo exclamó al cielo - *En marcha estoy... ¡si, en marcha estoy!* – le dictó a las alturas abandonadas de luz solar, y sosteniéndose de una de las barandas que circundaban en la plaza encima de la bien tallada figura mitológica que se atrevió a robarle el fuego a los dioses para llevarlo a la humanidad se posó con ímpetu.

En realidad, para mí si era un poco cómico que lo hiciera, pero no parecía ser una letra simple y vana la que decidió poner a girar en su tocadiscos, esta que tenía cierta afinidad hacia sí mismo en este mundo; eso le causaba gracia, una muy vibrante, sobre como una ocasión familiar tan normal y poco

trascendental le regalara hoy un relámpago de desahogo peculiar frente a la plaza llena sin poder ver su intrépida figura sobre el muro.

Con ese nuevo aire musical, se dirigiría hasta el hospital para visitar desde su resguardo dimensional a la bella durmiente que despertaba rodeada de familiares y amigos más cercanos en su habitación, vigilados por un extraño, por un fantasma que sentía el mismo inmenso gozo que ellos por el acontecimiento.

Su enternecedora imagen se desplazaría a otro lugar, ya se la estaban llevando protegiéndola como a un vaso frágil, como si estuviera en un episodio apocalíptico y todo a su alrededor era una amenaza indudable para ella.

-Papá no soy una niña y este hospital no se va a caer si yo camino por él –decía ella bien abrigada y abrazada por su prometido Colin.

-Peter puedes decirle que se ponga el abrigo –decía la señora McAdams.

-Tienes que entendernos nos preocupamos por ti –le susurraba su amiga Tatyana.

De verdad parecía tener todas las cámaras encima y admiradores como una súper estrella por el pasillo de honor que le hacían llevándola hasta el ascensor.

–Y a ti que no te gusta ser el centro de atención –mencionó una voz perdida tras las paredes blancas viendo cómo se alejaban. No la seguiría, no sería cortes para él; todo lo que vivieron se quedaría en la realidad de su mundo sin permear al que ella regresaba; ya no había a quien seguirle la pista nunca más, solo a sus pisadas.

No regresaría hasta su guarida, caminaría entre la multitud que no parece sentarse y prefiere admirar y contemplar las grandes pantallas. El neón y las luces en la noche te hacen olvidar del tiempo y el correr de las manecillas del reloj del cielo, te sientes dentro de una película con una estética cyberpunk con tantos anuncios quemándote los ojos, pero sin ser un ambiente tan frívolo y digno de pasear en el silencio que aturde las mezclas armoniosas de la ciudad.

El Times Square, es como el centro del mundo, puedes encontrarlo todo, te cruzas con extraños y extranjeros, esa es su mayor riqueza aparte de los

grandes almacenes o las limosinas pasar; todo parece trascurrir tan rápido y él tan lento en ese espacio esplendoroso de grandes edificios llenos de color, que prefirió verlo bajo un tono blanco y negro, cambiando así el foco de su lente para transformar el tono de su grabación. Fue así como convirtió a todos en sombras en medio de las luces que erigen el camino en las calles a sus visitantes que llenan de vida los pasillos.

Pero la noche se termina, no es tan eterna como muchos desearían, el sol también quiere un papel; el de galán de la obra, quien en su aparición despertó de nuevo de esa oscuridad a nuestro perdido amigo que recorrió calle por calle todo el sector con sus ojos al frente, pero sin el deseo de ver su ruta y aborrecer lo que se cocinaba a su alrededor. Tan solo quería ser un pasante más, y que el nuevo día llegara luego de tantos rodeos precipitados.

En esas, la señorita Emily no pudo descansar, no estaba cansada, la cómoda cama no pudo seducirla para que se quedara con ella, su desvelo le atemorizaba, no paraba de pensar lo que estaba tras esas puertas, no sentía que alguien pudiese mirarla y trajo el recuerdo de su estrago en el apartamento de Colin, le aterro verse de nuevo en el espejo tan intacta y frágil, su omnipotencia se había ido de su presencia y no entendía porque su angustia.

-Buenos días cariño, ¿dormiste bien? –saludó mamá con ternura sin tocar la puerta al amanecer, era su casa al fin y al cabo, y no me molestaba, me encontraría leyendo un libro –Has madrugado bastante.

-Algo así, ya sabes la costumbre –me emocionó al poder ver esos ricos alimentos sobre la bandeja, ya los sentía en mi paladar –Desayunaré en la mesa –le dije acompañándola en pijama hasta donde estaba papá.

-Buenos días cariño –me saludó sorprendido porque me sentara con ellos y le besé la mejilla.

–Buenos días papá, ... ¿Qué te extraña de mi presencia? –dije sentada cerca de su asiento.

-Segura que no deberías estar guardando reposo señorita –me dijo.

-Si me siento de maravilla –le dije con extrañeza y él bajo su mirada hasta señalar mis pies bajo el comedor, a lo que mamá soltó una risita de desconcierto.

-Ha sido un pequeño infortunio, nada que temer –dije aterrada por el ridículo de llevar solo una pantufla en mi pie; de razón sentía que uno de mis pies estaba más helado.

-Has dejado la cabeza en la habitación –me dijo divirtiéndose por mi despiste.

-Papá no estoy enferma, necesito moverme o me voy oxidar, al igual que tú sino bajas esos kilos en la panza –le guiñe el ojo mientras saboreaba el ponqué de frutas.

-Tiene razón Michael –añadió mamá con cariño, él me miro con sorpresa.

-Muy bien, desempolvaremos el gimnasio los tres –afirmó.

-Yo ya la hacía jovencito. Es más, ¿Qué paso entre vosotros? –me encantó verlos juntos en ese techo que me vio crecer y como otra vez se hacía ojitos brillantes entre ellos.

- ¡Veras!, las relaciones son complejas, pero son irrompibles cuando se halla el amor.

Sonreí por la noticia, no terminarían por separarse esos dos, no lo soportarían ni ellos mismos, la distancia siempre fue un tercero en su relación, pero ya papá descansaba más por el pasar de los años, decía que se había matado durante el tiempo correcto, siendo aún muy joven y con una hija que cuidar y ver crecer; pero ya no siento su ausencia, desde hace poco no la siento, está siempre pendiente, solo que se me olvida borrar las notas del pasado.

-El matrimonio es más que un compromiso, es el lazo más poderoso en esta vida.

-Lo sé ma, pero ya sé por dónde va eso, y prefiero tocar este tema luego – apenas terminé me decidí ir a lavar los trastes.

–Yo los lavo querida- dijo mamá, pero no dejaría que ni ella o la ama de llaves que estaba de vacaciones lo lavara si estuviese –Yo lo hago, no se me caerá una uña –afirmé con reverencia.

- ¿A dónde vas tan deprisa? –preguntó mi padre con sospecha.

-Iré a visitar a alguien, luego se los presento. No me hagas esa cara –ya me iba a dar un sermón de que no saliera porque el doctor lo dijo y el sol

podría hacerme daño por mi condición, así que se lo ahorre –Mitch, no me voy a derretir allá afuera, me cubriré si es lo te que preocupa, no me sucederá nada malo.

-Frank te llevará y traerá de vuelta –dijo.

- ¿Me estas poniendo perro guardián?, no lo puedo creer, no tengo diez años, pero no me opondré para tu gusto –dije. Gracias a Dios logré convencerlos que quería quedarme con ellos, porque de lo contrario estaría en la cárcel con ese chico que no merece que mencione su nombre.

-Solo intento que estés a salvo – mencionó.

-Te quiero pa –le dije dándole un beso nuevamente para irme a alistar y salir de esas lujosas paredes. ¡Oh día, hermoso día!, se siente bien cruzar por esa puerta, sentir el agua en la ducha, oler las fragancias a flores y estar parda frente a mi closet decidiendo con cautela que me iba poner para salir.

El abrigo era fijo, los lentes también, el sombrero como no, parece que fuera a llover, pero con rayos de fuego, tengo que ser obediente por el amor de Dios. Así que salgo con mi vestido blanco con encaje hasta la rodilla y una correa ligera en la cadera.

La enfermera me hace unas preguntas al llegar al hospital, no me dejara verle sin autorización de un familiar, así que llamó a su madre para comunicarla conmigo, me puse algo nerviosa por eso, sensación que trate de encubrir al escuchar su dulce voz.

-Si señorita McAdams, me dicen que usted conoce a mi hijo.

-Sí señora, bue, bueno, yo...Me lo encontré hace poco, y es un buen chico, salimos unas veces y no volví a tener información de él hasta ahora, entenderá mi preocupación –dije.

-Nunca me contó algo sobre usted, pero no veo la necesidad que me mienta.

-Y no habría porque le comentase sobre mí, tan solo nos hicimos amigos. Lamento mucho lo que está pasando, no se lo merece.

-Todavía no entiendo por qué a mí muchacho –reclamaba - solo pido por su vida.

-Pronto lo tendrá de vuelta, confíe en eso.

-Que así sea. Entenderá que me exigen una prueba de que lo conoce realmente.

-Por supuesto, dígame usted la forma.

-Si realmente es lo que dice ser, conocerá que tiene un gato, ¿Cuál es su nombre y por qué lo lleva?.

Yo sonreí tras el teléfono, cerré mis ojos de serenidad, no lo podía creer, pensé que me preguntaría la fecha de nacimiento o algo parecido –Tomate, su nombre es tomate, muy estrambótico para mi humilde opinión, pero acertado al ser un gato singular que bebe té –la señora rió con gozo tras la línea por mi respuesta.

-Es usted la primera chica que me dice eso, tiene todo el permiso de entrar. Y gracias por su atención y hospitalidad con mi hijo –dijo.

-A usted por su amabilidad, muchas gracias.

De inmediato colgué con algo de desconcierto, bendito gato me salvo la vida y una vergüenza segura, nunca había mentido así en mi vida, me sentí demasiado mal, bueno era una embustera a medias porque si lo conocía, o podría decirse que así era, ¿Que te indica cuando terminas de conocer a una persona?, es una pregunta que me agobia. Pero ingrese a ese cuarto, con las advertencias de los doctores, ya que estaba en constante revisión por su delicado estado de salud.

Pero, solo me sentaría a observarlo, ahí estaba él, curado casi en la totalidad de las marcas de su fatal incidente, coloque una pequeña agenda cerca a la mesita donde reposaba la suya y espere con mis piernas cruzadas sobre el sillón blanco por una señal cruda, esa que no tardo y que hizo mover las hojas de mi libreta al abrirse.

- ¿Seños Evans?, ¿Desde qué momento ha estado aquí? -seguía agitando las hojas –Oh, lo siento –le pasé mi esfero negro al espacio vacío hasta que sentí que lo atrapó y veía como escribía sobre la primera hoja.

- ¿Desde cuando eres tan buena mentirosa? – me escribió.

- ¡Escuchaste todo lo que dije! –de inmediato cerré mis labios, no recordaba que ya estaba en el mundo real de los vivos, quizá hice mucho ruido, que tonta, espero que no me vayan a sacar por eso.

A lo que él escribió – Desde el inicio ... ¿Cómo te sientes?

-Muy bien ahora que te “veo” –dije en voz baja.

–Me dicen que fue un milagro que reaccionase de esa manera -escribió de inmediato – Lo eres.

-Estas muy tímido -le dije con extrañeza, parecía no ser el mismo.

–Se me acabaría la tinta si parloteo como solía hacerlo, la mano me dolería y tú debes irte pronto – fue lo que escribió con rapidez.

-Muy bien, tengo que confesarte que esto es muy espelúznate.

– Ni me lo digas, ya me imagino viendo como un lapicero escribe por sí solo, tienes suerte que no sea de noche - escribió, ya estaba volviendo a reconocerle otra vez.

- ¿Dónde estuviste ayer? - le pregunté y él no se demoró en responder.

-Si te turba saber que quizá pueda ser un acosador, déjame decepcionarte. Caminé como siempre lo hago, hice algo de ejercicio, ¿Descansaste bien?

- No te lo insinuaba, quería saber que era de ti, ¿A que va eso de que hiciste ejercicio?

-Bueno, tienes todo el Central Park para ti solo, así que lo recorrí hasta el final – fue su mensaje. En realidad, no mentía, luego de su caminata tan serena e introspectiva por las agitadas calles del Times Square, dio con sus piernas un desvío y se dirigió al parque, empezó a correr y hacer rutinas de boxeo mientras trotaba. Primero lo rodeó de principio hasta el fin, luego se introdujo en el para utilizar cada árbol de obstáculo y enumerarlo; era como estar en un laberinto, (yo solo pensaba, ahora que bicho le pico) y así continuó hasta que llegó a perder la cuenta y se percató que su registro era incorrecto, su memoria no le fallaba, en el recorrido se había saltado y repetido unos cuantos, pero eso no importa para nuestro personaje, porque continuó saltando sobre las rocas, batallando con los ríos y trepando los puentes “todo un campo de obstáculos”, hasta esperar en la bella calma del gran lago el saludo de un nuevo día.

-Fue emocionante, luego te lo contare –le escribió.

-Como siempre te sigues divirtiendo.

-Debo aprovechar el lugar mientras puedo, es un mundo paralelo donde todo puede pasar.

- ¡Veó que has tenido una gran noche! – él se las podía arreglar solo en la oscuridad o la luz. No sentí en que momento le abandone, no sé si termine la estrofa, solo sé que caí en un sueño profundo para despertar a mi nueva realidad, no pude tan siquiera decirle que lo apreciaba con todo mi corazón.

- ¿Cómo van las cosas en casa? –me preguntó en el papel.

–Muy bien, están obsesionados con que debo estar tranquila y descasar, quedarme en esas paredes por un tiempo como si estuviese en cuarentena, pero yo me siento de maravilla, jamás me he sentido mejor. No me puedo quedar sentada como una enclenque viendo como los días se me pasan, quiero ya retomar mis labores y constituir un nuevo destino.

-Si te cuidan tanto es porque te aman, no seas ingrata con eso. Acabas de despertar de algo que muchos no lograr en décadas, ponte en su lugar y no hagas tanto alboroto.

-Lo sé, lo sé, seré más comprensiva, ¿Y cuándo piensas regresar?

-Espero que pronto; tuve una fecha de viaje, más no una de regreso. Veras, los negocios son impredecibles y las cosas pueden dar o no darse cuando te lo esperas.

-Entiendo, debes tener una agenda muy apretada en ese planeta en que vives.

-No sabría cómo explicártelo, pero es un viaje conmovedor ...-dejo de escribir, pero el lapicero seguía muy cerca del papel - ¡Oye!, recuerdas el número, lo anotaré, tú lo corriges – Entonces él escribió primero el nombre y el número, pero tenía mal la sexta cifra, lo había cambiado por un uno.

- ¿Me permites? –le pregunté para arreglarle al número correcto.

Continuaron charlando en el modo que con gran sorpresa se ingenió la señorita Emily. Ella ya había cumplido su una pequeña porción de su promesa, pero no lo sentía como una carga y se lo hizo saber; por su parte el señor Evans estaba con buen ánimo, comenzó como alguien misterioso, sin embargo, a medida que charlaba su silueta podía aparecerse como un holograma frente a ella, era como si estuviese de nuevo en ese mundo perdido por el tiempo y el espacio de lo humanos comunes.

-Yo no invente la vida, ella sí lo hizo conmigo, y me trajo en una caja a la que algún día volveré – me respondió sobre el comentario que le hice por una pequeña cana que se notaba en su barba, ya tenía bastante sin arreglar, y se le veía bien, le lucía con elegancia.

-No te estoy echando aun, solo que envejeces muy rápido –seguí mirando su escultura.

-A lo mejor el tiempo no pasa como lo conocemos actualmente, quizá tengamos miles de años en otro calendario y seamos inmortales en el cuerpo de unos niños que aún gatean –ya estaba desvariando, y el doctor toco la puerta, de repente él dejó el esfero y la agenda cerrada sobre la mesita cuando el profesional pasó por la puerta.

- ¿Todo bien? –me preguntó el doctor, y le sonreí.

–Está muy estable, nada de qué preocuparse. Ya creo que es mi tiempo de irme.

-Eso creo. ¿Señorita McAdams?, tiene que saber algo como el resto de los visitantes – no me iba a gustar así que no pude permitir que continuara.

–Doctor, se lo mucho que se esfuerzan, pero si va a decir algo negativo será mejor que reformule sus palabras, este mundo puede llegar a sorprender más de lo que tu poco intelecto puede comprender. El guardó silencio y me miró con aceptación, yo me despedí y le hice una mirada a mi compañero.

Me senté en uno de los sillones del pasillo, saqué mi libreta y me despedí de él- Más te vale estar despierto antes de mi próxima visita- dije.

- ¿Y que más quiere la señorita? – tomó el lapicero en mi mano y lo guio con una letra tan terrible que casi si podía leerla a pesar que relaje mi mano para su dirección.

–Tan solo regresa a casa –le escribí mirando hacia arriba tratando de ver su cara, pero no tengo la súper visión que quisiera, mi mano se movió de nuevo pues debía pasar desapercibida.

–Entonces ve y disfruta con tus padres todos estos días, siéntate y conversa, escucha y aprecia, debes darte prisa porque el mañana puede que nunca llegue –terminó por escribir a medida que yo leía cada palabra en mi mente.

El sonido del celular interrumpió mi concentración, era mamá que me llamaba –Adiós Emily –escribió y cerró la agenda tragándose el lapicero.

- ¿Por qué eres tan grosero? –dije entre dientes y le hice una seña de adiós con mi mano, me aleje del pasillo y atendí a mamá que quería la acompañara a realizar unas compras.

Recuerdo como al siguiente día no me pude quedar en mi habitación, y en compañía de la luna me embarqué en visitarle sin cita programada. Lo cual, por razones de las políticas respetables de la institución me pusieron tantas trabas, solo que, nuevamente su madre me salvaría el pellejo aprovechando que se hallaba lejos; sintió que le hacía bien no estar solo aparte de siempre estar con sus amigos.

- ¿Señor Evans? –dije con temor no sintiendo ninguna presencia extranormal en la habitación.

Esperé por algún indicio de su presencia, me temí que estaba ahí, mirándome desde su escondite, pero como podría yo saberlo si nada se movía, solo pude sentir su cuerpo, su respirar prudente, más no sus sentimientos, su emocionalidad radiante y sus apariciones magistrales. Solo soledad, que aquí me encuentras y me escucha.

-Si estás ahí, tienes suerte que no te pueda ver, porque te aborrecería si lo estuvieras –le declaré con firmeza, pero las hojas estaban inmóviles entre las solapas de la agenda.

-Muy bien, solo somos tu y yo –dije un tanto desalentada queriendo tocar su mano, quizá donde quiera que divagara podría sentir mi presencia. Pero mi mano se detuvo en el intento, sentí que era ilícito mi querer, ¿es una corazonada esto acaso?; así que me dedicare estrechamente a lo que me programé esta noche.

Aunque mi desencanto no es absoluto, y esperaba que mis palabras pudieran ser escuchadas más allá de ese cuarto. –Para el mayor genio de Nunca Jamás; ¿Qué estoy diciendo?, este es un tanto incomodo, es extraño que ahora estemos tan alejados en mundos diferentes aparentemente compatibles.

Ya debo dar inicio, el reloj en mi mano me avisa que debo proseguir; busco en mi celular la melodía que creo correcta para esta noche de historias, y le doy play a antes de dar mi preámbulo:

-No sé si lo hayas leído, esa si sería una gran infamia, en algún momento este relato como las olas de la marea tuvieron que haber golpeado la barca estos en toda la faz en la que se embarcaron estos seres tan quisquillosos, y si por las harás del destino, los historiadores dijeren que tal dato no es correcto, entonces que se levanten de los sillones las masas, rompan las reglas y se sienten a escuchar lo que las horas de su existencia les ha sellado y cegado, para ver a través de los narradores poco contemporáneos la plenitud de los albores en el espejo de las obras más sin iguales de la humanidad.

Para todos aquellos que como a mí no me alcanzaran las horas para finalizarlo, aquí entono sus líneas – introduje con el libro posado en mi mano, sentándome en el sillón de al pie del cabezal de su cama para contarle al oído las pisadas de un guerrero – Canto I: Los dioses deciden en asamblea el retorno de Odiseo.

Cuéntame, Musa, la historia del hombre de muchos senderos, que anduvo errante muy mucho después de Troya sagrada asolar; vio muchas ciudades de hombres y conoció su talante, y dolores sufrió sin cuento en el mar tratando de asegurar la vida y el retorno de sus compañeros...

Es una pena que el señor Evans efectivamente no estuviese en la sala, había tomado por conjejo las palabras de su ahora narradora nocturna y mientras las paginas se agotaban en la mítica novela de Homero, él visitaba las calles de Venecia, o bueno, sus sendas liquidas, corrientes calmadas y brisa marina por las que navego como un polizón en las barcas que vacías esperando por recoger algún turista.

Un tanto “agotado” de estar de turista en esos botes siendo la primera vez que por sus riachuelos se embarcaba, decidió seguir el anochecer italiano desde acostado en una de las balsitas que estaban cerca del Puente de Rialto con el resto de sus hermanas de madera fina reposando en las orillas de sus casas.

- *Así que proseguimos navegando desde allí, nuestro corazón acongojado, huyendo con gusto de la muerte, aunque habíamos perdido a nuestros compañeros ...*Fin del noveno canto- fueron las palabras que alcanzó a captar con sus ojos cerrados reposando sobre una barca de la que se levantó por un impulso al percatarse lo profundo que había llegado su don del “sueño” para que sus oídos le transportasen lo que el creía como seguro sucediendo en su habitación al otro lado del océano.

-Mi turno ha terminado, volveré dormilón y no te preocupes, tu amigo (Guillermo sino mal no recuerdo) te hará guardia esta noche -me despedí de él acomodando los cabellos de su frente a la vez que mis dedos se pasan de atrevidos y acarician su cabeza, ya siento mi voz cansada, pero anhelaría poder quedarme un rato más y seguirle leyendo; solo que eso es solo un inútil deseo.

Y luego de que los mimos de la señorita Emily si los percibiera con delicadeza su habitante errante de la ciudad, decidió correr hasta el puente y perderse en su contemplación del camino de agua, quería volver a sentir de nuevo, eso calmo su temor de quizá la muerte lo perseguía de nuevo y no quería tener su rostro cerca; pero no era su voz, estaba seguro de eso.

-Buenas noches señorita McAdams – dijo al viento con regocijo.

Tres visitas más le duraron las estadias recurrentes en las noches al lado del señor Evans, entre las que termino de leerle su obra y en las que también colocaba piezas de canciones que posiblemente le podían gustar, un repertorio casi salido del baúl de los abuelitos que son el retrato de las modas que un día fueron resonantes y hoy son solo vestigios del pasado, como es la ambivalencia de las épocas, es de las tantas cosas que vuelven interesante al señor tiempo y la cultura humana.

Sera ese es el motivo por el que no comprendo, por el que no logro asimilar el por qué siempre me echan la culpa a mí de todo lo que les pasa, pero bueno, siempre tiene que haber alguien que intervenga en la historia, en lo que compete a cada individuo sobre la faz de la tierra. De modo que, si es a mí a quien achacan todas sus desgracias, solo me queda subsistir como la mala del paseo porque esa noche el señor Evans se sumergió en un sueño más profundo del que ya estaba, del que quizá no volvería a retornar el mismo que una vez cayo en el hechizo.

De inmediato la madre de Dylan llamó a la señorita McAdams por los datos que dejó en la recepción de visitas, quien al escuchar su voz se alegró en gran manera que podía sentir desde el otro lado de línea el festejo en su corazón, y de forma muy amable le pronunció las palabras que congelarían sus movimientos.

-Despertó – esa palabra tan simple y una acción convertida en habito que se cumplía luego levantarse de la cama, ilustración de eso tan cotidiano que

logró erizarle la piel a Emily. Colgó el teléfono y sin muchas explicaciones salió de casa, solo la vieron como brincaba de la alegría al cruzar por la puerta.

Al llegar, en la habitación se podía divisar una fiesta, como esas que me hicieron mis amigos y familiares al llegar a casa, casi llore por la sorpresa, no era mi cumpleaños ni mi presentación presidencial, pero habían hecho un espacio ameno y hogareño, ese mismo que veía reflejado hasta en el pasillo que hacían fila y los niños, quizás sus primitos inquietos y cansados en la fría noche con el deseo de ver al renacido.

¿Carlos? Pregunté cuando vi la figura de su taxista amigo, él de inmediato se sorprendió al alcanzar a escucharme.

- ¿Puedo ayudarla en algo? –se notaba que nunca en su vida me había visto.

-Amm no lo sé, se me pareció a otro Carlos, que curioso es muy idéntico. Pero quizá si pueda ayudarme, ¿sabe dónde queda la habitación 405? – él me enseñó que estaba en el lugar correcto, era muy atento y me comunicó con la señora Ford quién pude conocer en persona luego de ver a Guillermo cargando unos presentes de los visitantes.

Mi presencia ante la señora me produjo sumo respeto, vi su cabello negro rizado y sus ojos claros llena de vida viniendo a abrazarme al verme entrar a la habitación donde yacía ese joven con la mirada perdida, parecía estar en un patio de juegos que no toleraba y comprendía.

-Señorita McAdams, gracias por venir, amor ella es una amiga de Robin – me presentó con simpatía ante el señor Evans, un hombre ya casi anciano, sin muchas arrugas en su cara y la misma mirada penetrante de su hijo, pero con un corazón humilde; me saludó con su mano, era reservado y prudente, me hizo sentir como en casa.

Era una extraña en medio de todos ellos, pero no me rechazaban, no me hacían sentir como tal; el ambiente era muy acogedor, la pieza del canon en Re mayor de Pachelbel perfumaba la habitación, no pude evitar que mis ojos se inundaran de lágrimas viéndolo rodeado de niños.

-Seré tan fuerte como tú cuando crezca como un gran roble –le decía uno.

-No crezcas tan rápido, ¿quieres? –le dijo abrazándolo, pues estaba

sentado a su lado en la cama, de repente alzó su mirada y descubrió mi presencia, mi miró con extrañeza, yo era un misterio en su reflejo, solo le hice una sonrisa tímida en saludo y él volvió a sus asuntos que ponían una sonrisa en su rostro barbudo.

Casi no podría reconocerlo, al igual que el a mí; se notaba de apariencia más madura y segura, quizá ese niño estaba siendo escondido en su caparazón de hombre, o simplemente ya no sería más aquel chico que conocí.

-No te preocupes, ya te recordará preciosa, la recuperación será difícil. Dicen que una parte de él se quedó en otro lugar que no conocemos, duró mucho tiempo en ese estado –me consoló su madre al ver mi desconcierto.

–Sé que así será, es un viajero en el espacio todavía pero que ha regresado a casa. Vera estoy muy agradecida con su hijo, él salvo mi vida, estoy en deuda con su familia – ellos me miraban con sorpresa, ¿de dónde había salido esta chica tan rara y gentil a su vez?, pero me escucharon –Lo mejor para su recuperación será llevarlo a otro lugar, con equipos más especializados.

-Señorita McAdams no tenemos como lograr eso, la indemnización y seguro solo cubren sus gastos aquí, ¿Qué nos está proponiendo?

-No les propongo nada, solo devuelvo algo que me dieron con gratitud. Yo me hare cargo de todos los costes en el mejor hospital de la ciudad, es más, para que no sientan así, la parte que cubre este hospital será llevada a otra institución y yo daré cuenta por el restante – les propuse para llegar a un acuerdo.

-Eso no es posible, es mucho dinero. Estaríamos en deuda con usted, ¿Quién es exactamente la dama que tengo al frente? –preguntó el señor con gentileza.

-El dinero no es un pretexto señor, sé que no me conocen, pero solo soy una extraña que tuvo la fortuna de toparse con un simpático desquiciado, con todo el respeto y cariño a su hijo –mencioné con la esperanza de que ellos dijese que sí, sabía que si seguía ahí no tendría los mismos o mejores avances que en un centro de atención con mayores credenciales.

-Señores Evans, señorita McAdams –nos llamó el doctor a una esquina – Lo que dice la señorita puede serles de mucha ayuda, el estado de su hijo es delicado aun despierto, tendrá una mejor calidad de vida y respuesta con equipos más sofisticados. Desde mi humilde atención medica les aconsejo

que no desechen la opción de traslado.

Ellos se miraban entre sí, no parecían estar muy seguros y era entendible, no era cualquier hospital donde irían, la atención era diez veces mejor y la posibilidad de una mejora rápida era más esperanzadora, yo les hice caritas para que al menos lo pensarán. –No tendrán que devolverme un solo dólar, su hijo se merece estar esta oportunidad- ellos aceptaron luego de unos minutos y el medico haría todos los papeles; y yo le pondría en contacto con la entidad para realizar el cambio al día siguiente si era posible.

Antes de irme, sin poder tan siquiera acercármele un poco, su madre insistió en que me presentaría para que él pudiera despedirse de mí y que no fuera una sombra sin identidad por ese salón, ella abrió paso entre los chicos que lo rodeaban, y yo tuve que controlar mis emociones. –Hijo, ella es la señorita McAdams, es una amiga que vino a visitarte.

- ¿Es su novia? –mencionó uno de los niños, él de inmediato se asustó por tal novedad, que momento tan incómodo, hubo hasta silencio en la sala con solo la pieza corriendo en su línea normal. Él me miraba expectante por la respuesta, y yo dije -No pequeño, soy solo una amiga –logré decir mirándole al señor Evans, su cara de preocupación y sorpresa se trazó sobre él, casi respiró tranquilo con mi respuesta.

–Sería muy desafortunado no recordar a un amor. Lamento no recordarla señorita McAdams –fueron sus palabras.

¿Quién era esa es mujer tan elegante frente a mí?, no recuerdo verla de la oficina, tengo mi cabeza llena de demasiada información que pronto estallara, miles de imágenes llegan con potencia, pero no encuentro la de ella, quizá aún no llega a mi estación, por más esfuerzo que hago no logro recordar muchas cosas, ni siquiera sé si es febrero o junio, o que año es este en el que me despierto, me siento tan agotado, no debí dormir tanto, ¿desde cuándo lo hago?, ¿cuál es la línea de tiempo que me aprisiono en esta celda y en qué circunstancias llegue aquí?.

Solo veo como se aleja con una sonrisa insatisfecha, algo más parecía querer encontrar en esa fiesta que tenía a mi alrededor, pero yo solo puede mirarla con agradecimiento por su tiempo, quizá más adelante la recuerde con emoción, quizá pueda volver a sentirme no como un extraño en este cuerpo que, si apenas puedo dominar, bajo esta capa de huesos y músculos que

duelen, que reciben de nuevo mi espíritu y mi alma enmarañada de incógnitas.

CAPÍTULO XVII

Por qué el Día

Ya ha pasado más de un mes desde la última vez que lo vi, me prometí que no intervendría en su cabeza confundida, ya tenía muchas cosas con las que luchar, y estaba rodeado de unos mejores doctores y enfermeros: su familia. Le habían dado una salida triunfante, tuvo unos avances impresionantes; decían los médicos que dibujo durante toda su estadía, dibujaba paisajes, animales y ciudades, más que todo ciudades llenas de elementos psicodélicos, quizá parte de sus alucinaciones mientras dormía.

El último día de ese mes desde la lejanía en un pasillo le miré como salía muy campante caminando muy bien acompañado, compañeros de trabajo, familia y amigos lo trataron como un campeón olímpico, salió en ropa deportiva y por fin le pude dejar de ver con ese traje elegante que no le lucía nada mal, y entonces, fue la última vez que lo vi. Le pedí encarecidamente a sus padres no le comentaran los motivos del traslado y de mi presencia, me decidí a ser un fantasma en su mundo por su bienestar psíquico, ese en el que viví hasta que su memoria decidió bloquearme.

Pero debía seguir mi vida, es lo que él más quería, lo que desde sus largas charlas lograba mostrarme con carisma, era un soñador, solo espero que lo recuerde y que no sea un estrago más que el accidente vilmente logró quitarle. Mientras yo sigo aquí, en mi planeta de negocios; me han dado un tiempo de prórroga por la recuperación que tuve desde el primer día que mis ojos volvieron a ver la luz de una lámpara y poder tocar el rostro suave de mamá.

Nada me molesta desde entonces, disfruto abrir las ventanas de par a par para sentir la brisa del viento, el cantar de algún pájaro que en ocasiones se posa en mi apartamento al que retorne hace dos semanas y coloqué un plato con alpiste y cubitos de agua para los visitantes cerca del balcón. Vaya que disfrute asearlo y rediseñarlo a solas para luego tener una cena con mis padres; el sol nunca se me hizo tan elegante y la luna tan hermosa, solo le critico a esta ciudad que carezca de un poco de bondad para no quitarle protagonismo a las estrellas que siempre están presentes, opacadas por el humo de la urbe.

Salgo cada vez a trotar con frecuencia, mis padres me acompañan solo en el gimnasio cerca al jardín de la casa de la que un día me marche, con muchos recuerdos en la maleta y alegrías en la cartera. Trato de planificar mis días a diario, y descasar lo necesario, leo más que nunca y reviso los archivos de la oficina en el computador para estar al día con los informes de la compañía, he realizado nuevas alianzas, propuse a papá que uno de los cambios durante mi presidencia será mayor inversión social, ambiental, y dentro del personal, capacitaciones, bonificaciones y un trato más humano desde la estructura organizacional necesaria para generar confianza y un clima sostenible.

He visitado algunos sitios cercanos desde que regrese, y a partir el día de la buena nueva cada tres días llamo a la señora Evans para conocer el estado de mi viejo compañero, siempre me da buenas noticias, dice que se está dedicado al trabajo manual y a caminar largos trayectos por el condado hablando con todo el que se encuentra, leyendo en los parques y ejercitándose como le ordenaron, ninguna otra novedad similar a mi estado, parezco ser un poco la misma que se fue, pero lo normal en mí ahora es que no se nada y aprendo de todo, de modo que me he atrevido a crear más desde el lienzo y mi paleta de colores esperando por un genialidad.

Eso es en resumidas la continuidad de mi historia que puedo compendiar en el recuerdo de mis memorias sentada esta tarde en el balcón una casa campestre en Long Beach tomando un poco de té, continuando el libro que deje en ese estante del apartamento de tan peculiar chico en compañía de Tchaikovsky con El Cascanueces que atraviesa mis audífonos. Y así viajo entre mis remembranzas mientras espero aquí reunida con mis amigos que están alistando el juego de monopolio para una larga partida, casi siempre yo quedo en bancarrota, no le meto mucho la ficha, pero esta vez no pienso

perder.

No tenemos prisa, el reloj se escondió en la pared y lo ignoramos por la tarde-noche que se asomaba cerca a la playa, unos cuantos postres, café para ellos y jugo nos dio las fuerzas para no morir en el intento, todos estamos sumamente concentrados, hemos avanzado tanto que no podemos escuchar sino el chocar de las olas, no pudimos continuar más, aunque la partida tenía un rumbo interesante, mañana tendríamos que madrugar para nuestros respectivos trabajos y en la noche tener mi otra fiesta de bienvenida por la compañía.

Y aquí, un paréntesis. No sé por qué todavía sigo apareciendo en esta historia, ya tuve que haber perdido las luces de mi vista, pero alguien tiene que darle un hilo conductor a este relato mientras todo va tomando forma, no puedo negar que ver el desarrollo de ese par así sea por rumbos separados, me llena de entusiasmo, pude tirar de la emoción la pluma con la que grabo sus escritos en el papiro por el acontecimiento de que sus pies pisen el barro del que fueron creados y se mezclen de nuevo en la manada.

Al que no le pierdo la pista es al señor Evans, quien noto menos confundido con el pasar de los días. Ya ha vuelto a tener comunicación con el mundo exterior, con el resto de su familia tan extensa y con su lugar de trabajo que espera buena parte de su rehabilitación, él se hace el fuerte y dice que dentro de una semana volverá, cada mañana está más enérgico y amoroso con sus padres.

Nunca he dejado de dibujar, es mi pasión, es el don que Dios me dio en las manos y la chispa para poder crear tan siquiera de una forma distinta el soplar tan fuerte hasta llenar de vida cada figura, paisaje, mensaje o caricatura, porque, a fin de cuentas, de eso trata esta narración preciosa, de que la señora vida se entienda más allá de la técnica y la motricidad, pues llega hasta los sentimientos, sueños y emociones, y va un paso adelante, al componerse de las decisiones que superar la mecanización del día a día.

Sera por ese motivo que aún no logro sentirme tan despierto a pesar que mis benditos ojos se abran como dos puertas, y me permiten ingresar las maravillas que llegan con un nuevo y viejo sol tan infinito como el universo inmenso que hace que nuestra existencia sea solo eso, átomos imperceptibles que hacen parte de un todo gigantesco compuesto de formaciones que hacen minúscula una singularidad, que a su vez se ve superada por otra más grande

y así, hasta que se expande el horizonte y las fuerzas más poderosas son superadas por otras que no se tenían previstas en el panorama.

De modo que me siento incompleto, una parte de mí me es ajena por la malicia del tiempo y los verdugos de mi memoria, tan solo no quiero romper mi cabeza y seguir con el equilibrio que he logrado después de despertarme como la persona más perdida en todo el globo terráqueo; si los bebés tuviesen la conciencia de un adulto quizá abrigarían la misma crisis al llegar al mundo que yo trato de hacer frente ahora, fantaseando con una parte de vida que me están ocultando; pero nacen con inocencia, esa que les permite ilustrarse y adaptarse a su contexto.

-Robert, te están llamando –exclamó mi padre pasándome el celular sobre la mesa mientras yo termino por hacerle la casa a Ugenio, la anterior estaba ya vieja y desgastada por el agua. Así que voy de prisa untándome la camisa con la brocha de pintura café y tropezándome con el martillo, estoy a la espera de una llamada muy importante, por eso me desbocaría.

-Sí, buena tarde –respondo.

-Señor Evans, se comunica con la gerente de CreativeGine, hemos recibido su solicitud y el comité ha revisado el material que envió, por eso decidimos realizarle una entrevista si su oferta sigue en pie –mencionó esa voz de mujer.

No sabía que decirle, el corazón se me acelero, papá se percató de mi emoción –Con que una entrevista. Si claro, será un placer, quedo atento a la fecha – dije sin sonar tan apresurado.

-Estamos al tanto que en la actualidad presenta una recuperación por accidente. Motivo por el que, disponemos de su agenda.

-Me he mejorado con eficacia, créame no es nada grave. Podría ser para esta semana.

-Mañana estaremos en una junta, nos gustaría tenerlo ya que esta gran parte del comité, ¿podría ser a las 4.00pm?

-Es una buena hora, estaré presente –afirmé de inmediato.

-Muy bien señor Evans, contamos con su presencia; si tiene algo más por enseñarnos estaríamos encantados, nos llama la atención su trabajo.

-Me honra con su admiración, muchas gracias por ese espacio – Quería parecer sereno, pero, ¿quién lo puede estar cuando le dicen que se ganó un trofeo, premio o la lotería?, el gran valor de esa llamada me llenaba más de ansias por regresar; no desprecio mi pueblo natal, pero me han convertido en un lobo ciudadano que en ocasiones encuentra su paz en los bosques, la selva o la sabana de la periferia, o en la compañía de su cálido hogar.

-Sí- exclamé agitando mi puño luego de terminar la llamada.

-Felicitaciones amor, pero te vas muy pronto, este es un lugar más tranquilo- decía mamá.

-Mamá, me han retenido aquí más de dos semanas, quiero ser libre otra vez.

-Tan solo es una entrevista –añadió mi padre aterrizándome en tierra.

-Tengo un nuevo trabajo papá –afirmé con seguridad.

-Dale ánimos a tu hijo, se esfuerza demasiado y lo sabes – mi madre siempre fue más comprensiva, y él no era un ogro, solo que una vez más no quería que yo regresase, estuvo a punto de perder al único hijo que le quedaba, le rompía el corazón llegar a proyectarse esa imagen de nuevo, podía notarlo en su mirada a veces caída, que cuando sonreía dejaba ver la vida, la larga y gloriosa vida que aun guardaba tras su máscara ordinaria.

Antes de irme, tendría que dejar todo limpio y las indicaciones a mi padre para que al llegar mañana el accionista hicieran un buen trato con él, era testarudo porque repetía hasta el cansancio que el dinero de la indemnización me pertenecía, pero mentía, todo lo que yo tengo ahora siempre había sido de él, como en algún momento lo que él tuvo fue mío y de mi hermano. Me costó bastante concientizarlo de que la inversión les iba a ser de mucha ayuda para la expansión del ganado y el cultivo de maíz.

No me quedaban muchas horas con ellos, quería viajar antes de que anocheciera y poder acoplarme de nuevo a mi rudimentario apartamento, ha estado muy solo, ya siento pena por él. Me despido de Tomate y Ugenio, mamá dice que me lleve al gato, pero moriría de soledad en New York, así que lo dejare libre aquí en los bellos campos que nunca mueren, no me iré por un largo viaje de nuevo, los pasaré a visitar cada fin de semana, es una promesa que cumpliré con honor.

Mis padres me acompañan hasta el aeropuerto, siendo las tres de la tarde, veo como el sol alumbra el lago esplendoroso en los ojos de mamá y la nostalgia de papá, no puedo verlos de esa forma, así que los abrazo con fuerza y ellos me envuelven como a un emparedado. Volveré -les dije, y lo haré hasta que la vida me regale de su aliento, hasta que los caminos todavía me lleven hacia ellos, hasta que el polvo y el viento no me arrebatan sus vidas o antes se lleve la mía.

Paralelamente a su llegada a New York la señorita McAdams se vestía de gala para su noche de bienvenida organizada en uno de los centros de eventos más llamativos y cotizados de la ciudad, rodeada de socios en vez de la soledad de unas paredes, codeada con estrellas del entretenimiento y grandes empresarios allegados a la familia, en vez de unas figuras parlanchinas sin boca y unos tomos bufones sin disfraz cercados en una habitación.

Fue así como la noche transcurría con normalidad, en la calma, desde el espacio que refleja la tierna tierra en la que habitan más de siete mil millones de mundos posibles y heterogéneos, como la señorita McAdams y el señor Evans, que llegaron a ubicarse en el mismo lugar antes de conocerse, tan cerca pero tan distantes, tan iguales, pero tan indiferentes, como decía el joven singular, un abismo entre los dos.

Algunos días sientes que no eres lo suficientemente buena en algo, pero esos días son historia, no has hecho lo suficiente es lo que resuena en mi cabeza ahora, ¿Pero cuando es suficiente?, quizá cuando sientas que no te falta nada, al menos las preocupaciones de la vida, porque concibes que quieres y debes hacer más, pero no lo haces o algo te lo impide, y solo ves una salida. Unos no saben qué hacer con lo poco que creen que la vida les ofrece y otros sentados sobre un diamante están inconformes porque creen no pueden hacer cosa más magnífica que esa, ¿Cuál es el punto aquí?, ¿Dónde me ubico yo?, simplemente cierra la boca, siéntate a escuchar la voz detrás de las montañas y, ¡Muévete!

Por eso esta noche es mi oportunidad, sacaré provecho de tantas chequeras llenas de bondad y altruismo para que apoyen una linda causa, y luego de recibir tantos halagos frente a cuantiosas personalidades importantes, no les voy a negar que me temblaron las piernas por tal atrevimiento al exponerles mis nobles, pero sencillas tesis, quienes no lo consideraron de tal modo, antes aplaudieron la iniciativa.

Mis primeros socios de la campaña, mis cuatro mosqueteros serían los encargados de recibir las donaciones, así que convertiré ese valioso papel de hacer negocios a la contribución, al levantamiento de un proyecto de corazón a corazón.

-Emily estuviste magnífica –me dijo Colin con quien hace poco me he distanciado, salió para acompañarme, pero me he guardado esto por mucho tiempo y se terminó, no fingiré más esta noche, papá y mamá ya están al tanto de mi decisión y los porqués de esta.

-Ven, quisiera hablar contigo “cariño” –le sonreí saliéndonos un poco cerca de las gradas de la entrada al gran salón donde seguía la fiesta, y alejándonos de todos los pingüinos y princesas bien emperifolladas igual que yo le dije –Veras, yo agradezco estos años que estuvimos juntos, pero, pero ...pero, eres una bazofia, por no decir más – retiré mi anillo de compromiso y se lo puse sobre su mano, él me tenía casi abrazada sin perder su acto de galantería –Tú sabes porque –aseveré.

-No, Emmy esto debe ser un error, yo no entiendo... ¿Qué estás haciendo?, esto es tuyo y nuestro –trató devolverme el anillo, intimando de que diera mi brazo a torcer su cochino compromiso y palabras lisonjeras.

–No me creas tan ingenua, lo sé todo, no tienes por qué seguir fingiendo y hacerme quedar en ridículo.

-Lo que sea que te hallan dicho, todo es mentira -de verdad era bastante sónico, pude ver ahora sí, a la verdadera bestia tras el hombre.

- ¿Tus vecinos son unos mentirosos?, la policía, tus amantes, todos son unos viles farsantes – le dije, me hacía gracia su desfachatez.

-Los vecinos siempre me han tendido envidia, son unos envidiosos porque tengo a una mujer tan hermosa a mi lado, ...y ¿la policía? – él ya no sabía que más inventarse, su acto se había caído desde que lo llamé en privado, sabía que no era normal lo que le estaba haciendo, me acerque a él, hasta su oído y le susurre –Lamento que tengas tan malos vecinos y tan pésima fama – me retiré mirando tan de cerca que le guiñe el ojo en despedida, pero de repente un silueta borrosa paso por mis ojos a lo lejos, un hombre de negro parado que se retiraba, se veía sospechoso, es una calle muy privada y parecía tener la ropa de un invitado.

- ¡Colin!, necesito que hablemos un momento muchacho –le llamó mi

padre sin mucha gentileza, y perdí mi concentración; miré a papá y con mi mirada le dije que no fuese tan rudo, no sin antes darle un minúsculo recuerdito que el divino diablillo no quiso escandalizar y por el que su pie se adoleció.

-Emily, ha sido todo un éxito, tenemos empresas queriendo sumarse a este proyecto y hemos recogido una suma gigantesca de dinero –llegó Peter emocionado con Tatyana –Tenemos un total de diez mil millones de dólares –susurró entre dientes mi prudente amiga, ambas gritamos de la emoción sin llamar mucho la atención, estaba muy agradecida con ellos, haríamos una gran labor con el capital y las fuerzas que se nos sumaban.

- ¿Ya se fue? –añadió Peter.

-Se terminó, gracias chicos y perdón. Llegue a dudar de sus afirmaciones – dije muy apenada, pero ellos eran los más geniales compañeros, no me lo recriminaron –Oigan tengo algo que hacer, ¿le podrían decir a Frank que me espere en la avenida? y díganle a mamá que fui a dar una vuelta.

Ellos no se opusieron o sospecharon de algo extraño, tan solo accedieron con gusto, y yo pude ser libre del ruido de la fiesta y los lujos de cada rincón para seguir con cautela las misteriosas pisadas de un visitante casi enmascarado por la nublada de mi vista y enlutado por su elegante traje en la bella noche que me iluminaba el sendero por las pulcras calles, guiadas en fila a cargo de las estiradas lámparas como antorchas.

CAPÍTULO XVIII

Aún no Termina

Emily se encontró así luego de su persecución con su visitante misterioso, que tenía la vista hacia el río bajo un pequeño puente un poco rustico y antiguo de la ciudad, era muy pequeño en comparación con las grandes arquitecturas moldeadas por los hombres modernos, pero no quería ser grosera como la última vez y paso a saludar.

Aquel sujeto con su corbatín suelto en su camisa desabrochada al cuello, pudo sentir la presencia de una extraña que se asomaba al mirador a unos tres pasos de él.

- ¿Por qué te fuiste sin siquiera entrar a la fiesta?

Él le volteó a mirar luego de estar perdido en el paisaje, se puso nervioso con su presencia, se veía muy hermosa esa noche con el vestido negro elegante –Lo siento, no quise interrumpir.

Emily sonrió al verle de nuevo, no pudo contenerse e ir abrazarle con fuerza a ese pobre muchacho que tuvo un bloqueo mental sin ella percatarse, pero la sintió entre sus brazos, tenía un aroma a flores y otoño, mientras él desperdigaba uno a selva e invierno, de verdad que se había puesto su mejor traje para ir a su reencuentro lejos del mundo de los perdidos.

- ¡Dios!, ¿Cuándo despertarse? –dijo con alegría, no podía quitar la sonrisa de su boca.

-Desde mi dictamen hace mes y medio, ¿en la realidad?, hace unas horas –le confesó –Bienvenido o algo parecido..., despierto y ya me lo recriminas –

decía asombrado.

-Recriminó que te hayas tardado tanto –respondió la señorita Emily apartándose con sutileza de sus brazos, no quería sofocarlo -Me imagino que te pelaron algún pavo o gallina en casa.

-Invitaron a todos los amigos del condado, yo era todavía una proeza de la vida, como si fuera un trofeo de oro me exhibieron en el centro –relató con emoción.

- Ni me lo imagino, te lo mereces- quería confesarle algo más –Perdón sino volví a visitarte, no quise interrumpir tu rehabilitación, solo quería dejarte tranquilo.

-No estuve ahí para recibirte, fui a dar un paseo, otro paseo, pero no te preocupes, estuviste ahí cuando lo necesité; me agradó el libro de cuentos que dejaste con mamá y la obra nueva para mi colección –mencionó honrado.

-Tendrás que leer la parte que no escuchaste –le indicó Emily contenta por el recibimiento de su presente –Pero ya que te pasaste por Venecia, no creo que haya sido gran lamento...

-No creía que fueras ese día, y te lo repetiré por tiempos milenarios

-Estas bien, está bien, no perturbaré tu paz –se disculpó con ironía.

-Lo escribí en la libreta, así que tengo como defenderme –afirmó – Y... Por supuesto que lo hare, no puedo dejar la obra incompleta...

-Y te creo

-Y yo sé que hiciste algo más..., no debiste haberte molestado –manifestó con solemnidad en ese aire de consagración hacia ella, así el mundo que le rodeaba, las flores de las que emanaban el néctar y la energía que irradiaba el sol.

-Ellos creían que yo estaba loca, era una extraña para ellos lógicamente, pero no podía dejarte en esa condición, ¡ahora mírate!, estas como nuevo – ella estaba muy alegre de verlo.

-Pero les agradaste, no me creerían si les digo como nos conocimos, quizá si me dirán que la ciudad me ha destruido las neuronas.

-Es más, ¿Cómo llegaste hasta aquí? – Emily recordó la llamada a eso de

las seis de la tarde, en la que la señora Evans mintió al decir que vendrían junto con su esposo a revisar el apartamento de su hijo y a saludarla; de ahí tuvo que sacar la información que les suministroo.

-No me mires así, no conocía tu paradero, así que mamá ayudo un poco, no te enfurezcas con ella. Dijo que te podrías muy contenta al ver que ya no eras un fantasma para mí.

-Y que les dijiste sobre cómo nos conocimos.

-Les dije que fuiste como un ángel caído del cielo, fue lo mejor que se me ocurrió y papá respondió “pero eso es solo una frase gastada para ocultar la verdad” –imitó la voz gruesa de su padre - y yo les respondí con respeto: Te sorprendería las veces que la vida se sale del libreto y hace cosas sorprendentes. ¿Qué más podría decirles?, si es la verdad.

- En ocasiones hasta yo me lo cuestiono, pero muy ingeniosa respuesta.

-Bueno, ahora si estamos en Kansas- comentó con astucia.

-De nuevo en Kansas...-replicó con un suspiro, ella miró lo que llevaba como a algo liviano en sus manos - ¿Esas flores son para el río?

-Oh –desvió su mirada para cualquier dirección –Quizá, me las encontré tiradas en el camino, pero tómalas si quieres – se las obsequió sin mucho romanticismo.

-Claro, Señor Evans –eso atrajo su mirada risueña. Se vistió tan bien para verla de lejos y devolverse, no podría creer que allá gastado dinero y tan solo pasar como una sombra cerca de ella.

- Me percaté de que estuvieras bien, solo a eso venia. Y estabas muy bien acompaña; por cierto, Felicitaciones doctora –enhorabuena agregó de forma sincera.

-Gracias, y también gracias por la preocupación –él no quiso decir nada más, tan solo la miró con su pose de galán –Pensaste que estaba muy contenta en los brazos de él –intuyó Emily.

-Eso no es de mi incumbencia –dijo el desviando su mirada.

-Lo pensaste.

-No –dijo rotundamente –bueno un poco, ¿y eso que?

-Sé que no me estas pidiendo explicaciones...

-Tienes razón –añadió el señor Evans y Emily intervino -Pero, fue el final...se acabó –terminó por decirle ella.

-Le diste el beso de judas –añadió con extrañeza.

-Algo así, arruiné su pie, pude a ver hecho algo peor, te perdiste esa parte –relató.

- ¿Le sacaste en cara tu exploración fantasma? – mencionó con humor.

-Cómo crees. Me di a la tarea de sacar todos los argumentos creíbles y sustentables posibles – le dijo. En realidad, si se había esforzado desde la segunda semana a investigar por los rumores de que habían intentado asaltar su apartamento, y usándolo como pretexto para hacer de detective, conseguir todos los informantes institucionales y civiles posibles para su veredicto final, que ya conocía de antemano pero que era digna de una indagación minuciosa.

-Bueno, siento mucho el quiebre de tu relación.

-No, no lo sientes pinocho -dijo ella viendo como él seguía mirando el río a oscuras con el reflejo de los faros como pelotas que se mueven en su cauce. Por eso él sonrió con el comentario, se veía con otro semblante y la noche estaba tan agradable a su corta distancia.

La señorita McAdams siempre había comprendido algo, solo abrazas a las personas que más amas y aprecias, dar la mano es un símbolo de respeto y admiración, y un beso es la muestra de cariño más grande, uno que puede mutar hasta convertirse en unión. Que pretendía ella con su presencia en ese lugar a solas con ese hombre, quizá quedar en paz y saldar unas deudas.

-Nos faltó Turín –comentó Emily

-Nos faltó el mundo entero, ¿a penas llego y ya me quieres explotar?

-Muy bien, visitaremos primero la granja, me la debes.

-Esa corre por mi cuenta – quería invitarla a todos los lugares posibles, desde el cono sur del mundo hasta la Antártida si fuese posible, incluso a los territorios inexplorados, a esos que son remotos y ningún espécimen viviente se ha atrevido a ingresar. Estaba agradecido por haber sido su compañera de viaje, por ser parte de esa locura, por estar en sus penas y júbilos.

- ¿Qué vas a hacer mañana? – le preguntó con curiosidad.

Emily le responde - vivir, ¿y tú?

-También haré lo mismo que tú, que coincidencia –añadió como algo típico en él.

-Que inmensa casualidad. Te atreverías a vivir conmigo mañana a las 11:00am en el café.

-Me atrevería a vivir junto a ti por toda la eternidad – aceptó la invitación con honor –No eres una experta en las invitaciones ¿verdad?

-No me habla un maestro –dijo. Ya casi se estaban despidiendo.

- ¿Eso es todo verdad? –al fondo vio como una limosina se estacionaba - deben estar esperando a la estrella de la noche – comentó, y ahí estaba él de nuevo con sus mensajitos.

-Fue un gusto volverte a verle señor Evans, se siente muy bien –dijo estrechando su mano con confianza y sensatez como en los viejos tiempos.

–El placer es mío al poder mirarte de nuevo– respondió él.

Nuevamente eran hijos de la luna y su brillo se acrecentó de la felicidad bajo la ciudad de la gran manzana, la cual ordenó al cielo la soledad para que no nublara su vista y nuevamente poderles ver a los dos, a esos resucitados de los escombros de sus penurias y frustraciones que hoy caminaban como cualquier otro ser viviente, que bonito paisaje era tenerlos enfrente luego de seguir sus pasos en las sombras, aunque ante su presencia decidieran darse la espalda.

Dylan solo veía como ella se alejaba con su ramo de flores violetas, supo que estaría en un agradable y lujoso lugar, que ya no tendría miedo, que podría continuar sola, que ahora camina con la frente en alto y erguida con firmeza en cada paso, que ese podría ser el inicio de una bonita amistad, y que ese secreto lo atesorarían hasta ser el banquete de los gusanos, uno que podía convertirse en un bet seller si lo publicaran, (que historia más salida de una mente fantasiosa), pero no lo harían, el mundo quizá había perdido ya su capacidad de asombro.

Ella no miró hacia atrás, tenían una cita pendiente, no quería parecer intensa e imprudente, razón mutua que el joven comprendió al vigilar que

efectivamente un limosina habría de recogerla en la calle del fondo, momento donde él no se percató de que, tras los vidrios polarizados como las tinieblas, ella observaba sus pasos lentos, con su ya clásica pose al caminar.

Su reencuentro más formal sería al salir el sol, estuvieron listos y puntuales con ropa cómoda, pero sin perder la formalidad de un casi almuerzo. El señor Evans arribaría diez minutos antes de que su invitada llegara montada en su minicooper con un vestido floreado de verano con mangas formales, bajo una chaqueta de jean y un sombrero de temporada.

-Justo a tiempo –dijo cuándo arribo a la mesa, lo que motivo a que su compañero se pusiera en pie para recibirla –Buenos días señor Evans – saludó.

-Señorita McAdams, tome asiento por favor –intentó ayudarle con el asiento, pero –No es necesario que seas tan caballeroso conmigo – comentó Emily sin ser grosera.

-No es caballerosidad es cordialidad – aseguró volviendo a su asiento.

-Te has dejado la barba –añadió al verle como se había organizado el bosque que le habían dejado, ahora con un estilo de rastrojo de largo un poco tupida con el grueso de su vello.

-No lo notaste ayer –respondió extrañado.

-En una noche tan fría se pasan muchas cosas –respondió - ¿Y ese es uno de los tres trajes de los que alardeabas y lloriqueabas? – dijo acomodando su bolso y guardando sus gafas de sol, para dejar ver su rostro maquillado al natural, detalle que le parecía atractivo a su compañero de mesa.

-Precisamente no es un traje entero, no llevo el saco y tengo un pantalón de dril puesto – aclaró con astucia, pues había vestido algo casual sin dejar la formalidad, con un pantalón de dril beige y una camisa de mangas azul oscuro y unos zapatos Oxford.

Ellos pidieron un postre antes de que les sirvieran el almuerzo sentados a la intemperie del restaurante agradable y confortable a sus visitantes, con palmeras alrededor y unas sombrillas para el sol sobre las mesas; un ambiente un poco tropical inmerso en una ciudad cubierta de grandes castillos y fortalezas.

- ¿No te has sentido raro en las noches? –preguntó la señorita.

-Que cuando cierras tus ojos sientes temor de volver a despertar en ese mundo y que no sea un sueño. No, no lo he sentido – añadió muy sobrio.

-Claro, sabía que no eras tan fuerte – señaló.

- Le temes a la oscuridad –dijo él con su voz fantasmal - ¿Te pasa a menudo? –le preguntó más serio disfrutando de su postre en gran manera.

-No ya casi no, pero cuando no estabas aquí si eran más constantes mis desvelos y cuando aún seguías en el hospital.

- ¿Por qué?, si se puede saber.

-Llegué a imaginarme que no lo lograrías, luego de esa recaída que tuviste y que nunca volverías a recordarme.

-Pues qué bonito, gracias por tu preocupación –dijo asombrado con su cuchara aportas de entrar a su boca –Y...Siempre estuviste rompiéndome la cabeza, me hacía falta una pieza.

-Espero que no se te haya escapado ninguna –Emily se llevaba un bocado por minuto.

-No ahora que puedo verte –aseguró -toda esa mágica película se me presentó como un flash back en la alcoba de mi apartamento, sentado en la cama asimilando que había vuelto a la ciudad y me dije, haz vestido el mismo traje por más de un mes, que falta de gusto de la moda tienes –mencionó para arrebatarse una sonrisa a su compañera que lo escuchaba con atención.

-La verdad es que, si es sano cambiar de ropa de vez en cuando, si tuviéramos un mundo así, las marcas de ropa quebrarían -añadió en burla- Oye, ¿Comes así desde que llegaste? – dijo aterrada por la lentitud con la que degustaba, sabía que comer muy rápido no era lo propio ni saludable, pero ese ritmo era angustiante.

-Algo así. Aprendí a saborear cada plato sin prisa – alzó su mirada y llamó al mesero más cercano –Podría por favor traer otro de estos, ¿Quieres algo más? –le preguntó a Emily.

-Vas a engordar, estás loco –dijo mirándole con asombro y ternura.

-Engordaré y sufriré por cada rutina de ejercicio que haga, sentiré su dolor, y valdrá la pena cada bocado –añadió con pasión, al que ella respondió antojada -Bueno, que sean dos, ¡qué más da! - la señorita Emily no se quiso

limitar.

-Engordaras feliz –le dijo él –Casi dos meses, dos meses sin probar bocado, es como estar en un desierto y luego tienes estos banquetes; estas delicias no se pueden despreciar –fue muy dramático y teatral con su explicación, pero era cierto.

-No hay nada más placentero que comer y dormir, casi que estaba olvidando como eran.

-Y bañarte también – dijo.

-No me lo vas a creer, pero no quería salirme de la tina el primer día, era tan agradable estar en el agua tibia con shampoo y mis aceites.

- ¿Qué es lo que más has extrañado?

-Ser invisible, poder pasear por el mundo sin presiones, sin obstáculos, siendo libre. Es una sensación indescriptible el querer volver, para hacer estragos –confesó. – Y, lo más extraño es que, una parte de mi tuvo que transitar por la penumbra, para divagar entre las sombras y descubrir que estaba muerta en vida –terminó diciendo.

-Estabas muriendo en una bañera de diamantes, eso es triste – hizo su comentario agrio.

-Ahora desperté en esa bañera y tengo algo planeado para esos diamantes –señaló decidida, no hallaba inseguridad en sus palabras, solo piezas firmes.

Él sonrió por la última mención -Este mundo decidió recibirnos de nuevo con los brazos abiertos, yo no desaprovecharía esa oportunidad.

De inmediato se acercaba el mesero para servirle a la mesa el nuevo platillo acompañado del almuerzo que se acercaba. -Bon appetite – se dijeron mutuamente.

Se la pasarían hablando horas, aun mientras almorzaban, no paraban de reírse por sus ocurrencias, lo que se sentía volver a respirar, es como volver a nacer, de nuevo te sientes como un principiante en la carrera y como el ser más afortunado por salir del féretro para seguir escribiendo en las tablas de la vida.

-Creo que lo correcto es que nos demos un tiempo –mencionó el señor Evans.

- ¿Más?, Ya te aburríste de mí –le dijo ella.

-No lo veas así, pero quizá si ya me estaba cansando siempre en verte, gracias a Dios tuve ese bache, ahí más aves en el cielo. ¡Jesucristo! Casi que no me libertas –exclamo.

-Ya necesitábamos un descanso, me parece lo más acertado. Qué tal si... ¿Un mes?

-Bueno no pensé que tanto, pero venimos de un mes sin saber de nuestra existencia, ¿Qué paso con el puente?, ya está que se cae, aun así, sobreviviré sin ti otro mes –dijo.

-Se hace mucho en un mes. Que sea en una semana entonces –replicó Emily.

-Además tenemos algunos asuntos pendientes –recordó.

-Las tengo siempre presentes, me debes una invitación. Debo arreglar mi agenda para esa fecha.

-Así es. Y bueno, ya que tienes una empresa a cargo con más razón –le dijo.

-No, te equivocas. Ayer solo era una gala de bienvenida más pomposa que la primera vez –corrigió alzando sus cejas y con mirada alegre.

-Oh, pensé que ya estaba con la presidenta de la Asociación, ¿Por qué crees que vine tan elegante? –dijo acomodándose la manga cerca de su reloj.

-Ayer estabas mejor –le dijo. Él reverenció con su cabeza en agradecimiento por el ensalzamiento.

-Trayendo el ayer a memoria, quisiera preguntarte algo... ¿Has pensado en realizar algo más grande para ayudar a esos animalitos y esas personas en la calle de Brooklyn?

-Por supuesto, he destinado un parte de mi indemnización para eso y espero que con mi nuevo trabajo tenga más solvencia y sepa administrarlo, ya tengo una amiga que está dispuesta a invertir en este tipo de proyectos, ¿Por qué? –Tal respuesta le causó intriga a Emily, ¿qué amiga sería la que se le adelanto?, bueno, podrían hacer alianzas al menos, como un gesto extraño le produjo celos y eso no es muy normal cuando te sientas a comer con un amigo.

-Por nada, solo preguntaba, y... ¿Tu amiga reside aquí? –dijo agitando el vino en su copa.

-Sí, siempre ha estado cerca de mí, es una gran mujer –él le hablaba, pero algo ocultaba. Sí algo le había analizado durante toda su estadía en ese otro mundo era una cosa fundamental: su mirada.

– Mientes, era muy mal mentiroso, desvías tu mirada cuando ocultas algo –dijo.

- ¿Me estuviste analizando todo este tiempo?, eso es terrorífico señorita – dijo mirándola ahora si enserio, pero como cosa extraña no pudo retener una sonrisa y no resistió la mirada de su compañera –No es del todo una falacia, sé que la tengo al frente y si preguntó, es porque ya tiene planeado algo.

- ¿Cómo estás seguro de eso? –se impresionó de su descubrimiento, pero se apaciguó por la afirmación.

-Porque para hacer algo primero tienes que tener un sueño, eso se convierte en una idea flamante y luego planificas como trabajar para que sea un hecho palpable – contestó –Por eso tu y yo lo haremos juntos, y cuántos más se quieran sumar.

-Sabes cómo echar la cereza al pastel, ¿verdad?, y lo haces bien, pero aún me queda una duda. Me mencionaste de un nuevo trabajo, ¿Qué sucedió?

-Decidí seguir tu concejo, no lo recordé precisamente por tu recuerdo, fue un estímulo muy mío, quizá de mi inconsciente, y alisté algunos proyectos, le dije a papá y a Guille que me ayudaran para enviarlos a donde siempre he querido, y hoy tengo una entrevista.

-Oh es fantástico –dijo ella muy emocionada, se llevaba las manos a la cara por la fortuna de su compañero – Aun no lo tienes, pero lo declaras como tuyo, no tengo porque desearte suerte –le respondió con orgullo, sabía que lo lograría obtener.

Ya casi estaban listos para levantarse de la mesa, los platos estaban vacíos la igual que las copas, era momento de coger rumbos separados, la cuenta ya estaba siendo cancelada por el señor Evans, y Emily solo le esperaba bajo la sombra del estacionamiento de autos.

-Muy bien, fue un gusto conocerte señorita McAdams – ella le corrigió – Emily.

-Emily, nos vemos luego, ¿esta es tu dirección verdad? –mencionó revisando la tarjeta de negocios que le entrego a lo que ella acertó con su mirada afirmativa.

-No te voy a escribir - le comentó el señor Evans.

- ¿Por qué? –Emily se extrañó por eso.

-Hay tradiciones que no se deben perder, si puedo tener una charla civilizada lo haré, sí tengo la oportunidad. Hoy romperé la primera regla de nuestro acuerdo, porque me equivoqué –añadió.

- ¿Sobre qué? –de que está hablando ahora este chico, quien seguía siendo tan misterioso como solía ser, y su respuesta a eso fue –En este mundo siempre habrá un mañana, es la filosofía de la vida...por eso, si aún quieres acompañarme, quisiera invitarte a salir mañana –subrayó ese mañana con su tono de voz.

Eso la tomó por sorpresa, pero le encantó la idea -Que tenga dulces sueños hoy, y gracias por todo señor Evans, nos vemos mañana. ¿Pasas por mí?

-Pasare por ti en el edificio a las tres, ¿puedes salir de tu oficina? - le preguntó y ella menciono qué -Ha esa hora está bien – extendió su mano y la estrecharon en despedida, tanta formalidad entre estos dos no me gusta, pero de igual debo seguir relatando, se miraron por un momento aunque distanciados por sus manos, quizá era mejor mantener el suspenso.

–Gracias Emily, sabes...la única explicación para que mi recuperación haya sido hasta ahora satisfactoria y ágil, es que tu hayas estado conmigo, que hayas caído en ese puente como un ángel –confesó con aprecio.

Sus cachetes se pintaron un poco más rosados, no era para tanto tampoco, pero su ternura y su mirada sin una pisca de lascivia hacia que se sintiera cómoda a su lado, aun con la extrañeza de dos personas que no encontraban el momento correcto de desprender sus manos, pero Dylan no pudo sostener su mirada y Emily soltó su mano con delicadeza, casi que se resbalaba hasta ser libre.

Él se puso sus lentes de sol y espero a que ella se escondiera en su auto.

-Adiós señorita McAdams, la extrañare hoy en la noche –se asomó por la ventana del otro pasajero que abrió para darle su último adiós.

-Una cita más, de las tantas que tuvimos –dijo con sus manos al volante.

-Es cierto –dijo extrañado –Fueron aproximadamente una semana, ¿un poco más?. Nuestros días duran normalmente doce horas lo que significa que, si vivimos las veinticuatro horas serian dos citas en un día, para un total de más de ¡catorce!, si lo tomásemos desde tu premisa –calculó con rapidez ante la perplejidad de su compañera.

- Quince con esta, dieciséis con la de mañana, me perdí en tu cuenta, pero es un buen número –le confesó -Adiós peregrino – dijo, y ligeramente dejó ver su sonrisa sin perder la pista de sus ojos tras los lentes hasta que él quitó sus manos de la puerta, alzó su barbilla y la dejó que siguiera su camino esperando con ansias que el mañana; un nuevo mañana que alumbrara para los dos, los volviese a juntar para no dar por terminadas sus huellas y respiros por la gran ciudad...,por ese nuevo mundo.

Quizá sus vidas de ahora en adelante no les permita tener las mismas alocadas e irreverentes aventuras que ese mundo de la dimensión perdida permitió serles como un patio de juegos, pero, el mundo real es un campo de obstáculos, de triunfos y derrotas, es el mejor desafío terrenal, la gran aventura satírica que se escribe y se narra por generaciones, que se emprende con osadía y se odia en la tormenta, entonces ¿Quién dice que no será el galeón más gigantesco apunto de abordar con un rumbo excitante?.

Fin

Epilogo

Como cualquier otra historia, las líneas del futuro siempre van a estar presentes, y de nuevo me colocan a mí a realizar el trabajo. ¿Qué no hay más personal es esta oficina?, ¿pero que estoy preguntando?, si yo soy la directora y encargada. Entonces aquí vamos.

Pasados ya un año, la señorita McAdams y el señor Evans terminaron por no dejar morir sus citas, las veces que el señor tiempo no fuera tan tosco y les dejara un poco de libertad, de igual forma ellos se las ingeniaban para esquivarlo como a un oficial que les correteaba constantemente queriéndolos alcanzar por su delito de vivir lo mejor día tras día.

Y se percataron meses siguientes, que el señor Cassel ya había despertado y estaba de nuevo con su anhelada familia luego de la llamada al número prometido. Descubriendo también, que, en un día de invierno sobre la nieve, encontraron la flor casi marchita de su joven amigo sin ninguna otra señal de él en el horizonte del Central Park emblanquecido en su totalidad.

De modo que, al no dejar apagar la llama de su ya frecuente relación, el señor Evans terminó en una playa de Turín al mes sexto de su retorno para dar sus más aclamadas palabras.

- Quiero presentarte a mis padres – mencionó la señorita McAdams.

-Pero si ya saben de mi existencia –dijo él.

-Tu sabes de que estoy hablando –recalcó imaginado la escena emocionante de llegar con su vestido de novia al altar, mientras estaba recostada en la arena dejando mojar sus pies con las olas que el mar llevaba hasta la orilla cerca de esos dos personajes vestidos de blanco.

-Vale, mejor ahora que he hecho una fortuna y formo parte de la realeza – dijo con gracia, al menos ahora tenía como construirla, o eso es lo que

pensaba.

- ¡Vamos!, con capa o sin ella te hubiese presentado de todas formas – añadió su ahora prometida que se inclinó un poco hacia él apoyada en su brazo.

-Al momento de conocerte solo pedía una cosa, una oportunidad – recordó momentos de antaño que nunca morirían para ellos viéndola con franqueza, teniendo tras ella un cielo estrellado y una noche cálida.

- ¿Otra? –dijo acariciando su cabello, ahora quien sabe que diría.

-Sí otra –afirmó mientras jugaba con su anillo en el dedo -Una para poder tocarte, sentir tu respiración sobre mi pecho, tus pies junto a los míos en la arena, poder mirarte, y entonces, supe que había hallado mi mayor fortuna –le confesó.

Recuerdo con agrado esa noche hace tan solo unos meses; es que, ya era hora que llegaran a algo concreto, es como que están tan cerca, pero se hacen los sufridos en interesantes, y yo solo pienso en: ¡Ya bésala amigo!, y sí, hasta que llegó ese día luego de tantos encuentros, que no sería uno, sino el resto que aún no aparecen en el calendario, y de los que todavía no se escribe una página por lo inciertos que pueden ser, pero para eso estoy yo.

Y bueno, durante estos más de trecientos sesenta y un poquito más de días, el señor Evans ya ha cogido de la mano a su compañía de diseños gráficos quien bautizó Helloday. Siendo paciente y cuidadoso en cada paso que aprender a dar, no ha estado solo por supuesto, de forma que esta parece crecerá con rapidez hasta que el día menos pensado te ha sobrepasado en altura con la mano de contratos que le llegan y la acogida que está teniendo en la industria.

Todo esto, mientras continúan junto con su prometida en el fortalecimiento y expansión del proyecto YOU&I, que busca crear soluciones y apoyo a los habitantes de calle que crecen en la ciudad, a maximizar sus oportunidades entre otras circunstancias, situación que también involucra a las mascotas que están siendo rehabilitadas para ser donados a granjas para el pastoreo o, el acompañamiento animal en el tratamiento de pacientes con enfermedades que lo requieran.

Y ya que tocamos a la señorita McAdams, le ha ido como viento en popa con la dirección de la compañía; no ha sido sencillo, pues ha tenido que

reorganizar su agenda en gran manera, pero su padre de vez en cuando le hecha una manito. Desde que tomó las riendas, la Agencia ha extendido sus éxitos y solo se ha llenado de mayores reconocimientos y prestigio en el mercado. Esto, ha colocado una mayor responsabilidad sobre la joven empresaria que con dedicación ha sabido llevar una gran corporación y su presión.

Y como ven, en esta dimensión los viajes no parecen estar a la orden del día, pero ya han hecho unos dos o tres en conjunto con sus padres a los lugares que ellos visitaron en su encarnación fantasmal, sin relatarles claro está, la relevancia de las tierras y suelos que pisaban, se han propuesto a seguirlo haciendo cada tres meses, y cuando parezca que se les terminan las opciones, pues tienen todo un globo terráqueo aún por recorrer.

De modo que, eso es hasta ahora un breve resumen de lo que trascurre en tan poco tiempo, en realidad a mi parecer es poco, ¿un año?, si es poco, pero, sí sabes jugar el juego del gruñón del tiempo (espero que no me escuché porque solo a veces es así) entonces sabrán edificar grandes rascacielos en sus distintos mundos, ¿y qué pasará unos peldaños más arriba con este par de peregrinos?, pues esa parte se las dejo a ustedes, mis estimados lectores. Att: con cariño y aprecio, la vida, la suerte, el cosmos, el destino, o como me quieran llamar; y sí hasta este final, has llegado ya, sabrás que entre líneas con el terminar de las páginas curtidas por las arenas del tiempo, una frase más te he podido recitar.

FIN

“Porque al final, las páginas de tu historia serán tan densas o cortas como el escritor que lleva el lápiz decida introducir sus tramas, enfrentar los ejércitos, caminar con dragones o simplemente..., sumar una historia más, una que otros tendrán el privilegio de leer”. –Issa Chelsrodt.